EL PUEBLO

JULES MICHELET

epublibre

Según Michelet, el pueblo, dotado de un alma y un instinto inalienables, no puede ser abarcado por las estadísticas ni por los economistas ni suplantado por los políticos. Tampoco los escritores románticos, en su creencia en la efectividad de la fealdad moral en el arte, han conseguido dar cuenta del espíritu del pueblo francés al preferir las imágenes de la miseria, el amor errante, el robo, el presidio antes que la limpieza, la familia, el trabajo y el taller. Este papel está reservado al historiador, a alguien que, como Michelet, conoce —por haber trabajado en la imprenta de su familia— el espíritu de sacrificio, el heroísmo, la capacidad de acción, el sentido común y otras virtudes de los obreros y campesinos a las que considera atributos soberanos, superiores a cualquier otro adquirido por medio de la cultura.

Ignorante de la fuerza de su instinto al igual que los bárbaros, los salvajes y los niños, el pueblo requiere un portavoz que lo explique. Para el apasionado historiador nacionalista de la Francia revolucionaria y moderna, la ciencia de la historia necesita alimentarse de la vida popular, pues el conocimiento abstracto resulta estéril. «Con la nacionalidad pasa lo mismo que con la geología —escribe Michelet—: el calor está abajo». Para Michelet, Francia es la representante de las libertades en el concierto de las naciones y es además un país «simpático» en comparación con Inglaterra o Alemania.

Dedicado a su colega del Collège de France, Edgar Quinet, *El pueblo* (1846) se publicó antes que la *Historia de la Revolución francesa.*

—Aurora Díez-Canedo

epublibre

Jules Michelet

EL PUEBLO

ePub r1.0
IbnKhaldun 19.05.15

Título original: *Le peuple*
Jules Michelet, 1846
Traducción: Odile Guilpain
Editor digital: IbnKhaldun
ePub base r1.2

A Edgar Quinet

Este libro es más que un libro: es yo mismo, por eso os pertenece.

Es yo y es vos, amigo mío; me atrevo a decirlo. Lo habéis observado con razón: nuestros pensamientos, comunicándonoslos o no, concuerdan siempre. Vivimos de un mismo corazón… ¡Bella armonía que podría sorprender! ¿Pero acaso no es natural? Toda la diversidad de nuestros trabajos germinó desde una misma raíz viva: el sentimiento de la Francia y la idea de la Patria. Recibid pues este libro del Pueblo porque él es vos y él es yo. Por vuestros orígenes militares y por el mío, obrero industrial, representamos, no menos que otros quizá, las dos caras modernas del pueblo, y su reciente advenimiento.

Este libro surge de mí mismo, de mi vida, de mi corazón. Ha salido de mi experiencia, mucho más que de mi estudio. Lo extraje de mi observación, de mis relaciones de amistad y de vecindad. Lo fui recogiendo en los caminos. El azar se complace en servir al que persigue tenazmente un solo pensamiento. En fin, lo encontré sobre todo en los recuerdos de mi juventud. Para conocer la vida del pueblo, sus trabajos, sus sufrimientos, me bastaba con interrogar mis recuerdos.

Puesto que yo también, amigo mío, he trabajado con mis manos, el verdadero nombre del hombre moderno, el de *trabajador,* me corresponde en más de un sentido. Antes de hacer libros los *compuse* materialmente: ensamblé letras antes de ensamblar ideas; no ignoro las tristezas del taller, el tedio de las largas horas…

¡Triste época! Eran los últimos años del Imperio; todo parecía hundirse para mí: la familia, la fortuna y la patria.

Lo mejor que tengo se lo debo, sin duda alguna, a esas pruebas; lo poco que vale el hombre y el historiador que soy es preciso atribuírselo a ellas. De ello he guardado, sobre todo, un sentido profundo de lo que es el pueblo, y un conocimiento del tesoro que posee: *la virtud del sacrificio,* el suave recuerdo de aquellas almas de oro que conocí en las más humildes condiciones.

A nadie debe extrañar que conociendo como nadie los antecedentes históricos de este pueblo, y habiendo además compartido su vida, sienta yo una necesidad imperiosa de veracidad cuando se me habla de él. Cuando los adelantos de mi *Historia* me condujeron a ocuparme de cuestiones actuales, y a echar una mirada a los libros en que eran debatidas, confieso que me sorprendió descubrir que casi todos contradecían mis recuerdos. Entonces cerré los libros y retorné al pueblo hasta donde me fue posible: el escritor solitario se volvió a zambullir en la multitud, escuchó de ella los ruidos, tomó nota de sus voces… Ciertamente era el mismo pueblo; los cambios sólo eran externos; mi memoria no me engañaba… Fui a consultar a los hombres, a escucharlos hablar de su propia suerte, a oír de sus propios labios lo que no se encuentra a menudo en los escritores de mayor brillo: palabras llenas de sentido común.

Esta investigación, comenzada en Lyon hace unos diez años, la proseguí en otras ciudades estudiando con hombres prácticos y espíritus positivos la verdadera situación del campo, tan poco examinada por nuestros economistas. Cuesta trabajo creer todo lo que he reunido en materia de información que no se halla en ningún libro. Después de la conversación con hombres de genio y con sabios especialistas, la del pueblo es ciertamente la más instructiva. Si no se puede conversar con Béranger, Lamennais o Lamartine, hay que ir al campo y hablar con los campesinos. Porque ¿qué se puede aprender con los que están en medio? Por lo que

respecta a los salones, jamás he salido de uno sin sentir el corazón encogido y frío.

Mis diversos estudios de historia me revelaron hechos del mayor interés, que los historiadores callan; por ejemplo, las etapas y las posibilidades de la pequeña propiedad antes de la Revolución. Mi investigación *en vivo* me enseñó igualmente muchas cosas que no figuran en absoluto en las estadísticas. Sólo citaré una que acaso se juzgue insignificante pero que para mí resulta importante y digna de toda atención; a saber, la inmensa adquisición de ropa blanca de algodón que hicieron los hogares pobres hacia 1842, a pesar de que los salarios habían bajado o al menos disminuido de valor por la baja natural del precio de la moneda. Este hecho, significativo de por sí como progreso en favor de la limpieza que está ligada a otras tantas virtudes, lo es más aún en cuanto prueba la estabilidad creciente del hogar y la familia, y la influencia, sobre todo de la mujer, que, ganando poco, no pudo hacer este gasto más que dedicando a él una parte del salario del hombre. En estos hogares la mujer es la economía, el orden y la providencia. Cualquier influencia que ella gane es un progreso en la moralidad.[1]

Este ejemplo no carece de utilidad para mostrar hasta dónde los documentos recogidos en las estadísticas y otras obras de economía, aun suponiendo que fueran exactos, son insuficientes para comprender lo que es el pueblo, porque ofrecen resultados parciales y artificiales, enfocados desde una perspectiva estrecha que se presta a interpretaciones equivocadas.

Los escritores y los artistas, cuyos procedimientos son completamente opuestos a estos métodos abstractos, parecen aportar al estudio del pueblo el sentimiento de la vida. Muchos de ellos, los más eminentes, han abordado este gran tema, y no les ha faltado talento: sus éxitos han sido inmensos. Europa, que desde hace mucho tiene poca inventiva, recibe con avidez los productos de nuestra literatura. Porque los ingleses apenas producen artículos

de revistas; y en cuanto a los libros alemanes, ¿dónde se leen sino en Alemania?

Sería bueno examinar si los libros franceses que tienen tanta popularidad y autoridad en Europa representan verdaderamente a Francia; si no han mostrado ciertas facetas excepcionales, muy desfavorables; si estas pinturas donde casi no se encuentran sino nuestros vicios y fealdades no le han hecho a nuestro país un inmenso daño ante las naciones extranjeras. Porque el talento, la buena fe de los autores, la conocida liberalidad de sus principios, han dado a sus palabras un peso abrumador. De modo que el mundo ha recibido sus libros como un juicio terrible de Francia sobre sí misma.

Francia tiene algo grave contra sí misma: que se muestra desnuda frente a las demás naciones. Éstas, de alguna manera, se mantienen vestidas. Con todo y sus encuestas, con todo y su publicidad, Alemania y aun Inglaterra son comparativamente poco conocidas, y no pueden verse a sí mismas, puesto que no se hallan al centro.

Lo que más se nota en una persona desnuda es tal o cual defecto. Esto es lo primero que salta a la vista, más aún si una mano complaciente coloca sobre él una lente de aumento que lo agiganta, que lo ilumina con una luz atroz, implacable, a tal punto que los accidentes más naturales de la piel resaltan a la vista asombrada.

Esto precisamente le ha ocurrido a Francia. Sus innegables defectos, que la actividad creciente y el choque de los intereses y de las ideas explican suficientemente, han crecido bajo la pluma de sus grandes escritores y se han convertido en monstruos. Por ello Europa la concibe como un monstruo.

Nada sirve tanto, en el mundo político, como *el acuerdo de la gente decente.* Todas las aristocracias: la inglesa, la rusa, la alemana, no tienen más que mostrar una cosa como testimonio contra

Francia; los retratos que hace de sí misma por mano de sus grandes escritores (en su mayoría amigos del pueblo y partidarios del progreso). El pueblo que se pinta así, ¿no es el terror del mundo? ¿Hay suficientes ejércitos, fortalezas, para mantenerlo cercado, bajo vigilancia, hasta que se presente el momento favorable para abatirlo?

Las novelas clásicas, inmortales, que revelan las tragedias domésticas de las clases ricas y acomodadas, han establecido muy sólidamente en el pensamiento de Europa que ya no existe la familia en Francia.

Otros, con un gran talento y fantasmagoría terrible, han dado, como lo que fuera la vida común de nuestras ciudades, la vida de un lugar donde la policía concentra bajo su control a los criminales reincidentes y a los forzados liberados.

Un escritor costumbrista, admirable por su genialidad en el detalle, se entretiene pintando una horrible fonda rural, una taberna astrosa de ladrones, y, bajo este trazo repugnante, escribe atrevidamente una palabra que es el nombre de la mayor parte de los habitantes de Francia.[2]

Europa nos lee con avidez, nos admira, y nos reconoce tal o cual detalle, y de un pequeño motivo concluye que todo es verdad.

Ningún pueblo resistiría una prueba semejante. Esta manía singular de autodenigrarse, de exponer las propias llagas, de ir a buscar la propia vergüenza, les resultaría mortal a la larga. Muchos, lo sé, maldicen de esta manera el presente para desear un porvenir mejor; exageran los males para hacernos gozar más pronto de la felicidad que sus teorías nos auguran.[3] ¡Cuidaos, sin embargo, cuidaos! ¡Ese juego es peligroso! Por lo demás, Europa no se percata de estas astucias. Si nosotros mismos nos decimos despreciables, ella muy bien puede creernos. Italia tenía aún mucha fuerza en el siglo XVI. El país de Miguel Ángel y de Cristóbal Colón no ca-

recía de energía. Pero cuando se proclamó miserable, infame, por la voz de Maquiavelo, el mundo la concibió de acuerdo con su palabra, y marchó sobre ella.

Nosotros, gracias a Dios, no somos Italia, y el día en que el mundo llegara a ponerse de acuerdo para venir a ver de cerca a Francia, sería saludado por nuestros soldados como el más hermoso de ellos. Que les baste a las naciones saber que este pueblo no corresponde en absoluto con sus pretendidas imágenes. No es que nuestros grandes pintores hayan sido siempre infieles, sino que han pintado generalmente detalles excepcionales, aleatorios, el lado oculto de las cosas. Los hechos comunes les parecían demasiado conocidos, triviales, vulgares. Necesitaban causar otros efectos, y a menudo los buscaron en lo que se apartaba de la vida normal. Nacidos en la agitación, en la revuelta, tuvieron la fuerza de la tormenta, de la pasión; emplearon tanto el toque verdadero como el fino y fuerte, pero les faltó, en general, el sentido de la armonía.

Los románticos creyeron que el arte debía nutrirse sobre todo de lo feo. Creían en la efectividad de la fealdad moral en el arte. Les pareció más poético el amor errante que la familia, el robo que el trabajo, y el presidio que el taller. Si hubieran descendido con sus sufrimientos personales a las profundas realidades de la vida de aquella época, habrían visto que la familia, el trabajo y la vida humilde del pueblo, poseen de suyo una poesía santa. No se trata de sentir y mostrar la realidad ocultándose tras bambalinas; allí no hace falta multiplicar los efectos teatrales. Pero sí hay que tener los ojos abiertos a esta dulce luz para ver en lo oscuro, en lo pequeño, en lo humilde. El corazón también ayuda a ver en estos rincones del hogar y en estas penumbras de Rembrandt.

Mientras nuestros grandes escritores dirigieron sus miradas hacia allá, fueron admirables. Pero, generalmente, desviaron su atención hacia lo fantástico, lo violento, lo bizarro, lo excepcional. No se dignaron advertir a los demás que describían lo inusual. Por

ello los lectores, sobre todo los extranjeros, creyeron que pintaban lo que era la norma, y pensaron que este pueblo era así.

Y yo, que salí de él, que he vivido con él, que he trabajado y sufrido con él; que más que ningún otro me he ganado el derecho de decir que lo conozco, me propongo exponer aquí, contra todos, su verdadera personalidad.

Esta personalidad no la he captado de lo superficial, de sus aspectos pintorescos o dramáticos; no la he visto desde afuera, sino que la he experimentado desde adentro. Y en esta experiencia, he comprendido más de una cosa íntima del pueblo que él no comprende. ¿Por qué? Porque estaba en condiciones de rastrearla desde sus orígenes históricos, y de contemplarla desde los tiempos más remotos. Quien se limite al examen del presente, a lo actual, nunca lo comprenderá. Quien se contente con ver lo exterior, con pintar la forma, no podrá siquiera verla, porque para verla realmente, para traducirla con fidelidad, es necesario saber lo que ella encubre. No hay pintura sin anatomía.

No es en este pequeño libro donde puedo enseñar una ciencia semejante. Me bastará ofrecer, suprimiendo todo detalle de método, de erudición y de trabajo preparatorio, algunas observaciones esenciales sobre el estado de nuestras costumbres, así como algunos resultados generales.

Una palabra más sobre esto. El rasgo eminente, capital, que más me impresionó durante el tiempo en que realicé mi largo estudio sobre el pueblo, fue que, más allá de los desórdenes del abandono y los vicios de la miseria, encontraba una riqueza de sentimientos y una calidad humana muy raras en las clases adineradas. Por lo demás, todo el mundo pudo observarlo cuando el cólera: fueron los pobres quienes adoptaron a los niños huérfanos. La facultad de abnegación, la capacidad de sacrificio, es, lo confieso, mi medida para clasificar a los hombres. Quien las posee en más alto grado, es el que más cerca está del heroísmo. Las virtudes superiores

del espíritu, que en parte son resultado de la cultura, no pueden jamás parangonarse con estos atributos soberanos.

A lo anterior suele replicarse que «la gente del pueblo es generalmente poco previsora, y que sigue el instinto de la bondad, el impulso ciego del corazón, porque no mide las consecuencias que acarrea esta actitud». La observación, aun si fuera justa, no destruye en modo alguno lo que se puede observar también de la abnegación constante, del sacrificio infatigable del cual a menudo dan ejemplo las familias trabajadoras, abnegación que no se agota ni con la entera inmolación de una vida, sino que se preserva, frecuentemente, de una generación a otra.

Yo podría contar sobre esto bellas y numerosas historias, pero no viene al caso hacerlo. Sin embargo, amigo mío, la tentación es demasiado fuerte para dejar de contaros una sola: la de mi propia familia. Vosotros no la conocéis, puesto que hablamos más de materias filosóficas o políticas que de nuestra vida personal. Pero ahora cederé a esta tentación. Para mí, rara vez se presenta la ocasión de dar testimonio de los sacrificios heroicos que mi familia ha hecho por mí, y de agradecer a mis antecesores, gente modesta, que guardaron en las sombras sus dones superiores, y que no quisieron vivir sino en mí.

Las dos familias de las que procedo, una picarda y otra de las Ardenas, eran originariamente familias campesinas que alternaban el trabajo del campo con un poco de industria. Siendo muy numerosas (12 y 19 hijos, respectivamente), gran parte de los hermanos y hermanas de mi padre y de mi madre no quisieron casarse para facilitar la educación de algunos de los varones que mandaban al colegio. Éste es un primer sacrificio que debe destacarse.

Particularmente en mi familia materna, las mujeres, todas ellas notables por su sentido del ahorro, su seriedad y su austeridad, se hacían humildes sirvientas de sus hermanos, y para subvencionar los gastos de ellos, permanecían eternamente en la aldea. Y, a pe-

sar de que algunas de ellas no se cultivaron y de que vivían en la soledad a la orilla de los bosques, no por ello dejaban de tener un espíritu muy fino y delicado. Escuché a una de ellas, ya entrada en años, que contaba las antiguas historias de la frontera tan bien como Walter Scott. Lo que tenían en común era una extrema claridad de espíritu y de razonamiento. Entre la parentela había muchos sacerdotes de toda clase: mundanos o fanáticos, pero que carecían de influencia. Nuestras juiciosas y severas señoritas no les daban la menor oportunidad de ejercerla. Les gustaba contar que uno de nuestros tíos abuelos (de nombre Michaud o Paillart) había sido quemado por haber escrito un libro prohibido. El padre de mi padre, que era maestro de música en Laon, juntó sus pequeños ahorros, después del Terror, y se vino a París, donde mi padre era empleado en la imprenta que hacía los billetes. En vez de comprar tierra, como hacían entonces tantos otros, confió lo que tenía a la suerte de mi padre, su hijo mayor, e invirtió todo en una imprenta en medio de las turbulencias de la Revolución. Un hermano y una hermana de mi padre no se casaron para facilitar el arreglo, pero mi padre se casó con una de esas serias señoritas ardenesas de las que acabo de hablar. Yo nací en 1798, en el coro de una iglesia de religiosas, ocupada entonces por nuestra imprenta; ocupada, y no profanada: ¿qué es la prensa, sino el nuevo templo de los tiempos modernos?

Al principio esta imprenta prosperó, alimentada por los debates de nuestras asambleas, por las noticias de las campañas militares y por la vida agitada de aquel tiempo. Pero hacia 1800 sufrió el golpe de la gran supresión de los periódicos. A mi padre sólo se le permitió sacar un diario eclesiástico; pero a esta empresa, iniciada con tantos gastos, se le retiró bruscamente la licencia para otorgársela a un cura a quien Napoleón juzgó seguro y que pronto lo traicionó.

Es muy sabido que este gran hombre fue castigado por los mismos sacerdotes por haber creído que la consagración dé Roma era

mejor que la de Francia, cosa que resultaba clara en 1810. ¿Y sobre quién recayó su despecho…? Sobre la prensa, a la que golpeó con 16 decretos en dos años. Mi padre, semiarruinado en beneficio de los curas, terminó arruinado del todo, expiando la culpa de éstos.

Una mañana recibimos la visita de un señor más comedido de lo que eran generalmente los agentes imperiales, quien nos informó que Su Majestad el emperador había reducido a sesenta el número de los impresores: los más grandes fueron conservados, *los pequeños suprimidos,* pero con una buena indemnización (la que se redujo en definitiva a nada). Nosotros éramos de los pequeños: no se podía sino resignarse, morirse de hambre. Pero, además, teníamos deudas. El emperador no nos otorgaba prórrogas contra los judíos, como lo había hecho con Alsacia. Sólo encontramos un medio: imprimir para nuestros acreedores algunas obras que pertenecían a mi padre. No teníamos obreros, por lo que este trabajo lo hicimos nosotros mismos. Mi padre, que se dedicaba a la gestión exterior del negocio, no podía ayudarnos. Mi madre, enferma, se hizo encuadernadora, y cortó y dobló. Yo, niño aún, componía el texto. Mi abuelo, muy débil y viejo, se dedicó a la dura tarea de la prensa, y con sus manos temblorosas imprimía.

Estos libros que imprimíamos, y que se vendían bastante bien, contrastaban singularmente, por su futilidad, con esos años trágicos de inmensas destrucciones. No eran sino cosas para pasar el rato: juegos, charadas, entretenimientos, acrósticos. No había nada que nutriera el alma de un joven tipógrafo. Pero la esterilidad y el vacío de estas tristes producciones me otorgaban mayor libertad. Creo que jamás he viajado tanto con la imaginación como entonces mientras, inmóvil, trabajaba frente a la caja tipográfica. Cuanto más se animaban mis fantasías espirituales, más rápida era mi mano, más pronto se levantaba la letra… Comprendí desde entonces que los trabajos manuales que no exigen una delicadeza extrema ni gran empleo de fuerza, no son de ninguna manera trabas para el vuelo de la imaginación. He conocido a muchas muje-

res distinguidas que decían no poder pensar bien, ni conversar bien, sino bordando.

Yo tenía 12 años y nada sabía aún, salvo cuatro palabras del latín aprendidas de un viejo librero, ex *magister* de pueblo apasionado por la gramática, hombre de anticuadas costumbres y ardiente revolucionario, que no por ello había dejado de salvar, arriesgando su vida, a los emigrados que detestaba. Al morir, me dejó todo lo que tenía en el mundo: un manuscrito, una notable gramática que quedó incompleta, por no haber podido consagrarle más que 30 o 40 años.

Libre y solitario, entregado a mi albedrío por la indulgencia excesiva de mis padres, era yo pura imaginación. Había leído algunos volúmenes que habían caído en mis manos: una mitología, un libro de Boileau, algunas páginas de la *Imitación de Cristo.*

Ante los problemas extremos, incesantes, de mi familia, con mi madre enferma y mi padre ocupado y alejado, yo no había recibido aún ninguna idea religiosa… ¡Y he aquí que en esas páginas percibí de pronto, en el fondo de este triste mundo, lo que emancipaba de la muerte: la otra vida y la esperanza! La religión así recibida, sin intermediarios humanos, fue decisiva para mí, permaneciendo en mi interior como algo propio, libre y vivo; tan estrechamente mezclado a mi vida, que se alimentó de todo, fortificándose poco a poco con muchísimas cosas dulces y santas, en el arte y en la poesía que equivocadamente se cree le son ajenas.

¿Cómo describir el estado de ensoñación a que me lanzaron esas primeras palabras de la *Imitación*? Yo no leía, yo oía… Como si esa voz dulce y paternal se hubiera dirigido a mí… Veo todavía el gran aposento frío y desamueblado, que de veras me pareció alumbrado por un fulgor misterioso… No pude ir muy lejos en el libro; no comprendí a Cristo, pero sentí a Dios.

La impresión más fuerte de mi infancia, después de ésta, la tuve en el Museo de los Monumentos Franceses, hoy desgraciadamen-

te destruidos. Fue allí, y en ninguna otra parte, donde recibí primero la viva impresión de la historia. Llenaba sus tumbas con mi imaginación, sentí a los muertos a través de los mármoles, y no me producían sino un cierto terror que entraba bajo las bóvedas bajas donde dormían Dagoberto, Chilperico y Fredegunda.

El lugar de mi trabajo, el taller, era casi igual de sombrío. Durante algún tiempo, fue un sótano para la calle en que vivíamos, y planta baja para la calle de atrás que iba por abajo. A veces mi abuelo me hacía compañía, cuando venía, que era muy seguido: era una araña laboriosa que trabajaba cerca de mí y ciertamente más que yo.

Entre las duras privaciones, mucho mayores que las que soportan el común de los obreros, tenía algunas compensaciones: la dulzura de mis padres, su fe en mi futuro, inexplicable verdaderamente cuando se piensa lo poco adelantado de mis estudios. Yo tenía, fuera de las necesidades del trabajo, una extrema independencia de la que no abusaba jamás. Era aprendiz, pero no tenía contacto con gente grosera, cuya brutalidad acaso habría quebrado en mí la flor de la libertad. En la mañana, antes del trabajo, iba donde mi viejo gramático, que me daba cinco o seis líneas de tarea. Aprendí esto: que la cantidad en el trabajo no tiene la importancia que se cree; los niños no aprenden jamás sino un poco todos los días; a la manera de un jarro cuya boca es estrecha, echadles un poco, pues nunca entrará mucho a la vez.

A pesar de mi incapacidad musical, que desolaba a mi abuelo, yo era muy sensible a la armonía majestuosa y real del latín: esa grandiosa melodía itálica me devolvía como un rayo de sol meridional. Yo había nacido como una hierba, sin sol entre dos adoquines de París. Esta atmósfera diferente operó en mí un efecto tan grande que, antes de saber nada de la cantidad y del ritmo docto de las lenguas antiguas, yo había buscado y encontrado, en mis temas, melodías romano-rústicas, como las *prosas* de la Edad

Media. Un niño, por poco que sea libre, sigue necesariamente la ruta que siguen los pueblos niños.

Salvo los sufrimientos de la pobreza, muy grandes para mí en invierno, me es muy grato recordar esa época dedicada al trabajo manual, al latín y a la amistad (por un tiempo tuve un amigo del que hablaré en este libro). Rico de infancia e imaginación, quizá ya de amor no envidiaba nada a nadie. Ya lo he dicho: el hombre por sí mismo no puede conocer la envidia; es necesario que se la enseñen.

Sin embargo, todo se ensombreció. Mi madre sé puso cada vez más enferma, Francia también (¡Moscú, 1813!). Nuestros recursos se agotaron. En nuestra extrema penuria, un amigo de mi padre le propuso colocarme en la Imprenta Imperial. ¡Gran tentación para mis padres! Otros no habrían vacilado, pero la fe había sido siempre grande en nuestra familia: primero la fe en mi padre, a la que todos se habían inmolado; luego la fe en mí; yo debía repararlo todo, salvarlo todo…

Pero si mis padres, obedeciendo a la razón, me hubieran hecho obrero y se hubieran salvado a sí mismos, ¿me habría yo perdido? No, he visto entre los obreros hombres de gran mérito que, en cuanto a espíritu, valen tanto como la gente de letras, y por el carácter mucho más… Pero, de todos modos, ¡qué dificultades habría encontrado!, ¡qué lucha contra la falta de toda clase de medios!, ¡contra la fatalidad del tiempo!… Mi padre sin recursos y mi madre enferma decidieron que yo estudiara, pasara lo que pasara.

Nuestra situación era apremiante. Sin saber métrica, ni griego, entré al cuarto año en el Colegio Carlomagno. Se comprenderá mi confusión al no tener ningún maestro que me ayudara. Tan firme hasta entonces, mi madre se desesperó y lloró. Mi padre se puso a hacer versos latinos, él que no había hecho eso nunca.

En este terrible paso de la soledad a la compañía que se dio de la noche a la mañana, lo mejor que yo tenía era sin duda el profesor, Andrieu d'Albas, hombre de corazón, hombre de Dios; y lo peor eran los camaradas. Me movía en medio de ellos como un búho en pleno día, completamente amedrentado. Me encontraban ridículo, y ahora creo que tenían razón. Entonces pensaba yo que sus burlas eran a causa de mi ropa y mi pobreza; comenzaba a darme cuenta de una cosa: que yo era pobre.

Por ello creí malos a todos los ricos, a todos los hombres; puesto que casi todos eran más ricos que yo. Caí en una misantropía inusual en los niños. En el Maras, el barrio más desierto de París, buscaba las calles vacías… Con todo, a pesar de esta antipatía excesiva por la especie humana, quedaba algo de bueno: no sentía yo ninguna envidia.

El placer más grande que reanimaba mi corazón era, en domingo o en jueves, leer dos o tres veces seguidas un canto de Virgilio, un libro de Horacio que poco a poco memorizara; de otras cosas jamás pude aprender nada de memoria.

Recuerdo que en esta desgracia total, llena de privaciones en el presente y de temores en el futuro, con el enemigo a dos pasos (¡1814!), y con enemigos personales burlándose de mí a diario, un jueves por la mañana, en que me agazapé dentro de mí, sin fuego (la nieve lo cubría todo), sin saber si tendría pan en la noche, con la impresión de que todo se acababa para mí, tuve, sin ninguna mezcla de esperanza religiosa, un sentimiento del más puro estoicismo. Con la mano reventada por el frío, golpeé sobre mi mesa de encino (que siempre he conservado), y sentí una alegría viril de juventud y de porvenir.

Decidme, amigo mío, ¿qué es lo que yo podría temer ahora? Yo, que he muerto tantas veces, dentro de mí mismo y en la historia, ¿qué es lo que podría desear? … Dios me ha dado, por la historia, el participar en todas las cosas. La vida no tiene sobre mí sino un

punto de partida: el que sentí el 12 de febrero último, alrededor de treinta años después. Me hallaba en un día como cualquier otro cubierto de nieve, frente a la misma mesa.

De pronto una cosa me asaltó el corazón: «Tú tienes calor, los otros tienen frío… esto no es justo… ¡Oh!, ¿quién resolverá esta cruel desigualdad?». Entonces, mirando esa mano que desde 1813 ha conservado las huellas del frío, me dije para consolarme: «Si tú trabajaras con el pueblo, no trabajarías para él… Ve, pues: si tú das a la patria su historia, yo te absolveré de ser feliz».

Vuelvo al asunto. Mi fe no era absurda, se fundaba en la voluntad. Yo creía en el futuro, puesto que yo mismo lo construía. Mis estudios terminaron bien y rápido.[4] Tuve la suerte, al acabarlos, de escapar de dos influencias que perdían a los jóvenes: la de la escuela doctrinaria, majestuosa y estéril, y la de la literatura industrial, cuyos textos, apenas resucitados, acogían entonces fácilmente los más lamentables ensayos.

Yo no quería vivir de mi pluma. Quería un verdadero oficio; escogí el que mis estudios me facilitaban: la enseñanza. Pensaba entonces, como Rousseau, que la literatura debe ser una cosa privada, el gran lujo de la vida, la flor interior del alma. A veces constituía para mí una gran felicidad en la mañana, una vez dadas mis lecciones, vuelto a mi barriada cerca del Père-Lachaise, leer perezosamente todo el día a los poetas, a Homero, Sófocles, Teócrito, y en ocasiones a los historiadores. Con uno de mis antiguos camaradas y de mis más queridos amigos, Poret, que hacía las mismas lecturas, cotejaba los libros, durante nuestros largos paseos en el bosque de Vincennes.

Esta vida sin preocupaciones duró casi diez años, durante los cuales yo no pensaba que habría de escribir algún día. Enseñaba, al mismo tiempo, lenguas, filosofía e historia. En 1821 un concurso me hizo profesor en un colegio. En 1827, dos obras que aparecieron simultáneamente, mi *Vico* y mi *Manual de historia moderna,*

me hicieron profesor en la Escuela Normal.[5] La enseñanza me sirvió mucho. La terrible prueba del colegio cambió mi carácter: me tornó cerrado y reservado, tímido y osado. Casado joven, y viviendo en una gran soledad, deseaba cada vez menos la sociedad de los hombres. Pero la que encontré en mis alumnos, en la Escuela Normal y en otras partes, reabrió mi corazón, lo dilató. Esas jóvenes generaciones, amables y confiadas, que creían en mí, me reconciliaron con la humanidad. Me sentía, eso sí, trastocado y a menudo entristecido al verlas irse tan rápidamente. Apenas me encariñaba con ellos cuando se alejaban. Allí están hoy todos dispersos, y muchos, ¡tan jóvenes!, muertos. Pocos me han olvidado. En cuanto a mí, vivos o muertos, no los olvidaré jamás.

Me hicieron, sin saberlo, un servicio inmenso. Si como historiador tengo un mérito especial que me sostiene al lado de mis ilustres predecesores, se lo debo a la enseñanza que para mí fue la amistad. Algunos grandes historiadores fueron brillantes, juiciosos, profundos. Yo he amado más. También he sufrido más. Las pruebas de mi infancia siempre están presentes en mí; he conservado la experiencia del trabajo, de una vida áspera y laboriosa: he seguido siendo pueblo.

Lo decía hace un momento: crecí como hierba entre dos adoquines, pero esta hierba ha preservado su savia, lo mismo que la de los Alpes. Mi desierto en el propio París, mis estudios libres y mis libres enseñanzas (siempre libres y en todas partes los mismos), me agrandaron pero sin cambiarme. Casi siempre los que suben se pierden, puesto que se transforman, se tornan híbridos, bastardos, pierden la originalidad de su clase, sin ganar la de la otra. Lo difícil no es subir sino, al hacerlo, seguir siendo uno mismo.

Hoy a menudo se compara el ascenso del pueblo y su progreso con la invasión de los *bárbaros.* Me gusta la palabra, la acepto… *¡Bárbaros!* Sí, es decir, llenos de savia nueva, viva y rejuvenecedora. *Bárbaros,* es decir, viajeros en marcha hacia la Roma del porve-

nir, sin duda caminando lentamente, avanzando un poco en cada generación, deteniéndose tan sólo en la muerte; otros tomarán su lugar.

Nosotros, bárbaros diferentes, tenemos una ventaja natural: si las clases superiores poseen la cultura, nosotros poseemos mucho más calor vital. Ellas no viven la descarga, la intensidad, la aspereza y la conciencia en el trabajo. Sus elegantes escritores, verdaderos niños mimados del mundo, parecen deslizarse sobre las nubes, o bien, orgullosamente excéntricos, no se dignan contemplar la tierra; ¿cómo podrían fecundarla? Esta tierra pide beber el sudor del hombre, impregnarse de su calor y de su viva virtud. Nuestros bárbaros se lo prodigan y ella los ama. Ellos, por su parte, aman infinitamente y demasiado, entregándose a veces al detalle con la santa cortedad de Alberto Durero, o con el pulido excesivo de Juan Jacobo, que no oculta suficientemente el arte; por ello ponen en peligro el conjunto. No hay que culparlos demasiado: es el exceso de voluntad, la sobreabundancia de amor, a veces la exuberancia de savia, de una savia mal dirigida, atormentada, que se daña a sí misma, que quiere dar todo a la vez: las hojas, los frutos y las flores, y que al hacerlo tuerce las ramitas.

Estos defectos de los grandes trabajadores a menudo se encuentran en mis libros, que, en cambio, no tienen sus cualidades. ¡No importa! los que obran con la savia del pueblo, no dejan de aportar, en el arte, un grado nuevo de vida y de remozamiento, o al menos, un gran esfuerzo. Ellos se proponen, generalmente, objetivos más inalcanzables, más lejanos, que los otros; consultan, más que sus fuerzas, su corazón. ¡Que éste sea mi aporte para el porvenir: no haber alcanzado, pero sí marcado, el objetivo de la historia, y haberla llamado con un nombre que nadie había pronunciado! Thierry veía en ella una *narración,* y para Guizot era un *análisis.* Yo la he llamado *resurrección,* nombre que conservará.

¡Quién más severo que yo para hacer la crítica de mis libros! El público me ha tratado demasiado bien. Se pensará que no veo la

imperfección de la obra que ahora doy a conocer.

—¿Por qué entonces —me preguntan— publica usted? ¿Tiene gran interés en hacerlo?

—¿Un solo interés? No, muchos, como usted habrá de ver. Para comenzar, pierdo muchas de mis amistades. Además, me privo de una posición tranquila, totalmente conforme a mis gustos. Finalmente, aplazo mi gran libro, el monumento de mi vida.

—¿Para entrar en la vida pública, según parece?

—Jamás. ¡Yo me he juzgado! Para ello no tengo ni la salud, ni el talento, ni sé manejar a los hombres.

—Y entonces, ¿por qué?

—Si usted quiere saberlo todo, se lo diré.

Hablo porque nadie hablaría en mi lugar. No porque no haya una multitud de hombres más capaces de hacerlo; pero ellos están llenos de amargura y odio. En cuanto a mí, yo amaba todavía… Quizá también conocía mejor los antecedentes de Francia; yo vivía de su gran vida eterna, y no de sus momentos. Lleno de simpatías, muerto de intereses, abordaba los problemas con el desinterés de los muertos.

Sufría, por lo demás, mucho más que cualquier otro, el divorcio deplorable que se intenta establecer entre los hombres y entre las clases, yo que en mí las tengo todas.

La situación de Francia es tan grave que no era posible vacilar. No deseo exagerar las posibilidades de un libro; se trata del deber, de ninguna manera del poder.

¡Pues bien!, yo veo a Francia descender hora tras hora; hundirse en el abismo como la Atlántida. Mientras nosotros nos querellamos, este país se va a pique. ¡Quién no ve, de oriente a occidente, una sombra de muerte pesar sobre Europa; cada día hay menos sol, Italia ha perecido, Irlanda ha perecido, Polonia ha perecido!… ¡Alemania quiere perecer!… ¡Oh, Alemania, Alemania!…

Si Francia muriera de muerte natural, si su hora hubiese llegado, quizá yo me resignaría; haría como el viajero en el barco que va a zozobrar; me cubriría la cabeza y me encomendaría a Dios… Pero la situación no es ésta en absoluto; esto es lo que me indigna. Nuestra ruina es absurda, ridícula, y no proviene sino de nosotros mismos. ¿Quién posee la literatura que domina aún el pensamiento europeo? Nosotros, a pesar de lo debilitados que estamos. ¿Quién tiene un ejército? Nadie más que nosotros. Inglaterra y Rusia, dos gigantes débiles e hinchados, ilusionan a Europa. ¡Grandes imperios, pueblos débiles!… ¡Que, por un instante, Francia se yerga única; ella es fuerte como el mundo! Lo primero es que antes de la crisis[6] tenemos que reconocernos bien, para no ser llevados, como en 1792, como en 1815, a cambiar de frente, de maniobra y también de sistema, en presencia del enemigo.

Lo segundo es que hemos de confiar en Francia, y de ningún modo en Europa.

Eloy, cada uno busca sus amigos en otra parte:[7] el político, en Londres; el filósofo, en Berlín; el comunista dice: nuestros hermanos los cartistas. Sólo el campesino ha guardado la tradición salvadora: un prusiano, para él, es un prusiano; un inglés es un inglés. Su buen sentido ha tenido razón, ¡en contra de todos ustedes, seres humanitarios! Vuestra amiga Prusia y vuestra amiga Inglaterra brindaron ayer en Francia a la salud de Waterloo. ¡Hijos, hijos, yo os lo digo: subid a una montaña que sea suficientemente alta, mirad a los cuatro vientos y no veréis otra cosa que enemigos!

Tratad, pues, de entenderos. Esforcémonos porque la paz perpetua que algunos os prometen (¡mientras los arsenales echan humo!… ved el humo negro sobre Cronstadt y sobre Portsmouth) sea aplicada primero entre nosotros. Estamos divididos, sin duda, pero Europa nos cree más divididos de lo que estamos. He aquí lo que la enardece. Lo que tengamos que decirnos, por duro que sea, digámoslo, volquemos nuestro corazón, no ocultemos nada de los males, y busquemos de una vez por todas los remedios.

¡Un solo pueblo! ¡Una sola patria! ¡Una sola Francia!… No construyamos jamás dos naciones, os lo ruego. Sin unidad pereceremos. ¿Cómo no lo sentís?

Franceses de toda condición, de toda clase, de todo partido, retened bien una cosa: no tenéis en esta tierra más que un amigo seguro: Francia. Sobre vuestras vidas pesará siempre, frente a la coalición siempre subsistente de las aristocracias, un crimen: el de haber querido liberar al mundo hace 50 años. Ellas no lo han perdonado, y no lo perdonarán. Seréis siempre un peligro para ellas. Podéis distinguiros entre vosotros por diferentes nombres de partidos, pero como franceses estáis condenados en conjunto. Ante Europa, sabedlo, Francia no tendrá jamás sino un solo nombre, inexpiable, su verdadero nombre eterno: ¡la Revolución!

24 de enero de 1846

Primera parte

De la servidumbre y del odio

I. Servidumbres del campesino

Si quisiéramos conocer el pensamiento íntimo, la pasión del campesino francés, el asunto sería fácil. Pasemos un domingo en el campo, y sigámosle. Vedlo cómo va, allá, delante de nosotros. Son las dos de la tarde; su mujer fue a víspera; él va endomingado: estoy seguro de que va a ver a su amante.

¿A qué amante? A su tierra. No digo que se dirija directamente hacia ella. No, es su día libre y puede ir a donde quiera. ¿Acaso no es suficiente con ir allá todos los días? Por eso da un rodeo, acude a otras partes, hace cosas en otros lados… Y, sin embargo, va para allá.

Es verdad que estaba cerca de ahí, lo que lo motivaba a entrar. Aunque la mira, al parecer no entrará; ¿qué podría hacer ahí? Sin embargo, entra.

Lo más probable es que no trabaje: anda endomingado, de camisa blanca. Con todo, nada impide arrancar la mala hierba y arrojar lejos una piedra. Cierto que está ese molesto tocón, pero como no trae su pico, mañana se encargará de ello.

Entonces cruza los brazos y se detiene; observa, serio, preocupado. Observa mucho tiempo, largamente, y parece olvidarse de todo. Al final, si se siente observado, si advierte a alguien pasar, se aleja a paso lento. A los 30 pasos se detiene, se vuelve, y echa una última mirada a su tierra, una mirada profunda y sombría, pero que, para quien observa con cuidado, es absolutamente apasionada: es puro corazón, es la mirada de un devoto.

Si esto no es el amor, ¿en qué otro signo podríais reconocerlo en este mundo? Es él; no os riáis… Para producir, la tierra así lo quiere; de otro modo nada daría esta pobre tierra de Francia, casi sin ganado y sin abono. Produce porque es amada.

La tierra de Francia pertenece a 15 o 20 millones de campesinos que la cultivan; la tierra de Inglaterra, a una aristocracia de 32 mil personas que la hacen cultivar.[8]

Los ingleses, al no tener las mismas raíces en la tierra, emigran a donde hay ganancia. Ellos dicen *país;* nosotros decimos *patria.*[9] Entre nosotros, el hombre y la tierra están ligados, y no se abandonan; entre ellos existe un matrimonio legítimo, en la vida y en la muerte. El francés ha desposado a Francia.

Francia es una tierra de equidad. Generalmente, en casos dudosos, ha adjudicado la tierra a quien la trabajaba.[10] Inglaterra, al contrario, se ha pronunciado por el señor, y ha expulsado al campesino; la tierra es cultivada por obreros.

¡Qué profunda diferencia moral! Que la propiedad sea grande o sea pequeña, enaltece el corazón. A quien no se le respeta por sí mismo, se le respeta y estima por su propiedad. Este sentimiento se suma al justo orgullo que da a este pueblo su incomparable tradición militar. Tomad al azar, de la muchedumbre, a un pequeño jornalero que posea un vigésimo de arpende,[11] y no encontraréis en él los sentimientos del jornalero, del mercenario: es un propietario, y un soldado (lo ha sido, y podría serlo mañana): su padre sirvió en *la grande armée.*[12]

La pequeña propiedad no es nueva en Francia. Muchos piensan equivocadamente que se constituyó últimamente, durante la crisis; que es un accidente de la Revolución. Esto es un error. La Revolución encontró este proceso muy avanzado, ella misma surgió de él. En 1785 un excelente observador, Arthur Young, se maravilló y se asustó al ver aquí la tierra tan *dividida.* En 1738, el abate de Saint-Pierre hizo notar que en Francia «los jornaleros tienen casi

todos su jardín o algún pedazo de viña o de tierra».[13] En 1697 Boisguillebert deploraba que los pequeños propietarios, bajo el reinado de Luis XIV, se viesen obligados a vender gran parte de los bienes que habían llegado a adquirir en los siglos XVI y XVII.

Esta gran historia, tan poco conocida, presenta el siguiente carácter singular: en los tiempos más difíciles, en los momentos de pobreza universal en que aun el rico es pobre y vende por obligación, el pobre está en posibilidades de comprar; al no presentarse ningún comprador, el campesino harapiento llega con su moneda de oro, y adquiere un pedacito de tierra.

Extraño misterio; este hombre ha de tener un tesoro escondido… Y en efecto tiene uno: el trabajo persistente, la sobriedad y el ayuno. Como patrimonio, Dios parece haberle dado a esta indestructible raza el don de trabajar, de combatir —de ser necesario sin comer— y de vivir con esperanza y denodada alegría.

A los momentos de desastre en que el campesino pudo adquirir tierra barata, siguió siempre un impulso súbito de fecundidad, que no se explicaba. Hacia 1500, por ejemplo, cuando Francia, agotada por Luis XI, estaba a punto de arruinarse en Italia, la nobleza que sale se ve obligada a vender; pero la tierra, al pasar a nuevas manos, reflorece repentinamente: se trabaja, se construye. A ese bello momento se le llama (en el estilo de la historia monárquica) *el buen Luis XII.*

Desgraciadamente este periodo dura poco tiempo. Apenas la tierra vuelve a hallarse en buen estado, cuando el fisco se apodera de ella; llegan las guerras religiosas, que parecen arrasar hasta el mismo suelo;[14] ¡miserias horribles, hambrunas atroces en que las madres se comían a sus hijos!… ¿Quién esperaba entonces que el país pudiera levantarse? Sin embargo, apenas terminada la guerra, en ese campo arrasado, en esa choza aún renegrida y chamuscada, el campesino comienza a abonar y a comprar. En diez años, Francia cambia de rostro. En veinte o treinta todos los bienes han du-

plicado o triplicado su valor. A este otro momento, bautizado con el nombre de un rey, se le da el nombre de *el buen Enrique IV* y «el gran Richelieu».

¡Qué bello movimiento! ¿Podría algún corazón humano dejar de participar en él? ¿Por qué entonces sucede que esta fuerza siempre se detiene y que tantos esfuerzos, apenas recompensados, lleguen casi a perderse? Detrás de las palabras *el pobre ahorra, el campesino compra,* simples palabras que se dicen tan rápido, ¿sabemos en verdad todo lo que implican de trabajo, de sacrificio, de mortales privaciones? La frente nos suda cuando observamos en detalle las diversas vicisitudes, los éxitos y las caídas de esta lucha empecinada, cuando vemos el esfuerzo invencible con que este hombre miserable ha asido, soltado y retomado la tierra de Francia… Como el pobre náufrago que toca la ribera y a ella se aferra, pero al que siempre la ola lo vuelve a llevar mar adentro, que vuelve a asirse y a soltarse, pero que no deja por ello de aferrarse a la roca con las manos sangrantes. Este movimiento, es menester decirlo, se frenó o se detuvo hacia 1650. Los nobles que habían vendido sus bienes encontraron la manera de volver a comprar a un precio ridículo. En el momento en que nuestros ministros italianos, Mazarino, Emeri, duplicaban el monto de los impuestos, los nobles que llenaban la Corte obtuvieron fácilmente la exención, de modo que el fardo, pescándolo doble, cayó a plomo sobre las espaldas de los débiles y de los pobres que se vieron obligados a vender o a dar la tierra apenas adquirida, y a volver a ser mercenarios, pequeños arrendatarios, aparceros o jornaleros. ¡Y por medio de qué increíbles esfuerzos pudieron de nuevo, a través de las guerras y las bancarrotas del gran rey y del regente, conservar o retomar las tierras que, según se vio, habían de encontrarse de nuevo en sus manos en el siglo XVIII, es algo que no se explica!

Yo les ruego y les suplico a quienes nos dictan las leyes o las aplican, que estudien en detalle la funesta reacción de Mazarino y de Luis XIV en las páginas llenas de indignación y de dolor con-

signadas por un gran ciudadano: Pesant de Boisguillebert.[15] Ojalá que esta historia les sirva de advertencia, en un momento como el que vivimos, en que tantas influencias trabajan, se obstinan en detener la obra capital de Francia: la adquisición de la tierra por el trabajador.

Especialmente nuestros magistrados tienen que estar muy claros sobre esto y pertrechar su conciencia porque una artimaña los asedia. Los grandes propietarios, sacados de su apatía natural por los hombres de leyes, se han lanzado últimamente a mil procesos injustos. Contra los municipios y contra los pequeños propietarios se ha formado, de hecho, toda una especialidad de abogados anticuados que trabajan coludidos en el falseamiento de la historia, para engañar a la justicia. Ellos saben que raramente los jueces van a tener tiempo para examinar sus mendaces obras, y que aquellos a quienes atacan carecen casi siempre de títulos en regla. Los municipios, sobre todo, los tienen mal conservados, o no los han tenido jamás. ¿Por qué? Justamente porque su derecho es a menudo muy antiguo y de una época en que la gente confiaba en la tradición.

En todas las regiones fronterizas, particularmente,[16] los derechos de la gente pobre son tanto más sagrados cuanto que sin ellos nadie habría habitado zonas tan peligrosas; la tierra hubiera sido allí mero desierto, y no habría ni pueblo ni cultura. ¡Y resulta que hoy, en una época de paz y seguridad, se les viene a disputar la tierra precisamente a aquellos sin los cuales la tierra no existiría! Se les piden sus títulos: esos títulos que están enterrados; son los huesos de sus abuelos los que custodiaron la frontera, y que aún ocupan esa línea sagrada.

Hay en Francia más de una región donde el labrador tiene sobre la tierra un derecho que, ciertamente, es el primero de todos: el que proviene de haberla creado. No hablo en sentido figurado. Mirad esas rocas calcinadas, esas áridas alturas del Mediodía; allí, os pregunto, ¿dónde estaría la tierra sin el hombre? En estos luga-

res, la propiedad la encarna el propietario. Está en el brazo infatigable que pica las piedras todo el día, y mezcla el polvo con un poco de humus. Está en la recia espalda del labrador, que desde la parte más baja de la pendiente vuelve siempre a subir por su campo erosionado. Está en la docilidad, en el ardor paciente de la mujer y del niño que empujan el arado tirado por un asno, cosa penosa de ver. La naturaleza misma se compadece. Entre roca y roca se oferta el pequeño viñedo. El castaño sin tierra se mantiene abrazando la roca viva con sus raíces; ¡sobrio y valeroso vegetal, parece vivir del aire, y, como su amo, producir ayunando![17]

Sí, el hombre crea la tierra; ello se puede decir incluso de las regiones menos pobres. ¡No lo olvidemos jamás si queremos comprender cuánto la ama y con qué pasión! Tengamos presente que durante siglos las generaciones han puesto en ella el sudor de los vivos, los huesos de sus muertos, sus ahorros, su alimento… ¡Esta tierra, donde el hombre ha depositado por tan largo tiempo lo mejor del hombre, su savia y su sustancia, su esfuerzo y su virtud, bien siente él que es una tierra humana, y la ama como a una persona!

La ama, y para adquirirla lo acepta todo, ¡incluso no verla más! Emigra y se aleja, si es necesario, sostenido sólo por este pensamiento y por su recuerdo. ¿O qué suponéis que sueña, a vuestra puerta, sentado sobre un pretil, ese recadero saboyano? Sueña con su pequeño cultivo de centeno, con su escuálida pastura que al regresar adquirirá en la montaña. ¿Para ello necesita diez años? ¡No importa!…[18] ¡El alsaciano, para tener tierra en siete años, vende su vida, va a morir a África![19] Para poseer algunos metros de viña, la mujer de Borgoña aparta su seno de la boca de su hijo, coloca en su lugar la de un niño extraño, y desteta al suyo demasiado pronto: «¡Vivirás —le dice el padre— o morirás, hijo mío, pero si vives, tendrás tierra!».

¿No es esto una cosa muy dura de decir, casi impía? Consideremos bien esto antes de decidir. «Tú tendrás tierra —quiere decir

—: ¡tú no serás un mercenario que se toma y que se despide mañana; tú no serás siervo por tu alimento cotidiano, serás libre… !». «¡Libre!». Gran palabra que engloba, en efecto, toda la dignidad humana: ninguna virtud existe sin la libertad. Los poetas hablaron a menudo de las atracciones del agua, de las peligrosas fascinaciones que atraían al pescador imprudente. ¡Más peligrosa, si cabe, es la atracción que ejerce la tierra! Grande o pequeña, tiene de extraño, y de atrayente, el estar siempre incompleta, y el pedir siempre que se agrande. ¡Falta allí muy poco, ese pedazo solamente, o, menos aún, ese rincón!… ¡Ahí está la tentación!: redondear, comprar, pedir prestado. «Junta si puedes, pero no tomes prestado», dice la razón. Pero eso es muy largo; y la pasión dice: «¡Toma prestado!». El propietario, hombre tímido, no se siente inclinado a prestar, aun cuando el campesino le muestre una tierra bien saneada y que hasta entonces no debe nada, tiene miedo de que del suelo surjan —así son nuestras leyes— una mujer o un pupilo, cuyos derechos superiores puedan llevarse todo el valor de la prenda. Así, él no se atreve a prestar. ¿Quién prestará? ¿El usurero del lugar, o el hombre de leyes que tiene todos los papeles del campesino, que conoce sus negocios mejor que él, que sabe que no arriesga nada, y que querrá, por amistad, prestarle? ¡No! Hacerle prestar, ¡a «siete», a «ocho», a «diez»! ¿Aceptará el campesino este dinero funesto? Muy rara vez estará su mujer de acuerdo con ello. Si consultara a su abuelo, éste no se lo aconsejaría. Sus antepasados, nuestros viejos campesinos de Francia, tampoco lo habrían hecho. Raza humilde y paciente, nunca contaban sino con su ahorro personal, con ese centavo que restaban de su alimento, con esa pequeña moneda que a veces habían salvado, volviendo del mercado, y que esa misma noche iba (como aún se puede ver) a dormir con sus hermanas en el fondo de una olla enterrada en la bodega.

Pero el campesino de hoy ya no es ese hombre; tiene el corazón más en alto: ha sido soldado. Las grandes cosas que ha vivido en

este siglo lo han habituado a creer, sin dificultad, en lo imposible. Esta adquisición de tierra, para él, es un combate; como ir a la carga, y no retrocederá. Es su batalla de Austerlitz; y la ganará; la pasará mal, lo sabe; pero ha visto cosas peores *bajo el Antiguo.*[20]

Si combatió con arrojo cuando no tenía nada que ganar sino balas, ¿creéis que flaquearía en este combate contra la tierra? Seguidle antes del amanecer: lo encontraréis trabajando, a él, a los suyos y a su mujer, que acaba de dar a luz y trabaja en la tierra húmeda. Al mediodía, cuando las rocas se rajan, cuando el plantador colonial deja descansar a su negro, nuestro negro voluntario no descansa. ¡Ved su comida, y comparadla con la del obrero: éste come mejor entre semana que el campesino el día domingo!

Este hombre heroico cree poderlo todo con la grandeza de su voluntad, ¡incluso suprimir el tiempo! Pero, claro, en esto no es como en la guerra: el tiempo no puede suprimirse; y pesa; y la lucha perdura, y se prolonga entre la usura, que el tiempo acumula, y la fuerza del hombre, que decrece. La tierra le rinde dos, y la usura le pide ocho; es decir, la usura combate contra él como cuatro hombres contra uno. Cada año de interés se roba cuatro años de trabajo.

¡Extrañaos ahora si este francés, este reidor, este cantor de antaño, ya no ríe hoy! ¡Extrañaos, si, encontrándole en la tierra que lo devora, lo halláis tan sombrío!… Vosotros pasáis, lo saludáis cordialmente; él no quiere veros, hunde su sombrero sobre sus ojos. No le preguntéis por el camino; bien podría, si os responde, indicaros un camino equivocado.

Así, el campesino se aísla y se torna cada vez más agrio. Tiene el corazón demasiado contrito para abrirlo a algún sentimiento de benevolencia. Odia al rico, odia a su vecino, odia al mundo. Solo, en su miserable propiedad, como en una isla desierta, se convierte en un salvaje. Su insociabilidad, nacida del sentimiento de su miseria, es irremediable; le impide congeniar con aquellos que debe-

rían ser sus socios y amigos naturales:[21] los demás campesinos. Antes moriría que dar un paso hacia ellos. Por otra parte, el habitante de las ciudades se guarda mucho de acercarse a este hombre huraño; casi le tiene miedo: «El campesino es malo, rencoroso, es capaz de todo… No hay ninguna seguridad teniéndolo de vecino». Así, cada vez más las gentes acomodadas se alejan de él; pasan algún tiempo en el campo, pero no viven allí permanentemente; su domicilio está en la ciudad. Le dejan el campo libre al banquero de la aldea, al hombre de leyes, confesor oculto de todos, que gana con todos. «Yo no quiero tener nada más que ver con toda esa gente —dice el propietario—; el notario arreglará todo; yo me remito a él; él contará conmigo, y adjudicará, otorgará y renegociará como quiera el arrendamiento». El notario, en muchos lugares, se convierte así en el único arrendatario, en el único intermediario entre el propietario rico y el labrador. Gran desgracia para el campesino. Para escapar a la servidumbre del propietario que generalmente sabía esperar, y dejaba que se le pagara largo tiempo con promesas, el campesino ha tomado por amo al hombre de leyes, al hombre de dinero que no conoce sino los vencimientos de pagos.

La malquerencia del propietario no deja de tener justificación dentro de su hogar, en las palabras de los piadosos personajes que recibe su mujer. El materialismo del campesino es el tema ordinario de sus lamentaciones: «¡Tiempos impíos —dicen—, raza material! ¡Esa gente no ama sino la tierra! ¡Es toda su religión! ¡No adoran sino el estiércol de su campo!… ». Desgraciados fariseos: si esta tierra sólo fuera tierra, ellos no la comprarían a esos precios descabellados; ella no los arrastraría a esos extravíos, a esas ilusiones. A vosotros, hombres del espíritu, desapegados a lo material, nadie os podría pillar: calculáis al centavo lo que una parcela da en trigo o en vino. En cambio, el campesino le otorga un precio infinito… de imaginación; es él quien valora demasiado al espíritu; es él el poeta… En esta tierra sucia, ínfima y oscura, él ve, distinta-

mente, relucir el oro de la libertad. La libertad, para quien conoce los vicios obligados del esclavo, es la *virtud posible.* Una familia que, de mercenaria, se convierte en propietaria, se respeta, se eleva en su propia estima, y hela allí cambiada: cosecha de su tierra un acervo de virtudes. La sobriedad del padre, la economía de la madre, el trabajo denodado del hijo, la castidad de la hija, todos estos frutos de la libertad, ¿acaso son, os pregunto, bienes materiales, y tesoros que alguien pueda pagar demasiado caro?[22]

¡Hombres del pasado, que os decís hombres de fe: si vosotros lo fuerais verdaderamente, reconoceríais que fue la fe la que en nuestros tiempos, por el brazo de este pueblo, defendió la libertad del mundo contra el mundo mismo! No habléis más, os ruego, de la caballería. Fue toda una caballería, y la más orgullosa, la de nuestros campesinos-soldados… Se dice que la Revolución suprimió la nobleza; pero sucedió todo lo contrario: ¡ella engendró 34 millones de nobles!… Un emigrado invocaba una vez la gloria de sus antepasados; un campesino, que había ganado batallas, le dijo: «¡Yo soy un antepasado!».

Este pueblo es noble, después de estas grandes cosas; en cambio, Europa sigue siendo plebeya. Pero es necesario que defendamos seriamente esta nobleza: está en peligro. Si se convirtiera en siervo del usurero, el campesino no sólo sería miserable, sino más chico de corazón. Un triste deudor, inquieto, medroso, que teme encontrar a su acreedor y que se oculta, ¿creéis que conserva mucha valentía? ¿Qué sería de una raza así educada así bajo el terror de los judíos, y cuyas emociones serían las de la coacción, las del embargo y de la expropiación?

Es necesario que cambien las leyes; es necesario que el derecho afronte esta alta necesidad política y moral.

Si fuerais alemanes o italianos, yo os diría: «Consultad a los legistas, no tenéis más que observar las reglas de la equidad civil». Pero vosotros sois la Francia; no sois una nación solamente, sois

un principio, un gran principio político que hay que defender a cualquier precio. Como principio, os es necesario vivir. ¡Vivid, pues, para la salvación del mundo!

Al estar en el segundo lugar por la industria, estáis en el primero, en Europa, por esa vasta y profunda legión de campesinos propietarios soldados, la base más sólida que haya tenido nación alguna desde el Imperio romano. De aquí la grandeza de Francia en el mundo; de aquí que sea buscada y mirada por el mundo con temor y esperanza. Porque, ¿qué es sino el ejército del porvenir, en el día en que vendrán los bárbaros?

Lo que más tranquiliza a nuestros enemigos es que esta gran Francia muda, la que subyace, está desde hace largo tiempo dominada por una pequeña Francia bulliciosa y revoltosa. Ningún gobierno, desde la Revolución, se ha preocupado por el campo. La industria, hermana menor de la agricultura, ha hecho que se olvide a su hermana mayor. La Restauración favoreció a la propiedad, pero a la gran propiedad. Napoleón mismo, tan apreciado por el campesino por su comprensión, comenzó por suprimir el impuesto sobre la renta que afectaba al capitalista y que aliviaba a la tierra; e hizo borrón de las leyes hipotecarias que la Revolución había establecido para darle dinero al labrador.

Hoy gobiernan el capitalista y el industrial. La agricultura, que abarca poco más de la mitad de nuestros ingresos, no posee en nuestros gastos sino una centésimo octava parte. La teoría económica tampoco la trata mucho mejor que la administración: se ocupa sobre todo de la industria y de los trabajadores industriales. Varios de nuestros economistas, cuando dicen «el trabajador», se refieren al obrero, olvidándose de 24 millones de trabajadores agrícolas.

Y sin embargo el campesino no es sólo la parte más numerosa de la nación, sino también la más fuerte, la más sana, y, poniendo en una buena balanza lo físico y lo moral, en conjunto, la mejor.[23]

A pesar del debilitamiento de sus creencias que lo sostuvieron antaño, abandonado a sí mismo, entre la antigua fe que ya no tiene y la luz moderna que no se le otorga, conserva como sostén el sentimiento nacional, la gran tradición militar, y algo del honor del soldado. Sin duda él es interesado y duro en los negocios; ¿quién podría criticarlo, sabiendo lo que sufre?… Tal como es, sea lo que fuere que se le pueda reprochar a veces, comparadlo, os lo ruego, en su vida cotidiana, con vuestros mercaderes que mienten todo el día, o con la turba de los manufactureros.

Hombre de la tierra que a ella entrega su vida, parece hecho a su imagen. Como ella, es ávido; la tierra jamás dice ¡basta! Él es obstinado como ella, que es firme y tenaz; según su ejemplo, no es menos paciente que ella; es indestructible: todo cambia, sólo él permanece… ¿Llamáis a todo eso defectos? ¡Vamos!, ¡si no los tuviera, desde hace mucho vosotros ya no tendríais ninguna Francia!

¿Queréis juzgar a nuestros campesinos? ¡Miradlos, entonces, de regreso del servicio militar! Veréis a esos soldados terribles, los primeros del mundo, que recién llegados de África, de la guerra de los leones, se ponen dulcemente a trabajar entre sus hermanas y sus madres, y retoman la vida de sus padres forjados con ahorro y ayuno, haciendo la guerra sólo a sí mismos. Los veréis, sin quejarse, sin violencia, buscando por los medios más honorables el cumplimiento de la obra santa que hace la fuerza de Francia: el matrimonio del hombre con la tierra.

¡La Francia entera, si viviera el verdadero sentido de su misión, ayudaría a los que continúan esta obra! ¡Por qué fatalidad es necesario que ésta se detenga hoy en sus manos![24] ¡Si la situación presente continuara, el campesino, lejos de comprar, vendería, como lo hizo a mediados del siglo XVII, volviendo a ser mercenario! ¡Doscientos años desperdiciados!… ¡Esto no significaría la caída de una clase de hombres, sino la caída de la patria!

¡Ellos le pagan cada año más de 500 millones al Estado!, ¡y mil millones a la usura! ¿Y eso es todo? No. La carga indirecta es quizás igual de fuerte: la que la industria le impone al campesino por sus aduanas, que al rechazar los productos extranjeros, impiden la salida de nuestros productos.

Y estos hombres tan laboriosos son los que peor comen. Nada de carne: nuestros ganaderos (que en el fondo son industriales) impiden al agricultor comer carne,[25] «en interés de la agricultura». Hasta el último obrero come pan blanco: ¡pero el que hace crecer el trigo, sólo come pan negro! Ellos hacen el vino, y la ciudad lo bebe. ¡Qué digo! ¡El mundo entero bebe la alegría en la copa de Francia, excepto el viñador francés![26]

La industria de nuestras ciudades ha obtenido recientemente un alivio considerable, cuyo peso recae sobre la tierra en el momento en que la pequeña industria campesina, el humilde trabajo de las hilanderas, es liquidado por la máquina tejedora de lino.

El campesino, que pierde así una a una sus industrias —hoy el lino, mañana quizá la seda—, apenas ha conservado la tierra que se le escapa y que se lleva consigo todo lo que él ha puesto en ella, a través de años y años de trabajo, de ahorro y de sacrificio. Es su propia vida la que resulta expropiada. Y si le queda alguna cosa, los especuladores se la quitan: con la credulidad de la desgracia escucha todas las fábulas que le espetan: Argel produce azúcar y café, todo hombre gana en América diez francos al día, no importa que haya que cruzar el mar, el alsaciano cree, por las palabras de ellos, que el océano no es más ancho que el Rin.[27] Antes de llegar a este extremo, antes de dejar Francia, se recurrirá a todo. El hijo se venderá,[28] la hija se hará sirvienta, el chico entrará a la fábrica vecina, la mujer se colocará como nodriza en la casa del burgués, [29] o tomará en su casa al hijo del pequeño comerciante, o aun del obrero.

El obrero, por poco que se gane bien la vida, es objeto de la envidia del campesino. Él, que llama burgués al fabricante, es un burgués para el hombre del campo, que lo ve el domingo pasearse vestido como un señor. Pegado a la tierra, el campesino cree que un hombre que lleva consigo su oficio, que trabaja sin preocuparse por las estaciones, ni por la helada ni por el granizo, es libre como un pájaro. Ignora y se resiste a ver la servidumbre del hombre de la fábrica. Lo juzga según lo que ve del joven obrero viandante que encuentra en los caminos, que da la vuelta completa a Francia, que gana en cada alto para su estancia y transporte y que después, retomando la larga caña del compañero[30] y liando sus pocos bártulos, se encamina hacia otra ciudad entonando sus canciones.

II. Servidumbres del obrero dependiente de las máquinas

«¡Qué brillante es la ciudad! ¡Qué triste y pobre es el campo!». Esto es lo que oís decir a los campesinos que vienen a ver la ciudad en los días de fiesta. Ellos no saben que si bien el campo es *pobre,* la ciudad, con todo su brillo, es quizá más *miserable.*[31] Por lo demás, poca gente hace esta distinción.

Mirad el domingo, en las puertas de París, dos multitudes que marchan en sentido contrario: el obrero hacia el campo, el campesino hacia la ciudad. Entre estos dos movimientos que parecen análogos, la diferencia es grande. El del campesino no es un simple paseo: admira toda la ciudad, lo desea todo, si puede se quedará en ella.

Pero más le vale tener cuidado, porque una vez que abandone el campo, es difícil que regrese. Los que se van a la ciudad como empleados domésticos y comparten la mayor parte de las comodidades de sus amos, de ninguna manera se encuentran ansiosos por volver a su vida de abstinencia. Aunque los que se hacen obreros en las fábricas quisieran volver a las campiñas, no podrían hacerlo: al poco tiempo de vivir en la ciudad se hallan enervados e incapacitados para soportar los trabajos rudos y los cambios bruscos de temperatura; el aire libre los mataría.

Aunque la ciudad es, al parecer, sobremanera absorbente, no hay que condenarla demasiado. Rechaza al campesino de todas las maneras posibles con los peajes terribles, por la enorme carestía de los víveres; sitiada por estas multitudes, trata así de hacer retro-

ceder al intruso. Pero a éste nada lo desanima, ninguna condición le resulta demasiado dura. Entrará como pueda, sea como empleado doméstico, como obrero, como simple ayudante de máquinas, convirtiéndose en máquina él mismo. Lo que nos hace recordar a esas antiguas poblaciones itálicas que, en su frenético deseo por entrar a Roma, se vendían como esclavos, para convertirse más tarde en ciudadanos libres.

El campesino no se deja asustar por las quejas del obrero, ni por las descripciones terribles que se le hacen de su situación. No entiende, él, que gana un franco o dos al día, que con salarios de tres, de cuatro o de cinco francos, se pueda ser miserable. Pero ¿y la inestabilidad del trabajo y los periodos de cesantía? ¿No importan? Si el campesino economizaba con sus débiles jornales, ¡cuánto más fácilmente podrá ahorrar para los tiempos malos con un salario tan alto!

Aun dejando de lado la ganancia, la vida es más suave en la ciudad. En ella se trabaja generalmente en lugares techados; el hecho mismo de tener un techo sobre la cabeza constituye un gran progreso. Sin hablar del calor. El frío de nuestros climas representa un sufrimiento, incluso para aquellos que parecen estar más acostumbrados a él. De hecho, personalmente, yo he pasado bastantes inviernos sin fuego, sin hacerme por ello menos sensible al frío. Cuando la helada cesaba, experimentaba una felicidad frente a la que, en verdad, pocos placeres se comparan. En la primavera, todo era maravilloso. Los cambios de estación, tan indiferentes para los ricos, son el fondo de la vida del pobre, sus verdaderos acontecimientos.

Al ir a la ciudad, el campesino gana también en lo referente a su alimentación, que es, si no más sana, al menos más sabrosa. No es raro que en los primeros meses de su estancia engorde. Como contrapartida, su color cambia, pero no para bien. Es que ha perdido, en ese cambio, una cosa muy vital y nutritiva que es lo único que explica cómo los trabajadores del campo se mantienen fuertes

con alimentos tan pobres: el aire libre, el aire puro, refrescante siempre, que se renueva con perfumes vegetales. No creo que el aire de la ciudad sea tan malsano como se dice, pero sí lo es, sin duda alguna, en las miserables viviendas donde se amontonan en la noche gran número de obreros pobres, entre rameras y ladrones.

El campesino no previo esto, tampoco que en la ciudad, aunque gane más, perderá su tesoro: la sobriedad, el ahorro, la avaricia, si cabe emplear la palabra. Es fácil ahorrar cuando se está lejos de las tentaciones de gastar, cuando sólo un placer seduce: el de ahorrar. Pero ¡cuán difícil es, qué fuerza se requiere, qué dominio de sí, para tener el dinero sujeto y el bolsillo cerrado, cuando todo tienta a abrirlo! Agregad que la caja de ahorros que guarda un dinero invisible, no ofrece de ninguna manera las emociones del tesoro que el campesino entierra y desentierra con tanto placer, misterio y temor; menos aún se encuentra en ella el encanto de un hermoso pedazo de tierra que se ve siempre, que se trabaja siempre, que siempre se quiere extenderlo.

Ciertamente, el obrero requiere una gran dosis de virtud para ahorrar. Si es una persona fácil, buen «amigo», y se deja llevar por los camaradas, mil gastos diversos lo agobiarán: la taberna, el café y sitios parecidos. Si es serio y honesto, se casa en el momento adecuado, cuando en el trabajo le va bien; mientras que la mujer que por entonces gana poco, después, cuando tiene hijos, no gana nada; el hombre, que vivía holgadamente cuando era soltero, no sabe cómo hacer frente a estos gastos fijos, abrumadores, que deben hacerse todos los días.

Antaño había, aparte de los peajes, otra barrera que rechazaba al campesino de las ciudades y que le impedía hacerse obrero; esta barrera era la dificultad de entrar a un oficio, lo largo del aprendizaje, el espíritu de exclusión de los gremios y las corporaciones. Las familias de artesanos aceptaban pocos aprendices, que generalmente eran sus propios hijos, quienes habrían de relevarlos.

Hoy se han creado nuevos oficios, que casi no requieren aprendizaje y que reciben a cualquiera. El verdadero obrero, en estos oficios, es la máquina; el hombre no tiene necesidad de mucha fuerza ni de destreza; está allí solamente para vigilar y ayudar a este obrero de hierro.

La miserable población que vive bajo el yugo de las máquinas es de unas 400 mil almas,[32] alrededor de un quinceavo de nuestros obreros. Todo aquel que no sabe hacer nada busca ofrecerse a las manufacturas para servir a las máquinas. Mientras más numerosos sean esos obreros, más bajos son los salarios, y más miserables ellos. Por otra parte, la mercancía, fabricada a vil precio, queda al alcance de los pobres, de suerte que la miseria del obrero-máquina disminuye un poco la miseria de los obreros y los campesinos, que con toda probabilidad son setenta veces más numerosos.

Es lo que vimos en 1842. La industria textil se encontraba acorralada; se ahogaba; las tiendas reventaban: no había ventas. El fabricante aterrorizado no se atrevía ni a trabajar ni a parar con sus máquinas devoradoras; como la usura nunca está cesante hacía medias jornadas, y atesoraba sobre el montón. Los precios bajaban en vano; vinieron nuevas bajas, hasta que el algodón llegó a costar 6 *sous*… [33]

Entonces ocurrió algo completamente inesperado. La expresión «seis *sous*» produjo un despertar. Millones de compradores, gente pobre que no compraba jamás, se puso en movimiento. Se vio entonces cuán inmenso y poderoso consumidor es el pueblo cuando ingresa en el mercado. Las tiendas se vaciaron de golpe. Las máquinas se pusieron a trabajar con furia de nueva cuenta; las chimeneas humearon… Fue una verdadera revolución en Francia; poco notada, pero grande: revolución en la limpieza, embellecimiento súbito del hogar pobre, ropa blanca de vestir, ropa blanca de ajuar, de mesa, cortinas; clases enteras tuvieron lo que no habían tenido nunca desde el origen del mundo.

Esto se puede entender muy bien con otro ejemplo: la máquina, que parece una fuerza muy aristocrática por la concentración de capital que supone, también es, por el abaratamiento y la vulgarización de sus productos, un poderosísimo agente del progreso democrático, pues puso al alcance de los más pobres una multitud de objetos útiles, incluso de lujo, y de arte, a los que antes no tenían acceso. La lana, gracias a Dios, ha llegado a todo el pueblo y lo calienta. La seda comienza a adornarlo. Pero la mayor y capital revolución ha sido la «indiana». Ha sido necesario el esfuerzo combinado de la ciencia y del arte para forzar a un tejido rebelde e ingrato como es el del algodón, a sufrir día tras día transformaciones brillantes para difundirlo por doquier, poniéndolo al alcance del pobre. Toda mujer llevaba antaño un vestido azul o negro que conservaba diez años sin lavar, por miedo a que se le hiciera jirones. Hoy, su marido, el pobre obrero, al precio de una jornada de trabajo, la cubre con un vestido de flores. Toda esa multitud de mujeres que forma sobre nuestros paseos un deslumbrante arco iris de mil colores, hace poco tiempo estaba de luto.

Estos cambios, que se creería fútiles, tienen un alcance inmenso. No se trata de simples mejoras materiales: significan un progreso del pueblo tanto en su exterior como en su apariencia, que es el patrón con el que los hombres se juzgan entre sí; son, por así decirlo, la *igualdad visible.* El pueblo se eleva, por ese camino, a ideas nuevas que de otra manera no alcanzaría; la moda y el gusto son para él una iniciación en el arte. Agregad —cosa más importante aún— que el vestido impresiona a quien lo lleva: éste quiere ser digno de él y se esfuerza por ponerse a su altura por su postura moral.

Es necesario, en verdad, que se dé este progreso para todos, con sus ventajas evidentes para las masas, para que puedan aceptar la dura condición con que hay que comprarlo: la de tener, en medio de un pueblo de hombres, un miserable pequeño pueblo de hombres-máquinas que viven a medias, que producen cosas maravillo-

sas y que no se reproducen ellos mismos, que no engendran sino para la muerte, y no se perpetúan sino absorbiendo sin cesar otras poblaciones que se pierden allí para siempre.

Es ciertamente una gran tentación de orgullo haber creado, en las máquinas, creadores y poderosos obreros que prosiguen invariablemente la obra que les fue impuesta una vez. Pero, por otro lado, ¡qué humillante resulta ver, frente a la máquina, al hombre que ha caído tan bajo!... El juicio se trastorna y el corazón se encoge cuando, por primera vez, se recorren estas casas mágicas donde el hierro y el cobre deslumbrantes, brillantes, parecen moverse, pensar, y querer por sí solos, en tanto que el hombre débil y pálido es el humilde servidor de estos gigantes de acero. «¡Mirad —me decía un industrial—, esta ingeniosa y poderosa máquina que toma horribles trapos y, haciéndolos pasar —sin equivocarse jamás— por las operaciones más complicadas, los convierte en tejidos tan bellos como las más bellas sedas de Verona!». Yo admiraba con tristeza; me era imposible dejar de ver esos rostros humanos dignos de compasión, esas jovencitas marchitas, esos niños torcidos o hinchados. Para no sufrir por compasión, mucha gente sensible calla diciendo apresuradamente que esta población no tiene esa apariencia tan triste sino porque es mala, echada a perder, profundamente corrompida. La juzgan ordinariamente por los momentos en que ella resulta más chocante, por el aspecto que presenta a la salida de la fábrica cuando la campana la arroja de golpe a la calle. Salida que es siempre ruidosa. Los hombres hablan muy alto, se diría que disputan; las muchachas se llaman entre sí con voz chillona o enronquecida; los niños se pelean, lanzan piedras y se agitan con violencia. Es un espectáculo deprimente; el que pasa desvía la vista; la dama transeúnte se asusta, cree que ha comenzado un motín, y prefiere cruzar a la otra calle.

Pero no hay que desviar la mirada. Hay que entrar a la fábrica cuando se trabaja; entonces comprenderemos que ese silencio y esa cautividad que dura largas horas, obligan a la salida, para resta-

blecer el equilibrio vital, a proferir gritos, a hacer ruido, a buscar el movimiento. Esto es cierto sobre todo en lo que respecta a los grandes talleres de hilados y tejidos, verdadero infierno del aburrimiento. *Siempre, siempre, siempre,* es la palabra invariable que hace tronar en los oídos el trepidar automático de las máquinas que hace temblar los pisos. Uno nunca se acostumbra a ello. Al cabo de veinte años, como en el primer día, el hastío y el aturdimiento son los mismos. ¿Late el corazón en este revoltillo? Muy poco. Su acción está como en vilo. Parecería como si durante estas largas horas otro corazón, común a todos, sustituyera al otro: un corazón metálico, indiferente, implacable, cuyo gran ruido ensordecedor, que emite con tanta regularidad, fuera tan sólo sus latidos.

Mucho menos penoso era el trabajo solitario del tejedor. ¿Por qué? Porque él podía soñar. La máquina no consiente ninguna ensoñación, ninguna distracción. Si quisierais hacer más lento su movimiento, salvo apresurándola después, no lo podríais hacer. Apenas impulsado, el infatigable carro de cien husos irrumpe de nuevo. El tejedor manual teje rápida o lentamente según respire lenta o rápidamente; actúa como vive; el telar se adecua al hombre. En la fábrica, al contrario, es del todo necesario que el hombre se adecue al telar, que el ser de carne y hueso en el que la vida varía según las horas, padezca la implacabilidad de este ser de acero.

En los trabajos manuales que respetan nuestro impulso, en los que nuestro fuero interno se identifica con ellos, el individuo que realiza su labor la ajusta a su propia medida, y el instrumento inerte que pone en movimiento, lejos de ser un obstáculo para el movimiento de su espíritu, se convierte en su ayudante y compañero. Los tejedores místicos de la Edad Media fueron célebres con el nombre de *lollards* porque, en efecto, al mismo tiempo que trabajaban, ellos *lollaient,* es decir cantaban en voz baja, o al menos mentalmente, alguna canción de cuna. El ritmo de la lanzadera, arrojada y recogida acompasadamente, se asociaba con el ritmo

del corazón; al atardecer, ocurría a menudo que, con la tela, se tejía en la misma cadencia un himno, una cantilena.

¡Qué cambio para aquel que se ve forzado a abandonar el trabajo doméstico para entrar en la fábrica! Abandonar su pobre hogar, los muebles apolillados de la familia, tantas cosas viejas y queridas, es duro; más duro aún que renunciar a la libre posesión de su alma. Esos vastos talleres enteramente blancos, enteramente nuevos, inundados de luz, hieren la vista acostumbrada a la penumbra de un hogar oscuro. En ellos no hay ninguna sombra en que el pensamiento pueda sumergirse, ni rincón oscuro alguno en que la imaginación pueda confiar su sueño; ni ilusión posible bajo esa luz que sin cesar revela cruelmente la realidad. No nos extrañemos de que nuestros tejedores de Ruán,[34] y nuestros tejedores franceses en Londres, se hayan resistido a esta necesidad, con todo valor, con estoica paciencia, prefiriendo ayunar y morir, morir en el hogar. Se les ve largo tiempo luchar con el débil brazo del hombre, del hombre enflaquecido por el hambre, contra la fecundidad brillante y despiadada de estos terribles briareos[35] de la industria que día y noche, impulsados por el vapor, trabajan con mil brazos: mientras se perfeccionaba la máquina, el trabajo de su rival infortunado aumentaba y su alimento disminuía. Así, nuestra colonia de tejedores de Londres se extingue poco a poco. ¡Pobre gente, tan honesta, en cuya vida, tan resignada e inocente, la indigencia y el hambre no fueron jamás una tentación! En su miserable barrio de Spitafield, cultivaban flores con inteligencia y Londres gustaba visitarlos.

He hablado de los tejedores de Flandes en la Edad Media, de los lollardos [*lollards*] o begardos [*béghards*], como se les llamaba. La Iglesia, que a menudo los persiguió como herejes, no les reprochó jamás a estos soñadores sino una sola cosa: el *amor,* el amor exaltado y sutil al invisible amante: a Dios; a veces también el amor vulgar, bajo las formas que adopta en los centros populosos industriales: vulgar y, sin embargo, místico, que defendía como

doctrina a una comunidad más que fraternal que debía establecer un paraíso sensual aquí en la tierra.

Esta tendencia a la sensualidad es la misma en aquellos que hoy, por lo demás, no tienen, para elevarse más alto, la ensoñación poética. Un puritano inglés que en nuestros días ha trazado un cuadro delicioso de la felicidad de que goza el obrero de las fábricas, confiesa que *la carne allí se calienta mucho* y se rebela. Esto no es causado solamente por el acercamiento de los sexos, la temperatura, etc.; hay en ello una causa moral: puesto que la fábrica es un mundo de hierro, donde el hombre no siente por doquier sino la dureza y el frío del metal, éste se acerca tanto más a la mujer en sus momentos de libertad. El taller mecánico constituye el reino de la necesidad, de la fatalidad. Lo único vivo que allí penetra es la severidad del capataz; en ese lugar se castiga a menudo y no se recompensa jamás. El hombre se siente allí tan poco hombre que en cuanto sale debe buscar con avidez la más viva exaltación de las facultades humanas: la que concentra el sentimiento de una inmensa libertad en el breve instante de un hermoso sueño. Esta exaltación es la embriaguez, sobre todo del amor. Desgraciadamente, el aburrimiento y la monotonía de la que estos cautivos sienten necesidad de escapar, los hace, en aquello que su vida tiene de libre, incapaces de alcanzar toda estabilidad y partidarios del cambio. El amor, cambiando siempre de objeto, ya no es amor, no es más que correría. El remedio es peor que la enfermedad; enervados por la sujeción al trabajo, ellos se desquician aún más por el abuso de su libertad.

Debilidad física, impotencia moral. El sentimiento de la impotencia es una de las grandes miserias de esta condición. Este hombre, tan débil ante la máquina y que la sigue en todos sus movimientos, depende del amo de la fábrica, y sobre todo de mil causas desconocidas que en un momento dado pueden hacer que escasee el trabajo, quitándole el pan. Los antiguos tejedores —que no eran, como éstos, siervos de la máquina— confesaban humil-

demente esta impotencia; la enseñaban, era su teología: «Dios puede todo; el hombre, nada». El verdadero nombre de esta clase es el primero que Italia les dio en la Edad Media: *humiliati.*[36]

Los nuestros no se resignan tan fácilmente. Salidos de las razas militares, se esfuerzan sin cesar por elevarse: quieren seguir *siendo* hombres. Buscan, hasta donde les es posible, una falsa energía en el vino. ¿Se necesita mucho para emborracharse? Observad la taberna si podéis *vencer el asco:* veréis que un hombre en estado normal, que bebe vino no adulterado, podría tomar más sin inconveniente alguno. Pero, para quien no bebe vino todos los días, para quien sale enervado, debilitado por la atmósfera del taller, y que no toma vino sino una miserable mezcla alcohólica, la ebriedad es *inevitable.*

Extrema dependencia física, exigencias de la vida instintiva que se convierten también en dependencia, impotencia moral y vacío del espíritu, tales son las causas de sus vicios. No las busquéis tanto, como suele hacerse hoy, en causas externas, por ejemplo en el inconveniente de ver reunida a una multitud en un mismo lugar: como si la naturaleza humana fuera tan mala que para deteriorarse completamente bastara con que se reuniera. Ved a nuestros filántropos que se esfuerzan, con esta gran idea, en aislar a los hombres, en encerrarlos entre paredes, si pueden; no creen poder preservar o curar al hombre moral sino edificándole sepulcros.

Esa multitud no es mala en sí misma. Sus desórdenes se derivan en gran parte de su condición, de su sujeción a un orden mecánico que para los cuerpos vivos constituye desorden, muerte, y que por ello incita, en los raros momentos de libertad, a buscar violentos retornos a la vida. Si algo se parece a la fatalidad es precisamente esto. ¡Cuán dura e invenciblemente pesa esta fatalidad sobre el niño y la mujer! Ella, que es menos objeto de compasión, es quizá quien más debería serlo; sometida a una doble servidumbre, esclava del trabajo, gana tan poco con sus manos que a la desgraciada le resulta necesario ganarse la vida también con su juventud, con el

placer que pueda ofrecer. Llegada a la vejez, ¿en qué se convierte?… La naturaleza ha impuesto una ley sobre la mujer: que la vida le es imposible a menos que se apoye en el hombre.

Durante la violencia del gran duelo entre Inglaterra y Francia, cuando los manufactureros ingleses fueron a decirle a Pitt que los elevados salarios del obrero les impedían pagar impuestos, él lanzó una frase terrible: «¡Emplead a los niños!». Esta frase pesa gravemente sobre Inglaterra como una maldición. Desde ese momento su raza ha decaído; ese pueblo, otrora atlético, se enerva y debilita; ¿qué ha sido de esa tez y de esa frescura de flor por la que se admiraba tanto a la juventud inglesa?… Ajada, marchita ahora… se le tomó la palabra a Pitt, *se empleó a los niños.*

Aprendamos esta lección. Se trata del porvenir; la ley debe ser en esto más previsora que el padre; a falta de madre, el niño debe encontrar una madre en la patria. Ella le abrirá la escuela como un asilo, un reposo, una protección contra el taller.

El vacío del espíritu, la ausencia de todo interés intelectual, según hemos dicho, es una de las causas principales del envilecimiento del obrero de las fábricas. ¡Un trabajo que no exige fuerza ni destreza, que no requiere jamás del pensamiento! ¡Nada, nada, eternamente nada!… ¡Ninguna fuerza moral resistiría esto! A un espíritu joven que un trabajo semejante jamás enaltecerá, la escuela debe darle una idea alta y generosa, que él recordará en esas largas jornadas vacías, y que lo sostendrá en el hastío de las horas interminables.

En el presente estado de cosas, las escuelas, organizadas para el hastío, no hacen sino agregar cansancio a la fatiga. Las vespertinas son, en su mayor parte, una burla. Imaginad a esos pobres pequeños que, saliendo al trabajo antes del amanecer, vuelven cansados y mojados, a una legua, a dos leguas de Mulhouse, y que por la noche, linterna en mano, se deslizan tropezando por los senderos ce-

nagosos de Déville; ¡llamadlos entonces para comenzar a estudiar y meterse a la escuela!

Cualesquiera que sean las miserias del campesino, comparándolas con aquellas de que nos estamos ocupando, se descubre una terrible diferencia que no influye sobre el individuo aleatoria sino profundamente y por lo regular sobre la misma raza. Lo podemos resumir en una frase: en el campo el niño es feliz.

Casi desnudo, sin zuecos, con un pedazo de pan negro, cuidando una vaca o unos gansos, vive al aire libre, y juega. Los trabajos agrícolas a los que se incorpora poco a poco no hacen sino fortificarlo. Los años preciosos en que el hombre forma para siempre su cuerpo y su fuerza, transcurren para él en un ambiente de gran libertad, en el calor de la familia. Y ahora que estás fuerte, ¡adelante! Por más que sufras o actúes, ¡ya estás en condiciones de hacerle frente a la vida!

El campesino será más tarde mísero, quizá dependiente, pero de entrada ha ganado 12, 15 años de libertad, lo que significa una diferencia inmensa en la balanza de su dicha.

El obrero de las fábricas carga durante toda la vida un lastre muy pesado: el de una infancia que lo debilitó desde temprano y que a menudo lo corrompió. Es inferior al campesino en fuerza física y por la rutina de las costumbres. Y a pesar de ello, hay algo que aboga en su favor: es más sociable y más dulce. Los menos afortunados de ellos, con sus necesidades más imperiosas, se abstienen de todo acto de violencia, esperan muertos de hambre y se resignan.

El autor de la mejor investigación actual,[37] sólido y frío observador de quien no cabe sospecha de apasionamiento alguno, da en favor de esta clase de hombres, de la cual no disimula en forma alguna los vicios, este grave testimonio: «He encontrado entre nuestros obreros sólo una virtud que ellos poseen en un mayor

grado que las clases sociales más felices: una *disposición natural a ayudar, a socorrer a los demás* en toda clase de necesidades».

Yo no sé si ellos sólo poseen esta superioridad, ¡pero cuán grande es!... ¡Que sean los menos felices y los más caritativos! ¡Que se preserven del endurecimiento tan natural en la miseria! ¡Que en esta servidumbre exterior guarden un corazón libre de odio, *que amen más*!... ¡Ah, he allí una hermosa gloria que sin duda pone al hombre, que se pensaría degradado, muy alto en el juicio de Dios!

III. Servidumbres del obrero

El niño que abandona la fábrica y el servicio de la máquina para entrar de aprendiz con un maestro, sube ciertamente en la escala industrial y se le exige más de sus manos y de su espíritu. Su vida no será el accesorio de un movimiento sin vida, él mismo actuará y será verdaderamente obrero.

Progreso en la inteligencia, progreso en el sufrimiento. La máquina estaba regulada y el hombre no lo está.[38] Ella era impasible, no tenía caprichos, ni cólera, ni hacía brutalidades. Dejaba al niño libre a una hora fija; y al menos en la noche, él reposaba. Pero aquí, el aprendiz del pequeño fabricante, día y noche pertenece a su maestro. Su trabajo está limitado por la urgencia y la presión de los encargos. No sólo tiene el trabajo del empleado doméstico, sino también todas sus miserias; aparte de los caprichos del patrón, todos los de la familia. Aquello que apena o irrita al marido o a la mujer, recae a menudo sobre sus espaldas. Luego, si sobreviene una quiebra, el aprendiz es golpeado; si el maestro vuelve borracho, el aprendiz es golpeado; si el trabajo falta, si es apremiante, el aprendiz es golpeado.

Es el antiguo régimen de la industria, que no era sino servidumbre. En el contrato de aprendizaje, el maestro se convierte en un padre, pero sólo para aplicar la frase de Salomón: «No economicéis la vara con vuestro hijo». Desde el siglo XIII vemos a la autoridad pública intervenir para moderar esta paternidad.

No sólo del maestro al aprendiz se daba esa dureza y violencia; en los oficios en que la jerarquía se complicaba, los golpes caían

de peldaño en peldaño, multiplicados. Algunas nomenclaturas del *compagnonnage* testimonian esta dureza. El compañero es el *lobo* que, vejado por el *mono,* el maestro, persigue al *zorro,* el aspirante, quien explota con creces al *conejo,* el pobre aprendiz.

Para ser maltratado y golpeado diez años seguidos, era necesario que el aprendiz pagara, lo que hacía en cada momento en que se le permitía ascender en esta ruda iniciación. En fin, después de haber gastado como aprendiz el bordón, y como *vallet* el bastón, pasaba por el juicio de una corporación interesada en no aumentar en número, por lo que podía ser despedido o rechazado sin apelación.

Hoy las puertas están abiertas. El aprendizaje es menos largo, menos duro. Los aprendices son recibidos demasiado fácilmente; la miserable ganancia que se obtiene (que beneficia al maestro, al padre, o al gremio) es una tentación continua para formar nuevos aprendices, multiplicando los obreros más allá de las necesidades. El obrero de otros tiempos, admitido difícilmente, escaso, y que gozaba, por ello mismo, de una suerte de monopolio, no tenía en absoluto las inquietudes del de hoy. Ganaba mucho menos,[39] pero casi nunca le faltaba trabajo. Alegre y vivo compañero, viajaba mucho. Donde encontraba trabajo, se quedaba. Su burgués lo alojaba frecuentemente y a veces le daba comida más bien frugal. En la noche, cuando ya había comido su pan seco, subía al tapanco y se dormía contento.

¡Cuántos cambios en su condición para bien y para mal! ¡Mejoramiento material, condición móvil, inquieta, la sombría oscuridad de la suerte! Mil elementos nuevos de sufrimientos morales.

Resumamos estos cambios en una frase: se hizo hombre. Ser hombre, en sentido cabal, es primero y sobre todo tener una mujer. El obrero, raramente casado en otro tiempo, lo está a menudo hoy día. Casado o no, generalmente encuentra, al volver a su casa,

a una mujer, *su casa,* un hogar, una mujer… ¡Oh, su vida se ha transfigurado!

¡Una mujer, una familia, hijos al poco tiempo! ¡El gasto, la miseria! ¿Y si faltara el trabajo?…

Es muy impresionante ver, en la noche, a todo este mundo laborioso regresar a su hogar a grandes zancadas. El hombre, después de una larga jornada cumplida a menudo a una legua de su casa, después de haber desayunado tristemente y comido solo, de haber permanecido 15 horas de pie, ¡qué paso lleva al anochecer!… Vuela al nido… Ser hombre una hora al día, por cierto no es demasiado.

¡Qué cosa más santa! Él aporta el pan a la casa y, una vez llegado, descansa; ya no es nada y se entrega como un niño a su mujer. Alimentada por él, ella lo alimenta y lo calienta; los dos sirven al niño que no hace nada, que es libre, que es el amo… Que él sea el amo: ¡he aquí, sin duda, la ciudad de Dios!

El rico no tiene nunca este gran gozo, esta suprema bendición del hombre de alimentar cada día a su familia con lo mejor de su vida, con su trabajo. Sólo el pobre es padre; cada día crea y recrea a los suyos.

Este bello misterio lo siente la mujer mejor que los sabios del mundo. Ella se siente feliz de debérselo todo al hombre, y ello da al hogar pobre un encanto singular. Allí nada es extraño ni indiferente, todo tiene la huella de una mano amada, todo tiene el sello del corazón. El hombre ignora frecuentemente las privaciones que ella se impone para que cuando él vuelva a su hogar encuentre la casa sencilla y sin embargo adornada. Grande es la ambición de la mujer por el mobiliario, el vestuario y la ropa blanca. Este último artículo es nuevo; el *ropero* que hace el orgullo de la mujer de campo era desconocido por la del obrero de las ciudades antes de la Revolución industrial de la que he hablado. Limpieza, pureza, pudor, estas gracias femeninas le han dado encanto a la casa; la ca-

ma se exornó con cortinas; la cuna del niño, deslumbrante de blancura, se convirtió en un paraíso. Todo esto cortado y cosido en algunas veladas… Agregadle también alguna flor en la ventana. ¡Qué sorpresa! El hombre, al regresar, no reconoce su casa.

Este gusto por las flores que se ha extendido (hay ahora aquí varios mercados), estos pequeños gastos para ornamentar el interior, ¿no son dignos de lamento, cuando no se sabe si habrá trabajo en el futuro? No digáis *gastos,* decid *economías.* Es un bien grande, cuando la inocente seducción de la mujer torna esta casa encantadora para el hombre y puede retenerlo allí. Adornemos, os ruego, la casa y a la mujer misma. Algunos metros de indiana la convertirán en otra mujer, ¡hela aquí rejuvenecida y renovada!

«Quédate aquí, te lo ruego». Es el sábado en la noche; ella le echa los brazos al cuello, y retiene así el pan de sus hijos que él iba a gastar.[40]

Llega el domingo, la mujer ha vencido. El hombre afeitado, con ropa limpia, se deja poner un traje bueno y abrigador. Lo hace rápidamente. Lo que resulta tardado, lo que es una obra seria, es el niño, tal como se le quiere arreglar ese día. Parten, el niño va delante, bajo la mirada materna: que se cuide sobre todo de no echar a perder esta obra maestra.

Mirad bien a esta gente, y sabed mejor que a cualquier altura que os subáis, no encontraréis nada que le sea moralmente superior. Esta mujer es la virtud; posee un encanto particular de ingenua razón y de destreza para gobernar, sin saberlo, la fuerza. Este hombre es el fuerte, el paciente, el valiente, que lleva en sociedad el peso más grande de la vida humana. Verdadero *compañero del deber* (¡hermoso título del *compagnonnage*!), se ha mantenido fuerte y firme como un soldado en su puesto. Mientras más peligroso sea su oficio, más segura es su moralidad. Un célebre arquitecto salido del pueblo, que lo conocía bien, decía un día a uno de mis amigos: «Los hombres más honestos que he conocido eran

de esta clase. Ellos saben, al partir en la mañana, que pueden no regresar en la noche, y no obstante están siempre listos para comparecer ante *Dios*».[41]

Sin embargo, por muy noble que sea, no es el tipo de oficio que una madre desearía para su hijo. Su hijo promete mucho, llegará lejos. Los frailes lo elogian y se muestran muy gentiles con él. Ya sus dibujos, dedicatorias y cosas escritas adornan la pared del cuarto, entre Napoleón y el Sagrado Corazón. Se le enviará probablemente a la Escuela Gratuita de Dibujo. El padre pregunta por qué. El dibujo, dice la madre, siempre le será útil en el oficio. Respuesta de doble alcance, hay que confesarlo, tras la que se oculta una ambición muy diferente. Este niño, tan bien nacido y dotado, ¿por qué no había de ser pintor o escultor, lo mismo que cualquier otro? Hurta al gasto algunos centavos para los lápices y para ese papel tan caro… Dentro de poco, su hijo montará una exposición, se llevará todos los premios; en los sueños maternos retumba desde ahora el gran nombre de Roma.

La ambición materna logra así, muy a menudo, hacer un pobre artista, muy necesitado, que como obrero se hubiera ganado mejor la vida. Las artes no pueden producir mucho, ni siquiera en tiempos de paz, cuando toda la gente acomodada —especialmente las mujeres—, en vez de comprar los productos del arte, ella misma es artista. Que venga una guerra o una revolución, y el arte es precisamente el hambre.

A esto se debe que a menudo el artista, esperanzado, en plena formación lleno de ardor y de aliento, detenga de golpe su carrera: al morir su padre tiene que ayudar a los suyos: se hace obrero. Ello le causa un gran dolor a la madre, un largo lamento que le quita todo valor al joven.

Toda la vida habrá de maldecir su suerte; trabajará, pero su alma estará en otra parte. Cruel tironeo… Y sin embargo, nada podrá detenerlo. Inútil que vengáis con vuestros consejos: serían mal

recibidos. Es demasiado tarde, tiene que seguir sorteando los obstáculos. Siempre lo veréis leyendo, soñando; en los breves momentos de las comidas, y en la tarde, y en la noche, está absorto con un libro; el domingo permanece retraído y sombrío. Apenas si se puede concebir lo que es la sed de lectura con este estado de ánimo. Durante el trabajo, el más inconciliable de todos con el estudio, en medio del retumbar y del estremecimiento de veinte telares, un miserable hilador al que conocí colocaba un libro en la esquina de su telar y leía una línea cada vez que retrocedía el carro, dejándole un segundo disponible.

¡Cuán larga es la jornada cuando así transcurre! ¡Qué irritantes las últimas horas! Para quien espera la campana y maldice los retrasos, el taller odioso parece sencillamente fantástico en el atardecer; los demonios de la impaciencia juguetean cruelmente entre esas sombras… «¡Oh!, ¡libertad!, ¡luz!, ¿acaso me dejáis aquí para siempre?».

Me despierta compasión su familia, si es que tiene, cuando vuelve a su casa. Un hombre hasta tal punto empeñado en esta lucha y completamente ocupado en el progreso personal, se aleja mucho de todo lo demás. En esta vida sombría disminuye la facultad de amar. Se ama menos a la familia, pues importuna; se aleja incluso de la patria, imputándole su suerte injusta. El padre del obrero, letrado pese a que en muchos aspectos era más grosero, tosco e inferior, tenía sin embargo ciertas ventajas en relación con su hijo: el sentimiento nacional era mucho más fuerte en él, pensaba menos en el género humano y más en Francia. La gran familia francesa y su pequeña familia amada, he aquí su mundo; en él ponía todo su corazón. ¡Ay!, ¿qué fue de ese hogar encantador, de ese dulce hogar que tanto admirábamos?

En sí, la ciencia no reseca el corazón, no lo enfría. Si en este caso produce tales efectos, es porque entra en contacto con el espíritu, cruelmente reducida en sus alcances. No se presenta con su natural resplandor, con su verdadera y completa luz, sino sólo obli-

cua y parcialmente, como la claridad encogida y falsa que se filtra en un sótano. La ciencia no vuelve a nadie rencoroso ni envidioso con lo que permite conocer, sino con lo que deja ignorado. Por ejemplo, el que no sabe por qué complicadas vías se crea la riqueza, creerá de modo natural que no se crea, que no aumenta en este mundo, y que sólo se desplaza, y que uno no la adquiere sino despojando a otro; cualquier adquisición le parecerá un robo y odiará a todo poseedor… ¿Odiar? ¿Por qué motivos? ¿Por los bienes de este mundo? ¡Pero si el mundo sólo vale por el amor!

Cualesquiera que sean los inevitables errores que acarrea un estudio incompleto, hay que respetarlo. ¿Acaso hay algo más emocionante y más grave que el espectáculo de un hombre que hasta ahora aprendía al azar y que *quiere* estudiar, que persigue a la ciencia con una voluntad apasionada a través de obstáculos tan numerosos? La cultura *voluntaria* es, en efecto, lo que coloca al obrero por encima no sólo del campesino sino también de las clases que consideramos superiores; de hecho, tienen todo a su disposición: los libros y el tiempo; es la ciencia quien los va a buscar, y, sin embargo, una vez que han cumplido con la educación a la que se las tiene obligadas, abandonan el estudio y no se preocupan más por indagar la verdad. Pienso en este o aquel hombre, que salió con muchos honores de nuestras grandes escuelas y que, siendo joven aún, pero ya viejo de corazón, se olvida de la ciencia que cultivó, sin siquiera tener la excusa del arrebato de las pasiones: se aburre, duerme, fuma y sueña.

Los obstáculos, lo sé, son un gran incentivo. El obrero ama los libros porque posee pocos; a veces sólo tiene uno, y si es bueno, aprenderá lo mejor. Un solo libro que se lee y relee, que se rumia y se digiere, genera frecuentemente mayor beneficio que una vasta lectura apresurada. Durante años he vivido con un Virgilio y me ha ido bien. Un volumen suelto de Racine comprado al azar a un revendedor hizo al poeta de Tolón.

Los que son ricos en su interior siempre cuentan con recursos suficientes. Lo que ya poseen lo amplían, lo fecundan con el pensamiento y lo extienden hasta lo infinito. En vez de tenerle envidia a este mundo fangoso, se crean uno propio, todo de oro y de luz. Le dicen al otro: «Quédate con la pobreza que tú llamas riqueza, yo soy más rico en mi interior».

La mayor parte de la poesía escrita en estos últimos tiempos por obreros posee un particular carácter de tristeza y dulzura que me recuerda a menudo a sus antecesores: los obreros de la Edad Media. En ella encontramos pocos poemas duros y violentos. Esta alta inspiración pudo haber elevado aún más a estos verdaderos poetas, si no hubiesen imitado con demasiada deferencia la forma de los modelos aristocráticos.

Y es que apenas empiezan. ¿Por qué os apresuráis a decir que nunca alcanzarán los primeros rangos? Partís de la idea equivocada según la cual el tiempo y la cultura lo hacen todo; no contáis para nada con el desarrollo interior alcanzado por el alma, gracias a sus propias fuerzas, y a pesar de realizar trabajos manuales, y de la vegetación espontánea que crece con los obstáculos. Hombres de libros, enteraos de que este hombre sin libros y de escasa cultura posee, a manera de compensación, algo que los remplaza: es un maestro en sufrimientos.

Con o sin éxito, el asunto es irreversible: seguirá por su camino, el camino del pensamiento y el dolor. «Buscaba la luz —dice mi Virgilio—, la entrevió y ¡lanzó un gemido!… ». Y gimiendo la seguirá buscando. ¿Quién, habiéndola entrevisto, puede renunciar a ella jamás?

«¡Luz, más luz!». Éstas fueron las últimas palabras de Goethe. Palabras del genio al expirar; grito general de la naturaleza que retumba de mundo en mundo. Esto que decía este gran hombre, uno de los hijos mayores de Dios, lo dicen en el fondo del mar sus hijos más humildes, los seres menos desarrollados de la vida ani-

mal: los moluscos que no quieren vivir donde no llega la luz. La flor quiere luz, se vuelve hacia ella, y sin ella languidece. Nuestros compañeros de trabajo, los animales, se alegran o se afligen, al igual que nosotros, según venga o se vaya. Mi nieto de dos meses se pone a llorar en cuanto disminuye la luz.

En el verano, al pasear por mi jardín, vi en una rama un pájaro que cantaba hacia el atardecer; se erguía hacia la luz del sol poniente, visiblemente estaba encantado… Lo estuve yo también, al verlo; nuestros pájaros cautivos nunca me habían inspirado la idea de esta criatura inteligente y potente, a la vez tan pequeña y apasionada… Vibré con su canto. Él echaba hacia atrás la cabeza y henchía el pecho; ningún cantor, ningún poeta, tuvo jamás ese ingenuo éxtasis. No era amor, sin embargo (ya había pasado la época), era evidentemente el hechizo de la luz lo que lo encantaba, ¡el del dulce sol!

¡Ciencia bárbara, duro orgullo que tanto envilece la naturaleza viviente y tanto separa al hombre de sus hermanos inferiores!

Le dije con lágrimas: «Pobre hijo de la luz que la reflejas en tu canto, ¡tienes mucha razón de cantarla! La noche, para ti llena de trampas y de peligros, se parece mucho a la muerte. ¿Acaso verás la luz de la mañana?… ». Luego, pasando de su destino al de todos estos seres que, desde las profundidades de la creación, suben tan lentamente hacia la luz, dije lo mismo que Goethe y el pajarito: «¡Luz, Señor, más luz!».

IV. Servidumbres del fabricante

He leído lo siguiente en el pequeño libro del tejedor de Ruán que ya cité: «Nuestros manufactureros son *todos de extracción obrera»,* y luego: «La mayoría de los actuales manufactureros (1836) *son obreros* de los últimos tiempos de la Restauración que trabajaron y ahorraron mucho». Esto, creo yo, es una apreciación bastante general y no particular de la fábrica de Ruán.

Varios empresarios de la industria de la construcción me han dicho que *todos habían sido obreros,* y que habían llegado a París como albañiles, carpinteros, etcétera.

Si los obreros han podido elevarse hasta la explotación tan vasta y complicada de las grandes manufacturas, no será difícil creer que, con mayor razón, se han hecho maestros en el manejo de las industrias que requieren capitales mucho menores, en las pequeñas fábricas, en los oficios y el comercio al menudeo. El número de patentes, que casi no aumentó bajo el Imperio, se duplicó en los treinta años transcurridos desde 1815. Alrededor de 600 mil hombres se convirtieron en fabricantes o comerciantes. Ahora bien, puesto que en este país todo el que puede vivir estrictamente de un oficio se queda en él y no se lanza para nada en los azares de la industria, se puede decir con seguridad que son 500 mil obreros los que se han convertido en maestros y obtenido lo que creían que era la independencia.

Esta evolución ha sido muy rápida en los primeros diez años, de 1815 a 1825. Los valientes que regresando de la guerra se vol-

caron súbitamente hacia la industria, irrumpieron como al asalto y conquistaron fácilmente todas las posiciones. Su confianza era tan grande que contagiaba aun a los capitalistas. Con tal arrojo, estos hombres arrastraban a los más fríos; la gente creía sin dificultad que ellos repetirían en la industria sus victorias, ofreciéndonos en ese terreno la revancha de los últimos reveses.

A estos obreros enriquecidos que fundaron nuestras manufacturas no es posible negarles cualidades eminentes: el arrojo, la audacia, la iniciativa y, a menudo, una percepción certera de las cosas. Muchos de ellos hicieron fortuna; ¡ojalá sus hijos no se arruinen!

Con estos atributos, nuestros fabricantes de 1815 dieron sobradas muestras de la desmoralización de esa triste época. Como se pudo ver entonces, la muerte política no está lejos de la muerte moral. De la vida militar conservaron, generalmente, no el sentimiento del honor, sino la violencia; no se preocuparon ni de los hombres, ni de las cosas, ni del porvenir, y trataron de manera implacable a dos clases de personas: al obrero y al consumidor.

No obstante, siendo aún pocos los obreros en esa época, incluso en las fábricas que emplean máquinas y requieren tan poco aprendizaje, los fabricantes se vieron obligados a ofrecerles buenos salarios. Fueron *exprimiendo* así a los hombres en las ciudades y en los campos; colocaron a estos reclutas del trabajo al mismo ritmo de las máquinas, exigiéndoles que fueran, como ellas, incansables. Parecía que aplicaban a la industria el gran principio imperial: sacrificar unos hombres para abreviar las guerras. La impaciencia propia de los franceses, que muy a menudo nos hace cometer barbaridades contra los animales, se autorizaba en las tradiciones militares en contra de los hombres; el trabajo tenía que ir a paso veloz, a la carrera; ¡tanto peor para los que perecieran!

En cuanto al comercio, los fabricantes de entonces actuaron como si estuvieran en país enemigo; trataron al comprador exacta-

mente de la misma manera que en 1815 las vendedoras de París esquilmaron al cosaco. Lo vendían con tinte falso, peso falso y medida falsa; así fue como, muy pronto, hicieron su agosto, y se retiraron, habiendo hecho perder a Francia sus mejores mercados, comprometiendo por largo tiempo su reputación comercial, y, lo que es peor, rindiéndoles a los ingleses el servicio esencial de malquistarnos —para no mencionar el resto— un mundo, la América española, que imitó nuestra Revolución.

Sus sucesores, sus hijos o sus obreros más experimentados, se las tienen que ver ahora con un problema, al enfrentarse con esta reputación en los mercados. Por ello, se sorprenden e irritan al ver a tal punto reducidas las ganancias. La mayoría de ellos se retirarían con gusto de la empresa si pudieran; pero están comprometidos, hay que seguir avanzando; *¡Camina!, ¡camina!* En otros lugares la industria está asentada sobre grandes capitales, sobre un conjunto de hábitos, de tradiciones y de relaciones seguras, sobre la base de un comercio vasto y regular. Esto, a decir verdad, no es más que un combate. Un obrero atrevido que inspiraba confianza se convierte en comanditario; o bien, un joven quiere arriesgar lo que ganó su padre, parte de un pequeño capital, de una dote o de un empréstito. Dios quiere que salga bien librado entre dos crisis; hemos tenido una cada seis años (1818, 1825, 1830, 1836). Siempre es la misma historia; uno o dos años después de la crisis, llegan algunos pedidos, y luego el olvido y la esperanza; el dueño de la fábrica se cree lanzado: empuja, apura y agota a los hombres y las cosas, a los obreros y las máquinas; el Bonaparte industrial de 1820 vuelve a aparecer por un momento; luego, estorba el exceso de producción, se ahoga, hay que vender con pérdidas. Agregad que, más o menos cada cinco años, estas costosas máquinas quedan fuera de servicio o están anticuadas por alguna nueva invención; si se obtiene alguna ganancia, se utiliza para remplazar las máquinas.

El capitalista, advertido por tantas lecciones, cree ahora que Francia es un pueblo mucho más industrial que comercial, es decir, más apto para fabricar que para vender. Presta dinero al nuevo fabricante como a un hombre que parte en una navegación peligrosa. ¿Qué seguridad tiene? Las fábricas más espléndidas no se venden sino con gran pérdida; sus brillantes utensilios en unos cuantos años no valen más que el hierro y el cobre. No se presta sobre la fábrica sino más bien sobre el hombre; el industrial tiene la triste ventaja de que se le puede encarcelar; esto da valor a su firma. Él sabe perfectamente que, en el arrebato de esta vida terrible, tiene comprometida su propia persona, y a veces mucho más: la vida de su mujer y de sus hijos, los bienes de su suegro o los de un amigo demasiado crédulo, o incluso, quizás, un depósito de confianza… Por lo tanto, no hay regateo posible, hay que vencer o morir, amasar una gran fortuna o tirarse al río.

En semejante estado de ánimo, un hombre no tiene el corazón muy blando. Sería un milagro que fuera manso y bueno con sus empleados y sus obreros. Vedlo recorrer a grandes zancadas sus vastos talleres, con aire sombrío y duro… Mientras él camina de un extremo a otro, el obrero dice muy bajo: «¡Qué enojado está hoy! ¡Cómo trató al contramaestre!». En realidad los trata a todos tal como él ha sido tratado hace muy poco. Llega de Mulhouse, la ciudad del dinero, regresa de Bâle a Mulhouse, por ejemplo, o de Ruán a Déville, grita y la gente se sorprende: no sabe que el judío le acaba de extraer del cuerpo una libra de carne.

¿Con quién se va a desquitar? ¿Con el consumidor? Éste se halla sobre aviso. El dueño de la fábrica se desquita con el obrero. Ahí donde no hay aprendizaje o donde se han multiplicado imprudentemente los aprendices, los obreros se presentan en gran número, ofrecen su mano de obra a precio muy bajo, y el fabricante impone una baja de los salarios.[42] Después, el exceso de mercancías lo obliga a vender incluso con pérdida y la reducción de

los salarios, que es mortal para el obrero, ya no beneficia al dueño de la fábrica: únicamente el consumidor sale ganando.

Sin embargo, hasta el fabricante más duro nació humano. En sus comienzos, todavía mostraba algún interés por esta muchedumbre.[43] Poco a poco, las preocupaciones de los negocios, la incertidumbre de su situación, los peligros que ésta entraña y sus tormentos morales, lo tornan muy indiferente a los tormentos materiales de los obreros. No los conoce tan bien como su padre,[44] que había sido obrero. Incesantemente renovados, los ve como cifras, como máquinas, pero menos dóciles y menos regulares, que el progreso de la industria hará prescindibles; ellos son el defecto del sistema; en este mundo de hierro en el que los movimientos son tan precisos, la única cosa que se puede criticar es al hombre.

Hay algo curioso y digno de observar: que los únicos (muy poco numerosos) que se preocupan a veces por la suerte del obrero, son los dueños de fábricas muy pequeñas que conviven con sus empleados de manera patriarcal; o bien, por el contrario, las fábricas muy grandes y poderosas que, al apoyarse en fortunas sólidas, se encuentran al abrigo de las inquietudes ordinarias del comercio. Cualquier intervalo medio es un campo de batalla donde no se concede piedad.

Se sabe que nuestros manufactureros de Mulhouse han reclamado, en contra de sus intereses, una ley que regule el trabajo de los niños. En 1836, a raíz de un ensayo que uno de ellos realizó con la intención de proporcionar a los obreros viviendas salubres con pequeños jardines, estos fabricantes de Alsacia se emocionaron con esta feliz idea, contribuyendo con dos millones de francos en este movimiento generoso. ¿Qué se hizo de este aporte? No he podido saberlo.

Con toda seguridad los fabricantes serían más humanos si su familia, frecuentemente muy caritativa, no permaneciera tan ajena a la compañía.[45] La familia vive por lo general en un lugar aparta-

do de la fábrica y no ve a los obreros más que de lejos. Por ello suele exagerar sus vicios y juzgarlos casi siempre según ese momento del que hablé y en el que, después de haber sido largo tiempo contenida, la libertad se desborda ruidosa y desordenadamente, al salir del trabajo. Asimismo, a menudo los fabricantes y los suyos odian a los obreros porque se creen odiados por ellos; yo diré, contra la opinión general, que en esto se equivocan más de una vez. En las grandes empresas, el obrero odia al contramaestre, de quien sufre la tiranía inmediata; la del dueño, por estar más lejana, le resulta menos odiosa y, salvo que le hayan enseñado a odiarla, la considera una fatalidad; por ello no se irrita.

El problema industrial se complica mucho, para Francia, con su situación externa. Al sufrir, por así decirlo, el bloqueo organizado por la malevolencia unánime de Europa, perdió —lo mismo que sus antiguos aliados— toda esperanza de abrir nuevos mercados, tanto en Oriente como en Occidente. Nuestro industrialismo, que fundó el sistema actual sobre la extraña suposición de que los ingleses, nuestros rivales, iban a convertirse en nuestros amigos, se encuentra, con esa amistad, bloqueado, emparedado como en un sepulcro… Ciertamente, la gran Francia agrícola y guerrera de 25 millones de habitantes, que bien quiso creer en los industriales; que mantuvo con firmeza su palabra y que, por ser bondadosa con ellos, no retomó el Rin; esta Francia, digo, tiene hoy razones para deplorar su propia credulidad: más sensata que ellos, siempre creyó que los ingleses seguían siendo ingleses.

No obstante, es necesario hacer una distinción entre los industriales. Hay algunos que, en vez de dormirse detrás de la triple línea de las aduanas, han proseguido noblemente la guerra contra Inglaterra. Nosotros les agradecemos sus heroicos esfuerzos para levantar la piedra bajo la cual Inglaterra creyó poder aplastarnos. Sin embargo, al luchar contra ella, con todas las desventajas (¡a menudo un costo suplementario de un tercio!), su industria la venció en diversos aspectos: en aquellos que requerían las más

brillantes facultades y la riqueza inventiva más inagotable. ¡Ella ha vencido por el arte!

Había que dedicar un libro entero para dar a conocer el grandioso esfuerzo de Alsacia que, con un alma en absoluto mercantilista y sin escatimar costos, ha reunido todos los medios, apelado a toda la ciencia, y deseado lo bello, costara lo que costara. Lyon resolvió el problema de una metamorfosis continua, cada vez más ingeniosa y brillante. ¿Y qué decir de esa hada parisiense que responde minuto a minuto a los movimientos más imprevistos de la fantasía?

¡Cosa inesperada y sorprendente! ¡Francia vende!... Esta Francia excluida, condenada, prohibida... Ellos vienen a ella, mal que les pese, y, mal que les pese, compran.

Compran... modelos que, mal que bien, van a copiar en su país. Este inglés declara, en una encuesta, que tiene una oficina en París para *tener modelos.* Con algunas piezas compradas en París, en Lyon o en Alsacia, que copian después, los remedadores ingleses o alemanes tienen lo suficiente para inundar el mundo. Lo mismo pasa con los libros: Francia escribe y Bélgica vende.

Desgraciadamente, los productos que hacemos con mayor excelencia son los que más cambian, por lo que exigen una permanente renovación. Aunque lo propio del arte sea agregar valor a las materias primas hasta el infinito, un arte tan costoso no genera muchas ganancias. Al contrario, con mercados en los pueblos inferiores de las cinco partes del mundo, Inglaterra fabrica en grandes cantidades, por géneros uniformes, cuya fabricación se realiza por mucho tiempo sin necesidad de renovaciones ni de nuevas investigaciones; semejantes productos, sean o no vulgares, siempre son lucrativos.

¡Trabaja pues, oh Francia, para que sigas siendo pobre! ¡Trabaja, sufre, sin cansarte jamás! El lema de las grandes fábricas que

forjan tu gloria, y que imponen al mundo tu gusto y tu pensamiento, en el campo del arte, es éste: Inventar o morir.

V. Servidumbres del comerciante[46]

El hombre dedicado al trabajo, el obrero, el fabricante, ven generalmente al comerciante como un hombre ocioso. Sentado en su tienda, ¿qué más tiene que hacer en la mañana sino leer el periódico, luego charlar todo el día y, al anochecer, cerrar su caja? El obrero decide definitivamente, si logra ahorrar algo, hacerse comerciante.

El comerciante es el tirano del fabricante. Le devuelve todos los engorros y las vejaciones que le hace sufrir el comprador. Ahora bien, en el estado actual de nuestras costumbres, el comprador es el hombre que quiere adquirir por nada, es el pobre que quiere sacarle algo al rico, es el enriquecido de ayer que con gran pesadumbre saca de su bolsillo el dinero que acaba de meter en él.[47] Todos exigen dos cosas: la calidad brillante y el más bajo precio; el valor intrínseco del objeto es secundario. ¿Quién puede pagar caro por un buen reloj? Nadie. Los mismos ricos no desean más que un hermoso reloj barato.

Si el comerciante no engañara a esa gente, perecería. Pasa su vida entera entre dos guerras: una, de engaños y artimañas, con el comprador desatinado; otra, de vejaciones y exigencias, con el fabricante. Móvil, inquieto y minucioso, a éste le devuelve, golpe por golpe, todos los caprichos absurdos de su amo: el público que consume; lo tironea hacia la derecha, hacia la izquierda, cambiando de dirección a cada instante, impidiéndole seguir una idea y haciéndole casi imposible, de diversas maneras, el gran invento.

Para el comerciante, el punto capital es que el fabricante ayude a engañar al comprador, que comparta con él los pequeños fraudes y no retroceda ante los grandes. He oído a varios fabricantes quejarse por lo que se exigía de ellos, en contra de su honor; se veían obligados a perder sus beneficios, o bien a hacerse cómplices de las engañifas más audaces. Ya no basta con alterar la calidad, tienen a veces que convertirse en falsificadores y apoderarse de las marcas de las fábricas de renombre.

La repugnancia que manifestaban por la industria las nobles repúblicas de la Antigüedad y los orgullosos barones de la Edad Media, no es muy razonable sin duda, si se entiende por industria las fabricaciones complicadas que requieren de la ciencia y el arte, o los grandes negocios que suponen tantos conocimientos, información y combinaciones. Pero esta repugnancia resulta muy razonable cuando se refiere a los hábitos ordinarios del comercio, a la miserable necesidad que tiene el comerciante de mentir, de cometer fraudes y de falsificar.

No vacilo en afirmar que para el hombre de honor, la situación del trabajador más dependiente es libre en comparación con ésta. Siervo por su cuerpo, es libre por su alma. Por el contrario, la peor servidumbre consiste en tener que esclavizar su alma y su palabra, y en estar obligado a disimular de la mañana a la noche.

Representaos bien a este hombre, otrora militar, que en todo lo demás ha conservado el sentimiento del honor, y que se resigna a esto… Debe de sufrir mucho.

Lo singular es que precisamente por honor miente todos los días: así le hace honor a sus negocios. Para él la deshonra no es la mentira sino la quiebra. Antes de quebrar, el honor comercial lo empujará hasta el punto en que el fraude equivale al robo y la falsificación al envenenamiento.

Este envenenamiento es benigno en pequeñas dosis, lo sé, y sólo mata a la larga. Aunque se quisiera decir que no se mezclan en

los productos alimenticios sino sustancias inocuas,[48] inactivas e inertes, no deja de ser cierto que el trabajador que cree reponer con ellos sus fuerzas, y que nada encuentra en ellos, ya no puede rehacerse, se agota; vive, por así decirlo, de su capital, del fondo de su vida, que se le irá escapando poco a poco.

Lo que yo encuentro de culpable en ese falsificador que vende la ebriedad no es sólo el hecho de envenenar al pueblo, sino el de degradarlo. El hombre, cansado por el trabajo, entra confiado en ese comercio; lo ama como su casa de libertad; pero ¿qué encuentra en ella?: la vergüenza. En cuanto bebe esa mezcla espiritosa que le venden con el nombre de vino, le produce un efecto que no le produciría una cantidad dos o tres veces mayor de vino; esa bebida se apodera del cerebro y ofusca el espíritu, entorpece la lengua y el movimiento del cuerpo. Una vez que está ebrio y con los bolsillos vacíos, el dueño del negocio lo echa a la calle… ¿A quién no se le parte el corazón al ver en invierno a una pobre vieja que bebió el veneno para calentarse y que, en ese estado, es entregada como juguete a la barbarie de los niños?… El rico pasa y juzga: «¡Éste es el pueblo!».

Todo el que pueda tener o tomar prestados mil francos, se lanzará atrevidamente al comercio. Dejará de ser obrero y se convertirá en mercader, es decir, será un hombre que disponga de su tiempo. Vivía en la taberna; ahora abre una taberna. No se instala lejos de las que ya existen; al contrario, se ubica lo más cerca posible de ellas para robarles la clientela; se entretiene con la ilusión de que va a comerse al vecino. En efecto, de inmediato llegan los clientes: todos los que deben dinero y no pagarán. Al cabo de algunos meses, aquel nuevo comerciante se ha vuelto antiguo; otros se han instalado alrededor. Languidece, perece, perdió el dinero, pero, además, perdió lo más valioso: el hábito del trabajo… Y esto causará regocijo en los sobrevivientes, los que, uno tras otro, acaban en lo mismo. Otros habrán de llegar y harán que todo pase

inadvertido. ¡Comercio triste y miserable, en el que no hay ninguna industria, ni otra idea que la de comerse unos a otros!

Casi no aumentan las ventas mientras crece el número de comerciantes, y se multiplican, a las claras, la competencia, la envidia y el odio. No hacen nada; están allí, a la puerta de sus negocios, con los brazos cruzados, mirándose de reojo, cuidando que la clientela infiel no vaya a equivocarse de puerta. Los de París, que son 80 mil, tuvieron el año pasado 46 mil juicios en el Tribunal de Comercio, sin hablar de los otros tribunales. ¡Cifra espantosa! ¡Cuántas querellas y cuántos odios supone!

El objeto especial de ese odio, al que persigue el patentado, declara el embargo contra él cada vez que puede, es el pobre diablo que empuja su puesto ambulante por los caminos, y se detiene por un momento; es la desgraciada mujer que carga el suyo en un tablero, ¡ay!, cargando muchas veces también a un niño en brazos. [49] ¡Que no se le ocurra sentarse! ¡Que siempre siga caminando… si no, llegará el embargo!

Realmente, no sé si el que hace que se la embargue, ese triste hombre instalado en su tienda, se siente más feliz por estar sentado. Quedarse inmóvil, estar esperando sin poder prever nada… El comerciante casi nunca sabe de dónde le vendrá la ganancia. Recibe la mercancía de segunda o de tercera mano; ignora cuál es el estado de su propio comercio en Europa, y no puede adivinar si el año próximo hará fortuna o quebrará.

El fabricante, e incluso el obrero, tienen dos cosas que, pese al trabajo, hacen que su destino sea mejor que el del comerciante:

1. *El comerciante no crea nada,* no conoce la enorme felicidad —digna del hombre— de hacer nacer una cosa, de ver avanzar en sus manos una obra que cobra forma, que se hace armónica, y que al progresar responde a su creador, consolándolo de su hastío y de su pena.

2. Otra desventaja, terrible, a mi juicio: *El comerciante está obligado a agradar.* El obrero da su tiempo, y el fabricante su mercancía, por una cantidad determinada de dinero; he aquí un contrato simple y que no degrada. Ni el uno ni el otro tienen necesidad de halagar a nadie. A diferencia de la señora que vende en el mostrador, no están obligados, teniendo más de una vez el corazón afligido y los ojos llenos de lágrimas, a mostrarse de repente amables y alegres. El comerciante, inquieto, mortalmente preocupado por el pagaré que vence mañana, debe sonreír y escuchar complacientemente, con un cruel esfuerzo, el parloteo de la joven elegante que le hace desplegar cien piezas de tela, que charla durante dos horas y se va sin comprar nada.

Él tiene que agradar, su esposa tiene que agradar. Puso en el comercio no sólo sus bienes, su persona y su vida sino, a menudo, también a su familia.[50]

El hombre menos susceptible por lo que a él respecta, sufrirá cada hora viendo a su mujer o a su hija en el mostrador. El extraño, e incluso el testigo desinteresado, no ven sin pena a una familia honesta montar un comercio, y a los hábitos hogareños violentamente trastornados; el hogar en la calle, ¡el santo de todos los santos en el escaparate! La joven doncella escucha, con la mirada baja, el discurso impertinente de un hombre descortés. Después de algunos meses, ella se ha vuelto atrevida.

Por lo demás, la esposa hace mucho más que la hija para que una casa de comercio tenga éxito. Ella habla con gracia, con encanto… ¿Cuál es el inconveniente, en una vida tan pública, a los ojos de la muchedumbre?… Habla, pero escucha… a todos más que a su marido. Es un espíritu sombrío este marido, nada divertido, lleno de vacilaciones y minucias; en política, vacila en todo, está descontento a causa del gobierno y a causa de los descontentos.

Esta mujer se da cuenta cada vez más de que su oficio es muy aburrido: hasta doce horas diarias en el mismo lugar, expuesta detrás de un cristal entre mercancías. Pero no siempre se mantendrá ahí inmóvil: la estatua podrá animarse.

Aquí empiezan los grandes sufrimientos para el marido. El peor lugar del mundo para un hombre celoso es una tienda… Todos acuden, todos halagan a la dama… El desgraciado ni siquiera sabe con quién habérselas. A veces se vuelve loco o se mata, o la mata a ella; otros se enferman y mueren… Más infeliz es quizás el que se resigna.

Hubo un hombre que se murió así, lentamente, no de celos sino de dolor y humillación, por ser insultado y ultrajado todos los días en la persona de su esposa. Estoy hablando del desgraciado Louvet. Después de haber escapado a los peligros del Terror, entró a la Convención; pero, a falta de recursos para vivir, estableció a su mujer como librera en el Palais-Royal: la librería era entonces el único comercio brillante. Por desgracia, el ardiente girondino, tan contrario a los realistas como a los *montagnards*, tenía mil enemigos. La *juventud dorada,* la que tan bien corrió el 13 vendimiado, acudía valientemente a pavonearse delante de la tienda de Louvet; entraba, y reía socarronamente, vengándose con una mujer. A las provocaciones del marido furioso, no contestaban más que con sarcasmos. Él mismo les había proporcionado las armas al publicar, en el relato de su fuga y sus desgracias, mil detalles apasionados, indiscretos sin duda, e imprudentes, sobre su Lodoïska. Una cosa debía protegerla, volverla sagrada para los hombres de corazón: su valor, su abnegación, puesto que ella había salvado a su marido… Nuestros caballeros no sintieron eso; fríamente, llevaron muy lejos la burla cruel y ésta provocó la muerte de Louvet. Su mujer deseaba morir; sus hijos la condenaron a vivir.

VI. Servidumbres del funcionario

Cuando crecen los hijos y la familia reunida comienza a preguntarse: «¿Qué oficio les daremos?», nunca falta que el más vivo de ellos, el menos disciplinable, declare: «Yo quiero ser independiente». Entrará al comercio y encontrará en él la independencia que acabamos de caracterizar. El otro hermano, el dócil, el buen sujeto, será funcionario.

Al menos, tratarán de que lo sea. Para ello, la familia hará enormes sacrificios, a menudo por encima de su fortuna. Grandes esfuerzos, ¿con qué fin? Después de diez años de clases, varios años de escuela, se convertirá en un supernumerario, y, finalmente, en un pequeño empleado. Su hermano el comerciante, que mientras tanto tuvo muchas otras aventuras, le tiene mucha envidia y rara vez deja escapar ocasiones para hacer alusión a la gente que no produce y «que se duerme cómodamente sentada en el banquete del presupuesto». A los ojos del industrial, nadie produce sino él; el juez, el militar, el profesor y el empleado, son «consumidores improductivos».[51]

Los padres sabían muy bien que la carrera de la administración pública no era lucrativa. Pero para ese niño dulce y tranquilo desearon una vida segura, estable y regular. Es el ideal de las familias; después de tantas revoluciones, tal es, en su opinión, la suerte del funcionario; el resto va, viene, varía y cambia: únicamente el funcionario se ha librado de los avatares de esta vida mortífera; él está como en otro mundo.

No sé si alguna vez el empleado conoció ese paraíso en la tierra, esa vida de inmovilidad y sueño. Hoy en día yo no veo ningún hombre más ocupado. Sin hablar de las destituciones que lo golpean a veces y que siempre son de temer, su vida no es sino mutaciones, viajes, traslados súbitos (por tal o cual misterio electoral) de un extremo de Francia a otro, desgracias inexplicables, y pretendidas promociones que, por 200 francos más, le hacen ir de Perpiñán a Lille. Todos los caminos están llenos de funcionarios que viajan con sus muebles; muchos de ellos han renunciado a poseer algunos. Hospedados en una posada, con la maleta lista, viven allí un año, o menos, llevando una vida sola y triste, en una ciudad desconocida; cuando al fin comienzan a formar alguna relación, se les despacha al otro polo.

Sobre todo, ¡que no se casen!: su situación empeoraría. Independientemente de esta movilidad, sus escasos emolumentos no conciben la existencia de un hogar. Aquellos que están obligados a hacer respetar su posición, por tener que mantener a una familia: el juez, el oficial, el profesor, se pasarán la vida, si no tienen fortuna, en un estado de lucha y de esfuerzo miserable, por ocultar su miseria y encubrirla con cierta dignidad.

¿Acaso no habéis encontrado haciendo diligencias (no digo una, sino varias veces) a una dama respetable, seria, o más bien triste, con un atuendo modesto y un tanto envejecido, acompañada de uno o dos niños, muchos baúles, mucho equipaje, y los enseres de una casa en la imperial? Al llegar, veis que la recibe su marido, un oficial maduro, honrado y digno. Ella lo sigue así en medio de toda clase de incomodidades y molestias, de guarnición en guarnición; da a luz en un camino, amamanta en la posada, y parte en seguida. No hay nada más triste que ver a estas pobres mujeres unidas así, por el afecto y el deber, a las servidumbres de la vida militar.

Los sueldos de los funcionarios, militares y civiles, han cambiado poco desde el Imperio.[52] Eso sí, casi todos tienen un sueldo fi-

jo que la gente ve como la dicha suprema. Pero como ahora el dinero vale menos, el valor de una misma cifra disminuye y representa cada vez menos; ya hemos señalado esto en lo que respecta a los salarios de la industria.

Francia puede vanagloriarse de una cosa: con excepción de algunos puestos demasiado bien pagados, nuestros funcionarios públicos sirven al Estado casi por nada. Además, afirmo que en este país, del que se habla tan mal, hay pocos funcionarios, muy pocos, que se dejan tentar por el dinero.

Ya escucho la objeción: muchos de ellos son corrompidos por la expectativa de la promoción, la intriga y las malas influencias; lo sé, y lo admito. No obstante, no por ello dejaré de sostener que no encontraréis a nadie, entre esta gente tan mal pagada, que reciba dinero, tal como se ve en Rusia, en Italia o en otras regiones.

Veamos el orden más elevado. El juez, que decide la suerte y la fortuna de los hombres, que todos los días tiene entre manos asuntos de varios millones, y que, para funciones tan altas, tan asiduas y tan fastidiosas, gana menos que un obrero; este juez, digo, no acepta dinero.

Vedlo por abajo, en una clase en que son grandes las tentaciones. Tomad al aduanero: puede que haya alguno que reciba una pequeña propina en una ocasión insignificante, pero jamás por nada que despierte la menor sospecha de fraude. ¿Queréis saber, ahora, cuánto gana por este servicio ingrato? Seiscientos francos, un poco más de 30 *sous* diarios; a esto, hay que añadir las noches que no están pagadas: pasa una noche en la frontera o en la costa, sin más resguardo que su abrigo, expuesto al ataque del contrabandista, y al viento de la tempestad que, desde el acantilado, a veces lo lanza al mar. Allí, a esa playa, su esposa le lleva su pobre comida; porque es casado, tiene hijos, y para alimentar a cuatro o cinco personas, tiene más o menos 30 *sous.*

Un panadero en París[53] gana más que dos aduaneros, más que un teniente de infantería, más que tal o cual magistrado y más que la mayoría de los profesores; ¡y gana lo *mismo que seis maestros de escuela*! ¡Qué vergüenza! ¡Qué infamia!… El país que paga menos a los que instruyen al pueblo (escondámonos para confesarlo) es Francia. La Francia de hoy. Por el contrario, la verdadera Francia, la de la Revolución, declaró que la enseñanza era un sacerdocio y que el maestro de escuela era el igual del sacerdote. Estableció en principio que el gasto más importante del Estado ha de ser la instrucción. Aun dentro de su terrible miseria, la Convención quería dar 54 millones para la instrucción primaria,[54] y sin duda lo habría hecho si hubiese durado más tiempo… ¡Tiempos singulares éstos, en que los hombres se decían materialistas, y que, en realidad, fueron la apoteosis del pensamiento, el reino del espíritu!

No lo oculto: entre todas las miserias del tiempo presente, ninguna me pesa más que éstas. El hombre más meritorio, más miserable[55] y más olvidado en Francia, es el maestro de escuela. El Estado, que ni siquiera está enterado de cuáles son sus verdaderos instrumentos y su fuerza, que tampoco sospecha la poderosa palanca moral que sería esta clase de hombres; el Estado, digo, los abandona a los enemigos del Estado. Decís que los frailes imparten una mejor enseñanza; lo niego; y aunque fuera cierto, ¿qué importa? El maestro de escuela es Francia; el hermano es Roma, es el extranjero, el enemigo; nada más leed sus libros, seguid sus hábitos y sus relaciones: halagadores para la universidad, y enteramente de jesuitas corazón.

Hablé en otro lugar de las servidumbres del sacerdote; son grandes y dignas de compasión; siervo de Roma, siervo de su obispo, está casi siempre en una posición que le da a su superior, siempre bien informado, hipoteca sobre él. ¡Y bien!, este sacerdote, este siervo, es el tirano del maestro de escuela. Éste no es legalmente su subordinado, pero es su lacayo. Su esposa, madre de familia, hace la corte a la señora ama de llaves del señor cura, a la pe-

nitente preferida e influyente. Esta mujer con hijos y a la que le cuesta tanto llevar los gastos de la casa, siente que un maestro de escuela enemistado con el cura ¡es un hombre perdido!... No hay dos caminos para echarlo a pique; no pierden tiempo en decir que es un ignorante; no, él es vicioso, es borracho, es... Y esto, por más que sus hijos, que año tras año, ¡ay! se multiplican, atestigüen en favor de sus costumbres. Sólo los frailes tienen buenas costumbres; claro que tienen algunos pequeños pleitos, pero éstos son rápidamente olvidados.

¡La servidumbre! ¡La pesada servidumbre! La vuelvo a encontrar, subiendo o bajando, en todos los peldaños de la escala social, ¡aplastando a los más dignos, a los más humildes, a los de mayor mérito!

Y no me refiero a la dependencia jerárquica y legítima, a la obediencia al superior natural, sino a la otra dependencia, oblicua, indirecta, la que parte desde muy arriba y desciende hasta muy abajo, la que agobia por su pesantez, la que penetra, entra en el detalle, se informa y quiere gobernar hasta el alma.

¡Hay una gran diferencia entre el comerciante y el funcionario! Como lo hemos dicho, el primero está condenado a mentir sobre asuntos mínimos de interés externo; por lo que respecta a su alma, conserva a menudo la independencia. Es precisamente por aquí por donde se ataca al funcionario y se le hostiga en las cosas del alma; a veces se le conmina a mentir acerca de su fe y de su fe política.

Los más sabios se esfuerzan por hacerse olvidar: evitan pensar, fingen ser nadie, y practican tan bien este juego que, a la larga, ya no necesitan simular; llegan a ser, en verdad, lo que querían parecer. No obstante, los funcionarios que son los ojos y los brazos de Francia tienden a no ver y a no moverse; un cuerpo que tiene miembros semejantes ha de estar muy enfermo.

Al anularse de esta manera, ¿está el desgraciado libre de presiones? No siempre. Mientras más cede más retrocede, y más se le exige. Hasta llegan a pedirle «prendas de devoción», o sea, servicios positivos. Podría ser promovido si se hiciera útil, si diera informaciones sobre tal o cual persona… «Fulano, por ejemplo, que es colega suyo, ¿es hombre bien seguro?».

He aquí a un hombre confundido, enfermo. Vuelve muy preocupado a su casa. Presionado con ternura, confiesa lo que le pasa… ¿Dónde, en esta grave circunstancia, creéis que encuentre un apoyo? ¿Entre los suyos? Rara vez.

Hay una cosa triste y dura que es necesario decir: al hombre, hoy en día, no lo corrompe el mundo; él lo conoce demasiado; tampoco lo corrompen sus amigos… ¿quién tiene amigos?… No, lo que lo corrompe más a menudo es la familia. Una mujer excelente, si está preocupada por sus hijos, es capaz de todo para que su marido sea promovido; es capaz incluso de empujarlo a acciones cobardes. Una madre devota juzga natural que él haga fortuna por medio de la devoción; el fin lo purifica todo; ¿qué pecados se podrían cometer sirviendo a la buena causa?… ¿Qué hace un hombre cuando encuentra la tentación en su familia que debería librarlo de ella, cuando el vicio le llega a través de la virtud, con la obediencia filial y el respeto de la autoridad paterna?

Este aspecto de nuestras costumbres es grave; no conozco ninguno más sombrío.

Por otra parte, nunca podré creer que la bajeza, el servilismo y el jesuitismo puedan triunfar en Francia, aun con estos medios. En este noble país la repugnancia por todo lo que es falso y pérfido es inexpugnable. La masa es buena; no juzguéis por la espuma que flota en la superficie. Aunque flote, esta masa tiene dentro una fuerza que la consolida: el sentimiento del honor militar constantemente alimentado por nuestra leyenda heroica. A punto de caer, se detiene, sin que se sepa por qué… ¡es que sintió pasar so-

bre su rostro el espíritu invisible de los héroes de nuestras guerras, el soplo de la vieja bandera!…

¡Ay! ¡Ya no tengo esperanzas sino en ella! ¡Que esta bandera salve a Francia, y a la Francia del ejército! ¡Que permanezca puro este glorioso ejército nuestro en el que el mundo entero tiene fijos los ojos![56] ¡Que sea de hierro contra el enemigo, y de acero contra la corrupción! ¡Que nunca penetre en él el espíritu policiaco! ¡Que conserve el horror a los traidores, a las ofertas ruines y a los medios de promoción subrepticios!

¡Qué peso en las manos de esos jóvenes soldados! ¡Qué responsabilidad sobre el futuro!… En el día del supremo combate de la civilización con la barbarie (¿quién sabe si no será mañana?), el juez debe encontrarlos irreprochables, con la espada limpia y sus resplandecientes bayonetas inmaculadas. Cada vez que los veo pasar, mi corazón se conmueve:

> Aquí, y solamente aquí, marchan al unísono la fuerza y la idea, la valentía y el derecho, estas dos cosas separadas en toda la Tierra… Si el mundo se salva por la guerra, sólo vosotros lo salvaréis… ¡Santas bayonetas de Francia, cuidaos de que nada oscurezca esa luz que flota sobre vosotras, y que ninguna mirada es capaz de sostener!

VII. Servidumbres del rico y del burgués

El único pueblo que posee un ejército serio es el que no cuenta para nada en Europa. Este fenómeno no se explica sólo por la debilidad de un ministerio, o de un gobierno; se debe, desgraciadamente, a una causa más general: a la decadencia de la clase gobernante, que es una clase muy nueva y muy gastada. Estoy hablando de la burguesía.

Me remontaré un poco atrás para hacerme entender mejor. La gloriosa burguesía que quebrantó la Edad Media e hizo nuestra primera Revolución en el siglo XVI, tuvo la característica peculiar de procurar una rápida iniciación del pueblo a la nobleza.[57] Antes que una clase constituyó un pasaje, un escalón. Luego, al realizar su obra y crear una nobleza y una realeza nuevas, perdió su movilidad, se estereotipó, actuando como una clase, a menudo ridícula. El burgués de los siglos XVII y XVIII es un ser bastardo que la naturaleza parece haber detenido en su desarrollo, un ser mixto, poco agradable a la mirada, que no es ni de arriba ni de abajo, que no sabe caminar ni volar, que se complace consigo mismo y se pavonea con sus pretensiones.

Nuestra actual burguesía, nacida inmediatamente después de la Revolución, no encontró, al subir, a ningún noble por encima de su cabeza. Esto le reafirmó su voluntad de ser, ante todo, una clase. Al nacer se fincó, y lo hizo tan bien que creyó ingenuamente que podría extraer de su seno una aristocracia, vale decir, improvisar una antigüedad. Esta creación, como era fácil prever, no resultó antigua sino vieja y caduca.[58]

Aunque los burgueses reclamen gustosos el ser una clase aparte, no resulta fácil precisar sus límites, dónde comienza y dónde termina. Ella no comprende exclusivamente a las personas acomodadas; hay muchos burgueses pobres.[59] En nuestros campos el mismo hombre es, en un lugar, jornalero, y en otro *burgués,* porque allí posee tierras. Por esto, gracias a Dios, no se puede oponer rigurosamente la burguesía al pueblo, como lo hacen algunos, lo cual daría como resultado, ni más ni menos, la creación de dos naciones. Se les llame o no burgueses, nuestros pequeños propietarios rurales son el pueblo y el corazón del pueblo.

Que se amplíe o que se estreche esta denominación, lo que importa observar es que mientras la burguesía ha actuado casi sola desde hace cincuenta años, parece hoy paralizada e incapaz de actuar. Parecía que debía renovarla una clase muy reciente: la clase industrial, que nació en 1815, que creció con las luchas de la Restauración, y que, más que ninguna otra, hizo la Revolución de julio. Más francesa quizá que la burguesía propiamente dicha, es burguesa por sus intereses, y no osa moverse. La burguesía ni quiere ni puede moverse; ha perdido el movimiento. Medio siglo ha sido suficiente para verla salir del pueblo, elevarse gracias a su actividad y su energía y, de repente, en medio de su triunfo, desplomarse sobre sí misma. No existe ningún ejemplo de una decadencia tan rápida.

No somos nosotros quienes lo decimos: es ella. Las confesiones más lamentables se le escapan en su declinación, y en la de Francia que ella provoca.

Hace diez años, un ministro decía delante de varias personas: «Francia será la primera de las potencias secundarias». Este propósito, humilde en aquel tiempo, se ha vuelto casi ambicioso, dado el punto a que han llegado las cosas de entonces a ahora. ¡Así de rápido es el descenso!

Y es tan rápido en el interior como en el exterior. Los avances del mal se miden en el desaliento de los mismos que se aprovechan de él. No pueden interesarse mucho en un juego en el que ya nadie espera engañar a nadie. Los actores se aburren casi tanto como los espectadores; bostezan con el público, exasperados con ellos mismos, al sentir que están bajando.

Uno de ellos, un hombre con espíritu, escribía hace algunos años que ya no hacían falta grandes hombres, y que, de ahora en adelante, podríamos vivir sin ellos. Por entonces esta declaración venía a cuento. No obstante, si se volviera a imprimir tendría que extenderse, y probarse, esta vez, que los hombres medios, los talentos secundarios, no son indispensables y que el país puede también prescindir de ellos.

Hace diez años la prensa pretendía ejercer influencia. Se ha desengañado. Sintió, para sólo hablar de la literatura, que la burguesía, que es la única que lee (el pueblo casi no lee), ya no necesitaba del arte. Por lo tanto, sin que nadie se quejara de ello, pudo reformar dos cosas costosas: el arte y la crítica; se dirigió a los improvisadores, a los novelistas por encargo, y luego a los que sólo tienen el nombre, a los obreros de tercer orden.

El hundimiento general se siente menos, porque tiene lugar simultáneamente; como todos descienden, el nivel relativo sigue siendo el mismo.

¿Quién diría, por el escaso ruido que estamos haciendo, que alguna vez fuimos un pueblo tan ruidoso? Poco a poco se acostumbra el oído, y también la voz. El diapasón cambia. Tal persona cree que grita cuando en realidad murmura. El único ruido un poco alto es el de la Bolsa. Quien lo escuche de cerca y vea esa agitación, se imaginará con suma facilidad que ella perturba profundamente el gran pantano durmiente de la burguesía. Esto es un error. Es reconocerle demasiado honor y actividad por los intereses materiales a la masa burguesa.[60] Ella es muy egoísta, es cierto, pero tam-

bién es rutinaria e inerte. Excepto algunos cortos accesos, se conforma por lo común con la primera ganancia que luego teme comprometer. Es increíble hasta qué punto esta clase, sobre todo en la provincia, se resigna fácilmente a la mediocridad en todo. Tiene poco, y lo tiene de ayer; con tal de conservarlo se las arregla para vivir sin actuar, sin pensar.[61]

Lo que caracterizaba a la antigua burguesía, y lo que le falta a la nueva, es sobre todo la seguridad.

Firmemente asentada sobre la base de fortunas ya antiguas, sobre cargos de toga y de las finanzas que contaban como propiedades, o sobre el monopolio de las corporaciones mercantiles, etc., la burguesía francesa de los dos últimos siglos se creía tan sólida como el rey. Su ridículo fue el orgullo, su torpe imitación de los grandes. Este esfuerzo por subir más allá de lo posible se traduce en la exageración y el aspaviento que caracteriza a la mayoría de los monumentos del siglo XVII.

Lo ridículo de la nueva burguesía consiste en el contraste entre sus antecedentes militares y su temor actual, que no oculta en absoluto y que expresa a cada momento con singular ingenuidad. Basta con que tres hombres hablen de los salarios en la calle, o que soliciten al empresario, que es rico gracias al trabajo de ellos, un *sou* de aumento, para que el burgués se espante, prorrumpa en gritos y pida auxilio.

El burgués de antaño al menos era más consecuente. Miraba complacido sus privilegios, quería aumentarlos y miraba para arriba. Nuestro burgués mira para abajo, ve cómo, detrás de sí, asciende la multitud, como subió él, lo que le disgusta; por ello retrocede y se arrima al poder. ¿Acaso se confiesa claramente a sí mismo sus tendencias retrógradas? Rara vez: su pasado se resiste a hacerlo: permanece casi siempre en esta posición contradictoria: liberal de principio, egoísta en la práctica, oscilando de un lado a otro. Si

algo de francés queda en él lo acalla con la lectura de algún periódico inocentemente discrepante, pacíficamente belicoso.

La mayor parte de los gobiernos, hay que decirlo, han especulado con este triste progreso del miedo que, a la larga, no es otra cosa que la muerte moral. Pensaron que se podía sacar más de los muertos que de los vivos. Para que los burgueses le tuvieran miedo al pueblo, le mostraron constantemente a esta gente temerosa dos cabezas de medusa que con el tiempo la transformaron en piedras: el Terror y el comunismo.

La historia no ha examinado de cerca este fenómeno único del Terror que, de seguro, ningún hombre y ningún partido podría volver a instaurar. Todo lo que puedo decir aquí sobre él es que, detrás de esa fantasmagoría popular, los dirigentes, nuestros grandes «terroristas», no eran de ninguna manera hombres del pueblo sino burgueses, nobles, espíritus cultos, sutiles, bizarros, sofistas y escolásticos.

En cuanto al comunismo, sobre el que volveré después, una palabra basta. El último país en el mundo en que se abolirá la propiedad es precisamente Francia. Si, como decía alguien que pertenece a esa escuela, «la propiedad es un robo», hay aquí 25 millones de ladrones que no se desprenderán de sus propiedades tan fácilmente.

Pero no por ello estas escuelas dejan de ser excelentes máquinas políticas para asustar a los propietarios, para hacerlos actuar contra sus principios, para quitarles todo principio. Ved qué buen partido están sacando del comunismo los jesuitas y sus amigos, especialmente en Suiza. Cada vez que el partido de la libertad está por ganar terreno, se descubre muy oportunamente, y se publica ruidosamente, alguna nueva maldad, alguna intriga atroz que hace estremecerse de horror a los buenos propietarios, protestantes y católicos, lo mismo en Berna que en Friburgo.

Ninguna pasión es eterna, y el miedo menos que cualquier otra. Hay que soportar su evolución. Ahora bien, el miedo tiene algo de particular: siempre infla su objeto y debilita la imaginación enfermiza. Cada día trae una nueva amenaza; tal idea parece peligrosa hoy, tal persona o clase lo parecerá mañana; uno se encierra cada vez más en sí mismo, se parapeta, trancando sólidamente la puerta y el propio espíritu; ya no es de día, ya no hay ninguna rendija por la que pueda entrar la luz.

Ya no hay contacto con el pueblo. El burgués ya no sabe de él sino por la Gaceta de los Tribunales. Lo ve en su criado, que le roba y se burla de él. Lo ve, a través de los cristales, en el borracho que pasa por ahí, que grita, cae, y rueda en el lodo. No sabe que ese pobre diablo, después de todo, es más honesto que los envenenadores, en grande y en pequeña escala, que lo pusieron en ese estado lamentable.

Los trabajos rudos hacen rudos a los hombres y tornan rudas a las palabras. La voz del hombre del pueblo es áspera; ha sido un soldado y sigue afectado por la energía militar. De aquí, el burgués saca la conclusión de que las costumbres del pueblo son violentas, pero, al hacerlo, generalmente se equivoca: el progreso del tiempo en nada es más sensible que en esto. Hace poco, cuando la fuerza armada entró bruscamente en casa de la *madre*[62] de los carpinteros y rompió su caja, requisó sus papeles y sus pobres ahorros, ¿acaso no vimos a estos hombres valientes dominarse en la moderación, y recurrir a las leyes?

El rico es por lo general el enriquecido, el pobre de antes. Ayer él mismo era obrero, soldado o campesino, y hoy los evita a todos. Entiendo mejor que el nieto, nacido rico, pueda olvidarse de esto; pero que en una vida humana, en el lapso de 30 a 40 años, uno llegue a desconocerse, es algo inexplicable. ¡Por Dios!, hombre de tiempos belicosos, que cien veces habéis visto al enemigo, ¡no temáis contemplar de frente a vuestros pobres compatriotas con los que tanto os asustan! ¿Qué hacen ellos? Empiezan de la misma

manera que vos empezasteis. Aquel que ahora pasa por allí, sois vos cuando erais más joven… Ese pequeño conscripto que parte cantando *La Marsellesa,* ¿no sois vos, muchacho aún, que partisteis en el 92? El oficial de África, lleno de ambición e inspirado por la guerra, ¿no os recuerda 1804 y el campo de Bolonia? El mercader, el obrero y el pequeño fabricante se parecen mucho a los que, como vos, hacia 1820, siguieron la fortuna.

Ellos son como vosotros; ascenderán, si pueden, y muy probablemente lo hagan por medios mejores, por cuanto han nacido en un tiempo mejor. Ganarán y vosotros no perderéis nada… Abandonad la idea equivocada de que tan sólo se gana despojando a los otros. Cada ola de pueblo que llega a levantarse trae consigo una ola de nuevas riquezas.

¿Sabéis cuál es el peligro de aislarse, de encerrarse tanto? Es el de no encerrar sino el vacío. Al excluir a los hombres y las ideas, uno va encogiéndose y empobreciéndose; se arrincona en su clase, en su pequeño círculo de hábitos en que el espíritu y la actividad personal ya no son necesarios. La puerta está bien cerrada, pero ya no hay nadie adentro… Pobre rico, si ya no eres nada, ¿qué quieres conservar tan cuidadosamente?

Abramos esa alma, veamos si tiene recuerdos, veamos lo que hubo en ella y lo que le queda. ¡Ay! ¿Quién podría encontrar ahí el menor rastro del joven arrojo de la Revolución? Tampoco aparecen la fuerza guerrera del Imperio ni la aspiración liberal de la Restauración.

A este hombre de hoy lo hemos visto descender en cada peldaño que parecía elevarlo. Como campesino, tuvo costumbres severas: la sobriedad y el ahorro; como obrero, fue buen camarada y socorro de los suyos; como fabricante, era activo, enérgico, y tenía su patriotismo industrial que lidiaba contra la industria extranjera. Todo esto lo fue dejando en el camino, y nada vino a ocupar su si-

tio; su casa se llenó de cosas, su cofre está lleno; sólo su alma está vacía.

La vida se alumbra y se magnetiza en la vida; se extingue con el aislamiento. Mientras más se mezcla con vidas diferentes a la suya, más solidaria se vuelve con otras existencias, y más fuerza, felicidad y fecundidad cobra la suya. Descended en la escala animal hasta los ínfimos seres que no se sabe si son plantas o animales y entraréis en la total soledad; estas miserables criaturas casi no tienen ninguna relación con los demás.

¡Egoísmo sin inteligencia! ¿De qué lado mira la temerosa clase de los ricos y los burgueses? ¿Con qué se aliará, con quién se asociará? Precisamente con lo que es más móvil: con las fuerzas políticas que, en este país, van y vienen con los capitalistas que, el día de la revolución, tomarán sus billeteras y cruzarán el estrecho… Propietarios, ¿sabéis acaso quién es el que no se moverá, semejante a la tierra? El pueblo. Apoyaos en él.

La salvación de Francia y la vuestra, gente rica, reside en que no temáis al pueblo, que establezcáis alianza con él, que lo conozcáis y dejéis las fábulas que os cuentan y que no tienen ninguna relación con la realidad… Es preciso comunicarse, abrir la boca y el corazón, y hablar como los hombres.

Si no apeláis a vosotros y no adoptáis todo lo que es fuerte, todo lo que es capaz, iréis descendiendo, debilitándoos y decayendo siempre. No se trata *de las capacidades* en el sentido ordinario. Poco importa que una asamblea de 150 abogados se transforme en una de 300. Los hombres educados en nuestra escolástica moderna no renovarán el mundo… No: serán los hombres de instinto, de inspiración y sin cultura, o de otras culturas (ajenas a nuestros procedimientos, y que no apreciamos), son ellos, y la alianza con ellos devolverá la vida al hombre de estudios, y al hombre de negocios el sentido práctico que ciertamente le faltó en los últimos

tiempos; esto se ve muy claramente en la situación actual de Francia.

Ignoro lo que debo esperar de los ricos y de los burgueses dentro de una alianza amplia, franca y generosa. Están muy enfermos; no pueden salir librados tan fácilmente. Pero, lo confieso, todavía tengo esperanzas en sus hijos. Tal como los veo en nuestras escuelas, delante de mi cátedra, estos jóvenes tienen mejores inclinaciones. Han acogido siempre con gran corazón toda palabra en favor del pueblo. Que hagan más, que le tiendan la mano, y que pronto formen con él la alianza para la regeneración común. Que no olvide esta juventud rica que carga un fardo muy pesado: la vida de sus padres, que en tan poco tiempo han ascendido, gozado y decaído. Esta juventud se siente cansada desde que nace, y por muy joven que sea tiene una necesidad enorme de remozarse recogiendo el pensamiento popular. Su mayor fuerza reside en el hecho de que aún se encuentra muy cerca del pueblo: su raíz, de la que apenas ha surgido. ¡Y bien!, que vuelva al pueblo, con la simpatía y el corazón, que vuelva a sacar de él algo de esa savia poderosa que, desde el 89, forjó el genio, la riqueza y la fuerza de Francia.

Jóvenes y viejos, todos estamos cansados. ¿Por qué no confesarlo ahora que se acerca el final de esta jornada laboriosa que duró medio siglo?… Aquellos que como yo han gravitado en diversas clases, y que, a través de todo género de pruebas, han conservado el instinto fecundo del pueblo, han perdido sin embargo, en el camino, en luchas internas, gran parte de sus fuerzas… Es tarde, lo siento, la noche no puede tardar. «La sombra más grande desciende ya de lo alto de los montes».

Venid, pues, los jóvenes y los fuertes. Venid, los trabajadores. Os abrimos los brazos. Traednos un renovado calor; que el mundo, que la vida y que la ciencia vuelvan a empezar de nueva cuenta.

Por mi parte, espero que mi ciencia, mi querida historia, vaya reviviendo al contacto con esta vida popular y se convierta, gracias a estos recién llegados, en la cosa grande y saludable que siempre he soñado. Del pueblo saldrá el historiador del pueblo.

Sin duda él no lo amará más que yo. En el pueblo tengo todo mi pasado, mi verdadera patria, mi hogar y mi corazón… Pero muchas cosas han impedido que tomara de él el elemento más profundo. La cultura completamente abstracta que se nos imparte me secó por largo tiempo. Necesité largos años para erradicar al sofista que habían formado dentro de mí. No llegué a mí mismo sino desprendiéndome de este accesorio extraño; no me conocí a mí mismo sino por la vía de la negación. Ésta es la razón por la que, aun siendo siempre sincero y siempre apasionado por lo verdadero, no he alcanzado el ideal de sencillez grandiosa que había concebido mi espíritu… A ti, joven, a ti te corresponde conquistar las dotes que a mí me hicieron falta.[63] Siendo tú hijo del pueblo, habiéndote alejado menos de él, llegarás directamente al terreno de su historia, con su fuerza colosal y su savia inagotable; mis riachuelos tendrán que disolverse en tus torrentes.

Te doy todo lo que he hecho… Tú me darás el olvido. ¡Ojalá mi historia imperfecta pudiera absorberse en un monumento más digno en que confluyan mejor la ciencia y la inspiración, y donde, entre las vastas y penetrantes investigaciones, se sintiera por doquier el aliento de las grandes multitudes y el alma fecunda del pueblo!

VIII. Resumen de la primera parte. Introducción a la segunda

Al repasar esta larga escala social, evocada en tan pocas páginas, me obsesiona una multitud de ideas y de sentimientos dolorosos, un mundo de tristeza… ¡Cuánto dolor físico!, ¡pero cuánto más numerosos los sufrimientos morales!… Muy pocos son los que no conozco; lo sé, y lo siento, porque los conocí bien… Pero debo echar a un lado tanto mis sentimientos como mis recuerdos y seguir, en esta nube, mi pequeña luz.

En primer lugar, mi luz, que no me engañará, es Francia. La medida con la que juzgo a estos hombres y estas clases es el sentimiento francés, la entrega del ciudadano a la patria; es una medida moral pero también natural; en toda cosa viviente, cada parte vale sobre todo por su relación con el conjunto.

Con la nacionalidad pasa lo mismo que con la geología: el calor está abajo. Encontraréis que aumenta a medida que bajáis; en las capas inferiores quema.

Los pobres aman a Francia, se sienten agradecidos y con deberes hacia ella. Los ricos la aman como su pertenencia, sienten que se encuentra en deuda con ellos. El patriotismo de los primeros es el sentido del deber; el de los segundos es la exigencia y la pretensión de un derecho.

El campesino, lo hemos dicho, desposó a Francia en bodas legítimas; ella es su esposa para siempre; él es uno con ella. Para el obrero es su bella amante; no tiene nada, pero tiene a Francia, su

noble pasado y su gloria. Libre de ideas locales, adora la gran unidad. Tiene que ser muy miserable, y estar esclavizado por el hambre y el trabajo, para que este sentimiento se debilite en él; por lo demás nunca se extingue.

La desgraciada servidumbre de los intereses se hace aún mayor si se asciende hasta los fabricantes y los comerciantes. Ellos siempre se sienten en peligro, caminan como en la cuerda floja… ¡La quiebra! Para evitar una parcial, arriesgarían hacerla general… Ellos hicieron y deshicieron julio.

Y sin embargo, ¿se podría decir que en esta gran clase de varios millones de almas el fuego sacro se ha apagado definitivamente y sin remedio? No, yo creo más bien que en ellos la llama se encuentra en estado latente. La rivalidad con el extranjero, con el inglés, les impedirá perder su chispa.

¡Qué frío siento si asciendo todavía más en la escala social! Es como en los Alpes. Me aproximo a la región de las nieves. La vegetación moral desaparece poco a poco, la flor de la nacionalidad palidece. Como un mundo atrapado en una noche por un frío súbito de egoísmo y miedo… Si subo otro peldaño el miedo se desvanece: queda el puro egoísmo del calculador que no tiene patria; ya no hay hombres sino cifras… Es un verdadero glaciar abandonado por la naturaleza[64]… Permitidme bajar, aquí hace demasiado frío para mí, ya no puedo respirar. ¿Que todos los destinos son iguales? ¿Que existe una compensación? ¡Dios me libre de defender una tesis tan equivocada, tan propia para matar el corazón y confortar el egoísmo!… ¿Acaso no veo con la experiencia que lejos de excluir el sufrimiento moral, el sufrimiento físico muy a menudo va unido a él? ¡Son hermanos terribles que se avienen perfectamente para aplastar al pobre!… Ved, por ejemplo, el destino de la mujer en nuestros barrios indigentes; casi no da a luz sino para la muerte, y encuentra en el menester material una causa infinita de sufrimientos morales.

En lo moral como en lo físico, esta sociedad padece, por encima de todos los otros, un mal que le es propio: se ha vuelto infinitamente sensible. Que los padecimientos comunes al hombre hayan disminuido, es algo que creo, la historia lo prueba suficientemente. Sin embargo, han disminuido en una proporción finita, mientras que la sensibilidad se ha acrecentado infinitamente. Mientras el pensamiento se ensanchaba, abriendo una nueva esfera al dolor, por el amor y por los lazos familiares, el corazón le daba renovadas armas a la fortuna… Estas ocasiones son idóneas para sufrir y que nadie, ciertamente, desea sacrificar… Pero ¡cuánto desasosiego ha entrado en la vida por su causa! Ya no se sufre tan sólo por el presente sino también por el futuro, por lo posible. El alma, toda adolorida, siente y presiente el mal que ha de llegar, y que a veces no llega jamás.

Para colmo, en esta edad de extrema sensibilidad individual todo se hace por medios colectivos, y no se trata al individuo con muchas consideraciones. La acción —en todo género de cosas— se centraliza alrededor de alguna gran fuerza y, de buena o mala gana, el hombre entra en ese torbellino. ¡Ay, cuán poco vale allí el hombre! ¿Qué sucede con sus más caros pensamientos y sus padecimientos más acuciantes, dentro de estos vastos sistemas impersonales?… La máquina, inmensa, majestuosa e indiferente, marcha sin saber siquiera que sus ruedecillas, que tanta fricción soportan, son hombres vivientes.

Estas ruedecillas animadas que funcionan bajo un mismo impulso, ¿al menos se conocen mutuamente? La necesidad que tienen de cooperación, ¿produce una relación moral?… De ninguna manera. Éste es el extraño misterio de esta época; estos tiempos en los que se actúa más de consuno, acaso sean periodos en que los corazones están menos unidos. Nunca han sido más grandes los medios colectivos que hacen común el pensamiento, que lo hacen circular y lo difunden, y nunca ha sido más profundo el aislamiento.

El misterio sigue siendo inexplicable para quien no observa históricamente el progreso del sistema del que es resultado. A este sistema lo denomino *maquinismo;* permitidme que recuerde su origen.

La Edad Media postuló una fórmula de amor que sólo desembocó en el odio. Consagraba la desigualdad y la injusticia que tornaban imposible el amor. La violenta reacción del amor y la naturaleza a la que llamamos Renacimiento no fundó ningún orden nuevo y pareció un desorden. El mundo para el que el orden era una necesidad dijo entonces: «¡Y bien, no amemos!; tenemos bastante con una experiencia de mil años. Busquemos el orden y la fuerza en la unión de las fuerzas; encontraremos máquinas que las mantengan reunidas sin amor, que enmarcarán y apresarán tan bien a los hombres que éstos, así amarrados, clavados y atornillados, aunque detestándose mutuamente, actuarán en conjunto». Entonces se volvieron a montar máquinas administrativas análogas a las del antiguo Imperio romano, burocracias a la Colbert y ejércitos a la Louvois. Estas máquinas tenían la ventaja de emplear al hombre como fuerza regular, o sea, a la vida, menos sus caprichos y sus desarreglos.

No obstante, aquí los hombres continúan siendo hombres; algo conservan de sí mismos. Para el maquinismo lo maravilloso era prescindir de los hombres, buscar fuerzas que, una vez puestas en movimiento por nosotros, puedan actuar sin nosotros, como los engranes de un reloj.

¿Movidas por nosotros? Esto es aún cosa del hombre: es un defecto. Que la naturaleza proporcione no sólo los elementos de la máquina sino también el motor… Fue cuando se crearon estos obreros de hierro que, con cien mil brazos y cien mil dientes, peinan, hilan, tejen y operan de todas las maneras; la fuerza la toman, al igual que Anteo, en el seno de su madre: la naturaleza, de los elementos, del agua que cae, o que, cautiva, y distendida en vapor, los anima y levanta con su potente suspiro.

Máquinas políticas para hacer que nuestros actos sociales sean uniformemente automáticos, para dispensarnos del patriotismo; máquinas industriales que, una vez creadas, multiplican al infinito los productos monótonos y que, por el arte de un día, nos dispensan de ser artistas todos los días… Esto no está mal: el hombre ya no importa mucho. Sin embargo, el maquinismo quiere más; el hombre todavía no está mecanizado lo suficiente.

Conserva la reflexión solitaria, la meditación filosófica y el pensamiento puro de lo verdadero. Allí no se le puede alcanzar, a menos que una escolástica prestada lo saque de sí mismo para insertarlo en sus fórmulas. Una vez que el hombre haya puesto un pie en esta rueda que gira en el vacío, la máquina de pensar, engarzada con la máquina política, marchará triunfante; se llamará *filosofía de Estado.*

La fantasía continúa libre, la vana poesía, amando y creando a capricho… ¡Qué movimiento inútil! ¡Qué lacerante desperdicio de fuerzas!… Los objetos que la fantasía sigue al azar, ¿acaso son tan numerosos que no se pueda, clasificándolos bien, acuñar un molde para cada clase en el que sólo faltaría introducir, según las necesidades del día, tal novela o tal drama, cualquier obra que se ordene? Entonces ya no habría hombres para el trabajo literario, no habría pasión, no habría veleidades… Como ideal industrial, la economía inglesa soñaba crear una sola máquina y que un solo hombre la echara a andar. ¡Para el maquinismo resulta mucho más bello el triunfo después de haber conseguido mecanizar el mundo alado de la fantasía!

Resumamos esta historia: el Estado menos la patria; la industria y la literatura menos el arte; la filosofía menos el examen; la humanidad menos el hombre.

¿Cómo sorprenderse de que el mundo sufra y sea incapaz de respirar debajo de esta máquina neumática? Encontró la manera de poder prescindir de su alma, de su vida, quiero decir: del amor.

El mundo, engañado por la Edad Media que había prometido la unión y que no cumplió con su palabra, renunció, y en su desaliento produjo unas artes para no amar.

Las máquinas (no exceptúo a las más bellas, las máquinas industriales y administrativas) otorgaron a los hombres, entre otras ventajas,[65] una facultad lamentable: la de unir las fuerzas sin tener necesidad de unir los corazones; la de cooperar sin amar, la de actuar y vivir juntos sin conocerse; el poder moral de asociación perdió todo lo que ganó la concentración mecánica.

Ello condujo a un aislamiento brutal dentro de la misma cooperación, a un contacto ingrato falto de voluntad y de calor, que no se siente sino en la rudeza de los roces. El resultado no es la indiferencia, como se podría creer, sino la antipatía y el odio; no es la simple negación de la sociedad sino su contrario: la sociedad que trabaja activamente para hacerse insociable.

Tengo ante mis ojos, y en el corazón, la gran revista de nuestras miserias que habéis pasado conmigo. ¡Y bien!, podría afirmar bajo juramento que, entre todas estas miserias, muy reales y que no atenúo, la peor es la miseria de espíritu. Quiero decir, la increíble ignorancia en que vivimos respecto de los demás, tanto los hombres prácticos como los especulativos. Y la principal causa de esta ignorancia es que no creemos en la necesidad de conocernos; mil medios mecánicos para actuar prescindiendo del alma nos dispensan de saber lo que es el hombre, de verlo de otro modo que no sea como una fuerza, como cifra… Al ser nosotros mismos una cifra, una cosa abstracta, al desembarazarnos de la acción vital gracias al auxilio del maquismo, uno se siente decaer día tras día, y no funcionar en absoluto.

He observado cien veces la perfecta ignorancia en que cada clase vive respecto a las demás, sin ver y sin querer ver. A nosotros, por ejemplo, a los espíritus cultivados, ¡cuánto nos cuesta reconocer lo que hay de bueno en el pueblo! Le imputamos miles de co-

sas que se derivan, casi fatalmente, de su situación: un traje viejo o sucio, el exceso después de la abstinencia, una palabra grosera, las manos rudas, qué sé yo… ¿qué sería de nosotros si las tuvieran menos rudas? … Sólo reparamos en cosas externas, en miserias de forma, no vemos el buen corazón, el gran corazón, que a menudo se oculta debajo.

Por otra parte, ellos no sospechan que un cuerpo débil pueda albergar un alma enérgica. Se mofan de la vida de lisiado sin piernas que lleva el sabio. En su opinión, es un haragán. No tienen idea del poder de la reflexión, de la meditación y de la fuerza del cálculo que la paciencia decuplica. Toda superioridad que no se gana en la guerra, les parece mal ganada. Cuántas veces me di cuenta, sonriendo, de que el emblema de la Legión de Honor les parecía fuera de lugar en el pecho de un hombre endeble y de pálida y triste apariencia…

Sí, hay un malentendido. Ellos desconocen las potencias del estudio y de la reflexión perseverante que hacen a los inventores. Nosotros desconocemos el instinto, la inspiración y la energía que hacen a los héroes.

Tened por seguro que éste es el peor de los males del mundo. Nos odiamos y nos despreciamos mutuamente, es decir, nos ignoramos los unos a los otros. Los remedios parciales que se puedan aplicar, sin duda son buenos; pero el remedio esencial debe ser total: habría que sanar el alma.

El pobre supone que atando al rico con una ley, todo se controlaría y que el mundo marcharía bien. El rico cree que haciendo regresar al pobre a una forma religiosa, muerta hace dos siglos, se consolidaría la sociedad… ¡Hermosos deseos! Al parecer, se imaginan que estas fórmulas políticas o religiosas poseen cierta fuerza cabalística para resolver el mundo, ¡como si su potencia no estuviera en el acuerdo que ellas encuentran o no en el corazón!

El mal está en el corazón. ¡Que el remedio esté también en el corazón! Dejad vuestras viejas recetas. Es preciso que el corazón y los brazos se abran… ¡Después de todo son vuestros hermanos! ¿Lo habéis olvidado?

No digo que tal o cual forma de asociación no pueda ser excelente, pero se trata mucho menos de formas que de fondos. Las formas más ingeniosas os servirán de muy poco si sois insociables.

¿Quién, entre los hombres de estudio, de reflexión y de instinto, dará el primer paso? Nosotros, los hombres de estudio. El obstáculo (¿repugnancia?, ¿pereza?, ¿indiferencia?) de nuestro lado resulta frívolo. Del lado de ellos, el obstáculo es verdaderamente grave: la fatalidad de la ignorancia, el sufrimiento que cierra y reseca el corazón.

Sin duda el pueblo reflexiona, y a menudo más que nosotros. No obstante, lo que lo caracteriza son las fuerzas instintivas que atañen también al pensamiento y a la acción. El hombre del pueblo es sobre todo hombre de instinto y de acción.

El divorcio del mundo radica principalmente en la oposición absurda que se da hoy en día, en plena era del maquinismo, entre el instinto y la reflexión; en el desprecio de ésta por las facultades instintivas, de las que cree poder prescindir.

Por lo tanto, tengo que explicar lo que son el instinto y la inspiración y reivindicar sus derechos. Seguidme, os lo ruego, en esta investigación. Es la condición de mi tema. La ciudad política no se conocerá en sí, con sus males y sus remedios, sino cuando se haya contemplado en el espejo de la ciudad moral.

Segunda parte

De la emancipación por el amor
La naturaleza

IX. El instinto del pueblo, hasta ahora poco estudiado

En el momento de comenzar esta vasta y difícil investigación, me doy cuenta de que algo me preocupa: estoy solo en este camino. No encuentro a nadie que me pueda prestar ayuda. ¡Pero, aunque solo, no dejaré de caminar, henchido de valor y de esperanza!

Algunos nobles escritores, poseedores de un genio aristocrático, que antes describían las costumbres de las clases altas, se han acordado del pueblo. Con una intención benevolente, se dieron a la tarea de poner al pueblo de moda. Salieron de sus salones, descendieron a la calle y preguntaron a los transeúntes dónde moraba el pueblo. Les dijeron que en los presidios, las cárceles y los peores lugares.

Este malentendido tuvo como resultado algo muy lamentable, pues el efecto fue contraproducente. Para lograr interesarnos en el pueblo, estos escritores escogieron, describieron y relataron lo que debía naturalmente alejarnos de él y asustarnos. «¡Cómo! ¿Es esto el pueblo?», exclamó la voz de la especie tímida de los burgueses. «¡Rápido! ¡Aumentemos el número de policías, armémonos, cerremos las puertas y corramos el pestillo!».

Si se miran las cosas de cerca, se observa sin embargo que es tos artistas, grandes dramaturgos, ante todo, describieron, con el nombre de pueblo, a una clase muy limitada de gente cuya vida, hecha entera de accidentes, les proporcionaba un elemento pintoresco facilón y tener éxito gracias al terror.

Los criminalistas, los economistas y los escritores costumbristas se han ocupado todos casi exclusivamente de un pueblo de excepción. Han conocido a esa clase desclasada que año tras año nos espanta por el número creciente de crímenes y reincidencias. Pueblo muy conocido que, gracias a la publicidad de nuestros tribunales y a la concienzuda lentitud de nuestros procedimientos, ocupa un lugar que no tiene en ningún país de Europa. Ni los juicios secretos de Alemania ni la rápida justicia inglesa permiten que se dé lustre alguno a los criminales que se ocultan o que se deportan. Inglaterra, que en esto es dos o tres veces más rica que Francia, no exhibe así sus llagas. Aquí, por el contrario, ninguna otra clase obtiene los honores de una publicidad más completa.

Es una sociedad extraña, que vive a expensas de la otra, lo cual no obsta para que esta última la siga con interés; tiene unos periódicos que llevan el registro de sus gestas, dan propiedad a sus palabras, y le prestan ingenio. Posee sus héroes, sus hombres ilustres que todo el mundo conoce por su nombre y que, cada tanto, van a narrar sus campañas en el tribunal de lo contencioso.

Esta tribu de elite que tiene el privilegio de ser casi la única que posa para los pintores del pueblo, se recluta principalmente entre la multitud de las grandes ciudades; ninguna más presente que la clase industrial.

En esto también los criminalistas han ejercido su dominio sobre la opinión; fue después de ellos, y bajo su inspiración, que los economistas estudiaron lo que llamaban *el pueblo;* para ellos el pueblo es sobre todo el obrero, y muy especialmente el obrero de las manufacturas. Esta manera de hablar, que no sería impropia en Inglaterra, donde la población industrial representa las dos terceras partes del total, lo es singularmente en Francia, que es una gran nación agrícola en la que el obrero no representa sino la sexta parte de la población.[66] Es una clase numerosa, pero, al fin y al cabo, una pequeña minoría. Los que van a buscar en ella sus modelos

no están autorizados para escribir, al final de su obra, que éste es el retrato del pueblo.

Examinad bien a esas multitudes ingeniosas y corrompidas de nuestras grandes urbes que tanto ocupan al observador; escuchad su lenguaje, recoged sus ocurrencias, con frecuencia felices, y descubriréis algo que nadie ha notado aún: estas personas que a veces no saben leer, no por ello dejan de ser, a su manera, espíritus muy cultivados.

Los hombres que viven juntos tocándose permanentemente se desarrollan necesariamente con el simple contacto, como por el efecto del calor natural. Se educan, mal, si se quiere, pero se educan. La mera visión de una gran ciudad, donde sin querer aprender nada uno se instruye a cada instante, y donde, para adquirir el conocimiento de mil cosas nuevas, basta con ir a la calle y caminar con los ojos abiertos, sabedlo bien, es una escuela. Quienes viven allí no viven en absoluto una vida instintiva y natural; son hombres cultivados que observan, bien o mal, y que, bien o mal, reflexionan. Me parecen, a menudo, muy sutiles, de una sutileza perversa. Los efectos de una cultura refinada son en eso más que visibles.

Si queréis hallar en el mundo algo contrario a la naturaleza, directamente opuesto a todos los instintos de la infancia, mirad a esa criatura artificial que llamamos el *gamin*[67] de París,[68] más artificial todavía, al benjamín del diablo, al espantoso hombrecito de Londres que a los 12 años trafica, roba, toma ginebra y anda con las rameras.

Artistas, ¡he aquí, pues, vuestros modelos!… Lo bizarro, lo excepcional y lo monstruoso, esto es lo que buscáis. ¿Moralista o caricaturista? ¿Cuál es la diferencia?

Un día alguien le fue a proponer una mnemónica al gran Temístocles. Éste le dijo con amargura: «Dame mejor el arte para olvidar».

Que Dios me dé ese arte para olvidar todos vuestros monstruos, vuestras creaciones fantasiosas, las excepciones chocantes con las que enredáis mi tema. Andáis con una lupa en la mano, buscáis en los arroyos, encontráis en ellos no sé qué cosa sucia e inmunda y nos la mostráis: «¡Un triunfo, gritáis, un triunfo! ¡Hemos encontrado al pueblo!».

Para despertar nuestro interés en él, nos lo muestran forzando las puertas, haciendo saltar las cerraduras. A estos relatos pintorescos agregan unas teorías profundas según las cuales, de creerlas, el pueblo justifica por sí mismo esta guerra a la propiedad… Verdaderamente, para él, el hecho de tener a estos imprudentes amigos constituye otra terrible miseria que se añade a las numerosas que ya tiene. Estos actos y estas teorías no son para nada del pueblo. Sin duda la masa no es pura ni irreprochable; pero si la queréis caracterizar con la idea que la domina en su inmensa mayoría, la veréis, muy por el contrario, ocupada en fundar, con el trabajo y el ahorro, o sea con los medios más respetables, la inmensa obra que hace la fuerza de este país: la participación de todos en la propiedad.

Ya lo decía yo: me siento solo y esto me entristecería si no tuviera conmigo ni fe ni esperanza. Frente a este inmenso tema, me siento débil, tanto por mi naturaleza como por mis trabajos anteriores, como si estuviera frente a un monumento gigantesco que tuviera que mover solo… ¡Ah, cuán desfigurado está hoy el pueblo, manchado de sustancias extrañas, de musgos y de mohos, sucio por las lluvias, la tierra y las injurias de los que pasan!… El pintor, el hombre *del arte por el arte,* llega, mira, y lo que le gusta son precisamente estos musgos… Cómo quisiera arrancarlos. Esto, pintor que pasáis, no es un juguete para el arte; para que lo sepáis, ¡es un altar!

Tengo que horadar la tierra y descubrir las bases profundas de este monumento; la inscripción, lo veo, está ahora completamente

enterrada, oculta muy por debajo… No tengo, para excavar allí, ni azadón, ni barreta, ni pico; me bastará con las uñas.

Tendré quizá la suerte que tuve hace diez años, cuando descubrí en Holyrood dos curiosos monumentos. Estaba en la famosa capilla, en la que, al carecer de techo desde hace mucho tiempo, penetran la lluvia y la niebla y cubren todas sus sepulturas con un espeso musgo verdoso. El recuerdo de la antigua alianza, tan lamentablemente perdida, me hacía deplorar no poder leer en esas sepulturas nada de los antiguos amigos de Francia. Maquinalmente, aparté los musgos de una de esas lápidas y leí la inscripción del primer francés que pavimentó Edimburgo. Mi curiosidad así despertada me llevó hacia otra lápida marcada con una calavera. Esta tumba, totalmente oculta, estaba enterrada en una mortaja de moho. Como no tenía instrumentos, escarbé con las uñas y comencé a leer algo de una inscripción latina, cuatro palabras casi borradas, que a la larga descifré; esas palabras tenían un sentido muy grave, muy propio para la ensoñación y que hacía sospechar un destino trágico. Eran éstas: *Legibus fidus, non regibus.* Fiel a las leyes, no a los reyes…[69]

Hoy excavo una vez más… Quisiera llegar hasta el fondo de la tierra. Pero esta vez no es un monumento de odio y de guerra civil el que quisiera exhumar… Por el contrario, lo que quiero encontrar, descendiendo por esta tierra estéril y fría, son las profundidades donde recomienza el calor social, donde se guarda el tesoro de la vida universal y donde podrían volver a brotar para todos las fuentes agotadas del amor.

X. El instinto del pueblo, alterado pero poderoso

La crítica me espera con la primera palabra, imponiéndome el silencio:

En algo más de cien páginas, habéis hecho un largo balance de las miserias sociales y de las servidumbres ligadas a cada condición. Hemos tenido paciencia y esperanza de que, después de mostrarnos los males tan reales, tan positivos, a tal punto especificados, esperamos que a ellos opongáis algo más que palabras vagas, sentimentalismos triviales o remedios morales y metafísicos. Proponed reformas precisas; diseñad para cada abuso una fórmula clara de lo que hay que cambiar; dirigidla a las Cámaras… O bien, si os quedáis en los lamentos, en las ensoñaciones, mejor volved a vuestra Edad Media que nunca debisteis haber abandonado.

Según parece, los remedios especiales no han faltado. Tenemos unos 50 mil en el Boletín de las leyes; todos los días se agregan nuevos, y no veo que por ello andemos mejor. Nuestros médicos legislativos tratan cada síntoma que aparece aquí o allá como si fuera una enfermedad aislada y distinta, y creen encontrarle un remedio con tal o cual aplicación local. Sienten muy poco la solidaridad profunda que existe entre todas las partes del cuerpo social, y la de todas las cuestiones que se relacionan con él.[70]

Herodoto nos cuenta en sus *Historias* que los egipcios, allá por los primeros tiempos de la ciencia, tenían médicos diferentes para las diversas partes del cuerpo; así, uno curaba la nariz, el otro el oí-

do, éste se ocupaba del vientre, etc. Poco les importaba que sus remedios fuesen excluyentes; cada cual trabajaba por su lado sin molestar a los demás; si, habiendo sanado todos sus miembros, el hombre moría, era asunto suyo.

Confieso que tuve otro ideal de medicina. Se me ocurrió que antes de aplicar algún remedio externo y local, no sería inútil que nos informáramos del mal interno que producen todos estos síntomas. A mi juicio este mal es el enfriamiento y la parálisis del corazón que provoca la insociabilidad; y ésta se debe sobre todo a la idea equivocada que tenemos de que podemos aislarnos impunemente, y que no necesitamos de los otros en absoluto. Las clases ricas y cultivadas, especialmente, se imaginan que no tienen nada que ver con el instinto del pueblo, que su ciencia sacada de los libros responde a todo y que los hombres de acción no les enseñarían nada. A fin de ilustrarlos, tuve que estudiar a fondo lo que las facultades instintivas y activas tienen de fecundo. El camino era largo pero legítimo, como no lo era ningún otro.

En este examen tengo tres cosas a mi favor. Estaba equivocado cuando decía, hace un rato, que estaba solo.

1. Aporto la *observación del presente,* observación tanto más seria cuanto que, en mi caso, se realiza no solamente desde afuera sino también desde adentro. Hijo del pueblo, he vivido con él y lo conozco, es yo mismo… Al ser así en el fondo de las cosas, ¿cómo podría extraviarme, como otros, y tomar la excepción por la regla, y lo monstruoso por naturaleza?

2. Mi segunda ventaja es que, al ocuparme menos de la novedad de las costumbres, o de una clase en particular nacida ayer, pero manteniéndome en la generalidad legítima propia de la masa, *la ligo* sin dificultad *con su pasado.* En las clases inferiores los cambios son mucho más lentos que en las de arriba. No veo nacer a esa masa de manera brusca, por azar, como un monstruo efímero que surgiera del suelo; la veo descender a través de una generación le-

gítima, desde el fondo de la historia. La vida es menos misteriosa cuando se conocen el nacimiento, los antecesores y los antecedentes, cuando se ha visto durante largo tiempo cómo el ser viviente ya existía, por así decirlo, desde antes de nacer.

3. Tomando así este pueblo en su presente y en su pasado, veo cómo sus *relaciones necesarias* se restablecen *con los otros pueblos,* sea cual fuere el grado de civilización o de barbarie a que hayan llegado. Todos entre ellos se explican y se comentan. A cierta pregunta que le hacéis a uno, el otro os la contesta. Un detalle determinado, por ejemplo sobre las costumbres de nuestros montañeses de los Pirineos o de Auvergne, lo encontraréis grosero; yo lo veo bárbaro; como tal lo entiendo, lo clasifico y sé cuál es su lugar y su valor en la vida en general. Cuántas cosas medio borradas en nuestras costumbres populares parecían inexplicables y desprovistas de razón y de sentido; al reaparecer ante mí acordes con la inspiración primitiva, descubrí que no eran otra cosa que la sabiduría de un mundo olvidado… Estos pobres restos sin forma, que encontraba sin reconocerlos, pero que, por no sé qué presentimiento, me negaba a dejar abandonados en el camino, los recogía al azar y los juntaba, y llenaba con ellos los faldones de mi abrigo… Luego, mirándolos bien, descubría con una emoción religiosa que lo que había traído no eran unas piedras o unos guijarros sino los huesos de mis padres.[71]

En este pequeño libro no me es posible hacer la crítica del presente por el pasado, a través de la comparación variada de los pueblos y de las diferentes edades. Sin embargo, me ha servido para controlar e ilustrar los resultados que me arrojaban sobre nuestras costumbres actuales, la observación, la lectura y la información de toda especie.

«Pero, diréis, este mismo control, ¿acaso no encierra un peligro? Esta crítica, ¿no es riesgosa? El pueblo que nosotros vemos, ¿todavía mantiene alguna relación seria con sus orígenes? Siendo hasta tal punto prosaico, ¿puede evocar en algo a las tribus que,

dentro de su barbarie, conservan un aliento poético?… No pretendemos que hayan faltado a las masas populares fecundidad y poder creador. Aun en su estado salvaje o bárbaro, ellas crean. Los cantos nacionales de todos los pueblos primitivos son un buen testimonio de ello. También producen cuando, transformadas por la cultura, se acercan a las clases superiores y se mezclan con ellas. Pero el pueblo que no tiene ni la inspiración primitiva ni la cultura, el pueblo que no es ni civilizado ni salvaje, y que se encuentra en el estadio intermedio, vulgar y rudo a la vez, ¿acaso no permanece impotente?… Los mismos salvajes que, de manera natural, tienen mucha elevación y poesía, ven con disgusto a nuestros emigrantes salidos de estas poblaciones groseras».

No pongo en duda el estado de depresión y degeneración física, y a veces moral, en que vive el pueblo hoy en día, sobre todo el de las ciudades. Todo el peso de los trabajos rudos, toda la carga que en la Antigüedad el esclavo sostenía solo, ha sido repartida hoy entre los hombres libres de las clases inferiores. Todos participan de las miserias, de las vulgaridades prosaicas y de las fealdades de la esclavitud. Incluso las razas más felizmente nacidas, como nuestras lindas razas del Mediodía, por ejemplo, tan vivas y tan amigas del canto, están tristemente encorvadas por el trabajo. Lo peor es que hoy, con frecuencia, el alma está tan encorvada como una espalda; ¿existe algo menos poético que la miseria, la necesidad y el miedo al usurero y al huésped forzoso impuestos a los contribuyentes morosos?

El pueblo tiene menos poesía dentro de sí y la encuentra menos en la sociedad que lo rodea. En todo caso, esta sociedad rara vez tiene el género de poesía que puede apreciar: el detalle fascinante de lo pintoresco. Si en todo caso posee una poesía superior, está en las armonías, a menudo muy complicadas, que un ojo poco ejercitado no capta.

El hombre pobre y solo, rodeado de esos objetos inmensos, de esas enormes fuerzas colectivas que lo arrastran sin que las com-

prenda, se siente débil y humillado. Carece por completo del orgullo que antaño hacía que el genio individual fuera tan poderoso. Cuando le falta la reflexión, se desalienta ante esta sociedad que le parece tan fuerte, tan cuerda y sabia. Todo lo que proviene del centro luminoso, él lo acepta; lo prefiere, sin dudarlo, a sus propias concepciones. Frente a esta sabiduría, la pequeña musa popular se contiene y no se atreve ni a chistar. La primera impresiona a la aldeana, la hace callar, o incluso le hace cantar sus propios cantos. Así hemos visto a Béranger, en su forma exquisita y noblemente clásica, convertirse en el cantante nacional, invadir todo el pueblo y remplazar las antiguas canciones de las aldeas, y hasta las melodías antiguas que entonaban nuestros marineros. Los obreros poetas de los últimos tiempos imitaron los ritmos de Lamartine, abdicando de sí mismos tanto como les era posible y sacrificando muy a menudo la originalidad popular que pudieran tener.

El error del pueblo, cuando escribe, es el salirse siempre de su corazón, donde radica su fuerza, y tomar prestadas a las clases superiores sus abstracciones y generalidades. El pueblo tiene una gran ventaja, pero que no aprecia en absoluto: la de no conocer la lengua convencional y, a diferencia de nosotros, el no estar obsesionado y perseguido por las frases hechas, por las fórmulas que vienen a posarse automáticamente en el papel cuando escribimos. Esto es precisamente lo que nos envidian los obreros literatos y nos lo toman prestado siempre que pueden. Se endomingan, se ponen guantes para escribir, y de esta manera pierden la superioridad que dan al pueblo su mano fuerte y su brazo potente cuando sabe utilizarlos.

¿Qué importa? ¿Por qué preguntarles a los hombres de acción por sus escritos? Los verdaderos productos del genio popular no son los libros sino los actos valerosos, las frases espirituales y las palabras cálidas, inspiradas, como las que recojo todos los días en la calle, que salen de una boca vulgar que parece la menos indicada para la inspiración. Por lo demás, quitadle su ropa vieja a este

hombre cuya vulgaridad encontráis repulsiva, y ponedle un uniforme, entregadle un sable, un fusil, un tambor, y colocadle delante una bandera… No lo reconoceréis: es otro hombre. ¿Dónde está el primero? Resulta imposible saberlo.

El decaimiento y la degeneración sólo son exteriores. El fondo subsiste. Esta raza sigue teniendo vino en la sangre; incluso en aquellos que os parecen más apagados, encontraréis una chispa. Siempre subsiste la energía militar, siempre la valiente despreocupación, esa magna estampa del espíritu independiente. Por lo demás, no saben en qué invertir esta independencia (trabados, como lo están, por todas partes), por lo que la emplean con mucha frecuencia en los vicios, vanagloriándose de ser peores de lo que son. Exactamente al contrario de los ingleses.

Trabas exteriores y una vida fuerte que reclama el fuero interno: este contraste provoca muchos movimientos en falso y una discordancia de los actos y de las palabras que choca desde la primera mirada. También es responsable de que la Europa aristocrática se complazca en confundir al pueblo de Francia con pueblos imaginativos y gesticuladores, como el italiano, el irlandés, el galés, etc. Lo que lo distingue de ellos de un modo muy fuerte y marcado es que, aun en sus desvarios más grandes, en sus lances de imaginación, y en lo que se ha dado en llamar sus accesos de quijotismo, conserva el sentido común. En los momentos de mayor exaltación, una palabra firme y fría revela que el hombre no se ha apartado de la tierra y que no se deja engañar por su entusiasmo.

Esto concierne al carácter francés en general. Para volver al pueblo en particular, hay que observar que el instinto que domina en él le da una ventaja inmensa para la acción. El pensamiento reflexivo sólo llega a la acción después de pasar por todos los momentos intermedios de la deliberación y la discusión; llega a ella después de tantas etapas, que muchas veces no llega. Por el con-

trario, el pensamiento instintivo *está inmerso en el acto,* es casi el acto; es al mismo tiempo una idea y una acción.

Las clases que llamamos inferiores y que responden más al instinto están por ello eminentemente aptas para la acción, y siempre prestas a emprender acciones. Nosotros, las personas cultivadas, charlamos, disputamos y derramamos en forma de palabras lo que tenemos de energía. Nos enervamos por la dispersión del espíritu, por el vano divertimento de correr de libro en libro o de hacerlos combatirse. Nos abruman grandes cóleras por pequeños motivos; inventamos fuertes injurias y grandes amenazas de acción… Después, no hacemos nada, no actuamos… Pasamos a otras digresiones.

Las clases inferiores no hablan tanto, no se enronquecen de tanto gritar, como les pasa a los sabios y a las ancianas. Pero si se presenta una ocasión, sin hacer ruido la aprovechan y actúan con vigor. El ahorro de las palabras beneficia a la energía de los actos.

Una vez planteado esto, tomemos como jueces, entre esas clases, a los hombres heroicos de la Antigüedad o de la Edad Media, y preguntémosles quiénes constituyen la aristocracia, si los que hablan o los que actúan. Ellos responderán sin la menor vacilación: «Los que actúan».

Si se identificara la superioridad con el sentido común y el buen juicio, se encontraría que el hombre más sensato es el viejo campesino francés. Además de su claridad en materia de intereses, conoce bien a los hombres y adivina la sociedad que no ha visto. Practica una gran reflexión interior y una singular previsión de las cosas naturales. Juzga sobre el cielo, y a veces sobre la tierra, mejor que cualquier augurio de la Antigüedad.

Bajo la apariencia de una vida estrictamente física y vegetativa, estas gentes piensan, sueñan, y lo que en el joven es ensoñación, se convierte en reflexión y sabiduría en el anciano. Nosotros disponemos de todos los recursos que pueden provocar, sostener y

fijar la meditación. Pero, por estar más involucrados en la vida, los placeres y las vanas conversaciones, rara vez podemos reflexionar, y menos aún lo queremos. Al contrario, el hombre del pueblo a menudo encuentra en la naturaleza de su trabajo una soledad obligada. Aislado por el cultivo de los campos y por los oficios ruidosos que crean en la multitud la soledad, si no quiere perecer de aburrimiento, su alma debe volverse y conversar consigo misma.

Las mujeres del pueblo, particularmente, por estar obligadas mucho más que las otras a ser la providencia de la familia y del marido mismo, día tras día, forzadas a usar con él una destreza infinita y ardides virtuosos, a veces conquistan con el tiempo un sorprendente grado de madurez. He visto a algunas, ya ancianas, que habían conservado a través de duras pruebas los mejores instintos; se habían cultivado permanentemente con la reflexión y se habían elevado por el progreso natural de una vida dedicada y pura; no pertenecían ya a su clase, ni tampoco, creo yo, a ninguna otra: eran verdaderamente superiores a todas, extraordinariamente prudentes y penetrantes en las materias en las que no les hubierais supuesto ninguna experiencia. Poseían una visión tan clara de las probabilidades, que uno pensaría que tienen espíritu de adivinación. En ninguna parte he encontrado una asociación semejante de dos cosas que uno supone por lo general muy distintas, e incluso opuestas: la sabiduría del mundo y el espíritu de Dios.

XI. ¿Gana mucho el pueblo al sacrificar su instinto? Clases bastardas

Este campesino del que hablábamos, este hombre tan sagaz y tan sabio, tiene sin embargo una idea fija: que su hijo deje de ser campesino, que ascienda y se convierta en burgués, lo que consigue muy bien. Su hijo ha ido a la escuela y se convierte en el señor cura, el señor abogado o el señor fabricante; lo reconoceréis sin dificultad. Rollizo y de raza fuerte, lo abarcará y lo ocupará todo con su actividad popular; será orador, político, hombre importante de gran prestigio, que no tiene nada en común con la gente humilde. Lo encontraréis por todas partes del mundo, con su voz que cubre todo, y ocultando debajo de unos guantes helados las toscas manos de su padre.

En realidad me expreso mal: el padre tenía las manos fuertes y el hijo las tiene gruesas. Sin duda el padre era más nervioso, más fino. Estaba mucho más cerca de la aristocracia, no hablaba tanto, iba directo al grano.

¿Ascendió el hijo al dejar la condición de su padre? ¿Hubo progreso de uno al otro? … Indudablemente sí en lo que respecta a la cultura y al saber, pero no en cuanto a la originalidad y la verdadera distinción.

Hoy todos abandonan su condición; ascienden, o creen ascender. En treinta años, 500 mil obreros compraron una patente y se convirtieron en maestros. Es imposible calcular el número de jornaleros del campo que han llegado a ser propietarios. Las llama-

das profesiones libres han reclutado inmensos contingentes en los rangos inferiores; hoy en día están llenas, repletas.

Todo esto dio como resultado un profundo cambio en las ideas y la moralidad. El hombre crea su alma a partir de su situación material; ¡cosa extraña! Existe un alma de pobre, un alma de rico, un alma de comerciante… Parecería que el hombre no fuera sino lo accesorio de la fortuna.

No hubo entre las clases unión y asociación; hubo más bien una mezcla fácil y grosera. Sin duda esto tenía que ocurrir así para que se neutralizaran los obstáculos, de otra manera insuperables, con que se enfrentaba la nueva igualdad. Pero esto ha dado como resultado el imprimir en el arte, la literatura y todas las cosas, la impronta de una gran vulgaridad. La gente acomodada, incluso los ricos, se avienen de maravilla con objetos mediocres, baratos; podréis encontrar en una casa muy lujosa objetos comunes, feos y viles; se quiere un arte ramplón. Lo que hace a la verdadera nobleza, *el poder del sacrificio,* es lo que le falta a quien se ha enriquecido y esto le falta en el arte y en la política. Él no sabe sacrificar nada, ni siquiera para favorecer sus intereses. Esta flaqueza moral lo persigue incluso en sus placeres y en sus vanidades, y los torna vulgares y mezquinos.

Esta clase integrada por todas las clases, esta mezcolanza bastarda que se formó tan rápidamente y que empieza a debilitarse, ¿será productiva? Lo dudo. La mula es estéril.

El pueblo inglés, que en comparación con los pueblos militares (Francia, Polonia, etc.) me parece esencialmente burgués, puede ilustrarnos sobre las futuras posibilidades de la burguesía. Ningún otro pueblo ha experimentado transformaciones más numerosas en sus clases, y ninguno se ha dedicado con más habilidad a disfrazar de lores al enriquecido y al hijo del comerciante. Los lores, que durante los últimos dos siglos han transformado a toda la nobleza inglesa, tienen singular cuidado en conservar, además de los ape-

llidos y los escudos, los pequeños castillos venerables, los muebles y las colecciones hereditarias; incluso han llegado a copiar, en maneras y caracteres, a las antiguas familias cuyos hogares ocuparon. Con un sostenido orgullo, han representado y emulado a esos viejos barones en sus actitudes, en la manera de hablar, en todo lo tocante a las formas. Y bien, ¿qué han creado con todo este trabajo, con este arte de conservar la tradición e imitar lo antiguo? Han hecho una nobleza seria, con un alto espíritu de tradición, que en el fondo tiene pocos recursos, poca capacidad de invención política, y que de ninguna manera es digna de las grandes circunstancias en las que se encuentra y se va a encontrar el Imperio británico. ¿Dónde está, os ruego decirme, la Inglaterra de Shakespeare y de Bacon? Desde Cromwell la burguesía domina (disfrazada o ennoblecida, poco importa); el poderío y la riqueza han aumentado de manera incalculable; el promedio de la cultura se ha elevado, pero, al mismo tiempo, no sé qué triste igualdad se ha establecido entre los *gentlemen,* un parecido universal entre los hombres y entre las cosas. Apenas si podéis distinguir, con su elegante escritura, una carta de otra; en las ciudades, una casa de otra, y, en los pueblos, a un inglés de otro.

Volviendo al tema, yo creería de buena gana que, en el futuro, los grandes inventos pertenecerán a los hombres que no se pierdan en estas medias bastardas donde se ahoga cualquier carácter genuino. Habrá hombres fuertes que no querrán ascender; que, nacidos en el pueblo, querrán seguir siendo pueblo. Elevarse a la vida con decoro, ¡qué bueno! Entrar en la burguesía, y cambiar de condición y de costumbres, les parecerá poco deseable y sentirán que poco ganarían con ello. La fuerte savia, el vasto instinto de las masas y el valor del espíritu; todo esto se conserva mejor en el trabajador cuando no está quebrantado por el trabajo, cuando tiene una vida relativamente fácil, con algunos momentos de ocio.

He podido conocer dos ejemplos de hombres que, con gran sentido, no quisieron ascender. Uno de ellos, obrero en una manu-

factura, inteligente y ensimismado, se negó siempre a ser contramaestre, por temor a la responsabilidad, a los reproches y al duro contacto con el manufacturero, y prefirió trabajar en silencio, a solas con sus pensamientos. Si hubiera aceptado la nueva posición, habría perdido su admirable paz interior, que recordaba la de los obreros místicos de los que hablé.

El otro, hijo de zapatero, habiendo hecho estudios clásicos, cursó incluso derecho, y se recibió de abogado, se plegó sin chistar a lo que pedían las necesidades de su familia y retomó el oficio paterno, mostrando que un alma fuerte puede indistintamente ascender o descender. Su resignación fue recompensada. Este hombre, que no buscó la gloria, la tiene ahora en su hijo que, dotado de un don singular, recibió del propio oficio el sentido del arte, y que ha llegado a ser uno de los pintores más grandes de la época.

Los continuos cambios de condiciones, de oficios y de costumbres, impiden todo perfeccionamiento interior; producen esas mezclas que son a la vez vulgares, pretenciosas e infecundas. Quien so pretexto de mejorar las cuerdas de un instrumento, cambia su valor y las acerca todas a una media común, en el fondo las anula, pues inutiliza el instrumento inútil y desarticula la armonía.

Ser uno mismo constituye una gran fuerza y brinda la posibilidad de ser original. Si la fortuna cambia, tanto mejor; pero la naturaleza debe permanecer. El hombre del pueblo debe pensar muy bien antes de acallar su instinto y de ponerse a tono con los bellos espíritus burgueses. Si permanece fiel a su oficio, transformándolo, como Jacquart, o si de un oficio hace un arte, como Bernard Palissy, ¿podría haber gloria mayor en este mundo?

XII. De los sencillos. El niño, intérprete del pueblo

Quien quiera conocer los dones más altos del instinto del pueblo, debe hacer poco caso a los espíritus mixtos, bastardos y cultivados a medias, que poseen las cualidades y los defectos de las ciases burguesas. A quien tiene que buscar y estudiar es, especialmente, a gente sencilla.

Ésta, en general, divide poco su pensamiento, y como no dispone de instrumentos de análisis y de abstracción, ve cada cosa como una sola cosa, entera y concreta, tal y como se presenta en la vida.

La gente sencilla conforma un gran pueblo. Hay sencillos por naturaleza y sencillos por cultura; los pobres de espíritu que no tendrán nunca discernimiento, los niños que aún no lo tienen, y los campesinos, la gente del pueblo, que no tienen la costumbre de su manejo.

El escolástico, el crítico, el analítico, el hombre del *nisi,* del *distinguo,* ve a los sencillos desde arriba. Sin embargo, puesto que no dividen, éstos tienen, por lo común, la ventaja de ver las cosas en su estado natural, organizadas y vivas. Poco reflexivos, suelen ser ricos en instinto. En esta clase de hombres no es raro que se dé la inspiración o, en ocasiones, una suerte de adivinación.

Se encuentran entre ellos personas totalmente fuera de lo común, que en una vida prosaica conservan aquello que es la más alta poesía moral: la sencillez del corazón. Nada más extraño que

conservar estos dones divinos de la infancia; supone normalmente una gracia particular y una suerte de santidad.

Sería preciso poseer esta gracia para poder hablar de ella. Cierto es que la ciencia no excluye en absoluto la sencillez, pero no la promueve. La voluntad tiene poco que hacer aquí.

En el punto más difícil de su obra, el gran legista de Tolosa se detuvo para pedir a su auditorio una luz especial en una materia tan sutil. ¡Cuánto más grande es la necesidad que tenemos de ella, yo y vosotros, amigos míos que me estáis leyendo! ¡Cuán grande es nuestra necesidad de obtener, no un don de sutileza sino, al contrario, de sencillez e inocencia de corazón!

No basta con que los sabios se conformen diciendo: «Dejad que los pequeños vengan hacia nosotros». Es necesario que vayan hacia ellos. Tienen mucho que aprender de esos niños. Lo mejor que pueden hacer es aplazar sus estudios, guardar cuidadosamente sus libros que les han servido de poco, y, con sencillez, acercarse a las madres y las nodrizas, para desaprender y olvidar.

¿Olvidar? No. Más bien reformar su sabiduría, controlarla por el instinto de aquellos que están más cerca de Dios, rectificarla ajustándola a esta pequeña medida, y comprender que la ciencia de los tres mundos no contiene más de los que hay en una cuna.

En relación con el tema que nos ocupa, nadie logrará profundizar en él si no observa muy bien al niño. El niño es el intérprete del pueblo. ¿Qué estoy diciendo? Es el pueblo mismo en su verdad original, antes de haber sido deformado; el pueblo sin vulgaridad, sin rudeza y sin envidia, que no suscita ni desconfianza ni repulsión. No sólo el niño interpreta al pueblo sino que lo justifica y lo absuelve de numerosas culpas; tal o cual palabra que encontraríais ruda y grosera en la boca de un hombre rudo, la encontráis (como lo es verdaderamente) ingenua en la de vuestro hijo; aprendéis así a cuidaros de prevenciones injustas. Porque, al igual que el pueblo, el niño, en una feliz ignorancia del lenguaje convencional, de las

fórmulas y de las frases hechas que dispensan de toda invención, os muestra con su ejemplo cómo el pueblo está obligado a buscar su lenguaje e ir descubriéndolo constantemente; y tanto el uno como el otro lo hacen a menudo con acertada energía.

También a través del niño podéis apreciar lo que el pueblo, por más cambiado que esté, conserva de joven y de primitivo. Al igual que el campesino de Bretaña o de los Pirineos, vuestro hijo habla a cada instante la lengua de la Biblia o de la *Iliada*. La crítica más atrevida de los Vico, de los Wolf o de los Niebuhr, no es nada en comparación con los luminosos y profundos relámpagos que algunas ocurrencias de vuestro hijo os abrirán de repente en la noche de la Antigüedad. ¡Cuántas veces, observando la forma histórica y *narrativa* que él da a las ideas, incluso abstractas, sentiréis cómo los pueblos-niños debieron *narrar* sus dogmas en forma de leyendas, haciendo una *historia* de cada verdad moral!… Es entonces, ¡oh sabios!, cuando realmente nos es necesario callar… Formemos un círculo en torno a ese joven maestro de los tiempos antiguos y escuchémosle; para instruirnos, no hay ninguna necesidad de reflexionar sobre lo que dice; es como un testigo viviente; «él estaba allí, y sabe mejor el cuento».

En él, como en los pueblos jóvenes, todo se encuentra puro aún, en estado *concreto* y vivo. Nos basta mirarlo para sentir el estado *abstracto* al que hemos llegado hoy. Muchas abstracciones vacías no sobreviven a este examen. Nuestros niños de Francia, sobre todo, que son tan vivos y hablantines y cuyo sentido común muy precoz nos retrotrae sin cesar a la realidad. Estos críticos inocentes no dejan de ser embarazosos para el sabio. Sus preguntas ingenuas le muestran muy a menudo el insoluble nudo de las cosas. Ellos no han aprendido, como nosotros, a eludir las dificultades, a evitar tales o cuales problemas que parecería que los sabios hubieran convenido en no profundizar jamás. La pequeña lógica audaz de los niños camina siempre derecho y delante de ellos. Ningún absurdo sagrado habría sobrevivido en el mundo si el

hombre no hubiese acallado las objeciones del niño, sobre todo entre los 4 y los 12 años, que es la edad razonadora. Entre el periodo de lactancia y el de la aparición de la sexualidad, parecen más livianos, menos materiales, con el espíritu más vivo que después. Un eminente gramático que nunca quiso vivir sino con los niños, me decía que a esta edad, a su juicio, están mejor capacitados para las abstracciones más sutiles.

Los niños pierden mucho educándose tan tempranamente y pasando así rápidamente de la vida instintiva a la vida reflexiva. Hasta entonces viven sobre el vasto fondo del instinto, nadando en un mar lácteo. Cuando la lógica comienza a desprender de este mar oscuro y fecundo algunas redes luminosas, sin duda hay un progreso, un progreso necesario que es condición de la vida. Pero, en cierto sentido, este progreso no por ello deja de ser una caída. En ese momento el niño se convierte en hombre, siendo que era un pequeño dios.

La primera infancia y la muerte son los momentos en que el infinito irradia sobre el hombre: la gracia; tomad el vocablo en el sentido que le dan el arte o la teología; la gracia móvil del niño pequeño que juega y se entrena para la vida, la gracia austera y solemne del moribundo que agoniza, es siempre gracia divina. Nada permite comprender mejor la gran palabra bíblica: «Y seréis como dioses».

Apeles y Corregió estudiaban sin cesar estos momentos divinos. Corregio se pasaba los días viendo jugar a los niños pequeños. A Apeles, dice un antiguo, sólo le gustaba pintar personas agonizantes.

En esta etapa de llegada, de partida y de transición entre dos mundos, el hombre parece contenerlos todos juntos.[72] La vida instintiva en la que se encuentra hundido entonces, es como el alba y el crepúsculo del pensamiento, más vaga que este último, sin duda, pero ¡cuánto más vasta! Toda la labor intermedia de la vida

racional y reflexiva es como una fina línea que parte de la inmensidad oscura y que vuelve a ella. Si deseáis experimentarlo bien, estudiad de cerca al niño y al moribundo. Colocaos frente a su cabecera, observad y callad.

Por desgracia he tenido demasiadas ocasiones para contemplar la llegada de la muerte, incluso en personas queridas. Recuerdo especialmente un largo día de invierno que pasé entre el lecho de una moribunda y la lectura del Isaías. Este espectáculo, por demás penoso, era el combate entre la vigilia y el sueño, un sueño laborioso del alma que se elevaba y volvía a caer… Los ojos que nadaban en el vacío expresaban, con dolorosa verdad, la incertidumbre entre dos mundos. El oscuro y vasto pensamiento repasaba toda la vida transcurrida, engrandeciéndose con presentimientos inmensos… El testigo de esta gran lucha, que compartía su flujo, su reflujo y todas sus ansiedades, se asía como náufrago a la firme creencia de que el alma, al mismo tiempo que regresaba al instinto primitivo, se anticipaba en aquel mundo desconocido, sin poder encaminarse por ahí al aniquilamiento. Todo hacía suponer que ella iba a dotar con este doble instinto a alguna joven existencia que retomaría más felizmente la obra de la vida, dándoles a los ensueños de esa alma, a sus pensamientos iniciados y a sus voluntades mudas, las voces que les habían faltado.[73]

Hay una cosa que siempre impresiona cuando se observa a los niños o a los moribundos: la nobleza perfecta que la naturaleza les imprime. El hombre nace noble y muere noble; es preciso todo el trabajo de una vida para hacerlo grosero e innoble y para crear la desigualdad.

Ved a este niño al que su madre de rodillas llama tan justamente *su Jesús*… La sociedad y la educación lo han cambiado muy pronto. El infinito que estaba en él y lo divinizaba, desaparece poco a poco; él se va conformando, es cierto, y precisando, pero también se estrecha… La lógica, la crítica, talla y esculpe despiadadamente lo que le parece un bloque duro, estatuario, cuyo hierro

muerde la materia demasiado blanda, abatiendo con cada golpe pedazos enteros… ¡Ah! ¡Qué flaco y mutilado está! ¿Dónde se halla la noble vastedad de su naturaleza?… Lo peor es que, bajo la influencia de una educación tan ruda, no sólo será débil y estéril sino que se tornará vulgar.

Cuando añoramos nuestra infancia, no es tanto por la vida y los años que teníamos entonces por delante: es por nuestra nobleza. Efectivamente, en aquella época poseíamos esa ingenua dignidad del ser que no se ha doblegado aún, la igualdad con todos; éramos jóvenes, bellos, libres… Tengamos paciencia, esto ha de volver; la desigualdad sólo dura lo que la vida; la igualdad, la libertad, la nobleza, todo nos es devuelto con la muerte.

¡Ay!, ese momento regresa demasiado pronto para un gran número de niños. No se quiere ver en la infancia más que un aprendizaje para la vida, una preparación para vivir; por ello se cree que la mayoría de los niños no viven. Se pretende que sean felices «más tarde», y para garantizar la felicidad de esos años futuros e inciertos, ahogamos los presentes con el hastío y el dolor… [74]

No, la infancia no es solamente una etapa, un peldaño de la vida: es un pueblo, un pueblo inocente… Esta flor del género humano, que por lo general ha de vivir poco, sigue a la naturaleza en cuyo seno ha de recaer pronto… Y es precisamente a la naturaleza a quien se quiere domar en ella. El hombre que por sí mismo se aleja de la barbarie, la practica con el niño, partiendo siempre del principio inhumano de que nuestra naturaleza es mala, que no consiste la educación en su buena economía sino en su reforma, y que el arte y la sabiduría humana deben enmendar y castigar el instinto que Dios nos dio.

XIII. Continuación. El instinto natural del niño ¿es perverso?[75]

¿EL INSTINTO HUMANO ESTÁ pervertido de antemano? ¿El hombre es malo por naturaleza? El niño que tomo entre mis brazos cuando sale del seno de su madre, ¿es un pequeño réprobo?

A esta pregunta atroz, tanto que le duele a uno escribirla, la Edad Media responde sin piedad y sin vacilación: sí.

¡Cómo! Esta criatura que parece a tal punto indefensa e inocente, con la que se enternece la naturaleza entera y que, si llegara a carecer de madre, vendría a amamantar la loba o la leona, ¿no tiene otro instinto que el del mal, el aliento de aquel que perdió a Adán? ¿Le pertenecería al diablo, si uno no se apurara a exorcizarla? Aun después, si llega a morir en los brazos de su nodriza, ¿será juzgada?, ¿corre el peligro de ser condenada y arrojada a *las bestias* negras del infierno? «No entreguéis a *las bestias* las almas que rinden testimonio», dice la Iglesia. ¿Y cómo podría testimoniar ésta? No puede entender aún, tampoco hablar.

En agosto de 1843, cuando visitaba algunos cementerios de los alrededores de Lucerna, encontré una expresión harto ingenua y dolorosa de los terrores religiosos. Al pie de cada tumba se encontraba (de acuerdo con una costumbre antigua) un pequeño cuenco con agua bendita para cuidar al muerto día y noche, e impedir que *las bestias* del infierno tomaran el cuerpo, lo vejaran, lo pasearan e hicieran de él un vampiro. En cuanto al alma, ¡ay!, no se disponía de ningún medio para defenderla; este temor cruel se

había plasmado en varias inscripciones. Permanecí largo rato delante de una de ellas sin poder apartarme de allí: *Soy un niño de 2 años… ¡Qué terrible para un niño tan pequeño tener que partir para el Juicio y comparecer tan temprano ante el rostro de Dios!* Rompí a llorar: ¡había entrevisto el abismo del desconsuelo materno!

Los barrios indigentes de nuestras grandes ciudades, esas vastas oficinas de muerte en las que las mujeres, miserablemente fecundas, no dan a luz sino para llorar, nos dan una idea, aunque sumamente imperfecta, del duelo perpetuo de las madres en la Edad Media. Este ser, fecundado incesantemente por la imprevisión bárbara, producía sin cesar y sin tregua, en medio de las lágrimas y la desolación, hijos, muertos, *¡réprobos!…*

¡Edad horrorosa! ¡Mundo de crueles ilusiones sobre el que parece planear una infernal ironía! ¡El hombre, juguete de su sueño móvil, divino y diabólico! ¡La mujer, juguete del hombre, siempre madre, siempre en duelo! El niño que juega, ¡ay!, un día el triste juego de la vida, sonríe, llora y desaparece… Esas pequeñas sombras desgraciadas que vienen por millones y miles de millones, no perduran sino en la memoria de la madre… La desesperanza de ésta se expresa sobre todo en una cosa: ella se abandona fácilmente al pecado y a la condenación; se venga gustosa de la brutalidad del hombre: lo engaña, llora y ríe,[76] se pierde; ¿qué le importa, si se reúne con su hijo?

No porque el niño sobreviva es mucho más feliz. Para él, la Edad Media es una terrible pedagoga; le propone el símbolo más complicado que se haya visto jamás, el más inaccesible para la gente sencilla. Esa lección sutil que en su más elevada sabiduría el Imperio romano entendió con dificultades, tiene que retenerla y comprenderla el hijo de bárbaros, el hijo del siervo rústico perdido en los bosques. La retiene y la repite; pero ni la férula, ni los golpes ni los azotes conseguirán jamás que comprenda esa fórmula espinosa, bizantina y escolástica.

La Iglesia, democrática por su principio de elección, ha sido eminentemente aristocrática por la dificultad de su enseñanza y por el número tan reducido de los que pudieron alcanzarla realmente. Condenó el instinto natural como perverso y corrompido de antemano, e hizo de la ciencia, de la metafísica, de una fórmula muy abstracta, la condición de la salvación.[77]

Todos los misterios de las religiones de Asia, todas las sutilezas de las escuelas occidentales, en una palabra, todas las dificultades de Oriente y Occidente, todo esto, ¡apretado, y amontonado en una sola fórmula! «¡Y bien!, sí —dice la Iglesia—, es el mundo entero en un prodigioso cáliz. ¡Bebed de él en nombre del amor!». Y para apoyar su doctrina, aporta la historia y la leyenda conmovedora; es la miel en el borde de la copa…

«Sea lo que fuere lo que contenga, beberé, si de veras el amor está en su fondo». Tal fue la respuesta del género humano. Ésta fue la verdadera dificultad, su objeción; fue el amor quien la planteó, y no, como suele repetirse siempre, el odio y la soberbia humana.

La Edad Media había prometido el amor y nunca lo dio. Dijo: «¡Amad, amad!»,[78] pero consagró un orden civil rencoroso y sembró la desigualdad en la ley, en el Estado y en la familia. Su enseñanza demasiado sutil, accesible a muy pocos hombres, trajo al mundo una nueva desigualdad. Puso a la salvación un precio que prácticamente nadie podía pagar: el precio de una ciencia abstrusa, e impuso así a la gente sencilla y al niño el peso de toda la metafísica del mundo. El niño, que había sido tan feliz en la Antigüedad, vivió en el infierno en la Edad Media.

Hubieron de transcurrir siglos para que la razón concibiera al niño como es: *un inocente.* A la gente le costó creer que el hombre fuera un ser hereditariamente perverso.[79] Se hizo difícil mantener el principio bárbaro que condenaba a los sabios no cristianos, a la gente sencilla, a los ignorantes y a los niños que mueren sin haber

sido bautizados. Para los niños se inventó el paliativo de los limbos, un pequeño infierno más suave donde flotarían para siempre, lejos de sus madres, llorando eternamente.

Los remedios eran insuficientes; el corazón no quedó satisfecho con ellos. Con el Renacimiento estalló, contra la dureza de las viejas doctrinas, la reacción del amor. En nombre de la justicia, vino a salvar a los inocentes, condenados en el sistema que se erigía como el defensor del amor y de la gracia. Pero ese sistema, que descansaba por completo sobre las dos ideas de la condenación de todos por uno solo, y de la salvación de todos por uno solo, no podía renunciar a la primera sin que se estremeciera la segunda.

Las madres volvieron a creer en la salvación de sus hijos. Desde entonces, sin informarse acerca de su ortodoxia, dicen siempre: «Deben de ser ángeles allá arriba, como lo fueron en vida».

Venció el corazón, venció la misericordia. La humanidad va alejándose de la injusticia antigua. Es una marejada, a contrapelo del viejo mundo… ¿Adónde va? Hacia un mundo (bien se puede prever) que ya no condenará la inocencia, y en el que la sabiduría podrá decir con verdad: «Dejad que la gente sencilla y los niños vengan a mí».

XIV. Digresión. En defensa del instinto de los animales

Por apurado que esté en pasar revista a la gente sencilla, los humildes hijos del instinto, mi corazón me detiene y me obliga a decir una palabra sobre los sencillos por excelencia, los más inocentes y más desgraciados tal vez: los animales.

En el capítulo anterior hacía notar que todos los niños nacían nobles. De igual modo, los naturalistas han observado que el animal joven, que es más inteligente al nacer, se parece al niño. A medida que crece se hace bruto y acaba siendo bestia. Como si su pobre alma sucumbiera bajo el peso del cuerpo, como si sufriera la fascinación de la naturaleza, la magia de la gran Circe. El hombre se aleja de él, y no quiere ver más en él un alma. Sólo el niño, con el instinto del corazón, ve a este ser menospreciado como una persona: le habla y lo interroga; el animal también, por su parte, escucha y quiere al infante.

¡El animal! ¡Sombrío misterio!… un mundo inmenso de sueños y de sufrimientos mudos… Pero, a falta del lenguaje, algunos signos muy visibles expresan estos sufrimientos. La naturaleza entera protesta por la barbarie del hombre que desconoce, envilece y tortura a su hermano inferior; ¡ella lo acusa ante Aquel que los creó a ambos!

Observad con espontaneidad su expresión mansa y soñadora, así como el visible atractivo que ejerce el hombre sobre las especies más avanzadas; ¿no diríais que son niños cuyo desarrollo fue

impedido por una mala hada, que no pudieron desenmarañar el primer sueño de cuna, o que, quizás, son almas castigadas, humilladas, sobre las que se cierne una fatalidad pasajera?… Triste encanto en el que el ser cautivo de una forma imperfecta depende de todos los que lo rodean, lo mismo que una persona dormida… Pero, por estar como dormido, tiene acceso, en compensación, a una esfera de sueños de la que no tenemos idea. Nosotros vemos la faz luminosa del mundo, y él su faz oscura; ¿quién sabe si no es ésta la más vasta de las dos?[80]

El Oriente se ha mantenido en la creencia de que el animal es un alma dormida o encantada; la Edad Media volvió a ella. Las religiones y los sistemas no han podido hacer nada para acallar esta voz de la naturaleza.

La India, más cercana a la creación que nosotros, ha conservado mejor la tradición de la fraternidad universal. La inscribió al principio y al final de sus dos grandes poemas sagrados: el Ramayana y el Mahabharata, gigantescas pirámides ante las cuales todas nuestras pequeñas obras occidentales deben comportarse humilde y respetuosamente. Cuando estéis cansados de este Occidente disputador, otorgaos, os ruego, la dicha de volver a vuestra madre, a esta majestuosa Antigüedad, tan noble, tan mansa. Amor, humildad y grandeza, todo está allí reunido en un sentimiento tan sencillo y tan desprendido de toda miseria derivada del orgullo, que nunca es necesario hablar de humildad.

La India ha sido bien compensada por su dulzura para con la naturaleza: en ella, el genio fue un don de la piedad. El primer poeta indio ve revolotear dos palomas, y mientras admira su gracia y su cortejo amoroso, una de ellas cae, alcanzada por una flecha… Él llora y, sin que lo piense, sus gemidos, acompasados con los latidos de su corazón, cobran un movimiento rítmico; así nació la poesía… Desde entonces, siempre en parejas, las melodiosas palomas, vueltas a nacer con el canto del hombre, aman y vuelan por toda la tierra (Ramayana).

La naturaleza agradecida concedió a la India otro don admirable: la fecundidad. Rodeada por ella de ternura y respeto, multiplicó para sí, con el animal, la fuente de la vida donde se renueva la tierra. Nunca se extingue nada en ese país. Tantas guerras, tantos desastres y servidumbres, no han podido secar la ubre de la vaca sagrada. Un río de leche irriga a esta tierra bendita…, bendita por su propia bondad, por los dulces cuidados que le brinda a las criaturas inferiores.

El orgullo rompió esa unión conmovedora que vinculaba en un principio al hombre con los más humildes hijos de Dios… Pero no fue impunemente: la tierra se ha vuelto rebelde, y se ha rehusado a alimentar a las razas inhumanas.

El mundo del orgullo, la ciudad griega y romana, despreció la naturaleza; no tomó en cuenta sino el arte, y sólo tuvo estima de sí misma. Esa Antigüedad altiva, que no quería nada que no fuera noble, consiguió con sobrado éxito eliminar todo lo demás. Aquello que parecía bajo e innoble desapareció de la vista; los animales perecieron, lo mismo que los esclavos. Al librarse de unos y de otros, el Imperio romano penetró en la majestad desierto. Como seguía gastando sin reponerse, la tierra, debido a tantos monumentos que la cubrían, se convirtió en un jardín de mármol. Todavía había ciudades, pero no campos; circos y arcos de triunfo, pero no chozas ni labradores. Magníficas vías esperaban al viajero que ya no pasaba; suntuosos acueductos llevaban el agua a las ciudades silenciosas, donde ya no había nadie a quien saciar la sed.

Frente a toda esta desolación, un solo hombre halló en su corazón un reclamo, una queja por todo lo que se apagaba. Un solo hombre, entre las destrucciones de las guerras civiles en las que perecían al mismo tiempo los hombres y los animales, encontró, en su vasta piedad, lágrimas para el buey de yunta que había fecundado la Italia antigua. Este hombre dedicó un canto divino a las razas desaparecidas.[81]

¡Bondadoso y profundo Virgilio!… yo, que me he alimentado de él y como sentado sobre sus rodillas, me siento feliz de que esta gloria única le corresponda, la gloria de la piedad y de la excelencia del corazón… Ese campesino de Mantua, con su timidez de virgen y su larga cabellera rústica, es, aun sin saberlo, el verdadero pontífice, el augur entre dos mundos, entre dos edades, a mitad del camino de la historia. Este hombre sencillo, hindú por su bondad para con la naturaleza y cristiano por su amor al hombre, recrea en su corazón inmenso la hermosa ciudad universal en la que nada que tenga vida queda excluido, pese a que cada quien quiere hacer entrar en ella sólo a los suyos.

A pesar de su espíritu de mansedumbre, el cristianismo no defendió la antigua unión. Conservó el prejuicio judaico de estar contra la naturaleza. Judea, que se conocía a sí misma, había temido amar demasiado a esta hermana del hombre y la rehuía maldiciéndola. El cristianismo, fiel a estos temores, mantuvo la naturaleza animal a una distancia infinita del hombre considerándola inferior. Los animales simbólicos que acompañan a los evangelistas y el frío alegorismo del cordero y la paloma no han rehabilitado a la bestia. La nueva bendición no llegó hasta ella; no hubo salvación para los seres más pequeños y más humildes de la creación. El Dios-Hombre ha muerto por el hombre, y no por los animales. Al no tener parte en la salvación, quedan fuera de la ley cristiana como paganos, como impuros, y muy a menudo, bajo la sospecha de connivencia con el principio del mal. Cristo, en el evangelio, ¿acaso no permitió a los demonios apoderarse de los cerdos?

¡Nunca se sabrá de los terrores en que vivió la Edad Media con la presencia permanente del diablo durante varios siglos! La visión del mal invisible, ¡qué pesadilla, qué tortura absurda! Y derivada de esto, una vida rara que haría reír a cada instante si no sintiéramos que fue triste hasta hacer llorar… ¿Quién, en aquel entonces, pudo haber dudado del diablo? Lo he visto, dice el emperador Carlos. Lo he visto, dice Gregorio VII. Los obispos que ha-

cen los papas y los monjes, que rezan durante toda la vida, dicen que anda detrás de ellos, que lo sienten, que siempre permanece a su lado… El pobre siervo de los campos, que lo ve en forma de bestia, esculpido en el portal de las iglesias, tiene miedo, al regresar a su casa, de encontrarlo encarnado en sus bestias. Éstas, en la noche, con el móvil resplandor del fuego, cobran un aspecto fantástico; al toro se le dibuja una máscara extraña, a la cabra un aire equívoco, ¿y qué pensar del gato, cuyo pelaje proyecta fuego en la noche en cuanto se le toca?

Es el niño quien conforta al hombre. Teme tan poco a estos animales que hace de ellos sus camaradas. Le regala hojas al buey, monta encima de la cabra, acaricia atrevidamente al gato negro; más aún: los remeda, imita sus voces… y la familia sonríe: «¿Por qué habría de temerles? Estaba equivocado, dice el campesino. Ésta es una casa cristiana, hay agua bendita y ramos benditos; no se atrevería a acercarse… Mis animales son bestias de Dios, inocentes, niños… Incluso los animales de los campos parecen conocer bien a Dios; viven como ermitaños. Ese ciervo hermoso, por ejemplo, que lleva la cruz en la cabeza, que se mueve como un árbol viviente a través de los bosques, parece un milagro. La cierva es tan mansa como mi vaca y no tiene cuernos; de llegar a faltar su madre, ella habría amamantado a mi hijo…». Este último decir, expresado, como todo en aquel entonces, en forma histórica, se desarrolló hasta producir la leyenda más bella de la Edad Media: la de Genoveva de Brabante; la familia, víctima de la opresión del hombre, es recogida por un animal; la mujer inocente es salvada por una inocente bestia de los bosques. La salvación provino de parte del más pequeño, del más humilde.

Los animales, rehabilitados, toman su lugar en la familia rústica después del niño que los quiere; de igual modo los parientes lejanos figuran en el extremo opuesto a la cabecera de la mesa en una familia noble. Los tratan como tales en los grandes días: participan de las dichas y las tristezas y llevan ropa de duelo o de boda

(como se acostumbraba hasta hace poco en Bretaña). Cierto es que no dicen nada, pero son dóciles y escuchan con paciencia; el hombre, como sacerdote en su casa, les predica en nombre del Señor.[82]

De esta manera, el genio popular, más ingenuo y más profundo que la sofística sagrada, lleva a cabo tímidamente, pero con eficacia, la rehabilitación de la naturaleza. Ésta no fue ingrata. Por ello, el hombre fue recompensado. Estos pobres seres que no tienen nada, han dado tesoros. El animal, desde que se le amó, se preservó y se multiplicó… La tierra volvió a ser fecunda; y el mundo, que parecía a punto de acabarse, marchó nuevamente, rico y poderoso, porque recibió como rocío la bendición de la misericordia.

Una vez que la familia ha sido conformada de este modo, si es posible se trata de hacerla entrar completa a la Iglesia. Se presentan entonces grandes dificultades. Se acepta recibir al animal, pero sólo para echarle agua bendita, para exorcizarlo de alguna manera, y ello en el atrio… «Hombre sencillo, deja tu animal y entra solo. La entrada de la Iglesia es la del Juicio que ves representado en las puertas; la Ley ocupa un asiento en el umbral y san Miguel, de pie, lleva la espada y la balanza… ¿Cómo juzgar, salvar o condenar a los que traes contigo? La bestia, ¿tiene alma?… Si la tiene, ¿qué hacer con ella? ¿Acaso les vamos a abrir limbos, como a los bebés?».

A pesar de ello nuestro hombre se obstina, escucha con respeto, pero no se preocupa por entender. No quiere salvarse solo, sin los suyos. ¿Por qué su buey y su burro no obtienen la salvación junto con el perro de san Paulino? ¡Ciertamente han trabajado tanto como él!

«¡Pues bien!, seré hábil —se dice para sus adentros—, escogeré el día de Navidad, cuando la Iglesia está como en familia, el día en que Dios es muy pequeño aún para ser justo… Justos o no, to-

dos entraremos: yo, mi mujer, mi hijo y mi asno… ¡También él! que ha ido a Belén, que cargó a Nuestro Señor. En recompensa, el pobre animal podría tener su día. Por lo demás, no es demasiado seguro que sea lo que parece; en el fondo es malicioso, perezoso, lo mismo que yo; si a mí no me arrearan no trabajaría tanto».

¡Qué espectáculo, más conmovedor que risible, era ver al pueblo entrar a la iglesia con su bestia, pese a las prohibiciones de los obispos y los concilios! La naturaleza, condenada y maldita, entraba victoriosa bajo la forma más humilde capaz de hacerla perdonar. Rescataba los santos del paganismo; la Sibila y Virgilio…[83] Se mostraba al animal la espada que lo detuvo bajo Balaam; pero esa herrumbrosa espada de la Ley antigua ya no lo espantaba; la Ley terminaba en ese día y en su lugar apareció la Gracia. Humildemente, pero con paso seguro, se dirigía directamente al pesebre. Ahí escuchaba el oficio, y, al igual que un cristiano bautizado, se arrodillaba devotamente. Entonces le cantaban con el lenguaje de la Iglesia y en galo, para que pudiese entender, su antífona burlesca y sublime:

¡De rodillas!

¡Di amén! Ya comiste bastante heno y pasto

¡Otra vez di amén! Deja las cosas viejas, ¡y anda!

El animal se benefició poco con esta renovación.[84] Los concilios le cerraron la iglesia. Los filósofos que, por orgullo y sequedad, fueron seguidos por los teólogos, decidieron que la bestia no tenía alma.[85] ¿Qué importa que padezca en este mundo? No debe esperar ninguna recompensa en una vida superior… De esta manera, no hay Dios para él; el bondadoso Padre del Hombre, ¡sería un cruel tirano para todo lo que no sea hombre!… ¡Hubiera creado juguetes, pero juguetes sensibles; máquinas, pero máquinas que sufran, autómatas que no se parecerían a las criaturas superiores sino en la facultad de padecer el mal!… ¡Que la tierra os resulte pesada, hombres duros que habéis podido concebir esta

idea impía y dictar semejante sentencia sobre tantas vidas inocentes y sufridas!

Nuestro siglo tendrá una gloria enorme. En él surgió un filósofo con corazón de hombre.[86] Amó al niño y al animal. Antes de nacer, el niño no había despertado interés sino como esbozo, como preparación para la vida; él lo amó por lo que era, lo estudió pacientemente en su pequeña vida oscura, y detectó en sus transformaciones la reproducción fiel de las metamorfosis animales. De esta manera, en el seno de la mujer, en el verdadero santuario de la naturaleza, se ha descubierto el misterio de la fraternidad universal… ¡Hay que dar gracias a Dios!

Ésta es la verdadera rehabilitación de la vida inferior. El animal, ese siervo de los siervos, se convierte en pariente del rey del mundo.

Que éste retome, pues, con un sentimiento más bondadoso, la gran labor de la educación de los animales, que antaño le asignó el globo,[87] y que abandonó hace dos mil años para gran perjuicio de la tierra. El pueblo debe aprender que su prosperidad depende del cuidado con que trata a este pobre pueblo inferior. Por su parte, la ciencia debe recordar que el animal, cuya relación con la naturaleza es más estrecha, ha sido su augur y su intérprete en la Antigüedad. En el instinto del sencillo entre los sencillos, ella encontrará la voz de Dios.

XV. El instinto de la gente sencilla, el instinto del genio. El hombre de genio es, por excelencia, el sencillo, el niño y el pueblo

He leído sobre la vida de un gran doctor de la iglesia que, habiendo regresado a su monasterio después de muerto, honró con su aparición no a los primeros de sus hermanos, sino al último, al más sencillo, a un pobre de espíritu. Éste tuvo el privilegio de morir tres días más tarde. Tenía en la cara una alegría verdaderamente celeste. Al verle, cuenta la leyenda, se podía recitar aquel verso de Virgilio:

¡Niño pequeño, conoce a tu madre por su sonrisa!

Es notable el hecho de que la mayoría de los hombres de genio tienen una particular predilección por los niños y por la gente sencilla. Éstos, por su parte, generalmente se muestran tímidos frente a la multitud y enmudecen ante la gente de espíritu, pero se sienten completamente seguros en presencia del genio. La fuerza que impresiona a todo el mundo, a ellos, por el contrario, los serena. Sienten que no encontrarán ninguna burla: sólo benevolencia y protección. Entonces es cuando se encuentran realmente en su estado natural, que su lengua se suelta, y es posible ver que estas personas a las que se les llama sencillas porque desconocen el lenguaje convencional, a menudo son personas originales y, sobre todo, muy imaginativas, dotadas de un instinto singular que les permite captar la relación entre cosas muy alejadas entre sí. Suelen acercar y ligar con facilidad; en cambio, dividen y analizan poco.

No sólo les cuesta trabajo hacer mentalmente cualquier división, sino que les apena y les parece un desmembramiento. No les gusta escindir la vida, y todo les parece vivo. Cualesquiera que sean las cosas, para ellos éstas son semejantes a seres orgánicos que les apenaría alterar. Se retraen a partir del momento en que, por el análisis, es necesario perturbar algo que presenta la mínima apariencia de armonía vital. Esta disposición implica, por lo común, una mansedumbre y una bondad natural; estas personas reciben el nombre de *buena gente.*

No sólo no dividen, sino que en cuanto se encuentran con una cosa dividida o parcial, o bien la pasan por alto, o bien la unen en espíritu al todo del que ella se encuentra separada; recomponen ese todo con una rapidez de imaginación que uno no esperaría de su natural lentitud. Su poder para componer está en razón inversa de su impotencia para dividir. O mejor, al verlos operar tan fácilmente, parecería que en ello no hay poder ni impotencia sino un hecho necesario e inherente a su existencia. De hecho, por ello existen como gente sencilla.

En la luz aparece una mano. El razonador concluye que, sin duda, en la sombra hay un hombre del que sólo se ve la mano; de la mano deduce al hombre. El hombre sencillo no razona, no concluye; de buenas a primeras, al ver la mano, dice: «Veo a un hombre». Y, en efecto, lo ve con los ojos del espíritu.

En esto los dos están de acuerdo. Pero en mil ocasiones el hombre sencillo que sobre la base de una parte ve un todo que no se ve, y que adivinando a partir de un signo afirma un ser aún invisible, hace reír a los demás y lo toman por loco.

Ver lo que no resulta visible a los ojos de nadie es tener una doble vista. Ver lo que parece estar por venir, por nacer, es profecía. Ambas cosas, que provocan el pasmo de la multitud y la burla de los sabios, son por lo general un don natural de sencillez.

Ese don, que se da rara vez entre los hombres civilizados, es, como se sabe, muy común en los pueblos sencillos, sean salvajes o bárbaros. La gente sencilla simpatiza con la vida, y como recompensa recibe ese don magnífico gracias al cual les basta, con la menor señal, verla y preverla.

En esto reside su parentesco secreto con el hombre de genio. Alcanzan a menudo sin esfuerzo, por su sencillez, lo que éste consigue por su capacidad de simplificación; de tal modo que el primero en el género humano, y los que parecen ser los últimos, se encuentran perfectamente y congenian. Y lo hacen por una cosa: por su común simpatía hacia la naturaleza, hacia la vida, que hace que no se complazcan sino en la unidad viviente.

Si estudiáis seriamente, en su vida y en sus obras, este misterio de la naturaleza al que llamamos hombre de genio, descubriréis generalmente que éste, al mismo tiempo que adquiere las dotes del crítico, conserva las del hombre sencillo.[88] Estos dos tipos de hombres, por lo demás opuestos, se concilian en él. En el momento en que el crítico parece incitarlo a la división infinita, el hombre sencillo afirma en él la unidad presente. Conservando siempre el sentimiento de la vida, él la cuida como indivisible; pero aunque el genio posea dentro de sí dos capacidades: el amor a la armonía viva y el bondadoso respeto a la vida, éstas son tan fuertes en él que sería capaz de sacrificar el estudio, e incluso la ciencia, si ésta sólo se obtuviera por medio del desmembramiento. De los dos hombres que están en él, abandonaría al que divide y se quedaría con el ser sencillo, con su ignorante fuerza de adivinación y profecía.

Éste es un misterio del corazón. Si a través de las divisiones y de las anatomías ficticias de la ciencia, el genio sigue conservando en sí a un ser sencillo que nunca consiente en la verdadera división, que tiende siempre a la unidad y que teme destruirla en la criatura más pequeña, es que lo propio del genio es el amor a la vida misma, el amor que hace que se la conserve y el amor que la produce.

La multitud, que ve todo esto de manera confusa y desde afuera, sin poder darse cuenta de lo que está en juego, piensa a veces que ese gran hombre es un *buen* hombre sencillo. Lo sorprende el contraste; son la sencillez y la bondad —que conforman el fondo del genio— su primera razón, y por ellas participa de la fecundidad de Dios.

Esa bondad, que le vale el respeto de los pequeños seres que los otros no miran y que en ocasiones lo hace detenerse repentinamente para no destruir una brizna de hierba, es objeto del regocijo de la multitud. El espíritu de sencillez que hace que las divisiones no entren jamás en su espíritu, y que en sólo una parte o un signo le hace ver o prever un ser entero, un sistema que nadie adivina aún, esa facultad maravillosa es precisamente la que suscita el asombro y el virtual escándalo del vulgo. De algún modo, saca al genio del mundo, lo coloca fuera de la opinión, fuera del espacio y del tiempo… a él, que es el único que ha de dejar en él su huella.

La huella que dejará no es solamente la obra genial: es la vida de sencillez, de infancia, de bondad y de santidad a la que todos los siglos acudirán en busca de una suerte de refrescamiento moral. Puede que este o aquel descubrimiento suyo llegue a ser algún día menos útil al progreso del género humano; pero su vida, que mientras él vivía solía aparecer como el lado flaco con el que la envidia cobraba venganza, quedará como el tesoro del mundo, como una eterna fiesta del corazón.

Ciertamente, el pueblo tiene mucha razón cuando llama sencillo a este hombre. Es el hombre sencillo por excelencia, el niño entre los niños, es el pueblo, e incluso más que el propio pueblo.

Me explico: el hombre sencillo tiene aspectos faltos de inteligencia, visiones enturbiadas e indecisas en que flota, busca y sigue varios caminos a la vez, desviándose de su carácter de sencillez. La sencillez del genio, que es la verdadera sencillez, nunca tiene esas

visiones turbias: se aplica a los objetos como una luz potente que no necesita dar rodeos porque penetra y atraviesa todo.

El genio tiene el don de la infancia, como no llega a tenerlo nunca el niño. Ya hemos dicho que ese don es el instinto vago e inmenso que pronto la reflexión va precisando y estrechando, de modo que el niño se pone muy pronto a hacer preguntas y conclusiones, y lo objeta todo. El genio conserva el instinto innato en su grandeza y su fuerte impulso, por una gracia de Dios que lamentablemente el niño pierde: la esperanza joven y vivaz.

El pueblo, en su acepción más elevada, difícilmente puede encontrarse dentro del pueblo. Al observarlo aquí o allá, no veo sino esta o aquella clase, tal o cual forma particular, parcial, alterada, efímera. Sólo en el hombre de genio está en su verdad y en su más alta potencia; en él reside su gran alma… Todo el mundo se sorprende al ver cómo las masas inertes vibran con la palabra más insignificante que él pronuncie, cómo el estruendo del océano se acalla ante su voz, y cómo la ola popular se arrastra a sus pies… ¿Por qué sorprenderse? Su voz es la del pueblo; éste, mudo en sí, habla a través de ese hombre, y con él habla Dios. Entonces puede decirse verdaderamente: *Vox populi, vox Dei.*

¿Es un Dios o es un hombre? ¿Habrá que buscarle nombres místicos al instinto del genio, tales como inspiración o revelación? Es la tendencia del vulgo, que quiere forjarse dioses. «¿El instinto? ¿La naturaleza? ¡Uf! —dicen—. Si sólo se tratara del instinto, no nos arrebataría… ¡Es la inspiración divina, es el bienamado de Dios, es un Dios, un nuevo mesías!». Antes que admirar a un hombre y admitir la superioridad de un semejante, se le tendrá como inspirado de Dios o, de ser necesario, como Dios mismo; todos piensan que un rayo sobrenatural, o algo aún más grande, lo deslumbró a ese grado… De esta manera, se le coloca fuera de la naturaleza, de la observación y de la ciencia, a quien es verdadera naturaleza y al que la ciencia debía observar más que a cualquier otro: se excluye de la humanidad al único *hombre*… Una impru-

dente adoración expulsa al cielo a ese hombre por excelencia, aislándolo de la tierra de los vivos donde tiene sus raíces… ¡Eh!, dejad entre nosotros a quien crea la vida acá abajo. ¡Que siga siendo hombre, que siga siendo pueblo! No lo separéis de los niños, ni de los pobres, ni de los hombres sencillos, en los que tiene su corazón; no lo condenéis al exilio de un altar. Dejad que permanezca entre esa multitud de la que es el espíritu, que se sumerja en la plenitud de la vida fecunda, que viva y sufra con nosotros. De su participación de nuestros padecimientos y nuestras debilidades obtendrá la fuerza que Dios ocultó en ellos, y que constituye su genio.

XVI. El alumbramiento del genio. Tipo del alumbramiento social

Si bien la perfección no es de este mundo, todo parece indicar que lo que más se le acerca es el hombre armónico y fecundo que manifiesta su excelencia interior con sobreabundancia de amor y de fuerza, y que da pruebas de ello no sólo con acciones efímeras sino con obras inmortales en las que su alma grande permanece unida con todo el género humano. Esta sobreabundancia de dones, esta fecundidad, esta creación perenne, es al parecer el signo de que en ellos debemos encontrar la plenitud de la naturaleza y el modelo del arte. El arte social, de todos el más complicado, debe saber si esta obra de arte divina, en la que confluye la rica diversidad en una unidad fecunda, puede arrojar alguna luz sobre el objeto de sus investigaciones.

Permítaseme, pues, insistir sobre el carácter del genio, penetrar en su armonía interior, contemplar la sabia economía y la buena policía de esa gran ciudad moral instalada en el alma de un hombre.

El genio —es decir, la inventiva y la capacidad creadora— supone, según hemos dicho, que un mismo hombre esté dotado de dos poderes que reúnen lo que se podría llamar los dos sexos del espíritu: el instinto de los hombres sencillos y la reflexión de los sabios. Él es a un tiempo, de alguna manera, hombre y mujer, niño y hombre maduro, bárbaro y civilizado, pueblo y aristocracia.

Es esta dualidad, que asombra y que hace que el vulgo lo considere a menudo como un fenómeno raro o como una monstruosi-

dad, la que le confiere en el más alto grado el carácter normal y legítimo de ser humano. A decir verdad, sólo él es hombre y nadie más. El ser sencillo es mitad hombre, el crítico es mitad hombre; ellos no engendran; menos aún los mediocres, a los que se podría llamar *neutros* porque no tienen ni uno ni otro sexo. Sólo él es completo, sólo él puede engendrar, sólo él tiene como misión continuar la creación divina. Todos los demás son estériles, salvo en los momentos en que, a través del amor, se reconstituyen en una suerte de unidad doble; sus aptitudes naturales, transmitidas por la generación, no se manifiestan mientras no entren en contacto con el hombre completo, el genio, que es el único ser fecundo.

No es que todos esos hombres carezcan de chispa instintiva e inspiradora, sino que, en ellos, la reflexión la congela o la oscurece de inmediato. El privilegio del genio es que la inspiración actúa en él antes que la reflexión, y que su llama arde a plena luz. En los demás todo se arrastra lenta, sucesivamente; la interrupción los esteriliza. El genio llena los intervalos, ata los dos cabos y suprime el tiempo: es un relámpago de eternidad…

Al actuar en este punto con presteza, el instinto entra en contacto con el acto, se vuelve acto; una vez concentrada de esta manera, la idea cobra vida y engendra creación.

Cualquier otro ser vulgar pudo haber recibido también el germen de esta dualidad fecunda de las dos personas, del hombre sencillo y del crítico, pero su malignidad natural destruyó pronto la armonía; en cuanto dio los primeros pasos en el quehacer científico, llegó el orgullo y la sutileza; el crítico mató al ser sencillo. La reflexión, neciamente orgullosa de su precoz virilidad, despreció al instinto como a un niño débil; ella, vanidosa y aristocrática, en cuanto pudo se mezcló con la multitud dorada de los sofistas y, ante su burla, renegó del humilde parentesco que la acercaba demasiado al pueblo. Se les adelantó; por miedo a que ellos se burlasen, ella, cosa impía, se burló de su hermano… Así pues, se quedará sola; sola no puede crear a un hombre: éste es impotente.

El genio no sabe nada de esta triste política. No se preocupa por ahogar su llama interior por temor a las burlas del mundo; ni siquiera las oye. La reflexión no tiene nada de amargo en él, ni de irónico; trata con miramientos las *infancias* del instinto. Esta mitad instintiva necesita que la otra mitad la cuide. Endeble, vaga y propensa a movimientos desordenados, porque está plena de aspiraciones, y ciega de amor, se precipita al encuentro de la luz.

La reflexión sabe muy bien que, si es superior por el hecho de que ya tiene la luz, resulta inferior al instinto en cuanto al calor fecundo y como concentrado vital. La diferencia que existe entre una y otra es más bien una cuestión de edad que de dignidad. Todo comienza en forma de instinto. La reflexión de hoy fue el instinto de ayer. ¿Cuál de las dos realidades vale más? ¿Quién decidirá? Es probable que el más joven y el más débil lleve la delantera.

Repitámoslo: sin duda la fecundidad del genio se debe en gran parte a la bondad, a la mansedumbre y a la sencillez de su corazón; con ellas acoge los débiles ensayos del instinto. Los acoge dentro de sí, en su mundo interior, y a la vez en el exterior, en el hombre y en la naturaleza. Por todas partes despierta la simpatía de la gente sencilla, y su fácil indulgencia evoca sin cesar limbos de nuevos gérmenes de pensamiento.

Éstos acuden a él espontáneamente. Numerosas cosas informes que flotan solas y abandonadas, llegan a él sin temor. Entonces él, hombre de mirada penetrante, no quiere examinar si son informes o groseras: las toma, les sonríe, les agradece que estén vivas, las absuelve y las enaltece… Esta clemencia le procura una singular ventaja: todo viene a enriquecerlo, a socorrerlo, a fortalecerlo. Para todos los demás el mundo es un desierto de arena donde buscan algo que nunca encuentran.

En esta alma plena y colmada de los dones de la naturaleza, ¿cómo podría no llegar el amor? Surge una cosa amada… ¿De dónde viene? Nadie podría decirlo. Basta con que sea amada… Va

a crecer y a vivir en él, del mismo modo como él vive en la naturaleza, acogiendo todo lo que venga, nutriéndose de todo, haciéndose más grande y embelleciéndose hasta convertirse en la flor del genio; él mismo es la flor del mundo.

Sublime ejemplar de adopción… El punto vivo, que hasta hace poco aparecía aún oscuro e incubado por el ojo paterno, se organiza y vivifica, se ilumina con esplendor: es una gran invención, una obra de arte, un poema… Admiro esa bella creación en sus resultados, pero ¡cuánto hubiera querido seguirla durante su gestación, [89] en la tierna incubación en la que comenzó su vida y su calor!

¡Hombres poderosos en quienes Dios realiza estas grandes cosas, dignaos decirnos cuál ha sido el momento sagrado en que la invención, la obra de arte, brotó por primera vez!… ¿Cuáles fueron, en vuestra alma, las primeras palabras que cambiasteis con este ser nuevo, cómo fue el diálogo que se entabló en vosotros, entre la antigua sabiduría y la joven creación, cómo fue la gentil acogida que ella le brindó, y cómo, ruda y bruta aún, la alentó y la formó para que llegara a ser libre y se tornara en ella misma?

¡Ah! Si revelarais esto, esclareceríais no solamente el arte en sí mismo sino también el arte moral, el arte de la educación y el de la política. Si supiéramos el cultivo que el genio da al bien amado de su pensamiento; si supiéramos cómo se da la vida entre ellos dos, y con qué maestría y suavidad, sin atentar a su originalidad, la alienta a producirse conforme a su naturaleza, tendríamos a la vez la regla del arte y el modelo de la educación, de la iniciación civil. [90]

¡Es en la bondad de Dios donde debemos contemplaros! Es en esa alma superior en que la sabiduría y el instinto están tan bien armonizados, donde debemos buscar el modelo de toda obra social. El alma del hombre de genio, esa alma visiblemente divina, puesto que como Dios crea, es la ciudad interior según la cual de-

bemos modelar la ciudad exterior, para que ella también sea divina.

Ese hombre es armónico y productivo cuando los dos hombres que están en él, el sencillo y el reflexivo, se entienden y se ayudan mutuamente.

Y bien, la sociedad se encontrará en su nivel más alto de armonía y producción si las clases cultivadas y reflexivas que acogen y adoptan a los hombres de instinto y de acción, reciben de ellos el calor y les ofrecen la luz.[91]

«¡Qué diferencia! —se dirá—. ¿No veis acaso que, en el alma de un solo hombre, la ciudad interior está compuesta de él mismo y sólo de él? El acercamiento resulta fácil entre dos parientes tan cercanos. Pero en la ciudad política, ¡cuántos elementos opuestos y discordantes existen, cuántas resistencias diversas! En ella la premisa es infinitamente más compleja. ¿Qué estoy diciendo? Uno de los objetos de la comparación es casi el contrario del otro; en uno sólo veo la paz, en el otro sólo la guerra».

¡Ojalá la objeción fuera razonable y yo pudiera aceptarla! ¡Ojalá no existiera la discordia más que en la ciudad exterior, y que, en la interior, en la aparente unidad del individuo, reinara verdaderamente la paz!... Siento más bien todo lo contrario... La batalla generalizada del mundo es menos conflictiva aún que la que llevo dentro de mí: la disputa conmigo mismo, el combate del *homo duplex.*

Esta guerra es visible en todo hombre. Si en el hombre de genio hay tregua y pacificación, esto se debe a un bello misterio: a los sacrificios internos que sus poderes opuestos se ofrendan los unos a los otros. No lo olvidéis: la raíz del arte, lo mismo que la de la sociedad, es el sacrificio.

Esta lucha es dignamente retribuida. La obra, que se creería inerte y pasiva, modifica a su creador. Lo mejora moralmente, recompensando la benevolencia con que la rodeó el gran artista

cuando era joven, débil y todavía informe. Él la hizo, pero ella lo hace a él; a medida que crece, lo hace muy grande y muy bueno. Si sobre él no pesara el mundo entero, con sus miserias, sus necesidades y sus fatalidades hostiles, se podría ver que no hay ningún hombre de genio que no sea un héroe por la excelencia del corazón.

Todas estas pruebas internas, que el mundo apenas conoce, preservan al genio de cualquier miseria del orgullo. Si, en nombre de su obra, él rechaza la estúpida burla del vulgo, lo hace por ella, no por él. Interiormente, él sigue siendo heroicamente manso, siempre niño, del pueblo y hombre sencillo. Sin importar lo que realice cuando sea grande, estará del lado de los pequeños. Deja que la multitud de vanidosos y superficiales siga paseándose en el vacío y regocijándose con las burlas, los sofismas y las negaciones. Que triunfen y corran todo lo que quieran por los caminos del mundo… Él permanece tranquilo allí donde arribarán todos los hombres sencillos: en las gradas del trono del Padre.

Y gracias a él llegarán. ¿Qué apoyo, qué protección tienen fuera de él? Para estos desheredados él es su común herencia, su glorioso resarcimiento. Él es la voz de estos mudos, el poder de estos impotentes, el ulterior cumplimiento de todas sus aspiraciones. Finalmente, en él son glorificados y por él son redimidos. Él los arrastra y los lleva a todos en la larga cadena de las clases y de los géneros en que se dividen: mujeres, niños, ignorantes, pobres de espíritu, y con ellos, nuestros humildes compañeros de trabajo que no poseen sino el puro instinto, y detrás de estos últimos, tan lejos como se extiende el instinto, las tribus infinitas de la vida inferior.

En las puertas de la ciudad en la que tarde o temprano han de entrar, todos invocan al hombre sencillo. «¿Qué venís a hacer aquí? ¿Quiénes sois, pobres seres sencillos? Somos los hermanos menores del hijo mayor de Dios».

XVII. Resumen de la segunda parte. Introducción a la tercera

He ido lejos, muy lejos tal vez, debido a los arrebatos de mi corazón. Quise caracterizar el instinto popular y mostrar la fuente vital donde las clases cultivadas deben buscar hoy su rejuvenecimiento; quise probarles a estas clases, nacidas ayer y que hoy están desgastadas, la necesidad de acercarse al pueblo del que provienen.

Para encontrar el genio de ese pueblo, desfigurado por sus males y alterado por su progreso, tuve que estudiarlo sobre todo en su elemento más puro: el pueblo de los niños y de la gente sencilla. Allí conserva Dios para nosotros el depósito del instinto viviente, el tesoro de la eterna juventud.

Pero ocurrió que esta gente sencilla y estos niños que yo llamé en mi libro para testimoniar en favor del pueblo, hicieron reclamos para sí mismos. Y yo los escuché lo mejor que pude, vengué a la gente sencilla del desprecio del mundo. Pregunté, en lo que respecta al niño, cómo podía ser que persistiera la dureza medieval contra él.

¡Cómo! Habéis rechazado, con vuestra creencia y vuestra vida, el cruel fatalismo que suponía que el hombre estaba pervertido desde su nacimiento por una falta que no había cometido; pero cuando se trata del niño os apartáis de esta idea; castigáis al inocente; deducís, partiendo de una hipótesis cada día más abandonada, una educación hecha de suplicios. Asfixiáis al joven revela-

dor, a ese José, a ese Daniel, que es el único que podría desentrañar vuestro enigma y vuestro sueño olvidado.

Si sostenéis que el instinto del hombre es malo y perverso por naturaleza, y que el hombre no tiene valor sino en la medida en que es castigado, enmendado y metamorfoseado por la ciencia o la escolástica religiosa, *condenáis al pueblo,* y al pueblo de los niños, e incluso a los pueblos niños, a los que se conoce como salvajes o bárbaros.

Este prejuicio ha resultado fatal para todos los pobres hijos del instinto. Hizo que las clases cultivadas desdeñaran y odiaran a las no cultivadas, infligió a los niños el infierno de nuestra educación. Autorizó, contra los pueblos niños, mil fábulas absurdas y malévolas que han contribuido en gran medida a confortar a nuestros sedicentes cristianos durante el exterminio de esos pueblos.

Mi libro también quería tomar en cuenta a esos pueblos niños, a los salvajes o bárbaros, defendiendo lo que queda de ellos… Dentro de poco será demasiado tarde. La labor de exterminio continúa aceleradamente. ¡Cuántas naciones he visto desaparecer en menos de medio siglo! ¿Dónde están ahora nuestros aliados, los montañeses de Escocia? Un ujier inglés cazó al pueblo de Fingal y de Robert Bruce. ¿Dónde están esos otros amigos nuestros, los indios de América del Norte a los que nuestra vieja Francia había tendido la mano tan hermosamente? Acabo de ver a los últimos ¡ay! exhibidos en las ferias… Con su rudeza y falta de inteligencia, los ingleses de América, mercaderes y puritanos todos, en poco tiempo han acosado, reducido al hambre y aniquilado a esas razas heroicas, dejando para siempre un vacío en el planeta y un pesar profundo en el género humano.

Frente a estas destrucciones, así como ante la del norte de la India, la del Cáucaso y la del Líbano, ¡ojalá que Francia pudiera darse cuenta a tiempo de que nuestra interminable guerra en África se debe sobre todo al hecho de que desconocemos el genio de es-

tos pueblos!; siempre permanecemos a distancia, sin hacer nada para acabar con la mutua ignorancia y con los malentendidos que ella origina. Ellos confesaron hace poco que luchaban contra nosotros porque nos creían enemigos de su religión, que es la Unidad de Dios; ignoraban que Francia —y con ella casi toda Europa — había sacudido las creencias idolátricas que oscurecieron la unidad durante la Edad Media. Esto les dijo Bonaparte en El Cairo; ¿quién lo volverá a decir ahora?

Algún día se levantará la niebla que hay entre las dos riberas y nos reconoceremos mutuamente. África, cuyas razas se encuentran tan cercanas a nuestras razas del Mediodía; África, a la que reconozco a veces en mis más distinguidos amigos de los Pirineos o de Provenza, le hará un gran servicio a Francia; le explicará muchas cosas que despreciamos y que no entendemos. Entonces podremos comprender mejor la áspera savia popular de los habitantes de nuestras montañas, de las regiones menos mezcladas. Ya lo he dicho: tal o cual expresión de las costumbres del que juzgamos rudo y grosero, son en efecto bárbaras, y unen nuestro pueblo a esas poblaciones, sin duda bárbaras pero en absoluto vulgares.

Los bárbaros, los salvajes, los niños, y el mismo pueblo (en su mayor parte), tienen en común esta miseria: que se desconoce su instinto y que ellos mismos no pueden hacérnoslo entender. Son como los mudos: sufren y se apagan en silencio. Y nosotros no oímos nada; apenas si nos enteramos. El hombre de África se muere de hambre sobre su silo devastado; se muere sin queja. El hombre de Europa trabaja hasta morir y acaba en un hospital sin que nadie se entere. El niño, incluso el niño rico, languidece y no puede quejarse; nadie quiere escucharlo; la Edad Media, terminada para nosotros, continúa para él en su barbarie.

¡Espectáculo extraño! Por una parte, existencias llenas de vida joven y poderosa… con seres que están todavía como encantados y que no acaban de hacernos comprender sus pensamientos y sus dolores. Por otra parte, otros seres que han recogido todos los ins-

trumentos que la humanidad ha forjado para analizar y expresar el pensamiento: lenguas, clasificaciones, lógica y retórica; pero la vida en ellos es débil… Necesitarían que esos mudos, sobre los que Dios derramó su savia generosamente, les vertieran una gota de ella.

¿Quién podría no hacer votos por ese gran pueblo, que aspira y asciende a tientas desde las regiones bajas y oscuras, sin tener ninguna luz para subir, sin tener siquiera una voz para gemir?… Pero su silencio es elocuente.

Se dice que César, navegando a lo largo de las costas de África, se durmió y tuvo un sueño: vio a un gran ejército que lloraba y tendía sus brazos hacia él. Al despertar escribió en sus tablillas: Corinto y Cartago, y reconstruyó estas dos ciudades.

Yo no soy César, pero ¡cuántas veces he tenido el sueño de César! Los veía llorar, y comprendía sus llantos: *Urbem orant.* ¡Quieren la ciudad! Me piden que los reciba y los proteja… Yo, el pobre soñador solitario, ¿qué podía darle a este gran pueblo mudo? Lo que me pertenecía: una voz… Que ésta sea su primera entrada en la ciudad del derecho, de la que han quedado excluidos hasta ahora.

En este libro he hecho hablar a los que no saben aún si tienen algún derecho en el mundo. Todos aquellos que gimen o sufren en silencio, todo lo que aspira y asciende a la vida, es mi pueblo… Es el Pueblo. ¡Que vengan todos conmigo!

¡Ojalá pudiera ampliar esta ciudad para hacerla sólida! Mientras esté incompleta, mientras sea exclusiva e injusta, seguirá bamboleándose y desplomándose. Su justicia es su solidez. Si sólo desea ser justa, nunca lo será: tiene que ser santa y divina, tiene que fundarse en el Único que puede fundar.

Será divina si, en vez de cerrar celosamente sus puertas, reúne a todos los hijos de Dios que se puedan encontrar, a los últimos, a los más humildes (¡ay de quien se avergüence de su hermano!).

Que todos, sin distinción de clase ni de rango, débiles o fuertes, sencillos o sabios, aporten su sabiduría o su instinto. Aunque no pueden hacer nada por ellos mismos, estos seres impotentes, estos seres incapaces, estas *miserabiles personæ,* pueden hacer mucho por nosotros; guardan un secreto cuyo poder es desconocido, una fecundidad oculta y unos manantiales vivos en el fondo de su naturaleza. Al llamarlos, la ciudad llama a la vida, que es la única que la puede renovar.

Así, después de este largo divorcio, ¡que el hombre tenga allí una feliz reconciliación consigo mismo y con la naturaleza!, ¡que terminen todos sus orgullos, y que la ciudad protectora, tan vasta como el seno de Dios, abarque todo: desde el cielo hasta el abismo!

Por mi parte, me opongo a que la ciudad rechace a alguien y no le otorgue su derecho; de ser así yo no entraré en ella, me quedare en el umbral…

Tercera parte

De la emancipación por el amor
La patria

XVIII. La amistad

Es una gran gloria para nuestras antiguas comunas de Francia el haber encontrado antes que nadie el verdadero nombre de la patria. Con una sencillez plena de sentido y de profundidad la llamaban la *amistad.*[92]

En efecto, la patria es la gran amistad que contiene a todas las otras. Yo quiero a Francia porque es Francia y también porque es el país de quienes amo y he amado.

La patria, la gran amistad, donde están todas nuestras querencias, nos es revelada en primer lugar por ellas; luego, ella misma las extiende, las amplía y las ennoblece. El amigo se convierte en todo un pueblo. Nuestras amistades individuales son como los primeros peldaños de esa gran iniciación, como estaciones por las que pasa el alma que asciende poco a poco para reconocerse y amarse en esta alma mejor, más desinteresada, que llamamos la patria.

Digo *desinteresada,* porque allí donde ella es fuerte hace que nos amemos, pese a los intereses opuestos, a las diferencias de condición y a la desigualdad. No importa que seamos pobres o ricos, grandes o pequeños: a todos nos transporta por encima de las miserias de nuestra envidia. Ella es ciertamente *la gran* amistad, porque nos vuelve heroicos. Quienes están ligados a ella, están sólidamente ligados; su apego durará lo que la patria. ¿Qué digo yo? En ninguna parte ella es tan indestructible como en sus almas inmortales. Aunque dejara de existir en el mundo y la historia, o se abismara en el seno del planeta, ella sobreviviría como amistad.

A decir de los filósofos, parecería que el hombre es un ser tan insociable que sólo a duras penas y gracias a los esfuerzos del arte y la meditación, se podría inventar una máquina ingeniosa capaz de acercar el hombre al hombre. En cambio, yo, por poco que observe, lo veo sociable desde que nace. Antes de abrir los ojos el hombre ama a la sociedad; en cuanto lo dejan solo, se pone a llorar… ¿Cómo podríamos sorprendernos? El día que se dice es el primero, él abandona una sociedad ya muy antigua ¡y muy dulce! Empezó en ella; a los nueve meses de vida tiene que divorciarse, entrar en la soledad y buscar a tientas, a ver si puede hallar al menos una sombra de la unión querida que tenía y que perdió.

Ama a su nodriza y a su madre, y las distingue poco de su propia persona… Pero ¡cuál no será su alegría cuando vea por primera vez al otro, a un niño de su edad que es él, y que no es él! Apenas volverá a vivir algo similar en los placeres más vivos del amor. La familia, la nodriza, e incluso, durante un tiempo, la propia madre, todo cede ante el camarada; éste hace que se olvide de todo.

Es aquí donde hay que ver hasta qué punto la desigualdad, esa piedra en el camino para los políticos, preocupa poco a la naturaleza. Por el contrario, en todas las relaciones que tocan al corazón, ella se divierte burlándose de las diferencias y las desigualdades que parecerían crear obstáculos insuperables para la unión. Por ejemplo, la mujer quiere al hombre precisamente porque es más fuerte. A menudo el niño quiere a su amigo porque es superior a él. La desigualdad les complace porque les brinda una ocasión para entregarse, porque la ven como una emulación, como una esperanza de igualdad. El voto más entrañable del amor es el hacerse un igual; su mayor temor es permanecer superior, conservar una ventaja que no posea el otro.

El carácter singular de las bellas amistades de la niñez se debe en gran medida a la desigualdad que poseen. Tiene que haber desigualdad para que haya aspiración, intercambio y solidaridad. Mirad a los niños: lo que hace que sus amistades sean encantadoras

es, en la analogía de carácter y costumbres, la desigualdad en el espíritu y la cultura; el débil sigue al fuerte sin servilismo y sin envidia; lo escucha arrebatado y, feliz, obedece al atractivo de la iniciación.

Dígase lo que se diga de la amistad, es, mucho más que el amor, un medio para progresar. Sin duda, al igual que ella, el amor es una iniciación; pero el amor no puede crear una emulación entre aquellos a quienes une. Los amantes difieren entre sí por el sexo y la naturaleza; el menos avanzado de los dos no puede cambiar tanto como para parecerse al otro; el esfuerzo de asimilación mutua se detiene rápidamente.

El espíritu de rivalidad que se despierta muy tempranamente en las niñas, aparece más tarde en los niños. En ellos el despertar de estas tristes pasiones surge en la escuela, el colegio y las labores del maestro. En este aspecto el hombre nace generoso y heroico. La envidia se le enseña, no la conoce de manera espontánea.

¡Ah, cuánta razón tiene y cuánto gana con ello! El amor no calcula, no sabe medir. No se detiene en calcular una igualdad matemática y rigurosa que jamás se alcanza. Prefiere con mucho ir más allá. Por lo común, en contra de la desigualdad de la naturaleza, crea otra desigualdad en sentido inverso. Entre el hombre y la mujer, por ejemplo, hace que el más fuerte desee servir al más débil. En el progreso de la familia, cuando nace el primer hijo, el privilegio desciende al recién llegado. La desigualdad de la naturaleza favorecía al fuerte, que es el padre; la desigualdad que se basa en el amor favorece al débil, al más débil, y lo valora como el primer lugar.

Ésta es la belleza de la familia natural. Y la belleza de la familia artificial consiste en favorecer al hijo elegido, que es hijo de la voluntad, y se le quiere más que a los de la naturaleza. El ideal que debe perseguir la ciudad es la adopción de los débiles por los fuertes, la desigualdad en provecho de los más pequeños.

Aristóteles dice muy bien, en contra de Platón: «La ciudad no está hecha de hombres semejantes sino de hombres diferentes». A lo que yo agrego: «Diferentes pero armonizados por el amor, y se parecen cada vez más entre sí». La democracia es el amor en la ciudad, y la iniciación.

La iniciación del tutelaje, romano o feudal, era algo artificial nacido de las circunstancias.[93] Debemos volver a las relaciones invariables y naturales del hombre.

¿Cuáles son esas relaciones?… No necesitáis buscarlas muy lejos. Basta con que miréis al hombre antes de que sea sojuzgado por la pasión, quebrantado por la rígida educación y agriado por las rivalidades. Tomadlo antes del amor y de la envidia. ¿Qué hallaréis en él? La cosa que, entre todas, le es más natural, la primera (¡ah, ojalá que también fuera la última!): la amistad.

Pronto seré viejo. Además de mi edad, tengo dos mil o tres mil años que la historia ha amontonado sobre mí, y una multitud de acontecimientos, pasiones y recuerdos diversos en los que están mezcladas mi vida y la del mundo. ¡Pues bien, por encima de estas innumerables cosas grandes y punzantes, hay una que domina y triunfa, siempre joven, fresca y floreciente: mi primera amistad!

Era, me acuerdo de ello (mucho mejor que de mis pensamientos de ayer), un deseo inmenso e insaciable de comunicación, de confidencias y revelaciones mutuas. Ni la palabra ni el papel nos daban abasto. Tras interminables paseos, nos acompañábamos y nos volvíamos a acompañar a nuestras casas. ¡Qué alegría tener tanto que contarnos cuando retornaba la luz del día! En mi fuerza y mi libertad, partía temprano hacia su casa, impaciente por hablar, por retomar la conversación y por confiar tantas cosas. ¿Qué secretos?, ¿qué misterios? ¡Qué sé yo! Tal vez este o aquel hecho histórico, o un verso de Virgilio que acabara de conocer…

¡Cuántas veces confundía la hora! A las cuatro, a las cinco de la mañana, me iba, llegaba a su casa, tocaba, hacía que me abrieran la

puerta y despertaba a mi amigo. ¿Cómo describir con palabras las luces vivas y tenues bajo las cuales brillaban y revoloteaban todas las cosas durante esas mañanas? Mi existencia tenía alas; todavía tengo la impresión de que así era: la fusión de la mañana y la primavera; yo sentía y vivía dentro de la aurora.

Ésta es una edad digna de echarla de menos, un verdadero paraíso terrenal, que no conoce el odio ni el desprecio ni la bajeza, y en el que la desigualdad no existe en absoluto y la sociedad es aún muy humana, ciertamente divina… Todo esto pasa rápidamente. Llegan los intereses, las competencias y las rivalidades… Y, sin embargo, algo quedaría de esa edad si la educación trabajara en reunir a los hombres tanto como se empeña en dividirlos.

Si tan sólo ambos niños, el pobre y el rico, se sentaran en las bancas de la misma escuela; si, ligados por la amistad, aunque divididos en su carrera, se vieran frecuentemente, harían más entre ellos que todas las políticas y todas las morales del mundo. Con su amistad desinteresada e inocente, conservarían el nudo sagrado de la ciudad… El rico entraría en contacto con la vida y la desigualdad y sufriría a causa de ello; todos sus esfuerzos tenderían a compartir las cosas. El pobre cultivaría un gran corazón y lo consolaría por ser rico.

¿Cómo se puede vivir sin conocer la vida? El precio para conocerla sólo es uno: sufrir, trabajar y ser pobre; o bien, hacerse pobre por simpatía y corazón, asociándose voluntariamente al trabajo y al sufrimiento.

¿Qué queréis que, con toda la ciencia del mundo, sepa un rico? Por el solo hecho de que su vida es fácil, ignora cuál es la más fuerte y profunda realidad. Sin ahondar ni apoyarse en ella corre y se desliza como sobre hielo; no entra a ninguna parte, se queda siempre afuera; mañana llegará al término de esta breve existencia vana y superficial, y se irá con la misma ignorancia con que vino al mundo.

Lo que le falta es un punto de apoyo resistente en el que su alma pueda apoyarse y profundizar en la vida y el conocimiento. Muy por el contrario, el pobre está clavado en un punto oscuro, sin ver ni el cielo ni la tierra. Lo que le falta es poder erguirse, respirar y mirar el cielo. La fatalidad lo mantiene fijo en ese lugar, cuando lo que necesita es poder estirarse y compartir su existencia, su sufrimiento, vivir fuera del punto donde sufre y, ya que tiene un alma infinita, expandirla infinitamente… Carente de los medios para ello, las leyes no lo ayudarán mucho; aquí se requiere la amistad. El hombre libre, cultivado y reflexivo, debe volver a colocar esa alma cautiva en su relación con el mundo; ¿debe cambiarla? No, pero sí tiene que ayudarla a ser ella misma, apartando el obstáculo que le impide desplegar sus alas.

Todo esto sería fácil de lograr si cada cual entendiera que sólo encontrará su propia emancipación en el otro. El hombre de ciencia y de cultura, hoy esclavo de las abstracciones y de las fórmulas, no recobrará su libertad sino entrando en contacto con el hombre de instinto. Su juventud y su vida, que él cree renovar con viajes lejanos, están aquí, cerca de él, en lo que es la juventud social, es decir, en el pueblo. Por su parte el pueblo, para el que la ignorancia y el aislamiento son como una cárcel, ampliará su horizonte y volverá a encontrar el aire libre si acepta la comunicación con la ciencia y si, en lugar de denigrarla por envidia, ve en ella la suma de los trabajos del hombre y el esfuerzo de la humanidad en su conjunto.

Confieso que esta asistencia y este cultivo mutuo, fuerte y serio que encontrarán uno en el otro, suponen en ambos, en el rico y en el pobre, una verdadera magnanimidad; yo les hago un llamado al heroísmo. ¿Acaso existe un llamado más digno para el hombre?… También es el más natural, tan pronto como él vuelve en sí y, con la gracia de Dios, se levanta.

El heroísmo del pobre consiste en saber inmolar la envidia y mantenerse lo bastante por encima de su pobreza para no querer informarse siquiera de si la riqueza ha sido bien o mal habida. El

heroísmo del rico consiste, conociendo el derecho del pobre, en amarlo e ir hacia él.

«¿Heroísmo?... ¿Acaso no se trata del más sencillo deber?». Sin duda, pero justamente porque existe un deber se encoge el corazón. Triste flaqueza de nuestra naturaleza: sólo queremos a aquel al que no debemos nada, al ser abandonado y desvalido que no alega ningún derecho contra nosotros.

El corazón tiene que abrirse de ambos lados. Se ha buscado la democracia a través del derecho y el deber, a través de la ley, y sólo se ha obtenido una ley muerta... ¡Ah, retomémosla a través de la gracia!

Decís: «¡Qué nos importa! Haremos leyes tan sabias, tan artificiosamente erigidas y combinadas que no tendremos necesidad de amarnos...». Mas para desear tener leyes sabias y para seguirlas es necesario primero amar.

«¿Cómo amar? ¿Acaso no veis las infranqueables barreras que el interés levanta entre nosotros? ¿Podemos ser tan ingenuos para ayudar a nuestros rivales en medio de la competencia abrumadora en la que nos debatimos, para dar la mano a quienes pueden ser los rivales de mañana?».

¡Triste confesión! ¡Cómo! ¡Por algo de dinero, por un puesto miserable, que perderéis pronto, entregáis el tesoro del hombre, todo lo que él tiene de bueno y de grande: la amistad, la patria, la verdadera vida del corazón!

¡Ay, desdichados! ¿Habéis olvidado ya, estando tan cerca y tan lejos la Revolución, que los primeros hombres en el mundo, los jóvenes generales, jamás sintieron celos en su terrible impulso, en su violenta carrera a la muerte inmortal, que todos ellos disputaban como rivales encarnecidos por la hermosa amante que quema los corazones con un amor aspérrimo: la victoria? Ésta seguirá siendo para siempre la letra gloriosa con la que el vencedor de Vendée cubrió con su virtud, con su popularidad, al hombre que

ya estaba inspirando miedo,[94] dando fianza en su favor: al vencedor de Arcola… ¡Ah! Ésta fue una época grandiosa, de grandes hombres y verdaderos vencedores ante quienes todo cedía. ¡Habíais vencido la envidia tan fácilmente como habíais vencido al mundo! Almas nobles, ¡dondequiera que estéis, dadnos un soplo de vuestro espíritu para salvarnos!

XIX. Del amor y el matrimonio

Habría que sentir muy poco la gravedad de este tema para proponerse tratarlo en unas cuantas páginas. Me limitaré a hacer una observación que me parece esencial dado el estado de nuestras costumbres.

Indiferentes como somos hacia la patria y el mundo, no siendo ni ciudadanos ni filántropos, prácticamente sólo nos queda una vía para intentar escapar al egoísmo: los lazos familiares. La gente suele tener el mérito de ser un buen padre de familia, y a menudo lo hace con gran provecho.

Y bien, hay que decirlo: en las clases superiores la familia está muy enferma. De seguir así las cosas, ésta se volverá imposible.

No sin razón se ha acusado a los hombres. Yo mismo me he referido en otra parte a su materialismo y su sequedad, así como a la insigne torpeza con la que pierden el ascendiente de su primera edad. Hay que confesar, sin embargo, que la culpa la tienen sobre todo las mujeres, es decir, las madres. La educación que les dan a sus hijas, o que permiten que se les imparta, ha convertido al matrimonio en una carga intolerable.

Lo que vemos ahora nos recuerda mucho los últimos siglos del Imperio romano. Una vez que las mujeres se hubieron transformado en herederas, sabiendo que eran ricas, y protegiendo a sus maridos, hicieron a tal punto miserable la condición de éstos que ninguna ventaja pecuniaria, ninguna prescripción legislativa logró que los hombres se decidieran a sufrir esta servidumbre. Antes bien preferían huir al desierto. Se pobló la Tebaida.

Asustado por la despoblación, el legislador se vio obligado a favorecer y regular los lazos inferiores, que eran los únicos que el hombre aceptaba. Quizá pasaría lo mismo hoy si nuestra sociedad, más industrial que la del Imperio romano, no especulara con el matrimonio. El hombre moderno acepta por codicia, por necesidad, las oportunidades que rechazaban los romanos. La especulación es poco segura. La joven sabe que aporta mucho, pero no ha entendido en absoluto el valor del dinero y lo gasta aún más. Si considerara los recientes acontecimientos y la inestabilidad de las fortunas, estaría tentado a decir: «¿Queréis arruinaros? Casaos con una mujer rica».

Conozco todos los inconvenientes que tiene el casarse con una mujer de condición y educación inferiores. Uno de estos inconvenientes es que uno se aísla, se sale de su medio y rompe sus relaciones. Otro es que uno se casa no sólo con la mujer sino con su familia, cuyas costumbres a menudo son groseras. Se abriga la firme esperanza de educar a esa mujer, de hacerla suya y para sí; pero suele ocurrir que, pese a un instinto favorable y alguna docilidad, ella no es educable. Rara vez son exitosas estas educaciones tardías que se intenta dar a las razas fuertes del pueblo, menos maleables y más duras.

Reconocidos estos inconvenientes, no estoy menos obligado a volver sobre otro, mucho más grave aún, propio de los matrimonios brillantes de hoy. Consiste sencillamente en el hecho de que la vida, en ellos, es *imposible.*

Esa vida consiste en empezar todas las noches, después de la jornada de trabajo, otra jornada, aún más agotadora, de diversiones y placeres. No existe nada parecido en otros países de Europa; tampoco en el pueblo; el francés de las clases ricas es el único hombre en el mundo que no descansa nunca. Tal vez ésta sea la principal razón por la que esta clase, nacida ayer de nuestros enriquecidos y nuestros burgueses, está desgastada.

En esta era del trabajo, en que el tiempo tiene un precio incalculable, los hombres serios y productivos que quieren obtener resultados no pueden aceptar, como condición del matrimonio, un gasto de vida tan enorme. La noche mata de antemano al día siguiente cuando se la emplea en pasear a una mujer.

En la noche el hombre necesita hogar y descanso. Regresa del trabajo lleno de preocupaciones; debería poder recogerse sobre sí y confiar sus ideas, sus proyectos, sus ansiedades y los combates del día; debería tener dónde desahogar su corazón. Encuentra a una mujer que no ha hecho nada, y que, lista, engalanada e impaciente, está ansiosa por emplear sus fuerzas… ¿Cómo podría uno hablar con ella? «Está bien, señor, pero se nos está haciendo tarde y vamos a llegar con retraso… Mañana me contaréis».

El marido la tiene que acompañar si no quiere confiarla a una amiga de más edad, muy a menudo algo pervertida, maligna, maliciosa, y cuyo mayor placer consistirá en agriar el espíritu de la joven mujer contra *su tirano,* así como comprometerla y lanzarla a las más tristes locuras.

No, no la puede dejar bajo esta guía sospechosa. Él mismo la llevará, y parte… ¡Con qué envidia ve regresar a su casa al trabajador que llega tarde! Éste, es cierto, se agotó durante el día, pero va a encontrar el descanso, el hogar, una familia, el sueño; en fin, esa dicha legítima que le proporciona Dios todas las noches. Su mujer lo espera contando los minutos; la mesa ya está puesta; la madre y el hijo aguardan su llegada. Por poco que este hombre valga, ella deposita en él su vanidad, lo admira y lo reverencia… ¡Y cuántos cuidados le brinda! Veo cómo, sin que él se dé cuenta, su compañera guarda para sí la parte más pequeña de la escasa comida, reservando para el hombre, que tiene que desempeñar un trabajo más duro, el alimento nutritivo que habrá de permitirle reponer sus fuerzas.

Él se acuesta, ella acuesta a los niños y vela. Trabaja hasta muy entrada la noche. Muy de mañana, mucho antes de que él abra los ojos, ella está de pie; todo está listo: la comida caliente que él toma antes de salir y la que se lleva. El hombre se va con el corazón satisfecho, muy tranquilo con lo que deja, habiendo abrazado a su esposa y a sus hijos que todavía están dormidos.

Ya lo dije y lo repito: allí está la felicidad. Ella siente que recibe de él su sustento, y esto la hace feliz; él trabaja tanto mejor sabiendo que trabaja para ella. Éste es el verdadero matrimonio. Algunos dirán: ¡es una felicidad monótona! No, el niño introduce en ella el progreso… Si a esto se agregara la chispa; si, con un poco más de seguridad y de ocio, el trabajador conociera momentos de vida más elevada; y si con ellos asociara a su mujer y la alimentara con su espíritu… ¡Sería demasiado! No se pediría nada al cielo, a no ser la eternidad aquí abajo.

Esta felicidad la habríais podido conocer si no hubierais sido víctima lamentable de la codicia; vosotros la habéis sacrificado. Habéis dejado a la humilde joven a la que amabais y que os amaba ¡lamentadlo ahora! ¿Habéis actuado cuerdamente (no estoy hablando ni de honor ni de humanidad) cuando quebrantasteis a la desdichada criatura y quebrasteis vuestro corazón para casaros con la esclavitud? El dinero que habéis buscado huirá por sí solo y no permanecerá en vuestras manos. Concebidos con un espíritu calculador, los hijos de esta unión sin amor llevarán en el rostro pálido su triste origen; su existencia inarmónica dará testimonio del divorcio interno que entraña ese matrimonio; les faltará corazón para vivir.

¿Había tanta diferencia entre esta joven y esa otra? Después de todo, ambas pertenecen al pueblo. El padre de la más rica es un trabajador enriquecido. No hay un abismo entre el verdadero pueblo, sin mezcla, y el pueblo burgués y las clases bastardas.

Cuando la burguesía quiera reponerse de su agotamiento precoz, tendrá menos reparos en unirse con las familias que son hoy lo que ella fue ayer. En ellas radican la fuerza, la belleza y el porvenir. Nuestros jóvenes llegan tarde al matrimonio, muy cansados, y, por lo general, se casan con una joven decaída; sus hijos mueren o languidecen. A la segunda o tercera generación, la burguesía será tan enclenque como lo eran nuestros nobles antes de la Revolución.[95]

Y no sólo falla lo físico: también la moral deja de funcionar. ¿Qué se puede esperar de las labores regulares, de los asuntos serios o de gran invención, de un hombre que habiéndose vendido en un matrimonio por dinero, es siervo de una mujer, de una familia, y está obligado a dispersarse y a arrojar a los cuatro vientos su tiempo y su vida? Imaginaos lo que podrá ser de una nación cuyas clases dirigentes se consumen en las vanas palabras y en la agitación en el vacío… El espíritu necesita recogerse, y el corazón descansar, para que la vida sea fecunda.

Es un hecho digno de notar que hoy las mujeres del pueblo (que, a diferencia de los hombres, no son rudas en absoluto, y sienten la necesidad de la delicadeza y la distinción) escuchan a sus superiores varones con una confianza que en absoluto tenían antaño… Consideraban a la nobleza un obstáculo insuperable para el amor; pero no conciben la riqueza como una separación de las clases:[96] ¡ésta cuenta tan poco cuando se ama! Es una conmovedora muestra de la confianza del pueblo, que, en su parte mejor, más amable y más bondadosa, se acerca de esta manera a los rangos superiores, aportándoles la savia, la hermosura y la gracia moral… ¡Ay de aquellos que la traicionan! Aunque estén cerrados a los remordimientos, por lo menos sentirán pesar cuando piensen que han perdido lo que vale todos los tesoros del mundo, el cielo y la tierra: ¡ser amado!

XX. De la asociación

He dedicado mucho tiempo al estudio de las antiguas asociaciones de Francia. En mi opinión, la más bella de todas es la asociación de las redes para la pesca en las costas de Harfleur y de Barfleur. Cada una de esas grandes redes (de 120 brazas, o 600 pies) se divide en varias partes que heredan tanto las hijas como los hijos. Las hijas heredan este derecho pero, aunque no vayan a pescar, participan tejiendo conjuntos de redes que confían a los pescadores. La hermosa y sabia normanda teje así su dote; este conjunto de redes constituye el feudo que ella administra con la prudencia de la esposa de Guillermo el Conquistador. Al ser doblemente propietaria de su derecho y de su trabajo, necesita conocer los detalles de la expedición pesquera; evalúa las posibilidades de éxito, se interesa en escoger la tripulación y participa de las inquietudes de esta vida azarosa. Suele arriesgar algo más que su red en la lancha. Ocurre con frecuencia que aquel a quien ella había escogido como pescador, poco antes de partir, la escoja a su vez como mujer a su regreso.

¡Verdadero *país de sapiencia*! Me parece que esta Normandía que en tantas cosas sirvió de modelo a Francia y a Inglaterra, encontró con ésta un tipo de asociación más digno que cualquier otro para ser recomendado en el porvenir.

Ésta es muy diferente de las asociaciones queseras del Jura,[97] en las que no se comparten sino las aportaciones de material y las ganancias. Cada uno aporta su leche para el queso que se elabora en común, y una vez efectuada la venta, toma la parte proporcio-

nal que le corresponde. Esta economía colectiva no exige ningún acercamiento moral, deja la puerta abierta al egoísmo y puede conciliarse con la sequedad del individualismo. No me parece que merezca el hermoso nombre de asociación.

En cambio, la de los pescadores de Normandía lo merece con creces, pues se trata de una asociación moral, social y económica. ¿Y en el fondo en qué consiste? En que una joven seria y honesta dirige a los jóvenes, y pone en su lancha, antes de colocar ahí su corazón, su fortuna, adquirida con su trabajo, sus desvelos y sus pequeños ahorros; ella tiene derecho a conocer, escoger y amar al pescador hábil y afortunado. He aquí una asociación verdaderamente digna de este nombre; lejos de poner distancias entre ella y la asociación natural de la familia, prepara los lazos de esta última y, de esta manera, resulta provechosa para la gran asociación, la de la patria.

Al llegar a este punto, el corazón se me escapa y mi pluma se detiene… Tengo que confesar que, en adelante, la patria y la familia se beneficiarán poco con ello. En breve, las asociaciones de la red sólo existirán para la historia; en varios lugares de la costa ya las han remplazado por lo que viene a remplazarlo todo: por la banca y la usura.

¿Acaso no volveré a encontraros más que en la tapicería de Bayeux?… ¡Gran raza de marinos normandos que descubrió América antes que nadie, que fundó las factorías de África y conquistó las dos Sicilias e Inglaterra!… ¿A quién no se le rompería el corazón cuando pasa de los acantilados a las dunas, de nuestras costas tan languidecientes a las de enfrente, que tienen tanta vida, y de la inercia de Cherburgo[98] a la actividad candente y terrible de Portsmouth?… ¿Qué me importa que El Havre se llene de buques americanos para realizar un comercio de tránsito, que se hace a través de Francia, sin Francia, y a veces en contra de ella?

¡Qué maldición más gravosa! ¡Qué castigo tan severo para nuestra insociabilidad! Nuestros economistas afirman que no se puede hacer nada en pro de la libre asociación. En los concursos, nuestras academias borran este nombre, que es el de un delito previsto por nuestras leyes penales… Una sola asociación sigue siendo autorizada: la creciente intimidad entre Saint-Cloud y Windsor.

El comercio ha sido la base de algunas sociedades, pero de sociedades de guerra, que se forman para absorber al pequeño comercio y destruir a los pequeños mercaderes. El comercio ha hecho grandes daños, y ha ganado poco. Las grandes casas de sociedades en comandita que se crearan con este propósito, han tenido poco éxito. No crecen; en cuanto se crea una nueva, las otras lo resienten y languidecen. Varias de ellas han caído ya, y las que subsisten no tienden a expandirse.

En el campo, veo a nuestras antiquísimas comunidades agrícolas de Morvan, Berry y Picardía disolverse poco a poco y demandar su separación ante los tribunales. Ellas habían durado siglos; varias habían prosperado. Y, sin embargo, esos grupos de labradores casados, que juntos reunían una veintena de familias, todas emparentadas entre sí, bajo un mismo techo y bajo la dirección de un jefe que ellas elegían, tenían sin duda grandes ventajas económicas.[99]

Si paso de estos campesinos a los espíritus más cultivados, encuentro muy débil el espíritu de asociación en la literatura. Los hombres cuyas luces, estima y admiración mutua, crean entre ellos la cercanía más natural, no viven por ello menos aislados. Incluso el parentesco del genio poco sirve para acercar los corazones. Conozco aquí a unos cuatro o cinco hombres que son ciertamente la aristocracia del género humano, y que no tienen pares ni jueces sino entre ellos mismos. Si hubiesen estado separados por siglos, estos hombres, que vivirán para siempre, habrían lamentado amargamente el no haberse nunca conocido. Ellos viven en la

misma época y en la misma ciudad, puerta con puerta, y no se visitan.

En el curso de una de mis peregrinaciones en Lyon, fui a ver a algunos tejedores, como acostumbro hacer, para informarme de los males y los remedios. Les pregunté si no les sería posible asociarse en ciertos aspectos materiales y económicos, cualesquiera que fueran sus divergencias de opiniones. Uno de ellos, hombre lleno de buen sentido y de una alta moralidad, se daba muy bien cuenta de lo que buscaba con estas indagaciones, de corazón y con buena intención, y me permitió que llevara mi interrogatorio más lejos de lo que lo había hecho hasta entonces. «El mal —dijo él en primer lugar— viene de la parcialidad del gobierno hacia los fabricantes. ¿Y después? Su monopolio, su tiranía y su exigencia… ¿Esto es todo?». Se quedó callado unos dos minutos y luego, con un suspiro, pronunció este grave juicio: «Existe otro mal, señor, *somos insociables*».

Estas palabras resonaron en mi corazón; las recibí como una sentencia. Tenía muchas razones para suponerlas justas y verdaderas. ¡Cuántas veces volvieron a mi memoria!… «¡Cómo! —me decía—, ¿acaso Francia, que es un país reputado por la dulzura eminentemente sociable de sus costumbres y de su genio, está dividida para siempre?… Si así fuera, ¿nos quedará alguna oportunidad para vivir? ¿Acaso no hemos perecido ya antes de perecer?… ¿Estará muerta el alma en nuestro interior? ¿Acaso somos peores que nuestros padres, por cuyas asociaciones piadosas se nos halaga constantemente?[100] ¿Se han agotado el amor y la fraternidad en este mundo?».

En este pensamiento tan sombrío estaba yo resuelto como un moribundo a tratar de comprobar si me estaba muriendo, cuando me puse a considerar seriamente, no a los hombres más elevados ni a los últimos, sino a un hombre, ni bueno ni malo, que ha sufrido, y que ciertamente en el espíritu y en el corazón lleva en sí el pensamiento del pueblo… Este hombre, que no es otro que yo

mismo, a pesar de vivir solo y de ser voluntariamente solitario, no por ello dejó de ser sociable y simpático.

Esto mismo les pasa a muchos. Un fondo inmutable e inalterable de sociabilidad duerme en las profundidades. Está entero, reservándose; lo siento por doquier en las masas: cuando desciendo a ellas, cuando escucho y observo. Pero ¿por qué habría de sorprendernos que este instinto de sociabilidad fácil, que se ha visto tan desalentado en los últimos tiempos, se haya encogido y replegado?... Los partidos lo han engañado, los industriales lo han explotado y el gobierno lo ve sospechosamente: ya no se mueve, ya no actúa. ¡Todas las fuerzas de la sociedad parecen haberse volcado contra el instinto de sociabilidad!... Lo único que saben hacer es unir piedras y desunir a los hombres.

En esto, el patronazgo no suple de ninguna manera la falta de espíritu de asociación. La reciente aparición de la idea de igualdad mató (por un tiempo) la idea que la precedió: la de protección benevolente, de adopción y de paternidad. El rico le dijo duramente al pobre: «¿Reclamas la igualdad y el rango de hermano? ¡Bien, sea! Pero de ahora en adelante ya no obtendrás de mí auxilio alguno; Dios me imponía los deberes de padre, pero al exigir la igualdad, tú mismo me libraste de ellos».[101]

Este pueblo (menos que ningún otro) no puede eludir el problema de esta manera. Ninguna comedia social, ninguna deferencia exterior pueden crear la ilusión de su sociabilidad. No tiene el humilde comportamiento de los alemanes. No tiene, como los ingleses, esa admiración permanente por el que es rico o noble. Si le dirigís la palabra y os contesta honesta y cordialmente, tened por seguro que lo hace más bien por vuestra persona, y muy poco por vuestra posición.

El francés ha vivido muchas cosas: la Revolución, la guerra. Un hombre así resulta difícil de guiar y de asociar. ¿Por qué? Porque precisamente como individuo tiene mucho valor.

En vuestra guerra de África, guerra muy individual y que obliga permanentemente al hombre a contar sólo consigo mismo, estáis forjando hombres de hierro; nadie duda de que tengáis razón al quererlos así y al formarlos así, en vísperas de las crisis que son de esperarse en Europa. Pero entonces no os asombréis demasiado si apenas de vuelta, y aunque se sometan al freno de las leyes, estos leones conservan algo de su independencia indómita.

Os prevengo que estos hombres no aceptarán la idea de la asociación, de no ser por el corazón y por la amistad. No creáis que los podréis unir en una sociedad *negativa* en la que el alma no contara en absoluto para vivir juntos sin amarse, sólo por economía y mansedumbre natural, como lo hacen por ejemplo los obreros alemanes en Zurich. Tampoco conviene a los franceses la sociedad *cooperativa* de los ingleses, que se unen perfectamente para tal o cual asunto especial, aunque, al mismo tiempo, se odien y se lleven la contraria en otro asunto en el que difieran sus intereses. Francia necesita una sociedad de amigos; el hecho de no admitir ninguna otra representa una desventaja en la industria pero revela una superioridad social. En este caso la unión no se consigue ni por la nobleza del carácter y la comunidad de las costumbres, ni por la fiereza de los cazadores que, a la manera de los lobos, se agrupan en banda para perseguir la presa. Aquí la única unión posible es la de los espíritus.

Con tal de que exista esta condición, casi no hay forma de asociación que no sea excelente. En este pueblo simpático, la cuestión que domina es la de las personas y la de las disposiciones morales. «¿Se quieren los socios? ¿Congenian?»; ésta es la primera pregunta que hay que hacerse siempre.[102] Se formarán sociedades de obreros que se conservarán si *ellos se quieren;* también se crearán sociedades de obreros-maestros, que vivirán como hermanos, sin jefes, pero será preciso que *se quieran* mucho.

Quererse no significa sólo comportarse con benevolencia mutuamente. Para quererse no bastarían una natural atracción de los

caracteres y gustos afines. En esto hay que dejarse llevar por la propia naturaleza, pero de corazón, es decir, estar siempre dispuesto al sacrificio, a la entrega que inmola la naturaleza.

¿Qué podríais hacer en este mundo sin el sacrificio?… [103] Éste es su último sostén; sin él, el mundo se derrumbaría rápidamente. Aun suponiendo los mejores instintos, los caracteres más rectos y las naturalezas más perfectas (de las que no se ven aquí abajo), aun así, todo perecería en ausencia de este remedio supremo.

«¡Sacrificarse por otro!». Esto es algo extraño e inaudito que escandalizará a nuestros filósofos. «¿Inmolarse a quién? ¿A un hombre del que se sabe que vale menos que uno mismo? ¿Perder, en provecho de esa nada, un valor infinito?». En efecto, casi todo el mundo se atribuye a sí mismo un valor infinito.

No pretendemos negar que hay en esto una dificultad real. Prácticamente, la gente sólo se sacrifica por lo que cree infinito. Para el sacrificio se necesita un Dios, un altar… un Dios en el que los hombres se reconozcan y se amen… ¿Cómo podríamos sacrificarnos nosotros? ¡Hemos perdido a nuestros dioses!

¿Acaso ese lazo necesario era el dios Verbo, bajo la forma en que lo vivió la Edad Media? La historia entera está aquí para contestar: no. La Edad Media prometió la unión y sólo dio la guerra. Fue preciso que ese Dios conociera una segunda época y que apareciera en la tierra encarnado en el 89. Le dio entonces a la asociación una forma a la vez más amplia y más verdadera, que es lo único que todavía puede reunirnos y, a través de nosotros, salvar al mundo.

Francia, madre gloriosa, que no sois únicamente madre nuestra sino de toda nación que habéis de engendrar para la libertad, ¡haced que nos amemos en vos!

XXI. La patria. ¿Desaparecerán las nacionalidades?

Las antipatías nacionales han disminuido, el derecho de gentes se ha suavizado, hemos entrado en una era de benevolencia y fraternidad, en comparación con los tiempos llenos de odio de la Edad Media. Ya las naciones en algo han mezclado sus intereses y se han copiado mutuamente en sus modas y sus literaturas. ¿Significa esto que las nacionalidades se están debilitando? Examinémoslo con cuidado.

Ciertamente, en cada nación se ha debilitado la disidencia interna. Nuestras provincialidades francesas se borran con rapidez. Escocia y el país de Gales se han adherido a la unidad británica. Alemania busca su propia unidad y cree que está lista para sacrificar en aras de ella una multitud de intereses divergentes que hasta ahora la dividían.

Sin duda, el sacrificio de las diversas nacionalidades internas en favor de la nacionalidad mayor que las contiene, fortalece a esta última. Quizá difumine el detalle sobresaliente y pintoresco que caracterizaba a un pueblo a los ojos del observador superficial, pero fortalece su genio y le permite manifestarse. En el momento en que Francia suprimió en su seno a todas las Francias divergentes, dio de sí su más alta y original revelación. Se encontró a sí misma; y al mismo tiempo que proclamaba el futuro derecho común del mundo, se diferenciaba de él como no lo había hecho jamás.

Lo mismo puede decirse de Inglaterra; con sus máquinas, sus barcos y sus 15 millones de obreros, hoy se diferencia mucho más

de todas las demás naciones que en los tiempos de Isabel. Alemania, que andaba buscándose a tientas en los siglos XVII y XVIII, se descubrió por fin con Goethe, Schelling y Beethoven; sólo desde entonces ha podido aspirar seriamente a la unidad.

No se están borrando las nacionalidades; muy por el contrario, yo las veo a diario forjarse moralmente; de sumas de hombres que eran antes, ahora se hacen personas. Ello corresponde al progreso natural de la vida. En el comienzo, todo hombre siente confusamente su genio; en la primera edad parecería tratarse de un hombre corriente; a medida que avanza, ahonda en sí mismo, proyectándose al exterior con sus actos y sus obras; poco a poco se convierte en un hombre único, sale de su clase y merece un nombre.

Sólo conozco dos medios para creer que las nacionalidades van a desaparecer dentro de poco: 1. Ignorar la historia, no conocerla sino a través de fórmulas vacuas, como los filósofos que no la estudian nunca, o también a través de los lugares comunes de la literatura, para charlar sobre ella, como lo hacen las mujeres. Quienes la conocen de esta manera la ven en el pasado como un pequeño punto oscuro que uno puede eliminar si quiere. 2. Esto no es todo; es preciso asimismo ignorar la naturaleza tanto como la historia, y olvidarse de que los caracteres nacionales no se derivan en absoluto de nuestros caprichos sino que se arraigan profundamente en la influencia del clima, la alimentación y las producciones naturales de un país, que en alguna medida se podrán modificar, pero que no se borran jamás. A quienes no están vinculados ni por la fisiología ni por la historia, y que constituyen la humanidad sin informarse del hombre ni de la naturaleza, les resulta fácil suprimir las fronteras, rellenar los ríos y allanar las montañas. Sin embargo, les advierto que seguirán existiendo las naciones si ellos no se cuidan de suprimir las ciudades y los grandes centros de civilización donde las nacionalidades han concentrado su genio.

Hacia el final de la Segunda parte dijimos que si en algún lado Dios colocó el modelo de la ciudad política, fue, según todas las

apariencias, en la ciudad moral, quiero decir, en el alma del hombre. Pero ¿qué es lo primero que hace esta alma? Se fija en un lugar, se recoge en él, se dota de un cuerpo, de una morada y de un orden de ideas, después de lo cual le es posible actuar. Exactamente de la misma manera, el alma de un pueblo debe convertirse en el punto central de un organismo; es necesario que se asiente en un lugar, que allí se concentre y se recoja, y que se armonice con una determinada naturaleza, como la pequeña Roma con las siete colinas, o, en el caso de nuestra Francia, con el mar y el Rin, con los Alpes y los Pirineos, que son nuestras siete colinas.

El hecho de circunscribirse, de recortar algo suyo en el espacio y en el tiempo, de morder una parcela propia en el seno de la naturaleza indiferente y disolvente, siempre deseosa de confundirlo todo, constituye una fuerza para todo tipo de vida. Esto es existir, es vivir.

Un espíritu que se fija en un punto irá profundizándose. Un espíritu que divaga en el espacio, se dispersa y se desvanece. Vedlo: el hombre que da su amor a todas las mujeres, pasa sin haber conocido el amor; con sólo amar una vez y por mucho tiempo, encuentra en una pasión lo infinito de la naturaleza y todo el progreso del mundo.[104]

Lejos de oponerse a la naturaleza, la patria y la ciudad son el único medio todopoderoso de que dispone el alma del pueblo que allí habita, para realizar su naturaleza. Le proporciona a la vez el punto de partida vital y la libertad de su desarrollo. Suponed el genio ateniense pero sin Atenas: flota, divaga, se pierde y muere sin ser conocido. En cambio, encerrado en ese marco estrecho pero afortunado de una ciudad semejante, anclado en esa tierra exquisita donde la abeja libaba la miel de Sófocles y de Platón, el poderoso genio de Atenas, de una ciudad diminuta, hizo más en dos o tres siglos que una docena de pueblos de la Edad Media en mil años.

El medio más poderoso de que dispone Dios para crear y aumentar la originalidad distintiva es el mantener el mundo dividido armónicamente en estos grandes y hermosos sistemas que llamamos naciones; y que, al abrirle al hombre un campo diverso de actividades, le brinda una verdadera educación.[105] Mientras más avanza el hombre, más profundamente penetra en el genio de su patria, y mejor concurre a la armonía del planeta; aprende a conocer su patria, tanto en su valor propio como en su valor relativo, como si fuera una nota del gran concierto; a través de la patria el hombre se asocia a ese concierto, y en ella ama al mundo. La patria es la necesaria iniciación a la patria universal.

De esta manera, la unión sigue progresando sin que haya peligro de alcanzar jamás la unidad puesto que, a cada paso que da en dirección de la concordia,[106] cada nación se vuelve más original. Si —cosa imposible— cesaran las diversidades y sobreviniera la unidad, y todas las naciones cantaran la misma nota, el concierto habría terminado; al confundirse, la armonía ya no sería más que un ruido vano. El mundo, monótono y bárbaro, podría morir entonces sin que nadie lo lamentara siquiera.

Estoy seguro de que nada habrá de perecer, ni el alma del hombre, ni el alma del pueblo; estamos en muy buenas manos. Por el contrario, viviremos siempre más, es decir, fortaleciendo nuestra individualidad y adquiriendo originalidades más poderosas y fecundas. ¡Dios nos libre de perdernos en él!… Y si ninguna alma perece, ¿cómo podrían extinguirse las grandes almas de las naciones, con su genio tan vivaz y su historia pletórica de mártires, cumbre de sacrificios heroicos y plena de inmortalidad? Cuando una de ellas se eclipsa por un instante, el mundo entero se enferma, en todas sus naciones, y el mundo del corazón sufre en sus fibras, que responden a las naciones… Lector, esa fibra doliente que veo dentro de vuestro corazón ¡es Polonia y es Italia![107]

La nacionalidad, la Patria, es siempre la vida del mundo. Si ella muriera, todo moriría. Id a preguntárselo al pueblo: él lo siente y

os lo dirá. Preguntadle a la ciencia, a la historia y a la experiencia del género humano. Estas dos grandes voces están de acuerdo. ¿Dos voces? No, dos realidades: lo que es y lo que fue, en contra de la vana abstracción.

Sobre esto descansaban mi corazón y la historia; estaba yo firmemente asentado en esta roca, no necesitaba que nadie confirmara mi fe. Pero penetré en las multitudes e interrogué al pueblo, a los jóvenes y los ancianos, a los pequeños y los grandes. A todos los oí testimoniar en favor de la patria. Ésta es la fibra viva que, en ellos, es lo último que muere, la encontré en algunos muertos… Fui a esos cementerios que llamamos cárceles y presidios, y allí abrí a los hombres; pues bien, adivinad lo que encontraba en estos hombres muertos cuyo pecho estaba vacío: Francia de nuevo, que era la última chispa con la que acaso se les hubiera podido revivir.

Os lo ruego: no digáis que no significa nada haber nacido en el país que rodean los Pirineos, los Alpes, el Rin y el océano. Tomad al hombre más pobre, al peor vestido y hambriento, al que creáis que está preocupado únicamente por sus necesidades materiales. Él os dirá que el hecho de participar de esta inmensa gloria y de esta leyenda única de la que está pendiente el mundo, constituye un patrimonio. Bien sabe él que si se fuera al desierto más remoto del planeta, en el ecuador o en los polos, encontraría allí a Napoleón, a nuestros ejércitos y a nuestra gran historia, dispuestos a ampararlo y a protegerlo; sabe que los niños acudirían a él, y que los ancianos callarían y le rogarían que hablara y, con sólo oírlo decir esos nombres, besarían sus ropas.

En cuanto a nosotros, sea lo que fuere lo que venga de nosotros, pobres o ricos, felices o desdichados, vivos o más allá de la muerte, siempre agradeceremos a Dios el habernos dado esta gran patria: Francia. Y ello no sólo por tantas cosas gloriosas que ha hecho, sino sobre todo porque encontramos en ella a la vez al representante de las libertades del mundo y un país simpático, que es una iniciación al amor universal. Este último rasgo es tan fuerte en

Francia que, a menudo, ha llegado a olvidarse de sí misma. Hoy debemos hacer que vuelva en sí, rogándole que se quiera más que todas las naciones.

Sin duda, cualquier gran pueblo representa para el género humano un ideal importante. Pero, ¡gran Dios!, ¡cuánto más cierto es esto en el caso de Francia! Suponed por un momento que ella se eclipsara y se acabara: el lazo de compatibilidad que une al mundo se relajaría, se disolvería y probablemente se destruiría. Esto afectaría en lo más vivo al amor que insufla la vida del planeta. La Tierra entraría en la edad glacial tal y como ha ocurrido en otros planetas muy cercanos a nosotros.

Al respecto tuve en pleno día un sueño espantoso que debo contar. Me encontraba en Dublín, cerca de un puente, caminando a lo largo de un muelle; miraba el río, al que veía arrastrarse débil y estrecho entre dos anchas riberas arenosas, más o menos como se ve el nuestro desde el Quai des Orfèvres, y creí reconocer el Sena; hasta los muelles eran parecidos, con excepción de las tiendas de lujo y los monumentos, las Tullerías y el Louvre: era casi París, aunque menos París. Bajaban de aquel puente unas personas mal vestidas, no como aquí, con blusas, sino con ropas viejas y manchadas. Disputaban violentamente, con voz áspera, gutural y absolutamente bárbara, con un horrible jorobado harapiento, cuya imagen sigue viva en mí; a su lado pasaba gente miserable y contrahecha… Mientras contemplaba esta escena, algo me sobrecogió y me aterrorizó: todas esas figuras eran francesas… Era París, era Francia, una Francia fea, embrutecida y salvaje. En ese momento sentí cuán crédulo es el terror; no hice ninguna objeción. Pensé que, al parecer, había sobrevenido otro 1815, pero desde hacía mucho, muchísimo tiempo, y que siglos de miseria habían impuesto su pesantez sobre mi país, irremediablemente condenado; yo regresaba para hacerme cargo de mi parte en este inmenso dolor.

Esos siglos pesaban como plomo sobre mí; ¡cuántos siglos en dos minutos!… Me quedé clavado allí mismo y dejé de caminar… Mi compañero de viaje me sacudió y volví un poco en mí…, pero no expulsó del todo este terrible sueño de mi mente, y no lograba consolarme. Mientras estuve en Irlanda se apoderó de mí una profunda tristeza, y ahora que lo escribo me apresa el sentimiento nuevamente.

XXII. Francia

Hace algunos años, el dirigente de una de nuestras escuelas socialistas preguntaba: «¿Qué es la patria?».

Confieso que esas utopías cosmopolitas de goces materiales me parecen un comentario prosaico al poema de Horacio: «Roma se está derrumbando, huyamos a las islas afortunadas»; qué triste canto de abandono y desaliento.

Los cristianos que llegaron después con la patria celestial y la fraternidad universal en este mundo, no por ello dejaron, con esta doctrina hermosa y emocionante, de asestarle el golpe mortal al Imperio romano, y pronto sus hermanos del norte acudieron a colocarles la cuerda en el cuello.

Contrariamente a lo dicho por el gran poeta que acabamos de citar, nosotros no somos hijos de esclavos sin patria y sin dioses; ni romanos de Tarso, como el apóstol de los gentiles; somos los romanos de Roma y los franceses de Francia. Somos los hijos de los que, gracias al esfuerzo de una nacionalidad heroica, han realizado la obra del mundo, fundando el evangelio de la igualdad para todas las naciones. Nuestros padres no entendieron la fraternidad como una simpatía vaga que lo acepta y ama todo, y que mezcla, degrada y confunde todo. Creyeron que la fraternidad no era la ciega mezcolanza de las existencias y los caracteres, sino la unión de los corazones. Conservaron para sí y para Francia la originalidad de la entrega y el sacrificio que nadie le disputó; ella sola estuvo regando con su sangre el árbol que plantó. Para las otras naciones había ahí una buena oportunidad para no dejarla sola. Pero no

imitaron a Francia en su entrega; ¿acaso se querría hoy que Francia las imitara en su egoísmo y su indiferencia inmoral, y que al no haber podido enaltecerlas, ella descendiera a su nivel?

¿Quién podría ver sin asombro al pueblo que erigió ayer el faro del porvenir, en el que todas las miradas del mundo están puestas, arrastrarse cabizbajo por la vía de la imitación?... ¿Cuál es esta vía? La conocemos demasiado bien, muchos pueblos la han seguido: es simplemente la vía del suicidio y la muerte.

¡Desdichados imitadores! ¿Acaso creéis que es posible imitar?... Se le toma a un pueblo vecino tal o cual cosa que en él es viva; mal que bien, se la apropia, pese a las repugnancias de un organismo que no estaba hecho para ella; pero al hacer penetrar en vuestra carne un cuerpo extraño, una cosa inerte y muerta, le apostáis a la muerte.

¡Y qué decir si esta cosa no sólo es extranjera y diferente sino también enemiga! ¿Y si, precisamente, vais a buscar entre los que la naturaleza os ha dado como adversarios, al oponéroslos simétricamente?; ¿si estáis pidiendo una renovación de vida a lo que es la negociación de vuestra propia vida?; ¿si Francia, por ejemplo, emprendiendo una marcha a contrapelo de su historia, se pone a copiar lo que se puede llamar la anti-Francia, es decir, a Inglaterra?

No se trata aquí de odio nacional ni de malevolencia ciega. Tenemos por esta gran nación británica la estima que debemos; hemos dado prueba de ello estudiándola seriamente, como no lo ha hecho ningún otro hombre de nuestra época. Como resultado de este estudio y de esta misma estima, estoy convencido de que el progreso del mundo pide que ninguno de los dos pueblos pierda sus cualidades en una mezcla indistinta, que estos dos imanes opuestos actúen en sentido inverso, y que estas dos electricidades, positiva y negativa, no se confundan jamás.

Hemos preferido precisamente el elemento que, para nosotros, era el más heterogéneo de todos: el elemento inglés. Lo hemos

adoptado en la política, en nuestra constitución, confiando en unos doctrinarios que copiaban sin entender; lo hemos adoptado en la literatura, sin ver que el primer genio que Inglaterra ha tenido en nuestros días es el que la desmintió más violentamente. Por último, hemos adoptado ese mismo elemento inglés —cosa increíble y que mueve a risa— en el arte y en la moda. Estamos copiando esa rigidez, esa torpeza, que no es exterior ni accidental, sino que está ligada con un profundo misterio fisiológico.

Tengo a la vista dos novelas escritas con gran talento. Y bien, en estas novelas francesas, ¿quién es el personaje ridículo? El francés, siempre el francés. El inglés es el hombre admirable, la providencia invisible pero presente que lo salva todo, que llega en el momento justo para reparar todas las torpezas del otro. ¿Cómo?... ¡Ah!, porque es rico. El francés es pobre materialmente y también pobre de espíritu.

¡Es rico! ¿Es ésta pues la causa de tan singular encaprichamiento? El rico (con mayor frecuencia el inglés) es el bienamado de Dios. A los espíritus más libres y más firmes les cuesta mucho defenderse de una prevención a su favor... Las mujeres lo encuentran hermoso y los hombres se muestran muy dispuestos a creerlo aristócrata. Los artistas toman como modelo su noble cabalgadura.

¡Es rico! Confesadlo: éste es el motivo secreto de la admiración universal. Inglaterra es un pueblo rico; poco importan sus millones de mendigos. Para quien no se informa sobre los hombres, ella presenta al mundo el espectáculo único de la acumulación de riquezas más grande que se haya realizado: agricultura exitosa, ¡tantas máquinas, tantos buques y tantos almacenes llenos y colmados, en esta bolsa dueña del mundo! Allí fluye el oro como brota el agua.

¡Ah, Francia no tiene nada que se le parezca: es el país de la pobreza! Un enlistado comparativo de todo lo que posee una y de

todo lo que le falta a la otra nos llevaría demasiado lejos. Inglaterra está en buena posición para preguntarle a Francia, con una sonrisa, cuáles son, después de todo, los resultados materiales de su actividad, y qué es lo que queda de su trabajo y de tantos movimientos y esfuerzos.[108]

Aquí está esta Francia sentada en el suelo, como Job, entre sus amigas, las naciones, que la vienen a consolar, le hacen preguntas y tratan de mejorarla, si se puede, y de trabajar para su salvación.

«¿Dónde están tus barcos y tus máquinas?», le dice Inglaterra. Y Alemania: «¿Dónde están tus sistemas? ¿No tendrás tú, al menos, como Italia, obras de arte que mostrar?».

Queridas hermanas que acudís así a consolar a Francia, permitid que yo os conteste. Ella está enferma, ya veis; yo veo que está cabizbaja, y no quiere hablar.

Si se quisiera amontonar lo que cada nación ha gastado en sangre, oro y esfuerzos de todo género para las cosas desinteresadas que sólo beneficiarían al mundo, la pirámide de Francia subiría hasta el cielo… Y la vuestra, ¡oh, naciones!, las de todas las que estáis aquí, ¡ah!, la vuestra, el cúmulo de vuestros sacrificios, alcanzaría la rodilla de un niño.

Por lo tanto, no vengáis a decirme: «¡Qué pálida está esta Francia!… ». Ella derramó su sangre por vosotras. «¡Cuán pobre es!». Porque, por vuestra causa, ella dio sin pedir nada.[109] Y cuando ya no tuvo nada más, dijo: «No tengo ni oro ni plata, pero lo que tengo os lo doy… ». Entonces donó su alma, y es de ella de la que vosotros vivís.[110]

«Lo que le queda es lo que ella dio… ». Pero escuchad bien, naciones, y sabed que sin nosotros no hubierais aprendido nunca: «¡Mientras más da uno, más conserva!». Puede que el espíritu de Francia esté durmiendo en ella, pero sigue entero, y está siempre cerca de un poderoso despertar.

Hace mucho tiempo que yo soy Francia y que he vivido con ella día a día desde hace dos millares de años. Juntos hemos vivido los peores días, y esta vez estoy convencido de que este país es el de la invencible esperanza. Es necesario que Dios la ilumine, más que a cualquier otra nación, puesto que ella ve en la noche cerrada, cuando ninguna otra logra ver; en esas espantosas tinieblas que descendían frecuentemente en la Edad Media y todavía después, nadie distinguía el cielo; sólo Francia lo veía.

Esto es Francia. Nada nunca acaba en ella; todo está siempre por comenzar.

Cuando nuestros campesinos galos expulsaron a los romanos por un tiempo e hicieron el imperio de las Galias, inscribieron en su moneda la primera voz (y la última) de este país: *esperanza.*

XXIII. Francia, superior como dogma y como leyenda. Francia es una religión

El extranjero cree que lo ha dicho todo cuando, sonriendo, dice: «Francia es la hija de Europa».

Si vosotros le dais este título, que ante Dios no es el menos importante, tendréis que convenir en que es el niño Salomón que se sienta como juez e imparte justicia. ¿Quién sino Francia ha conservado la tradición del derecho?

Tradición del derecho religioso, político y civil; el sitial de Papiniano y la cátedra de Gregorio VII.

En ninguna parte está Roma salvo aquí. Desde san Luis, ¿a quién acude Europa para demandar justicia; a quién acuden el papa, el emperador y los reyes?... ¿Quién podría desconocer el papado teológico en Gerson y en Bossuet, el papado filosófico en Descartes y en Voltaire, y el papado político y civil en Cujas, en Dumoulin, en Rousseau y Montesquieu? Sus leyes no son otras que las de la razón, y se impone a sus mismos enemigos. Inglaterra acaba de darle el código civil a la isla de Ceilán.

Roma tuvo el pontificado de los tiempos oscuros, y el reinado de los tiempos equívocos. Francia ha sido el pontífice de los tiempos de luz.

Esto no es un accidente de los últimos siglos ni un azar revolucionario. Es el legítimo resultado de una tradición ligada a toda la tradición desde hace dos mil años. Ningún pueblo tiene una tradición parecida. Se prolonga en él el gran movimiento humano

(marcado de manera tan nítida por las lenguas), de la India a Grecia, y a Roma, y de Roma a nosotros.

Todas las otras historias están truncas: únicamente la nuestra se halla completa; tomad la historia de Italia: le faltan los últimos siglos; tomad la historia de Alemania y de Inglaterra: hacen falta los primeros siglos. Tomad la de Francia: con ella, conocéis el mundo.

Y en esta gran tradición, además de una continuidad hay un progreso. Francia prosiguió la obra romana y cristiana. El cristianismo prometió, y ella cumplió. Francia enseñó al mundo la igualdad fraternal, aplazada hasta la otra vida, como la ley de aquí abajo.

Esta nación posee dos cosas muy fuertes, que no veo en ninguna otra. Posee a la vez el principio y la leyenda, la idea más amplia y más humana, al mismo tiempo se observa con fidelidad la tradición.

Este principio y esta idea, que en la Edad Media estaban sepultados bajo el dogma de la gracia, en lengua del hombre se llaman fraternidad.

Esta tradición es la que hace que la historia de Francia sea la de la humanidad, desde César hasta Carlomagno y a san Luis, de Luis XIV a Napoleón. Se perpetúa en ella, bajo diversas formas, el ideal moral del mundo: de san Luis a la Doncella, y de Juana de Arco a nuestros jóvenes generales de la Revolución; sea cual fuere el santo de Francia, es el de todas las naciones: el género humano lo adopta, lo bendice y lo llora.

«Para todo hombre —decía imparcialmente un filósofo americano— el primer país es su patria, y el segundo, es Francia». Pero ¡cuántos hombres prefieren vivir aquí antes que en su país!

En cuanto les resulta posible romper por un momento el hilo que los amarra, acuden a posarse en su suelo; como desdichadas aves de paso, se refugian en ella y toman, al menos por un instante,

un poco de calor vital, confesando tácitamente que aquí está la patria universal.

Esta nación, considerada de esta manera como el asilo del mundo, es mucho más que una nación: es la fraternidad viviente. Pero sea cual fuere la flaqueza en que pueda incurrir, abriga en el fondo de su naturaleza este vivo principio que hace que ella conserve, más allá de todos los avatares, ciertas posibilidades particulares de restaurarse.

El día en que Francia, acordándose de lo que fue y de lo que debe ser para el género humano, se rodee de sus hijos y les enseñe la misma Francia, como fe y como religión, ella volverá a sentirse viva, y sólida como el planeta.

Digo aquí una cosa muy grave, en la que he pensado mucho tiempo, y que quizá signifique la renovación de nuestro país, que es el único que tiene el derecho de enseñarse de esta manera a sí mismo, porque es el que más ha confundido sus intereses y su destino con los de la humanidad; es el único que puede hacerlo, porque su gran leyenda nacional, y sin embargo humana, es la única completa, y la más continua de todas; y la que, por su trayectoria histórica, responde mejor a las exigencias de la razón.

Y en esto no hay ningún fanatismo; es la expresión demasiado abreviada de un juicio serio, fundado en un largo estudio. Me resultaría extremadamente fácil mostrar que las otras naciones no han tenido más que leyendas especiales que el mundo no ha recogido. Estas leyendas, por lo demás, tienen a menudo ese carácter aislado, individual, no enlazado, como si fueran puntos luminosos, alejados unos de otros.[111] La leyenda nacional es un inmenso reguero de luz ininterrumpido, una verdadera vía láctea en la que el mundo siempre ha tenido puesta la mirada.

Como raza, como lengua y como instinto, Alemania e Inglaterra son ajenas a la gran tradición del mundo: la tradición romanocristiana y democrática. Toman algo de ella, pero no logran armo-

nizarlo con su fondo, que es excepcional; lo toman de lado, indirecta y torpemente; lo toman sin tomarlo. Observad bien a estos pueblos, en ellos encontraréis un desacuerdo entre vida y principio, entre lo físico y lo moral, que no existe en Francia, y que (aun sin tomar en cuenta el valor intrínseco, deteniéndose solamente en la forma y no consultando sino el arte) impedirá siempre que el mundo busque en ellos sus modelos y sus enseñanzas.

En Francia, por el contrario, no se mezclan los principios: el elemento céltico se compenetró con el elemento romano, y llegó a ser uno con él. El elemento germánico, sobre el que algunos hacen tanta bulla, es en verdad imperceptible.

Francia procede de Roma y debe enseñar lo relativo a esta ciudad, su lengua, su historia y su derecho. En esto nuestra educación no es absurda. Sí lo es por el hecho de que no impregna esta educación romana con el sentimiento de Francia; apoyándose pesada y escolásticamente en Roma, que es el camino, oculta a Francia, que es la meta.

Sería preciso enseñarle esta meta al niño desde el inicio, haciéndolo partir de Francia, que es él, y a través de Roma traerlo a Francia, que es él de nuevo. Sólo entonces nuestra educación sería armónica.

El día en que este pueblo vuelva en sí, abra los ojos y se mire a sí mismo, entenderá que la primera institución que puede hacerlo vivir y durar consiste en impartir *a todos* (más o menos extensamente, según el tiempo del que dispongan) esa educación armónica que fundaría la patria en el corazón mismo del niño. No hay otra salvación. Hemos envejecido por nuestros vicios, y no queremos curarnos. Si Dios salva a este país glorioso y desafortunado, lo salvará con la infancia.

XXIV. La fe que animó la Revolución. Ésta no mantuvo su fe hasta el final ni transmitió su espíritu a través de la educación

El único gobierno que se ha ocupado con mucha entrega de la educación del pueblo, ha sido el de la Revolución. La Asamblea Constituyente y la Legislativa plantearon sus principios con admirable claridad y con un sentido verdaderamente humano. En medio de su enconada lucha contra el mundo y contra Francia, a la que salvaba a pesar de ella misma, la Convención, entre los peligros personales que corría, asesinada en todas sus partes, diezmada y mutilada, no soltó prenda y prosiguió empecinadamente esta obra santa y sagrada de educación popular; durante esas noches tormentosas en que sesionaba en armas, prolongando todas las sesiones, aunque cada una de ellas podía ser la última, se tomó, sin embargo, el tiempo necesario para hacer que comparecieran todos los sistemas para poder analizarlos. «Si decretamos la educación —decía uno de los convencionistas—, habremos vivido lo suficiente».

Los tres proyectos que adoptó la Convención están llenos de sentido y de grandeza. En primer lugar, organiza los niveles elevados y los inferiores, las escuelas normales y las primarias; enciende una viva luz y la lleva en primerísimo lugar a la vasta profundidad del pueblo. Después, con más detenimiento, llena el espacio intermedio, es decir, las escuelas centrales o los colegios donde podrán educarse los ricos. No obstante, todo se ha creado conjun-

ta y armónicamente; se sabía entonces que una obra viva no se hace de manera fragmentada.

¡Qué momento de memoria eterna! Esto pasaba dos meses después del 9 de Termidor… La gente volvía a creer en la vida. Francia, surgida del sepulcro, repentinamente madurada tras veinte siglos, Francia luminosa y ensangrentada, llamó a todos sus hijos para que recibiesen la soberana enseñanza de su gran experiencia, y les dijo: Venid y ved.[112]

Cuando el vocero de la Convención pronunció estas palabras sencillas y graves: «Sólo el tiempo podía ser el profesor de la República», ¿existieron ojos que no se llenaran de lágrimas? Todos habían pagado muy caro la lección del tiempo, todos habían pasado por la muerte, ¡y no salían ilesos!

Tras estas grandes pruebas pareció como si se guardara un minuto de silencio por todas las pasiones humanas; se pudo creer que ya no existirían ni el orgullo, ni los intereses, ni la envidia. Los hombres más importantes del Estado y de la ciencia aceptaron las más humildes funciones de la enseñanza;[113] Lagrange y Laplace enseñaron aritmética.

Mil quinientos alumnos, hombres maduros, muchos de ellos ilustres, fueron a sentarse de buena gana en los bancos de la Escuela Normal para aprender a enseñar. Llegaron como pudieron, en pleno invierno, en momentos de pobreza y de hambruna. Sobre las ruinas de todas las cosas materiales dominaba, sola y sin sombra, la majestad del espíritu. Varios genios creadores ocuparon, por turnos, la cátedra de la escuela magna; unos, como Berthollet y Morvau, acababan de fundar la química, abriendo y penetrando el mundo íntimo de los cuerpos; otros, como Laplace y Lagrange, habían afianzado con el cálculo el sistema del mundo, asentando la tierra sobre su base. Nunca el poder espiritual pareció más indiscutible. La razón, obedeciendo, se rendía a la razón. ¡Y qué júbilo embargaba al corazón cuando, al lado de estos hom-

bres singulares, cada uno de los cuales aparece sólo una vez en la eternidad, se veía una cabeza por demás valiosa que había estado a punto de caer, como la del buen Haüy, salvado por Geoffroy Saint-Hilaire!

Un gran ciudadano, Carnot —el que organizó la victoria, adivinó a Hoche y a Bonaparte, y salvó a Francia a pesar del Terror—, fue el verdadero fundador de la Escuela Politécnica. Esos hombres aprendieron como si estuvieran en combate, y cubrieron los cursos de tres años en sólo tres meses. Al cabo de seis meses, Monge declaró que no sólo habían recibido la ciencia sino que la habían hecho progresar. Los espectadores de la invención continua de sus maestros, iban inventando también. Imaginad el espectáculo de un Lagrange que, en medio de su clase, se detenía de repente y se ponía a soñar… Todo el mundo lo contemplaba en silencio; después de un largo rato despertaba y les entregaba la nueva invención, calientita y recién surgida de su espíritu.

Faltaba todo, salvo el genio. No habrían podido asistir los alumnos de no haber contado con un pago de cuatro céntimos diarios para el camino. Con el pan del espíritu recibían el pan material. Uno de los maestros (Clouet) pidió como salario sólo una parcela en el llano de los Sablons, y vivió de las hortalizas que allí cultivaba.

¡Qué caída después de aquellos tiempos! Caída moral, y no menos grande en la esfera del pensamiento. Leed, después de los informes a la Convención, los de Fourcroy y de Fontanes: en pocos años rodaréis de la virilidad a la vejez, y la vejez torna decrépito todo.[114]

¿Acaso no es para afligirse ver este impulso heroico y desinteresado, abatirse y caer tan pronto?… Esta gloriosa Escuela Normal no tiene frutos. No es de extrañar, cuando uno ve cuán poco se enseña sobre el hombre y cómo las ciencias humanas abdican, reniegan de sí mismas y se avergüenzan de su existencia. Volney, el

profesor de historia, enseñaba que la historia *es la ciencia de los hechos muertos,* y que no hay historia viva. Garat, el profesor de filosofía, decía que ésta *no es sino el estudio de los signos;* dicho de otra manera, que la filosofía en sí no es nada. Signos por signos, las matemáticas llevaban la ventaja, lo mismo que otras ciencias afines como la astronomía. De esta manera, en la gran escuela que debía difundir su espíritu por todas partes, la Francia revolucionaria impartió una enseñanza sobre las estrellas fijas y se olvidó de sí misma.

Fue sobre todo en este terreno, en este supremo esfuerzo de la Revolución por hacer obra creadora, donde se vio que no podía más que ser profeta y morir en el desierto sin ver la tierra prometida. ¿Cómo hubiera podido lograrlo? Habría tenido que hacerlo todo, pues no había encontrado nada preparado, ni había recibido ayuda alguna del sistema que la precedió. Había tomado posesión de un mundo vacío, *y lo había tomado como bien mostrenco.* Algún día demostraré palmariamente que ella no encontró nada por destruir. El clero estaba acabado, la nobleza estaba acabada, la realeza estaba acabada. Y ella no tenía nada que ofrecer a cambio. Se movía en un círculo vicioso. Hacían falta hombres que hicieran la Revolución, y para crearlos era preciso hacer la Revolución. ¡No se disponía de ninguna ayuda para vivir la transición de un mundo a otro! ¡Había que franquear un abismo y se carecía de alas para hacerlo!…

Resultaba doloroso ver cuán poco habían realizado, durante los últimos cuatro siglos, los tutores del pueblo —la realeza y el clero — para darle luces. La Iglesia le hablaba en una lengua sabia que él no entendía. Le hacía repetir de memoria esa prodigiosa enseñanza metafísica cuya sutileza sorprende a los espíritus más cultos. El Estado sólo había hecho una cosa, y de manera muy indirecta: había reunido al pueblo en esos campamentos, los grandes ejércitos, donde había empezado a reconocerse a sí mismo. Las legiones de Francisco I y los regimientos de Luis XIV fueron escue-

las en las que, sin que se le enseñara nada, el pueblo se formó a sí mismo y concibió ideas comunes, y se elevó poco a poco hasta llegar al sentimiento de la patria.

La única enseñanza directa era la que los burgueses recibían en los colegios y que más tarde continuaban, ya como abogados o como gente de letras. Se trataba del estudio verbal de las lenguas, de la retórica, de la literatura, y del estudio de las leyes, aunque no se trataba de un estudio concienzudo y preciso como el de nuestros antiguos jurisconsultos, sino que era pretendidamente filosófico y estaba repleto de abstracciones hueras. Esos lógicos faltos de metafísica, esos legistas sin el derecho y sin la historia, no creían más que en los signos, las formas, las figuras y las frases. En todo les hacía falta la sustancia, la vida y el sentimiento de la vida. Cuando llegaron a ese gran teatro donde las vanidades se exacerbaban a muerte, se pudo ver todo lo que la sutileza escolástica puede añadir de maldad a una mala naturaleza. Estos terribles abstraedores de quintaesencias se valieron de cinco o seis fórmulas que utilizaron, como otras tantas guillotinas, para abstraer a los hombres.[115]

Fue algo terrible cuando la gran Asamblea —que durante el ejercicio de Robespierre había creado el Terror movida por el terror mismo— levantó la cabeza y vio toda la sangre que había derramado. No le había faltado fe frente al mundo coludido en contra suya, ni siquiera frente a Francia, cuando contuvo y salvó todo con 30 departamentos. Tampoco careció de fe en pleno peligro personal cuando, habiendo perdido París, se vio obligada a armar a sus propios integrantes y estuvo a punto de no tener más defensor que ella misma. Pero ante la sangre, en presencia de todos esos muertos que salían de sus sepulcros, frente a todo ese pueblo de presos liberados que acudían a juzgar a sus jueces, ella flaqueó y comenzó a abandonarse.

No dio el paso que le hubiera entregado el porvenir. No tuvo el valor de echar mano del mundo joven que surgía. Para apoderarse

de él, la Revolución tenía que enseñar una sola cosa: la Revolución.

Para ello hubiera sido preciso que la Asamblea no renegara del pasado sino que, por el contrario, lo reivindicara, y volviera a adueñarse de él, a hacerlo suyo, tal como lo hacía con el presente, a fin de mostrar que, junto con la autoridad de la razón, detentaba la de la historia y la de toda nuestra nacionalidad histórica; hubiera tenido que demostrar que la Revolución era la tardía —aunque justa y necesaria— manifestación del genio de este pueblo, y que era Francia la que había encontrado por fin su derecho.

No hizo nada de esto, y la razón abstracta, que era lo único que ella invocaba, no la sostuvo frente a las realidades terribles que se levantaban en su contra. Dudó de sí misma, abdicó y se disolvió. Era preciso que pereciera, que entrara al sepulcro, para que su espíritu vivo se difundiera por el mundo. Mientras quedaba arruinada por su defensor, éste le rindió homenaje en los Cien Días. Arruinada por la Santa Alianza, los reyes basaron su tratado en su contra en el dogma social que ella planteó en 1789. La fe que no tuvo en ella misma contagió entonces a los que la combatieron. El hierro que le hundieron en el corazón hace milagros y cura heridas, convierte a sus perseguidores y enseña a sus enemigos… ¡Ojalá hubiera dado su enseñanza a sus hijos!

XXV. No hay educación sin fe

La primera pregunta de la educación es ésta: «¿Tiene usted fe? ¿Inspira usted fe?».

Es preciso que el niño crea. Que crea de niño en las cosas que podrá probar con la razón cuando sea hombre.

Hacer que un niño sea razonador, discutidor, crítico, es insensato. Revolver profusa e incesantemente todos los gérmenes que en él se están depositando, ¡qué agricultura!

Hacer erudito a un niño es algo insensato. Recargar su memoria con un montón de conocimientos útiles e inútiles, atiborrarlo con miles de cosas ya hechas, de cosas no vivas, de cosas muertas y parcialmente muertas, sin que él jamás reciba el conjunto… es asesinar su espíritu…

Antes de *agregar,* de acumular, es preciso *ser.* Hay que crear y fortalecer el germen vivo del nuevo ser. El niño *es* ante todo por la fe.

La fe es la base común de la inspiración y de la acción. No hay ninguna cosa grande sin ella.

El ateniense creía (tenía fe en ello) que toda cultura humana descendía de la Acrópolis de Atenas, y que de Palas, surgida de la cabeza de Júpiter, había brotado la luz del arte y de la ciencia. Esto se verificó: esa ciudad de 20 mil ciudadanos irradió al mundo su luz; incluso muerta sigue iluminándolo.

El romano creía firmemente (tenía fe) que la cabeza viva y ensangrentada que había encontrado bajo el Capitolio prometía ser la cabeza, el juez, el pretor del mundo. Esto se verificó: si bien ya

murió su imperio, su derecho permanece y sigue rigiendo a las naciones.

El cristiano tenía fe en que un Dios hecho hombre haría un pueblo de hermanos y, tarde o temprano, uniría al mundo en un mismo corazón. Esto no se verificó, pero se verificará a través de nosotros.

No bastaba decir que Dios se había hecho hombre; al expresarse en términos tan generales, esta verdad no prosperó. Había que saber cómo se ha manifestado Dios en el hombre de cada nación; de qué manera, en la diversidad de los caracteres nacionales, el Padre se adecuó a las necesidades de sus hijos. La unidad que ha de darnos no es la monótona unidad, sino la unidad armónica en la que congenien todas las diversidades. Que congenien pero que subsistan, que vayan aumentando en esplendor para iluminar mejor al mundo, y que, desde la infancia, el hombre se habitúe a reconocer un Dios que vive en la patria.

Aquí se presenta una seria objeción. «¿Cómo inspirar fe si yo tengo tan poca? Tanto la fe en la patria como la fe religiosa se han debilitado en mí».

Si la fe y la razón fueran dos cosas opuestas, al no disponer de ningún medio razonable para obtener la fe, uno tendría que quedarse ahí, suspirando y esperando, como los místicos. Pero la fe digna del hombre es una creencia de amor en la que prueba la razón. Su objeto no es tal o cual maravilla accidental, sino el milagro permanente de la naturaleza y de la historia.

Para recobrar la fe en Francia y confiar en su futuro, es necesario remontarse a su pasado y profundizar en su genio natural. Si lo hacéis seriamente y de corazón, veréis, a partir de este estudio, las consecuencias que siguen infaliblemente a las premisas planteadas. Del pasado deduciremos el porvenir, la misión de Francia; ésta aparecerá ante vosotros a plena luz, creeréis y os gustará creer. La fe no es otra cosa.

¿Cómo podríais resignaros a no conocer a Francia? Sus orígenes radican en ella; si no la conocéis, no sabréis nada de vosotros mismos. Ella os rodea, ella os estimula desde todas partes, vosotros vivís en ella y de ella, y con ella moriréis.

¡Que viva Francia, y que viváis por la fe!

Ella regresará a vosotros en el corazón si miráis a vuestros hijos, a este mundo joven que quiere vivir, que es bueno y dócil aún y que pide una vida de creencia. Vosotros habéis envejecido en la indiferencia, pero ¿quién de vosotros podría desear que su hijo tenga muerto el corazón, y carezca de patria y de Dios?… Todos estos hijos, en los que están las almas de nuestros antepasados, es la patria vieja y nueva… Ayudémosla a conocerse, ella nos devolverá el don de amar.

Así como el rico necesita al pobre, el hombre necesita al niño. Le damos aún menos de lo que recibimos de él. Debo agradeceros, joven mundo que has de tomar pronto nuestro lugar. ¿Quién ha estudiado más que yo el pasado de Francia? ¿Quién la podía sentir mejor que yo, después de haber pasado tantas pruebas personales que no revelaron las suyas?… Debo decir, sin embargo, que en la soledad mi alma se había aletargado en mí, se arrastraba entre las curiosidades ociosas y minuciosas o se elevaba hacia el ideal, pero no caminaba. La realidad se me escapaba; y todo el tiempo, allá a lo lejos, veía a nuestra patria, a la que siempre perseguí y a la que siempre amé: era mi objeto, mi meta, un objeto de conocimiento y de estudio. Parecía viva… «¿En quién?». En vosotros que me estáis leyendo. En vos, hombre joven, he visto la patria y su eterna juventud… ¿Cómo podría no creer en ella?

XXVI. Dios en la patria. La joven patria del porvenir. El sacrificio

Como toda obra de arte, la educación exige en primer lugar que se haga un esbozo sencillo y vigoroso. Éste no debe contener ninguna sutileza, ninguna minucia, nada que cree dificultad ni que provoque objeciones.

Mediante una impresión grande, saludable y duradera, hay que fundar en este niño al hombre y crear la vida del corazón.

En primer lugar, Dios, revelado por la madre en el amor y en la naturaleza. En segundo lugar, Dios, revelado por el padre en la patria viviente, en su historia heroica y en el sentimiento a Francia.

Dios y el amor de Dios. Que la madre tome al niño en san Juan, cuando la tierra obra su milagro anual, cuando toda hierba está en flor y se ve crecer la planta momento a momento; que lo lleve a un jardín, y lo bese… y le diga con ternura: «Tú me quieres, no conoces a nadie más que a mí… ¡Pero escúchame, yo no soy todo! Tú tienes otra madre… Tenemos una madre común todos nosotros: hombres, mujeres, niños, animales y plantas, todo lo que tiene vida: una madre bondadosa que siempre nos da de comer; invisible y presente… Querámosla, hijo querido, abracémosla de corazón».

Nada más por largo tiempo. Nada de metafísica que mata la impresión. Dejadlo que incube este misterio sublime y delicado para cuya explicación no le bastará la vida entera. Jamás olvidará ese día. A través de las pruebas de la vida y de las oscuridades de la ciencia, a través de las pasiones y de la noche de tormenta, el sua-

ve sol de san Juan seguirá alumbrando en el fondo de su corazón, junto con la flor inmortal del más puro y del mejor amor.

Otro día, más adelante, cuando en él se haya formado un poco el hombre, el padre lo aborda: es un gran día de fiesta pública, mucha gente acude a París. El padre lo lleva de Notre-Dame al Louvre, a las Tullerías y hasta el Arco del Triunfo. Desde un techo o una terraza, le muestra el pueblo, el ejército que pasa, las bayonetas estremecidas, la bandera tricolor… En los momentos de espera, en especial antes de la fiesta, entre los reflejos fantásticos de la iluminación, durante esos formidables silencios que se hacen de repente en el sombrío océano del pueblo, el padre se inclina y le dice: «Hijo mío, ¡mira, ahí está Francia, ahí está la patria! Todo esto que ves, es como si fuera un solo hombre, una misma alma y un mismo corazón. Todos podrían morir por uno solo; y cada uno, también, debe vivir y morir para todos… Los que pasan allí, armados, y que se van, parten a combatir por nosotros. Ellos dejan a su padre y a su madre anciana que los necesitan… Tú harás lo mismo, jamás olvidarás que tu madre es Francia».

Esta impresión perdurará o conozco muy poco la naturaleza. El niño ha visto a la patria… Ese Dios invisible en su alta unidad, es visible en sus miembros y en las grandes obras en que se ha asentado la vida nacional. Este niño toca y siente a una persona viva por doquier; no la puede abrazar, pero ella sí lo abraza, lo calienta con su gran alma extendida entre la multitud, y le habla a través de sus monumentos… Para el suizo es bello poder contemplar su cantón con una sola mirada, poder abarcar, desde lo alto de los Alpes, su país querido y llevarse su imagen. Pero para el francés es algo verdaderamente grande tener aquí, reunida en un solo punto, esta patria gloriosa e inmortal, y reunir aquí todos los tiempos y todos los lugares; desde aquí puede observar desde las Termas de César hasta la Columna,[116] el Louvre y el Campo de Marte, desde el Arco del Triunfo hasta la Plaza de la Concordia, y recorrer así la historia de Francia y del mundo.

Por lo demás, para el niño, la intuición duradera y fuerte de la patria es, ante todo, la escuela, la gran escuela nacional, tal como la haremos algún día. Hablo de una escuela verdaderamente común, a la que los niños de todas las clases y de todas las condiciones acudirán a sentarse juntos, durante uno o dos años, antes de recibir la educación especial,[117] y adonde no se aprendería nada más que sobre Francia.

Nosotros nos apresuramos a encerrar a nuestros hijos entre los niños de nuestra clase, burguesa o popular, en la escuela o en los colegios; evitamos todas las mezclas, separamos rápidamente a los pobres y a los ricos en esa etapa feliz en que, por sí mismo, el niño no habría percibido estas vanas distinciones. Parecería que temiéramos que ellos conozcan de verdad el mundo en que han de vivir. Con este aislamiento precoz estamos preparando los odios nacidos de la ignorancia y la envidia, esa guerra interna que habremos de sufrir más tarde.

Si la desigualdad entre los hombres ha de subsistir, ¡cómo quisiera que al menos la infancia tuviera la oportunidad de seguir por un tiempo su instinto y vivir en la igualdad! ¡Que estos hombrecitos de Dios, inocentes y sin envidia, nos conservasen, en la escuela, el emocionante ideal de la sociedad! Esto sería una escuela también para nosotros; aprenderíamos de ellos la vanidad de los rangos, la necedad de las pretensiones rivales, y todo lo que hay de vida veraz y de felicidad cuando no existe ni primero ni último.

La patria aparecería allí, joven y encantadora, a un tiempo con su variedad y su concordia. Sería una diversidad sumamente instructiva de caracteres, de rostros y de razas, un arco iris de cien colores. Convivirían todos los rangos, todas las fortunas y todos los trajes, sentados en los mismos bancos; el terciopelo al lado de la tela rústica, el pan negro al lado del manjar más exquisito… ¡Que el rico aprenda allí lo que es ser pobre, que sufra a causa de la desigualdad, que logre compartir, que trabaje desde ahora por restablecer la igualdad en la medida de sus fuerzas, que descubra a la

ciudad del mundo sentada en el banco de madera, y que comience en ella la ciudad de Dios!…

Por otra parte, el pobre aprenderá —y se acordará tal vez de ello— que si ese rico es rico no es culpa de él; después de todo así nació, y, muy a menudo, su riqueza lo vuelve pobre del primero de los bienes: pobre de voluntad y de fuerza moral.

Gran cosa sería que todos los hijos de un mismo pueblo, reunidos de esta manera, al menos por un tiempo, se viesen y conociesen de los vicios de la pobreza y de la riqueza antes que del egoísmo y la envidia. El niño recibiría así una imborrable impresión de la patria, y la encontraría en la escuela no sólo como objeto de estudio y de enseñanza, sino como una patria viva, una patria en la infancia, semejante a él, una ciudad mejor, previa a la Ciudad, una ciudad de igualdad en la que todos estarían sentados en el mismo banquete espiritual.

Además, yo no quisiera solamente que el niño aprendiera y viera la patria; es necesario que la sienta como providencia, que la reconozca en su leche y en su calor vivificante, fortificante, como su madre y su nodriza… Dios nos libre de echar a un niño de la escuela, de negarle el alimento espiritual porque no tiene el del cuerpo… ¡Oh, impía avaricia que les daría millones a los masones y a los curas, o que sólo sería rica para dotar a la muerte,[118] y que mercaría con estos pequeños, que son la esperanza, la amada vida de Francia y el corazón de su corazón!

Ya lo he dicho en otra parte: no soy de los que siempre lloran, ora por el obrero robusto que gana cinco francos, ora por la pobre mujer que gana diez sueldos. Una piedad tan imparcial no es piedad. A las mujeres les hacen falta conventos libres, asilos, talleres temporales, y que los conventos dejen de hambrearlas.[119] Y a los niños pequeños les hace falta que todos nosotros seamos padres, que abramos nuestros brazos, que la escuela sea su asilo, un asilo dulce y generoso que les sea agradable, y que vayan a él por su

propia iniciativa, que amen esta casa de Francia tanto o más que la casa paterna… Si tu madre ya no te puede dar de comer, si tu padre te maltrata, si estás desnudo, si tienes hambre, ven, hijo mío, todas las puertas están abiertas de par en par, y Francia está en el umbral para abrazarte y acogerte. Esta gran madre no se avergonzará jamás de tener para ti las atenciones de una nodriza; te preparará con sus manos heroicas la sopa del soldado, y si llegara a no tener con qué envolver y calentar tus pequeños miembros entumecidos, ella preferiría arrancar un pedazo de su bandera.

Así consolado, acariciado, feliz y con el espíritu libre, el niño podría recibir en estos bancos el alimento de la verdad. Ha de saber ante todo que por gracia de Dios tiene esta patria, que promulgó y escribió con su sangre la ley de la equidad divina, de la fraternidad, y que el Dios de las naciones habló por voz de Francia.

Primero, la patria como dogma y principio. Luego, la patria como leyenda: nuestras dos redenciones, por la Doncella de Orleans y por la Revolución, el impulso del 92, el milagro de la joven bandera, nuestros jóvenes generales tan admirados, llorados por el enemigo, la pureza de Marceau, la magnanimidad de Hoche, la gloria de Arcola y de Austerlitz, César y el segundo César, en el que nuestros reyes más grandes volvían a aparecerse, más grandes aún. Todavía más arriba, la gloria de nuestras asambleas soberanas, el genio pacífico y verdaderamente humano del 89, cuando Francia, tan generosa y espontáneamente, ofreció a todos la libertad y la paz… Finalmente, por encima de todo, como suprema lección, la inmensa capacidad de entrega, de sacrificio, que han mostrado nuestros padres; y las tantas veces que Francia entregó su vida por el mundo.

Niño: que éste sea tu primer evangelio, el sostén de tu vida, el alimento de tu corazón. Lo recordarás durante los trabajos ingratos y penosos en que la necesidad te va a arrojar muy pronto. Será para ti un poderoso estímulo que, por momentos, vendrá a reavi-

varte. Encantará tu recuerdo durante los largos días de trabajo, o en el mortal aburrimiento de la manufactura; lo volverás a encontrar en el desierto de África, y será un remedio para el mal del país y para el abatimiento tras las marchas y las vigilias, cuando no seas más que un centinela perdido a dos pasos de los bárbaros.

El niño sabrá del mundo, pero primero que sepa de sí mismo, en lo que tiene de mejor, quiero decir, de Francia. Lo demás lo aprenderá de ella. A ella le corresponde iniciarlo, mostrarle su tradición. Ella le enseñará las tres revelaciones que ha recibido: cómo Roma le enseñó lo justo, Grecia lo bello, y Judea lo santo. Ella restablecerá los lazos entre su enseñanza suprema y la primera lección que le dio su madre; ésta le enseñó a *Dios,* y la madre grande le enseñará el dogma del amor, *Dios en el hombre,* el cristianismo, y le enseñará cómo el amor, imposible en los tiempos de rencor y barbarie de la Edad Media, *ha sido escrito en las leyes* por la Revolución, *de manera que el Dios interior del hombre pudiera manifestarse.*

Si yo hiciera un libro sobre educación, mostraría cómo la educación general, suspendida por la educación especial (del colegio o del taller), debe retomarla bajo la bandera el joven soldado. Es así como la patria debe retribuirle el tiempo que él le da. A su regreso al hogar, ella debe seguirlo, no sólo como ley para gobernar y castigar, sino como providencia civil, como cultura religiosa, moral, en su acción a través de las asambleas, las bibliotecas populares, los espectáculos, las fiestas de todo género, sobre todo musicales.

¿Cuánto tiempo durará la educación? Exactamente lo que la vida.

¿Cuál es la primera parte de la política? La educación. ¿Y la segunda? La educación. ¿Y la tercera? La educación. Demasiado he envejecido en la historia como para creer en las leyes, cuando ellas no han sido preparadas, y cuando durante mucho tiempo los hombres no han sido educados para amar y desear la ley. Haced

menos leyes, os lo ruego, pero fortificad el principio de las leyes por medio de la educación; hacedlas aplicables y posibles; haced hombres, y todo irá bien.[120]

¿La política nos promete el orden, la paz y la seguridad pública? Pero ¿para qué todos estos bienes? ¿Para gozar, para adormecernos en una calma egoísta, para eximirnos de amarnos, de asociarnos?… Que perezca la política si éste es su fin. Yo creo más bien que si este orden, esta gran armonía social tiene un fin, es el de ayudar al libre progreso y favorecer el ascenso de todos a través de todos. La sociedad no debe ser sino una iniciación, desde el nacimiento hasta la muerte, una educación que abarque nuestra vida en este mundo y prepare las vidas ulteriores.

La educación, esta palabra tan poco comprendida, no es solamente la instrucción del hijo por el padre, sino, en igual o mayor medida, la del padre por el hijo. Si podemos volver a levantarnos de nuestra debilidad moral, será a través de nuestros hijos, y por ellos nos esforzaremos. El peor de todos los hombres desea que su hijo sea bueno; aquel que no haría ningún esfuerzo por la humanidad o por la patria, llega a sacrificarse por su familia. Si no ha perdido a la vez el sentido moral y el juicio,[121] tiene compasión de este niño que corre el riesgo de parecérsele… Ahondad profundamente en esta alma, encontraréis todo averiado y vacío, y, no obstante, en lo más profundo, podréis encontrar casi siempre un fondo sólido: el amor paterno.

¡Por ello, en nombre de nuestros hijos, os ruego: no dejemos que perezca esta patria! ¿Acaso queréis legarles el naufragio y llevaros su maldición… y la de todo el futuro, la del mundo, que quizá quede perdido por mil años si sucumbe Francia?

No salvaréis a vuestros hijos, y con ellos a Francia, al mundo, sino fundando en ellos la fe. La fe en la entrega, en el sacrificio, y en la gran asociación en la que todos se sacrifican por todos, quiero decir, en la Patria.

Sé muy bien que ésta es una enseñanza difícil porque las palabras no bastan: se necesitan los ejemplos. Parecería que hemos perdido la fuerza, la magnanimidad del sacrificio, tan común en nuestros padres. Ésta es la verdadera causa de nuestros males, de nuestros odios y de la discordia interna que debilita al país a tal grado que pone en riesgo su vida y lo convierte en objeto de la burla del mundo.

Si valoro a los mejores hombres y a los más honorables, y si los apremio un poco, veo que cada uno de ellos, en apariencia desinteresado, tiene en el fondo alguna pequeña cosa reservada que no sacrificaría por nada del mundo. Que le pidan lo demás… Éste, por ejemplo, daría la vida por Francia, pero no cedería a determinados entretenimientos, hábitos o vicios…

Dígase lo que se diga, todavía hay hombres puros del lado del dinero, pero en cuanto al orgullo, ¿pueden ser puros? ¿Se quitarán los guantes para tenderle la mano a ese pobre hombre que sube la empinada cuesta de la fatalidad?… Y sin embargo os digo, señor, que si vuestra mano blanca y fría no toca la mano fuerte, caliente y viva del otro, no hará obras de vida.

Dentro de un tiempo tendremos que sacrificar estos hábitos, que nos resultan más caros aún que nuestros goces. He aquí que se avecinan los tiempos de lucha…

El corazón tiene sus hábitos, sus lazos queridos, ahora tan estrechamente entremezclados con él, con sus fibras vitales, que son como otras tantas fibras vitales… Cuesta arrancarlos… Los sentí en ocasiones al escribir este libro en el que he herido a más de una persona querida.

En primer lugar a la Edad Media, donde transcurrió mi vida, de la que conté en mis historias su emocionante e irrealizable aspiración, hoy —cuando manos impuras la arrancan de su sepulcro y colocan esta piedra delante de nosotros para hacernos caer sobre la vía del porvenir— tuve que decirle: *¡Atrás!*

También inmolé otra religión, el sueño humanitario de la filosofía que cree salvar al individuo destruyendo al ciudadano, negando las naciones y abjurando de la patria… La patria, sólo mi patria es capaz de salvar al mundo.

Mi camino ha sido el recorrido de la leyenda poética a la lógica, y de ésta a la fe y al corazón.

En el corazón mismo y en esta fe encontraba cosas respetables y antiguas frente a las que protestaban… unas amistades, los últimos obstáculos que no han logrado detenerme ante la patria en peligro… ¡Que ella acepte este sacrificio! Lo que poseo en el mundo, mis amigos, se los ofrezco, y para darle a la patria el hermoso nombre que descubrió la antigua Francia, yo los deposito en el altar de la gran *Amistad.*

Posfacio de 1866

Este librito fue escrito en 1846. Numerosos pasajes (de la Primera Parte) están marcados fuertemente por esa fecha. ¿Acaso había que modificarlos? El autor no lo ha juzgado necesario.

Es un mundo que se ha hundido a partir de entonces; otro mundo ha surgido en el horizonte. Modificar el libro, acomodarlo a este presente tan impreciso, al oscuro porvenir, le habría quitado el sello de su tiempo, haciendo de él un libro bastardo y falso.

Por lo demás, lo que tiene de importante no ha cambiado. Lo que dice del derecho del instinto de la gente sencilla y de la inspiración de las multitudes, de las voces ingenuas de conciencia, subsiste y permanecerá como la base sólida de la democracia.

Hyères, 12 de diciembre de 1865

Notas

[1] Esta prodigiosa adquisición de ropa blanca, de la que pueden dar testimonio todos los fabricantes, supone también alguna adquisición de muebles y enseres domésticos. Así pues, debe extrañar que las cajas de ahorro reciban menos del obrero que del empleado doméstico. Éste no compra muebles, y compra pocas ropas, porque se las arregla para vestirse con lo que le dan sus amos. De modo que el progreso de la economía no se puede medir —como se acostumbra— por el de las cajas de ahorro, ni creer que todo lo que no va a ellas se bebe o se come en la taberna. Parecería que la familia —hablo sobre todo de la mujer— hubiera querido, ante todo, hacer limpio, atrayente, agradable, su pequeño interior, que es lo que dispensa de lo otro. De ahí también el gusto por las flores, que se extiende hoy hasta las clases más cercanas a la pobreza. <<

[2] Se refiere a *Les paysans* de Balzac. [T.]. <<

[3] Filósofos, socialistas y políticos, todos parecen estar de acuerdo actualmente en empequeñecer en el espíritu del pueblo la idea de Francia. ¡Gran peligro! Tened presente que este pueblo es, más que ningún otro, y en toda la excelencia y la fuerza del término, una *verdadera sociedad.* Aisladlo de su idea social y se tornará muy débil. Después de cincuenta años, todos los gobiernos le dicen al pueblo que la Francia de la Revolución, que fue su gloria, su fe, era un desorden, un sinsentido, una pura negación. La Revolución, por otra parte, borró a la antigua Francia, diciéndole al pueblo que nada en su pasado merecía recordarse. La antigua

Francia desapareció de su memoria, y la nueva ha palidecido. Si hubiera sido por los políticos, se habría hecho tabla rasa con el pueblo, y el pueblo se habría olvidado de sí.

¿Cómo podría entonces no estar débil en este momento? Se ignora a sí mismo; se hace todo para que pierda el sentido de la bella unidad que fue su vida; y se le arrebata su alma. Su alma fue el sentido de Francia, como fraternidad de hombres vivos, y como sociedad con nuestros franceses de épocas antiguas. El pueblo contiene esas edades, las lleva consigo, oscuramente las siente moverse, y no puede reconocerlas; ni se le dice lo que sea esa gran voz profunda que, con cierta frecuencia, como una sorda resonancia de órgano en una catedral, se hace oír en él. <<

[4] Debo mucho al ánimo que me infundieron mis ilustres profesores, Villemain y Leclerc. Siempre recordaré que Villemain, después de leer una tarea que le gustó, bajó de su cátedra y, con un movimiento de sensibilidad encantadora, se sentó a mi lado en mi mesabanco. <<

[5] La abandoné a mi pesar en 1837, cuando la influencia ecléctica se hizo allí dominante. En 1838, habiéndome igualmente elegido el Institut y el Collège de Franco como su candidato, obtuve la cátedra que hoy ocupo. <<

[6] Yo jamás he visto en la historia una paz de 30 años. Los banqueros que no han previsto ninguna revolución (ni siquiera la de julio que muchos de ellos impulsaban) responden que nada conmoverá a Europa. La primera razón que ellos dan es que *la paz beneficia al mundo.* Al mundo, sí, y poco a nosotros; los otros corren y nosotros marchamos; pronto estaremos en último lugar. En segundo lugar, dicen, *la guerra no puede comenzar sino con un empréstito, y nosotros no lo acordaremos.* Pero ¿y si comienza con un tesoro como Rusia y si la guerra alimenta a la guerra, como en tiempos de Napoleón, etcétera? <<

[7] Tomad al azar un alemán o un inglés, al más liberal; habladle de libertad, responderá libertad. Luego tratad un poco de ver cómo la entiende. Os apercibiréis de que esta palabra tiene tantos sentidos como naciones hay; de que el demócrata alemán y el inglés son aristócratas de corazón; de que la barrera de las nacionalidades, que vosotros creéis borrada, permanece casi entera. Toda esta gente que creéis tan cercana está a 500 leguas de vosotros. <<

[8] Y de esas 32 mil, 12 mil son corporaciones de mano muerta. Si a esto se objeta que en Inglaterra casi tres millones de personas tienen parte en la propiedad raíz, es que esta palabra, además de las tierras, designa las casas y los pequeños terrenos, los patios y los jardines que están junto a las casas, sobre todo en las localidades industriales. <<

[9] Nuestros ingleses de Francia dicen *el país* para evitar decir *la patria.* Véase una página llena de espíritu y calor en Génin, *Des variations du langage français,* p. 417. <<

[10] Es uno de los rasgos espiritualistas de nuestra Revolución. El hombre y el trabajo del hombre le parecieron de un precio inestimable, que no se podía equiparar con el de las propiedades; el hombre se llevó consigo la tierra. En Inglaterra, la tierra se llevó al hombre. Aun en las regiones que no son de ninguna manera feudales, sino que están organizadas sobre el principio del clan céltico, los legistas ingleses aplicaron la ley feudal con el más extremado rigor, decidiendo que el señor no era solamente señor de vasallos, sino también propietario. Así, la duquesa de Sutherland se hizo adjudicar un condado de Escocia más grande que el departamento del Alto Rin, y expulsó (entre 1811 y 1820) a tres mil familias, que lo ocupaban desde que existe Escocia. La duquesa les dio una ligera indemnización que muchos no aceptaron. Léase el relato de esta hermosa operación, cuya noticia se la debemos al agente de la duquesa, James Loch, *Compte rendu des bonifications faites*

aux domaines du marquis de Stafford, in-octavo, 1820. De Sismondi hace el análisis de esto en sus *Études d'économie politique,* 1837. <<

[11] *Arpende:* media hectárea. [T.]. <<

[12] *El gran ejército* de Napoleón. [T.]. <<

[13] Saint-Pierre, t. x, p. 251 (Rotterdam). La autoridad de este autor poco profundo es profunda aquí, puesto que escribía a partir de las informaciones que pidió a numerosos intendentes. <<

[14] Véase Froumenteau, *Secret des finances de France* (1581). Hay pruebas de esto sobre todo en las páginas 397-398. <<

[15] Gran ciudadano, elocuente escritor, espíritu positivo, que no hay que confundir con los utopistas de entonces. Se le atribuye equivocadamente la idea del *diezmo real.* ¿Qué más intrépido que el comienzo de su *Factum,* y, al mismo tiempo, más doloroso? ¡Es el profundo suspiro de agonía de Francia! Boisguillebert lo publicó en marzo de 1707, cuando Vauban acababa de ser condenado en febrero por un libro mucho menos osado. ¿Por qué a este hombre heroico no se le ha erigido una estatua en Ruán, que lo recibió triunfalmente a la vuelta de su exilio? … (Reimpreso recientemente en la Collection des économistes). <<

[16] Agregad a esto que en la Edad Media, en la división de tantas provincias, señoríos y feudos, que eran, se diría, como otros tantos estados, *la frontera estaba en todas partes.* Incluso en tiempos más recientes, la frontera inglesa estaba en el centro de Francia: en Poitou hasta el siglo xiii, en Limousin hasta el siglo xiv, etcétera. <<

[17] Sentí todo esto cuando, en mayo de 1844, al ir de Nîmes a Puy, atravesé el Ardèche, esa comarca tan áspera donde el hombre ha creado todo. La naturaleza la hizo horrenda; gracias al hombre, ahora es encantadora —encantadora en mayo—, aunque siempre un poco severa, ¡pero de un encanto moral tanto más conmovedor! ¡Allí, no se dirá que el Señor le dio la tierra al villano, puesto que no había tierra! ¡A qué extremo hería mi corazón el ver toda-

vía sobre las alturas esos espantosos torreones negros que impusieron tanto tiempo tributos sobre un pueblo tan pobre, tan meritorio, que no debe nada a nadie sino a sí mismo! Mis monumentos verdaderos, los que me hacen descansar los ojos, eran, en el valle, las humildes casas de dura piedra, con guijarros amontonados, en que vive el campesino. Estas casas son muy sobrias, muy tristes incluso, con su pequeño jardín mal regado, indigente y raquítico; pero los arcos que las encumbran, la escalera de grandes peldaños, la escalinata espaciosa bajo los arcos, les dan mucho estilo. Justamente era el tiempo de la gran cosecha; en esa bella época del año en que se trabajaba la seda, la pobre región parecía rica; cada casa debajo de la arcada sombría exhibía una joven devanadora que, mientras pedaleaba la devanadera, sonreía con su hermosa dentadura blanca e hilaba oro. <<

[18] Léon Faucher, «La colonie des Savoyards à Paris», *Revue des Deux-Mondes,* noviembre de 1834, IV, p. 343. <<

[19] Véase la nota 1 de este capítulo. [Corresponde a la nota 8 de este libro electrónico compartido en ePubLibre.org. N. del e. d.]. <<

[20] *Sous l'Ancien* [*Régime*] es una expresión que se usa para referirse a tiempos anteriores a la Revolución. [T.]. <<

[21] Trataré más adelante de la asociación. En cuanto a las ventajas e inconvenientes económicos de la pequeña propiedad, que son asuntos ajenos a mi tema, véanse Gasparin, Passy, Dureau Delamalle. <<

[22] Esto no es todo. El artista viene, después del sacerdote, para calumniarlo: el artista neocatólico, esa raza impotente de plañideros de la Edad Media, que no sabe otra cosa que llorar y copiar… Llorar a las piedras, ya que si se trata de los hombres, ¡bien pueden morirse de hambre si quieren! Como si el mérito de esas piedras no consistiera en recordar al hombre y portar su huella. El campesino, para ese mundo, no es sino un demoledor. Cualquier muro que él echa por tierra, cualquier piedra que remueve su arado, resulta que era una ruina incomparable. <<

[23] De la población urbana, que no constituye sino una quinta parte de la nación, provienen las dos quintas partes de los procesados. <<

[24] Se detiene, e incluso retrocede. Hipp. Passy asegura (*Mém. Acad. Polit.,* II, p. 301) que, de 1815 a 1835, el número de los propietarios, comparado con el del resto de la población, *ha disminuido* en 2.5%, o sea *en un cuarentavo.* Él parte del censo de 1815. Pero este censo, ¿es exacto?, ¿es más serio que el de 1826, que los cuadros del movimiento de la población en tiempos del Imperio, etc.? Véase V. Villermé, *Journal des Économistes,* núm. 42, mayo de 1845. <<

[25] Y le venden al más alto precio su única vaca y sus yuntas de bueyes. Los criadores de ganado dicen: no puede haber agricultores sin abonos, ni abonos sin animales. Tienen razón, pero contra ellos mismos. Al no cambiar ni mejorar nada (salvo para la producción de lujo y los éxitos de vanagloria), y al mantener siempre los precios elevados para las calidades bajas, impiden a todas las regiones pobres adquirir el pequeño ganado que les conviene, y

obtener los abonos que necesitan. El hombre y la tierra, al no poder reparar sus fuerzas, languidecen agotados. <<

[26] Se recordará el cálculo hecho por Paul-Louis Courier, que descubrió que, en total, el arpende [media hectárea] de viña reportaba 150 francos al viñador y 1 300 francos al fisco. Esto es exagerado. Pero, en compensación, hay que agregar que ese arpende está hoy mucho más endeudado que en 1820. ¡Sin embargo, no hay oficio más penoso ni que merezca más su salario! Atravesad la Borgoña en primavera o en el otoño: haréis 40 leguas, cruzando todo el tiempo una región removida, revuelta, trasplantada y replantada de varales, dos veces al año. ¡Qué trabajo!… Y todo para que en Bercy, en Ruán, este producto, que ha costado tanto, sea falsificado y deshonrado: ¡un arte infame calumnia a la naturaleza y al buen licor: el vino resulta tan maltratado como el viñador! <<

[27] Es lo que un alsaciano le decía en esos mismos términos a uno de mis amigos (septiembre de 1845). Nuestros alsacianos, que emigran así, venden lo poco que tienen al partir: el judío está allí, listo para comprar. Los alemanes tratan de llevarse sus muebles: viajan en carretones, como los bárbaros que penetraron en el Imperio romano. Me acuerdo que un día, en Suabia, un día muy caluroso y polvoriento, me encontré con uno de esos carretones de emigrantes, lleno de baúles, de muebles, de enseres amontonados. Detrás iba un cochecito amarrado al grande, que llevaba a un niño de dos años, de amable y dulce rostro, que lloraba y era cuidado por una hermanita, quien caminaba a su lado y no lograba tranquilizarlo. Como algunas mujeres reprochaban a los padres que dejaran detrás a su hijo, el padre hizo bajar a su mujer para que lo volviera a cargar. Me parecían abatidos, casi insensibles, muertos en vida, ¿de miseria?, ¿de nostalgia? ¿Podrían llegar algún día? No era muy probable. ¿Y el niño? ¿Su frágil coche soportaría este largo viaje? Ni me atrevía a preguntármelo… Sólo un miembro de la familia me parecía un ser viviente, que prometía durar: era un muchacho de 14 años que, en ese mismo momento, frena-

ba las ruedas para sortear una bajada. Este muchacho de cabellos negros, de una seriedad apasionada, parecía lleno de fuerza moral, de ardor; por lo menos, yo lo vi así. Se sentía el jefe de la familia, su providencia, el encargado de su seguridad. La verdadera madre era la hermana que cumplía ese papel. El pequeño, llorando en su cuna, tenía también asignado su papel, que no era el menos importante: era la unidad de la familia, el vínculo entre el hermano y la hermana, su criatura; en su cochecito de mimbre llevaba el hogar y la patria; ¡allí debía siempre —si aguantaba— reencontrarse hasta en un mundo desconocido: Suabia!… ¡Ah, qué de cosas tendrán estos niños por hacer y sufrir! Al mirar al mayor, al contemplar su hermosa cabeza seria, lo bendije de corazón y, hasta donde estaba en mis manos hacerlo, le obsequié algunas monedas. <<

[28] Se desprecia demasiado a estos remplazantes. Vivien, que, como miembro de una comisión de la Cámara, hizo una investigación sobre el problema, me hizo el honor de comunicarme que sus motivos eran a menudo muy loables: ayudar a la familia, adquirir una pequeña propiedad, etcétera. <<

[29] Ningún pintor costumbrista novelista o socialista, que yo sepa, se ha dignado hablar de la nodriza. Hay ahí, no obstante, una triste historia que no se conoce lo suficiente. No se sabe hasta qué punto estas pobres mujeres son explotadas y maltratadas, primero por los coches que las transportan (a menudo cuando apenas han dado a luz), y luego por las oficinas que las reciben. Tomadas como nodrizas *in situ,* tienen que desprenderse de sus hijos, que a menudo mueren. No tienen ningún contrato con la familia que las alquila, y pueden ser despedidas al primer capricho de la madre, de la cuidadora o del médico; si el cambio de aire y de vida les merma la leche, son despedidas sin indemnización. Si permanecen, adquieren los hábitos de la comodidad, y sufren lo indecible cuando tienen que volver a su vida de pobreza; muchas se em-

plean como sirvientas para no dejar la ciudad; no vuelven a reunirse con sus maridos, y la familia queda rota. <<

[30] El compañero *(compagnon)* era en los gremios el «oficial», el que no siendo ya aprendiz, no era aún maestro. Los «compañeros» solían dar la vuelta a Francia a pie pasando por todos los lugares donde había maestros del mismo oficio. [T.]. <<

[31] Distinción que queda planteada claramente en la obra del muy estimable (y deplorable) Buret, *De la misère,* de 1840. Puede que él haya aceptado demasiado fácilmente en esta obra las exageraciones de las encuestas inglesas. <<

[32] Los que calculan una cifra mayor incluyen en ella a los obreros ocupados, lo que es verdad en las industrias que emplean máquinas, pero que no son de ninguna manera esclavos de las máquinas. Éstos son y serán siempre una excepción. La extensión del *maquinismo* (para designar este sistema con una palabra), ¿ha de temerse? ¿La máquina habrá de invadirlo todo? ¿Francia se convertirá, en este aspecto, en otra Inglaterra? A estas graves preguntas respondo sin vacilar: no. No hay que basar un juicio sobre el proceso de extensión de este sistema en cómo fue en la época de la gran guerra europea, en la cual se invirtieron sumas exorbitantes que en tiempos normales el comercio ordinario no arriesgaría. Completamente apropiado para bajar el precio de los artículos que deben llegar a todas las clases sociales, el sistema respondió a una enorme necesidad: la de las clases inferiores que, en un momento de rápido ascenso, quisieron de inmediato tener cosas confortables, e incluso suntuosas; pero contentándose con un brillante mediocre, a menudo vulgar, y, como se dice, «de medio uso». Aunque, de manera admirable, la manufactura haya logrado crear productos muy bellos que uno no hubiera esperado de ella, sus productos fabricados al por mayor y por medios uniformes, están irremediablemente marcados por un sello mediocre. El mejoramiento del gusto hace percibir esta mediocridad, haciéndola a veces aburrida. La obra irregular de las artes no mecánicas atrae al

ojo y al espíritu más que estas irreprochables obras maestras industriales que recuerdan tristemente, por su ausencia de vida, al metal que fue su padre, y a su madre, el vapor.

Agregad que un hombre actualmente no quiere ser de *tal clase,* sino *tal hombre;* que quiere ser sólo él mismo y que, en consecuencia, cada vez hace menos caso de los productos fabricados *por las clases,* y desprovistos de una individualidad correspondiente a la suya. El mundo avanza por este camino: cada uno quiere, aun comprendiendo mejor lo general, reafirmar su *individualidad.* Es muy verosímil que, en toda cosa que es en lo demás igual, se prefiera, frente a las fabricaciones uniformes de las máquinas, los productos siempre diferenciados que llevan en sí el sello de la personalidad humana, y que para llegar al hombre, y para cambiar como él cambia, parten, sin intermediación, del mismo hombre. Aquí radica el verdadero porvenir de la Francia industrial, mucho más que en la fabricación mecánica, en la que sigue siendo inferior. Por lo demás, los dos sistemas se prestan mutuo apoyo. Cuanto más las máquinas satisfagan a menor costo las necesidades primordiales, tanto más el gusto se elevará por encima de los productos del maqumismo, y buscará los productos de un arte completamente personal. <<

[33] El *sou* equivalía a la vigésima parte de la libra, es decir, una cantidad ínfima. [T.]. <<

[34] El testamento de los tejedores de Ruán es el notable librito escrito por uno de ellos: Noiret, *Mémoire d'un ouvrier rouennais,* 1836. Declara en él que ya no forman aprendices. <<

[35] Briareo, gigante mitológico engendrado por el Cielo y la Tierra, fue castigado por Poseidón y encadenado bajo el Etna por haberse rebelado contra los dioses. El nombre se ha aplicado a veces, en sentido figurado, a un guerrero o luchador temible. [E.]. <<

[36] Varias veces, en mis cursos y en mis libros (sobre todo en el tomo v de la *Histoire de France*), he esbozado la historia de la industria. Para comprenderla, sin embargo, habría que remontarse más atrás y no empezar su estudio, como suele hacerse, con esas grandes y poderosas corporaciones que dominan la ciudad. Habría que partir del trabajador, con su origen humilde, despreciado como lo fue en un principio, cuando tanto el primitivo habitante de la ciudad, propietario de sus aledaños, como el mercader que allí tenía plaza, campana y justicia, despreciaban al obrero, al *uña azul,* como lo llamaban, cuando el burgués lo atendía apenas afuera del recinto de la ciudad; a la sombra de los muros, entre dos parapetos *(pfahlburg),* cuando estaba prohibido hacerle justicia si no podía pagar impuestos, y cuando se le fijaba con bizarro arbitrio el precio a que podía vender, a tanto a los ricos, y a tanto a los pobres, etcétera. <<

[37] Villermé, *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers des manufactures de coton…* (1840). Se les ha visto, en noviembre de 1839, en una crisis de la producción que obligaba al manufacturero a no conservar sino a los obreros más antiguos, o a pedirles que compartieran entre todos el trabajo y el salario para que nadie fuera despedido; t. II, p. 71. Véase también t. I, pp. 89, 366-369, y t. II, pp. 59 y 113. Muchos de ellos, a quienes se les reprocha el concubinato, se casarían, si tuvieran el dinero y los papeles necesarios; t. I, p. 54, y t. II, p. 283. *Cf.* Frégier, t. II, p. 160. A la aserción de quienes pretenden que los obreros de las fábricas ganarían lo suficiente si hicieran buen uso de sus salarios, opongamos la genial observación de Villermé (t. II, p. 14). Para que les alcanzara con lo que ganan les sería necesario, según él, cuatro cosas: que se portaran siempre bien, que estuvieran siempre con empleo, que cada hogar tuviera dos hijos a lo más y, por último, que no tuvieran ningún vicio… Cuatro condiciones que rara vez se encontrarán. <<

[38] León Faucher señaló admirablemente estas diferencias en su memoria «Travail des enfants à Paris» (*Revue des Deux-Mondes,* 15 de noviembre de 1844). Véase también, sobre el aprendizaje en la industria parcelaria, el tomo II de su obra *Études sur l'Angleterre;* el excelente economista, que en este trabajo muestra ser también un gran escritor, nos revela que más allá del infierno de las fábricas hay otro infierno del que no se tenía sospecha. <<

[39] Hemos hablado ya del salario de los obreros de las fábricas. Si queremos estudiar el salario en general, encontraremos que este asunto tan controvertido se reduce a esto: *Los salarios han aumentado,* afirman unos. Y tienen razón, porque parten de 1789 o de tiempos anteriores. *Los salarios no han aumentado,* afirman otros. Y tienen razón, porque parten de 1824. Desde esta fecha, los obreros de las fábricas ganan menos, y los otros no han tenido sino un aumento ilusorio; puesto que el valor del dinero ha cambiado, el que gana lo que ganaba entonces recibe en realidad un tercio menos; el que ganaba y sigue ganando aún 3 francos recibe apenas un valor de 2 francos; agregad a esto que las necesidades se han hecho más numerosas con las ideas, de manera que él sufre por no tener mil cosas que entonces le eran indiferentes. Los salarios son muy elevados en Francia en comparación con Suiza y Alemania; pero aquí las necesidades son mucho más vivamente sentidas. El promedio de *los salarios en París,* que L. Faucher y L. Blanc fijan igualmente en 3.50 francos, es suficiente para el soltero, y muy insuficiente para el hombre casado que tiene hijos. Doy aquí la media general de los salarios que varios autores han tratado de establecer *para Francia* desde Luis XIV; pero no sé si es posible establecer un promedio con elementos tan variados:

1698 (Vauban)	12 *sous*
1738 (Saint-Pierre)	16 *sous*
1788 (A. Young)	19 *sous*
1819 (Chaptal)	25 *sous*

1832 (Morogue)	30 *sous*
1840 (Villermé)	40 *sous*

Esto es exclusivamente para la industria de las ciudades. Los salarios han aumentado muy poco en el campo. <<

[40] ¡El pan!, ¡el propietario!; dos pensamientos de la mujer que no la abandonan. ¡Qué cantidad de destreza, de virtud y de fortaleza de alma se requiere para salvar y juntar el dinero de un alquiler!, ¿quién lo sabrá jamás? <<

[41] Esto es lo que Percier decía un día a Belloc, el director de la Escuela Gratuita de Dibujo. Este artista espiritual se apropió de estas palabras y las colocó en uno de sus excelentes discursos (llenos de visiones nuevas y perspectivas fecundas), y Percier, en reconocimiento por este homenaje rendido a sus convicciones más profundamente sentidas, creó una fundación en beneficio de la escuela un mes antes de morir. <<

[42] Yo me negaba a creer lo que se me contaba de los fraudes infames sobre la calidad que cometían algunos fabricantes contra el consumidor, o de los fraudes sobre la cantidad de trabajo que cometían contra el obrero. Pero tuve que aceptarlo. Las mismas cosas me han sido confirmadas por los amigos de los fabricantes, por notables, negociantes y banqueros, que lo comentaban con dolor y humillación. Los miembros de los consejos de conciliación no tienen ninguna autoridad para reprimir estos crímenes; por otra parte, la gente miserable no se atreve a quejarse. Este tipo de asuntos le compete al procurador del rey. <<

[43] Este endurecimiento gradual, esta habilidad que se adquiere poco a poco para acallar dentro de uno mismo la voz de la humanidad, ha sido analizada en detalle por Emmery en su folleto *Amélioration du sort des ouvriers dans les travaux publics* (1837). Habla especialmente de los obreros heridos en las obras peligrosas que realizan los empresarios para el gobierno: «Un empresario con el corazón bien puesto podrá, la primera vez, o incluso quizá varias veces en los primeros tiempos, socorrer a los obreros heridos; pero cuando esto se repite, cuando los auxilios se acumulan, se vuelven demasiado pesados; el empresario, entonces, negocia consigo mismo, desoye sus primeros movimientos de generosidad, restringe insensiblemente las aplicaciones y reduce de manera más notable la cifra del monto de cada auxilio. Observa que, en sus talleres de más peligro, él, en tanto que empresario, no percibe ninguna plusvalía por este título y que, al contrario, está obligado a pagar a sus obreros un jornal más alto. Ahora bien, este jornal más

elevado aparece pronto a sus ojos como el precio que hay que pagar por los accidentes que puedan ocurrir. Estos auxilios adicionales le parecen estar por encima de sus medios. Un obrero herido no es, por lo demás, bastante antiguo en las obras; otro, enfermo, no es de los más diestros ni de los más útiles, etc. Es decir que el corazón se endurece por la costumbre, a menudo por la necesidad, de modo que toda caridad se extingue pronto, que los escasos auxilios acordados ya no son los mismos, distribuidos según una rigurosa justicia válida para todos, y que el único resultado de todas las emociones generosas que deberían despertar unos cuadros tan tristes, se reduce a algunas gratificaciones acordadas arbitrariamente, y calculadas no en función de las necesidades reales de las familias aplastadas sino del interés a futuro de la obra o de los trabajos del empresario». <<

[44] La diferencia entre el padre y el hijo consiste en que este último, como no ha sido obrero y se halla menos enterado del proceso de fabricación y de los límites de lo posible y lo imposible, a veces es más duro por ignorancia. <<

[45] Nunca olvidaré un hecho emocionante, lleno de gracia y de encanto, del que fui testigo. El dueño de una fábrica tuvo la atención de guiarme para mostrarme sus talleres, y su joven esposa quiso acompañarnos. En un primer momento, me sorprendí al verla aventurarse en ese viaje a través de lo húmedo y lo seco, con su vestido blanco (no todo es hermoso ni limpio en la fábrica, incluidos los objetos más brillantes); pero luego entendí mejor por qué ella afrontaba este purgatorio. Ahí donde su marido me hacía ver cosas, ella veía hombres, almas, a menudo profundamente heridas. Sin que me explicara nada, entendí que mientras ella se deslizaba entre esta muchedumbre, tenía el sentir delicado y penetrante de todos los pensamientos, no digo de odio, sino de preocupación, tal vez de envidia, que fermentaban en todo esto. Por ejemplo, en el camino le lanzaba algunas palabras justas y finas, a veces casi tiernas, a una joven enfermiza; siendo ella misma enfer-

miza, la joven dama lo hacía con muy buena intención. Varios se emocionaron; un viejo obrero, creyéndola cansada, le acercó un asiento con una vivacidad encantadora. Los jóvenes estaban más sombríos; ella, que lo veía todo, decía una palabra y alejaba el nubarrón. <<

[46] Nos referimos aquí al comercio individual, tal como se da por lo general en Francia, y no al comercio en sociedades en comandita que sólo existen en algunas ciudades importantes. <<

[47] Como lo explica muy bien Leclaire *(Peinture en bâtiment),* están apareciendo nuevas clases, que no conocen en absoluto el precio real de los objetos. Quieren cosas que brillen, aunque sea al temple. <<

[48] Se comprobó *jurídicamente* que muchas de esas sustancias no eran de ningún modo inocentes. Véase el *Journal de Chimie Médicale,* los *Anuales d'Hygiène,* así como *Falsifications des substances alimentaires,* de Garnier y Harel (1844). <<

[49] Léase la emocionante pieza de Savinien Lapointe. <<

[50] Se ha hablado de la obrera de la seda y del empleado que se hacían pagar su connivencia en el robo. Se ha mencionado a la obrera del algodón, creo que sin razón; el fabricante tiene muy pocas relaciones con sus obreros y sus obreras. Se ha dicho también que el usurero del campo solía ponerle un precio inmoral a los atrasos. ¿Por qué no se ha hablado de la comerciante, tan expuesta, obligada a complacer al comprador, a hablar largamente con él, y que saca, por lo común, tanto disgusto de ello? <<

[51] ¡Como si la justicia y el orden civil, la defensa del país y la instrucción, no fueran también *producciones,* y las primeras de todas ellas! <<

[52] En todos los demás estados de Europa han mejorado. Aquí sólo han aumentado en lo que respecta a un pequeño número de puestos, al tiempo que han bajado en otros casos, como por ejemplo el de los empleados de las prefecturas y subprefecturas. Sobre

el carácter general y las divisiones de este gran ejército de funcionarios, véase la importante obra de Vivien, *Études administratives,* de 1845. <<

[53] Hablo en general del obrero con salario medio, que no queda cesante en el invierno. <<

[54] Tres meses después del 9 termidor (el 27 brumario, año III), según el informe de Lakanal. Véase el *Exposé sommaire des travaux de Lakanal,* p. 133. <<

[55] En su *Tableau de l'instruction primaire,* obra oficial de la más alta importancia, Lorrain resume los informes de los 490 inspectores que visitaron todas las escuelas en 1833, sin encontrar una expresión lo bastante fuerte para describir el estado de miseria y abyección en que viven nuestros maestros. Declara (p. 60) que algunos ganan, *en total,* ¡100, 60, 50 francos! Además, tienen que esperar largo tiempo el pago, ¡que a menudo no llega nunca! No se les paga en efectivo, sino que cada familia del pueblo destina la parte más mala de su cosecha para el maestro de escuela, *cuando va los domingos a mendigar en cada puerta, con su alforja a la espalda;* no es recibido cuando reclama su pequeño montón de papas, *pues se estima que ello perjudica a los cerdos,* etc. Después de estos informes oficiales, se han creado nuevas escuelas, pero la suerte de los antiguos maestros no ha mejorado. Esperemos que este año la Cámara de Diputados otorgue el aumento de cien francos que se solicitó en vano el año pasado. <<

[56] Si bien ha habido actos atroces, éstos fueron ordenados. ¡Que el castigo recaiga sobre los que dieron tales órdenes! Señalemos de paso que con suma frecuencia nuestros periódicos recogen con un interés partidario las calumniosas invenciones de los ingleses. <<

[57] Como se sabe, la transición se hacía a través de la nobleza de toga, pero lo que no se sabe es la facilidad con la que esta nobleza se convertía en nobleza militar en los siglos XIV y XV. <<

[58] La Francia antigua tenía tres clases. La nueva no tiene sino dos: el pueblo y la burguesía. <<

[59] Si observáis con atención cómo el pueblo emplea esta palabra, descubriréis que, para él, no designa tanto la riqueza como un cierto grado de independencia y ocio, y el no tener la preocupación por el pan de cada día. El obrero que gana 5 francos diarios llama fácilmente *mi burgués* al rentista famélico con 300 francos de renta que se pasea con traje negro en pleno invierno. Si la seguridad es la característica esencial del burgués, ¿habrá que dar este nombre al que no sabe nunca si es rico o si es pobre?, ¿a los comerciantes, u otros más fuertes, al parecer, pero a los que la compra de cargos, o cualquier otro sistema, convierte en siervos del capitalista? Aunque no son verdaderamente burgueses, pertenecen a la misma clase por sus intereses, por el miedo y por la idea fija de lograr la paz a cualquier precio. <<

[60] Francia no tiene alma de mercader, salvo en sus etapas inglesas (como la de Law y la presente), que son momentos poco frecuentes. Esto se ve sobre todo en la facilidad con que los hombres, que en un primer momento parecían de lo más ásperos, se detienen generalmente muy pronto en el camino de la fortuna. El francés que ha obtenido, en el comercio o en otra actividad, unas mil libras de ganancia, se cree rico y no hace nada más. El inglés, al contrario, ve en la riqueza adquirida un medio de enriquecerse; persevera en el trabajo hasta la muerte. Queda atado a su cadena, especializado definitivamente en su negocio; sólo que persigue esa especialidad en una escala más grande. No siente la necesidad del ocio, que le permitiría organizar su vida libremente.

Por ello hay muy pocos ricos en Francia, dejando aparte los capitalistas extranjeros. Estos pocos ricos serían casi todos pobres en Inglaterra. De nuestros ricos hay que deducir un buen número de personas que mantienen las apariencias, pero cuya fortuna, o está empeñada o, todavía incierta, es hipotética. <<

[61] Conozco una ciudad bastante grande cerca de París, que cuenta con varios centenares de propietarios o rentistas con cuatro o seis mil libras de renta, o un poco más; no piensan de ninguna manera en ganar más, no hacen nada, no leen nada, ni libros ni periódicos (casi), no se interesan en nada, no se visitan entre sí, no se reúnen nunca y apenas si se conocen. El impulso de la Bolsa no se hace sentir en absoluto entre ellos sino, desgraciadamente, más abajo, entre los pobres ahorradores de la ciudad, y hasta en los campos, donde el campesino no dispone siquiera de un periódico que pueda advertirle acerca de la trampa. <<

[62] Dueña de la casa donde se reunía la sociedad de *compagnonnage* y donde los compañeros podían alojarse y comer. [T.]. <<

[63] Pero a este joven debo ayudarlo y prepararlo desde ahora. Por ello prosigo mi historia. Un libro es un medio para hacer un libro mejor. <<

[64] Estos glaciares no tienen la imparcial indiferencia de los de los Alpes, que sólo acumulan las aguas fecundas para derramarlas indistintamente sobre las naciones. Dígase lo que se diga, los judíos tienen una patria: la Bolsa de Londres; actúan en todas partes, pero sus raíces se sitúan en el país del oro. Hoy, cuando la paz armada —esa guerra inmóvil que roe Europa— les ha puesto en las manos los fondos de todos los estados, ¿qué pueden amar? El país del *statu quo:* Inglaterra. ¿Y qué pueden odiar? El país del movimiento: Francia… Hace poco creyeron que podían amortiguar ese movimiento comprando una veintena de hombres, de los que Francia reniega. Craso error: por vanidad, por un sentimiento exagerado de seguridad, pusieron a los reyes de su lado, se metieron con la aristocracia y, por ese lado, se asociaron con los azares de la política. He aquí algo que sus padres, los judíos de la Edad Media, jamás habrían hecho. ¡Qué decadencia de la sabiduría judía! <<

[65] No me pasa por la mente en absoluto poner en duda esas ventajas (véase *supra,* p. 60). ¿Quién desearía volver a los tiempos

de impotencia en los que el hombre no tenía máquinas? <<

[66] Además, el obrero de las manufacturas sólo constituye una parte mínima de esta sexta parte. <<

[67] Niños de la calle. [T.]. <<

[68] Es una maravilla del carácter nacional el que ese niño abandonado, provocado al mal y sobrexcitado de todas las maneras, conserve algunas cualidades: el ingenio y el valor. <<

[69] La inscripción completa tal como la leí —o como creí leerla, porque estaba casi enteramente borrada debajo de ese musgo de tres siglos—, es la siguiente: *W. Harter. Legibus fidus, non regibus. Januar, 1588.* <<

[70] Para citar un ejemplo, no quisieron ver que la cuestión penitenciaria era una dependencia de la de la instrucción pública, ya sea que se trate de formar al hombre o de reformarlo, de elevarlo o de volver a elevarlo, para ello el Estado no debe llamar al albañil sino al maestro de escuela, al maestro religioso, moral y nacional, que hablará en nombre de Dios y *en nombre de Francia.* Conocí a algunas criaturas miserables que se podía creer que estaban desesperadas y en las que el sentimiento moral y religioso no hubiera tenido ninguna influencia, pero que aún conservaban el de la patria. <<

[71] Quienes conocen mi libro *Origines du droit* comprenderán bien esto. <<

[72] El horror del enigma fatal, el sello que cierra los labios en el momento en que se conoce la palabra, ha sido captado en una obra sublime que descubrí en una parte cerrada del Père-Lachaise, en el cementerio de los judíos. Es un busto de Préault, o más bien, una cabeza, metida y apretada en su mortaja, con el dedo apretado sobre los labios. Es una obra verdaderamente terrible; el corazón apenas resiste la impresión que produce; parecería que la hubiese esculpido el gran cincel de la muerte. <<

[73] «El abuelo recibe al niño cuando éste sale de la sangre materna… Aquí estás, vuelta a nacer, ¡oh, alma mía!, para dormir de nuevo en un cuerpo». (Leyes indias, citadas en mi obra *Origines du droit*). Aunque no admita la hipótesis de la transmigración de las almas (y menos aún la del pecado), uno se ve tentado a creer que nuestros primeros instintos son el pensamiento de los antepasados que el joven viajero trae como provisiones de viaje. Agrega mucho a ellas. Si descarto las teorías y si cierro los libros para mirar la naturaleza, veo que el pensamiento nace en nosotros como un instinto oscuro que se asoma en una media luz, dividiendo la luz de la reflexión; luego, cuando está formulado, y se acepta cada vez más como fórmula, pasa a formar parte de nuestras costumbres en las cosas que nos son propias y que ya no examinamos más; entonces, nuevamente oscurecido, se hace parte de nuestros instintos. <<

[74] No me refiero al peso del trabajo ni a los castigos excesivos que infligimos a su movilidad que dicta la naturaleza, sino a la torpe dureza que nos hace sumir, bruscamente y sin precauciones, en frías abstracciones a un ser joven que apenas ha salido de la sangre y la leche materna, que está todavía tibio y que no pide más que expandirse y florecer. <<

[75] Este capítulo, que los espíritus poco atentos juzgarán ajeno al tema, constituye, en realidad, su meollo. Véanse las dos primeras páginas del capítulo XVII. <<

[76] La infidelidad de la mujer es un tema muy propio de la Edad Media. Las otras edades lo conocieron poco. Ese eterno texto de burlas, esas historias jocosas, no pueden sino entristecer al que sabe y entiende. Hacen sentir demasiado el prodigioso hastío de esa época, el vacío de las almas carentes de un alimento apropiado a su debilidad, la postración moral, la desesperanza del bien y el abandono de uno mismo y de la propia salvación. <<

[77] Si se replica a esto que a los espíritus no cultivados *(lo cual en aquella época quería decir todo el mundo, o casi todo)* se les dispensaba no entender, habrá que confesar que un enigma tan terrible imponía, bajo pena de condenación, la abdicación general de la inteligencia humana en las manos de algunos doctos que creían conocer la clave. Ved también el resultado. Una vez planteado el enigma, una vez rodeado de comentarios no menos oscuros, el género humano calla y permanece frente a él, mudo y estéril. Durante un lapso larguísimo, casi tan largo como todo el brillante periodo de la Antigüedad, del siglo V al XI, crea apenas algunos rezos, algunas leyendas infantiles, hasta que la prohibición expresa de los concilios carolingios vino a detener ese movimiento. <<

[78] No sólo lo dijo sino que también lo quiso sinceramente. Esta conmovedora aspiración al amor es lo que constituye el genio de la Edad Media y lo que le asegura nuestra eterna simpatía. No me desdigo ni en una sola palabra de lo que dije de ella en el segundo volumen de la *Histoire de France.* Pero en ese libro he referido su impulso, su ideal; hoy, en un libro de interés práctico, no puedo referir sino lo real, los resultados. He expresado (al final del mismo volumen, impreso en 1833) la impotencia de este sistema y la esperanza de que él escapará a su ruina y logrará transformarse. El 11 de mayo de 1844 pudo verse cuán alejado de nosotros se encuentra ya, cuando, en la Cámara, un magistrado, sincera y valientemente ortodoxo, dedujo una teoría penal del pecado original y de la caída; incluso los católicos retrocedieron. <<

[79] La confusión de la teología surgió sobre todo de los progresos de la jurisprudencia. Mientras ésta sostuvo con todo rigor las leyes de lesa majestad que a través de la confiscación y otras medidas extendían las penas al heredero, la teología pudo defender su ley de lesa majestad divina que condenaba a los niños por el pecado del padre. Pero cuando el derecho se hizo más clemente, para la teología resultó cada vez más difícil mantener que es el mundo del amor y la gracia, la horrible doctrina de *la herencia del crimen*

abandonada por la justicia humana. Los escolásticos, san Buenaventura, Inocencio III y santo Tomás, para suavizarla, eximieron a los niños del fuego eterno, *dejándolos, por lo demás,* dentro de la condenación. Bossuet estableció muy bien (contra Sfondrata) que esta doctrina no es patrimonio de los jansenistas, como se fingía creer, sino que era la misma de la Iglesia, la de los padres (salvo Gregorio Nazianceno), la de los concilios y de los papas; en efecto, si se exime a los niños de la condenación, se abandona el pecado original y la *herencia del crimen,* que es la base de todo el sistema. <<

[80] «Aparentemos ser los altivos, los reyes de la creación. Pero no olvidemos nuestra educación bajo la disciplina de la naturaleza. Las plantas y los animales: he aquí a nuestros primeros preceptores. Todos estos seres que nosotros dirigimos, son los que nos guiaban ayer mejor de lo que lo hubiéramos hecho nosotros mismos. Guiaban nuestra incipiente razón con un instinto más certero; nos aconsejaban; esos pequeños a los que ahora despreciamos. Nos beneficiábamos con la contemplación de estos irreprochables hijos de Dios. Ellos, tranquilos y puros, parecían conservar en su silenciosa existencia los secretos de las alturas. El árbol que ha visto todos los tiempos y el pájaro que recorre todos los lugares ¿no tienen nada que enseñarnos? ¿Acaso no lee en el sol el águila, y en las tinieblas el búho? ¿No hay ningún pensamiento en las largas ensoñaciones de los grandes bueyes, tan graves bajo la encina sombría?». *Origines du droit,* p. LXIX. <<

[81] En otro canto, el más acabado quizás, y que dedica a su más querido amigo, al cónsul y poeta Gallus, no teme darle por hermanos y consoladores a los más humildes hijos de la naturaleza, a inocentes animales. Después de haber traído a todos los dioses campestres para aliviar la herida del poeta enfermo de amor dice: *También sus ovejas estaban a su alrededor.* Luego, en un movimiento encantador, por temor a herir el orgullo de Gallus: *Nostri pæniitet illas; nec te pæniteat pecoris, divine poeta.* <<

[82] Véase el pequeño sermón a las abejas fugitivas, en mi obra *Origines du droit.* <<

[83] Se conservó por largo tiempo en Ruán. Ducange, verbo *Festum.* <<

[84] El ingenio popular hizo más por su protegido. Sin parar mientes en las resistencias de la Iglesia, fundó para el animal una posición legal, lo trató como a una persona, le otorgó capacidad jurídica, y ello hasta en el acto más grave: en el juicio criminal; figuró entonces como testigo, y a veces compareció como culpable. No hay duda de que la importancia que se dio al animal contribuyó a su conservación, a su permanencia, y, por lo tanto, a la fecundidad de la tierra que, por lo general, depende de los cuidados que le depara el hombre. Quizá sea ésta la verdadera razón por la que la Edad Media siempre se levantaba después de tantos estragos espantosos. <<

[85] El jesuita Bongeant objetó que, *puesto que los animales son unos diablos,* debían tener un alma. <<

[86] Continuaron gloriosamente su labor su amigo y su hijo: Serres e Isidore Geoffroy Saint-Hilaire. Veo con dicha que una juventud con mucho futuro entra en esta vía científica, que es la vía de la vida. <<

[87] Nuestra era maquinista, que quiere máquinas por todas partes, debería darse cuenta, al parecer, de que si se quiere que los animales no sean más que eso, es decir, máquinas, ciertamente son

las primeras de todas, porque además de la gran cantidad de fuerza positiva proporcionan otra fuerza infinita que no se puede apreciar y que resulta (si no se quiere decir del alma) de la animación de la vida. Parecería, por lo tanto, que habría que retomar el estudio y la domesticación de los animales. Véase el hermoso artículo «Domestication», de Isidore Geoffroy Saint-Hilaire, en la *Encyclopédie nouvelle* de Leroux y Reynaud. <<

[88] El genio, lo sé, presenta mil formas. La que presento aquí es ciertamente la de los genios más originales y más fecundos, la que caracteriza con mayor frecuencia a los grandes inventores. La Fontaine y Corneille, Newton y Lagrange, Ampère y Geoffroy Saint-Hilaire, fueron al mismo tiempo hombres sencillos y agudos. <<

[89] ¡Cuán lamentable es que los hombres de genio borren las huellas sucesivas de su propia creación! Rara vez conserva la serie de esbozos que la han preparado. Algo encontraréis de esto, incompleto y con dificultades, en la serie progresiva de los cuadros de algunos grandes creadores que pintaron incesantemente su pensamiento, fijando cada momento en obras inmortales. De esta manera, no es imposible seguir la gestación de una idea en Rafael, Tiziano, Rubens o Rembrandt. Para sólo hablar de este último: *El buen samaritano, El Cristo de Emaús, Lázaro* y *Cristo consolando al pueblo* (grabado de los cien florines) indican las etapas sucesivas en el curso de las cuales el gran artista, conmovido por el espectáculo nuevo de las profundas miserias modernas, incubó y dio a luz su idea. En la última expresión, tan fuerte y tan popular, la obra y su artífice han alcanzado un grado insólito de enternecimiento. <<

[90] Ésta no es una simple comparación, como la que ofrece Platón en el libro IV de *La república;* no, es la cosa misma, aprehendida en sí, en lo más íntimo de ella, en su nacimiento y su naturaleza. A medida que nos habituamos a mirar el mundo social en el

mundo moral, veremos que éste es el origen, la madre y la matriz del otro, o, más bien, que no son sino uno solo.

El combate del alma con el alma, y el progreso y la educación que resultan de esta lucha, los tratados que establecen entre sí sus fuerzas interiores, el amor del alma a sí misma, los casamientos y las adopciones que se celebran dentro de ese recinto estrecho y tan variado, revelarán a la filosofía el secreto de la política, de la educación y de la iniciación social. Que el artista críe a su obra, que el hombre críe al niño de su elección, o que la ciudad críe a las clases que aún están en la niñez: se trata de tres cosas análogas; al menos, gracias a los progresos de la ciencia y del amor, lo serán cada vez más.

Esta ciencia está por crearse. La filosofía, que desde hace siglos reflexiona en torno a las mismas ideas, no la ha estudiado aún. Los místicos, que tanto han mirado dentro del alma humana, se cegaban buscando en ella a Dios, que sin duda está ahí, pero se le distingue mucho mejor cuando se le ve en su imagen que él depositó allí: la ciudad humana y divina. <<

[91] Extended esto a la gran sociedad del género humano. Unas naciones se hallan relativamente en el estado instintivo; otras, en el estado de la reflexión. Cuando entran en contacto, las naciones cultivadas deben, en nombre de la humanidad y en nombre de su interés, hacerse de un arte y una lengua para entenderse con las que sólo tienen el instinto bárbaro. <<

[92] Por entonces la patria eran las comunas. Se hablaba de la *amistad* de Lille, la *amistad* de Aire, etc. Véase Michelet, *Histoire de France,* V, 12, I. <<

[93] No se retornará, y no debe retornarse, al tutelaje antiguo ni feudal. Por lo demás, el carácter y la originalidad perdían inmensamente en esas relaciones de dependencia estrecha en que el hombre tenía siempre los ojos puestos en el hombre, convirtiéndose en su sombra y su triste remedo. Ved la larga mesa común en la

que el barón ocupaba el lugar de honor cerca del fuego, y que desde el capellán, el senescal y otros vasallos, se extendía hasta la puerta, donde comía de pie el pequeño ayudante de cocina: esa mesa era una escuela donde la imitación iba bajando; cada cual estudiaba y copiaba al vecino de rango superior. No siempre los sentimientos eran serviles, pero sí los espíritus. Este servilismo en la imitación es, sin duda, una de las causas del estancamiento de la Edad Media, que la esterilizaron por mucho tiempo. <<

[94] Se sabe que Bonaparte despertó sospechas al actuar como dueño y árbitro de Italia, acordando o rechazando, sin consultar a nadie, armisticios que decidían la paz o la guerra, enviando fondos directamente al ejército del Rin, sin pasar por la intermediación de la Tesorería, etc. Se hizo correr el rumor de que lo iban a detener cuando estuviera en medio de su ejército. Para justificarlo, Hoche escribió al ministro de la policía una carta que se hizo pública. En ella Hoche devuelve a los realistas los rumores calumniosos que se hacían correr: ¿Por qué Bonaparte es objeto de los ataques de esos señores? ¿Será porque él los venció en vendimiado? ¿O porque disuelve los ejércitos de los reyes y proporciona a la República los medios para terminar esta guerra de manera gloriosa?... ¡Ah, joven valiente! ¿Qué militar republicano no está ansioso de imitarte? ¡Ten valor, Bonaparte, lleva nuestros ejércitos gloriosos a Nápoles y a Viena! ¡Contesta a tus enemigos personales humillando a los reyes y dando un renovado lustre a nuestras armas! ¡Y deja tu gloria en nuestras manos! <<

[95] Así como les dice muy justamente De Maistre en su obra *Considérations sur la Révolution.* <<

[96] Pierre Leroux hace esta observación, y al hacerlo se muestra tan juicioso como ingenioso y profundo resulta en otras cosas. ¡Cuánto más habría que añadir! ¡Qué triste es este lado de nuestras costumbres! Me aflijo sobre todo al ver cómo la familia —¡la madre!— induce al joven a la traición; sin embargo, ¿no es de esa madre de quien la joven engañada debería esperar alguna protec-

ción? ¿Acaso una mujer piadosa no debería tener entrañas, un corazón infinito, para esa desdichada niña que, después de todo (poco importa, ante Dios, que murmure el orgullo del mundo), se ha convertido en su hija? ¿Qué cuidados esperarán de nosotros las mujeres si no se protegen entre sí? El misterio que tienen en común debería mantenerlas unidas mucho más de lo que pueden estarlo los hombres: el misterio del alumbramiento, de la maternidad, que es el de la vida y la muerte y que hace que alcancen los límites extremos del sufrimiento y del goce. La participación en este misterio terrible, desconocido por el hombre, las hace a todas iguales, y a todas hermanas; sólo hay desigualdad entre los hombres. A la madre o a la hermana corresponde reclamar, ante el hijo o el hermano, por la hija engañada, y si el matrimonio es imposible, ha de brindarle su protección. Si llegaran a faltar, la misma mujer con la que él se va a casar, la joven mujer virtuosa, debe expiar las culpas, cubrirlo todo con su bondad y abrir los brazos y el corazón a los hijos del primer amor. Ella debe recordar el cariño que tenía Valentina de Milán por Dunois, y este abrazo patético: «¡Ah, te arrebataron de mi lado!…». (Véase, en mi *Histoire de France,* la muerte de Louis de Orléans). <<

[97] Fourier las cita frecuentemente. Yo soy el hombre de la historia y la tradición; por lo tanto, no tengo nada que decir a quien se vanagloria de proceder por la vía del *apartamiento absoluto.* Este libro, *El pueblo,* que se funda particularmente en la idea de la patria, es decir, de la dedicación y del sacrificio, no tiene nada que ver con la doctrina de la atracción *pasional.* No obstante, aprovecho esta oportunidad para expresar mi admiración por tantas opiniones ingeniosas y profundas, a veces muy aplicables; quiero señalar mi más grande admiración por un genio desconocido, por una vida dedicada enteramente a la felicidad del género humano. Algún día hablaré de él, según me lo dicte el corazón. ¡Qué contraste tan singular entre semejante ostentación de materialismo y una vida espiritual, desinteresada y de abstinencia! Este

contraste se ha vuelto a producir hace poco para gloria de sus discípulos. Mientras que los amigos de la virtud y de la religión, así como sus defensores obligados, los conservadores nacidos de la moral pública, se enlistan en silencio en la banda de los que sólo apuestan a la segura, los discípulos de Fourier, que no hablan sino de intereses, de dinero y de regocijos, hicieron el interés a un lado para asestar un golpe valiente al Baal de la Bolsa… ¡qué digo al Baal; más bien al Moloch, al ídolo que devoraba hombres! <<

[98] Inercia marítima, pero allí, como en todas partes, abundan los albañiles. Un ingeniero pone una actividad loable en la terminación del dique. <<

[99] Pero todo parece indicar que ellas chocaban demasiado con los dos sentimientos que caracterizan a nuestra época: el amor a la propiedad personal y el amor a la familia. Hay que leer un folleto muy curioso del mayor de los hermanos Dupin: *Excursion dans la Nièvre,* 1840. Véase también mi obra *Origines du droit,* en lo que respecta a la *collaboratio,* los *parsonniers,* el *chanteau, a pan y agua,* etcétera. <<

[100] Sólo la necesidad había enlazado con sus cadenas de bronce a las antiguas asociaciones bárbaras (véanse en mi obra *Origines* las formas terribles de asociación, como el beber sangre o derramarla bajo la tierra, etc.); digo la necesidad, y también la certidumbre de perecer si se permanecía desunidos. En las asociaciones monacales se prohíbe severamente pues la amistad se considera un robo a Dios (véase Michelet, *Histoire de France,* t. v, p. 12, nota). La barbarie del *compagnonnage* y su mismo intento por reformarse (véase A. Perdiguier) nos permite conocer bastante acerca de lo que eran las asociaciones industriales de la Edad Media. Nacida del peligro y de la oración (tan natural para el hombre en peligro), la cofradía odiaba al extranjero ciertamente más de lo que se quería a sí misma. La unía la bandera de su santo patrono que, con la procesión, la llevaba al combate. Se trataba mucho me-

nos de fraternidad que de unión y fuerza defensiva, que a menudo se tornaba ofensiva por los odios y los celos entre los oficios. <<

[101] El esfuerzo y la salvación del mundo consistirán en volver a encontrar el acuerdo de estas dos ideas. Estas palabras, fraternidad y paternidad, que son inconciliables en la familia, no lo son en absoluto en la sociedad civil. Ya he dicho que ésta halla, en la sociedad moral que todos los hombres llevan dentro, el modelo que permite conciliarias. Véase el final de la Segunda parte. <<

[102] Sin duda, la forma es importante en la asociación, pero sólo en segundo término. Me parece insensato restablecer las antiguas formas, las *corporaciones,* las tiranías industriales, volviendo a colocarse los grilletes y, con la idea de caminar mejor, deshacer la obra de la Revolución y destruir a la ligera lo que se estuvo pidiendo por siglos. Por otra parte, si uno se imagina que el Estado, que hace tan poco en lo que le compete de manera natural, podría cumplir la función de fabricante y de comerciante universal, ¿acaso hace algo más que *remitirse al funcionario para todo*? Dicho funcionario, ¿es un ángel? Investido de este extraño poder, ¿será menos corrupto que el fabricante o el comerciante? Lo cierto es que en ningún caso será tan activo como ellos. En cuanto a la *comunidad,* no hace falta decir más de tres palabras. La comunidad *natural* es un estado muy antiguo, muy bárbaro y muy improductivo. La comunidad *voluntaria* es un impulso pasajero, un movimiento heroico que señala una fe nueva y que pronto decae. La comunidad *forzada,* impuesta por la violencia, es algo imposible en una época en que la propiedad está infinitamente dividida, y en ninguna parte es más imposible que en Francia. Para volver a las formas de asociación posibles, creo que éstas tienen *que ser diferentes en función de las diferencias existentes entre los oficios;* éstos, siendo más o menos complicados, requieren una unidad de dirección mayor o menor; y también tienen que *variar según los diferentes países,* en función de la diversidad de los genios nacionales. Se podría citar un inmenso número de hechos en respaldo de esta observación esencial que algún día desarrollaré. <<

[103] Ninguna época como la nuestra ha dado jamás ejemplos tan grandes de ello. ¿En qué siglo se han visto ejércitos tan grandes, de tantos millones de hombres, sufrir y morir sin rebelarse, con mansedumbre y en silencio? <<

[104] La patria (la *matria,* como decían tan justamente los dorianos) es el amor de los amores. Aparece en nuestros sueños como una joven madre adorada o como una nodriza fuerte que nos amamanta por millones… ¡Qué imagen más débil! No sólo nos amamanta: nos contiene en sí. *In ea movemur et sumus.* <<

[105] Todo concurre hacia esta educación. No hay objeto de arte ni de industria, ni siquiera de productos de lujo, ninguna forma elevada de cultura, que no ejerza una acción sobre la masa de los hombres y que no ejerza influencia en los últimos y más pobres de ellos. En ese gran cuerpo que es una nación, hay una circulación espiritual que, insensiblemente, baja, sube, llega a lo más alto y a lo más bajo. Esta idea penetra por los ojos (las modas, las tiendas, los museos, etc.) y a través de la conversación y la lengua, que es el gran depósito del progreso común. Todos reciben el pensamiento de todos, tal vez sin analizarlo, pero al fin y al cabo lo reciben. <<

[106] A medida que una nación se posesiona de su genio, ella lo revela y lo hace constar por medio de sus obras, y cada vez resulta menor su necesidad de oponerlo por la guerra al de los demás pueblos. Su originalidad está cada día mejor afianzada y se manifiesta más en la producción que en la oposición. La diversidad de las naciones que se manifestaba en forma violenta por la guerra, se expresa mejor cuando cada una de ellas hace oír distintamente su gran voz; antes, todas gritaban al unísono; ahora, cada cual canta su parte; poco a poco se va creando un concierto, una armonía, y el mundo se convierte en una lira. Pero ¿cuál es el precio de esa armonía? El de la diversidad. <<

[107] ¡Polonia sufre, se ha quedado muda en el Colegio de Francia, con la voz potente que aún tenía, en nuestro grande y querido

Mickiewicz! <<

[108] Los productos materiales de Francia y los resultados duraderos de su labor no son nada en comparación con sus productos invisibles. Generalmente éstos fueron actos, movimientos, palabras e ideas. Su literatura escrita (no obstante ser, a mi juicio, la primera de todas) viene a quedar lejos, muy lejos y muy por debajo, de su palabra y de su conversación brillante y fecunda. Sus fabricaciones de todo tipo no son nada frente a su acción. En lugar de máquinas tuvo hombres heroicos; en vez de sistemas, hombres inspirados. «Esa palabra, esa acción, ¿acaso no son cosas improductivas?». Y esto es precisamente lo que coloca a Francia muy en alto. Descolló en lo que es movimiento y gracia, en las cosas que no sirven para nada. Las cosas imponderables, inasibles e invisibles comienzan por encima de todo lo que es material y tangible. Por lo tanto, no clasifiquéis nunca a Francia según el rasero de lo material, por lo que se ve y se toca. No la juzguéis, como juzgáis a cualquier otra nación, en función de lo que notéis de su miseria exterior. Es el país del espíritu, y, por consiguiente, el que menos se presta a la acción material del mundo. <<

[109] Escribo aquí, suavizándola, una idea que me asedió las primeras veces que crucé la frontera. Una vez, en particular, entrando en Suiza, este pensamiento me hirió el corazón. ¡Ver a nuestros pobres campesinos del Franco Condado tan miserables, y, de repente, cruzando un pequeño río, a la gente de Neuchâtel, tan acomodada, tan bien vestida y visiblemente feliz! ¿Qué son, en el fondo, la deuda y el ejército, las dos cargas más pesadas que agobian a Francia? Son dos sacrificios que ella hace por el mundo y no sólo por ella misma. La deuda es el dinero que le paga por haberle dado su principio de salvación, la ley de la libertad que él copia de ella, calumniándola. ¿Y el ejército de Francia? Es la defensa del mundo, la reserva que ella conserva para él, para el día en que lleguen los bárbaros, en el que Alemania, buscando siempre su unidad, que busca desde Carlomagno, se vea obligada a colocarnos

frente a ella, o bien a convertirse en la vanguardia de Rusia, contra la libertad. <<

[110] No, no es ni el maquinismo industrial de Inglaterra, ni el maquinismo escolástico de Alemania, lo que da vida al mundo; cualquiera que sea el estado en que se encuentre Francia, Europa siempre lleva en sí su aliento, el calor latente de su Revolución. <<

[111] Para hablar en primer lugar del gran pueblo que parece más rico en leyendas, es decir Alemania, las de Sigfrido el invulnerable, de Federico Barbarroja y de Goetz de la mano de hierro, son sueños poéticos que vuelcan la vida en el pasado, en lo imposible y en vanos lamentos. Lutero no pudo dejar una leyenda porque la mitad de Alemania lo rechazó y lo abucheó. Federico, personaje poco alemán y muy prusiano (lo cual es totalmente distinto), y además francés y filósofo, dejó la huella de una fuerza, pero nada en el corazón, nada de poesía, nada de fe nacional.

Las leyendas históricas de Inglaterra, la victoria de Eduardo III y la de Isabel, son más un hecho glorioso que un modelo moral. Gracias a Shakespeare, en el espíritu inglés ha permanecido con mucha fuerza, y ha influido demasiado en él, el tipo de Ricardo III. Es curioso observar cuán fácilmente se rompió la tradición de los ingleses; en tres ocasiones parecería que surgieron tres pueblos. Las baladas de Robin Hood y otros, en que se reflejaba la Edad Media, terminaron con Shakespeare; a Shakespeare lo mataron la Biblia, Cromwell y Milton, los que desaparecieron ante el industrialismo y los seudograndes hombres de los últimos tiempos… ¿Dónde está el hombre completo en el que se pueda fundar la leyenda? <<

[112] El fruto principal de aquella experiencia fue saber que la sangre humana tiene un poder terrible en contra de los que la han derramado. Me resultaría demasiado fácil establecer que Francia se salvó *a pesar del terror.* Los terroristas nos han hecho un daño inmenso que aún perdura. Id hasta la última choza del país más re-

moto de Europa y encontraréis ese recuerdo, esa maldición. Los reyes han hecho perecer a sangre fría, en sus patíbulos, sus Spielberg, en sus *presides,* sus Siberias, etc., a un número mucho mayor de hombres; ¿qué importa? No por ello las víctimas del Terror quedan siempre sangrientas en el recuerdo de los pueblos. No debemos desaprovechar ninguna oportunidad para protestar contra esos horrores que no son *nuestros,* y que no se nos deben imputar. El arrojo de los ejércitos fue lo único que salvó a Francia. Sin duda, el Comité de Salud Pública secundó este arrojo, pero esto se debió justamente a los excelentes administradores militares que había en él, a los que Robespierre detestaba y que hubiera mandado al cadalso de no haber sido porque los necesitaba. Nuestros generales más puros no encontraron en Robespierre y sus amigos sino malevolencia, desconfianza y obstáculos de todo género. No hay espacio aquí para explayarme sobre todo esto. Al respecto, hago votos para que quienes están reimprimiendo la muy útil compilación de Roux y Buchez supriman en ella algunas lamentables paradojas, como la apología del 2 de septiembre y la de la san Bartolomé, la credencial de buenos católicos otorgada a los jacobinos, la sátira de Charlotte Corday (t. XXVIII, p. 337), el elogio a Marat, etc. «Marat distribuía sus denuncias *con sentido justo y un tacto bastante seguro*» (p. 345). He aquí un juicioso elogio de quien llegó a pedir 200 mil cabezas de una vez (véase *Le Publiciste,* 14 de diciembre de 1792). Estos neocatólicos han retomado al pie de la letra, en sus hermosas justificaciones del Terror, la que hizo por divertirse Charles Nodier, el paradójico redactor de *La Quotidienne.* No haría yo esta observación si no pretendieran algunos difundir estas extrañas locuras en periódicos baratos dirigidos al pueblo y a los trabajadores, que no tienen tiempo de examinarlas. <<

[113] Tengo ante mí (en el archivo) la lista original de los que aceptaron las funciones de profesor en las escuelas centrales, que eran los colegios de entonces: Sieyès, Daunou, Rœderer, Haüy,

Cabanis, Legendre, Lacroix, Bossut, Saussure, Cuvier, Fontanes, Guinguené, Laharpe, Laromiguière, etcétera. <<

[114] En la época del Imperio, un hombre tuvo el valor de levantar la voz en favor de la organización que la Convención dio a la enseñanza: Lacroix, *Essais sur l'enseignement,* 1805. <<

[115] El genio de la inquisición y de la policía que, tal como se daba en Robespierre y Saint-Just, asombró a tanta gente, no sorprende a quienes conocen la Edad Media y que tan a menudo encuentran en ella estos temperamentos sanguinarios, inquisidores y ergotizantes. Quinet captó con mucha agudeza esta relación entre las dos épocas en *Le christianisme et la Révolution,* pp. 349-351 (1845). Carnot y Daunou, dos hombres de equidad escrupulosa y muy dados a juzgar favorablemente a sus enemigos, coincidían enteramente en su opinión sobre Robespierre. Daunou me ha dicho a menudo que, salvo en el último momento en que la necesidad y el peligro lo volvieron elocuente, el famoso dictador era un hombre de segunda. Saint-Just tenía más talento. A quienes quieren hacernos creer que ambos son inocentes de los últimos excesos del Terror, los refuta el mismo Saint-Just. El 15 de abril de 1794 (¡tan poco tiempo antes del 9 de termidor!) deploró la culpable *indulgencia* que se había tenido hasta entonces: «Últimamente se acrecentó *el relajamiento en los tribunales,* a tal punto que, etc. *¿Qué han hecho los tribunales* en los últimos dos años? *¿Se ha hablado de su justicia?*... Instituidos para mantener la Revolución, *su indulgencia* dejó libre el crimen por todas partes, etc.», *Histoire parlementaire,* t. XXXII, pp. 311, 319, 26 de germinal del año II. <<

[116] La Columna de Vendôme. [T.]. <<

[117] La educación especial, la del colegio o del taller, vendría a continuación; el taller sería suavizado y regulado por la escuela (conforme a las juiciosas concepciones de Faucher, *Travail des enfants*); el colegio también sería suavizado sobre todo en los primeros años, durante los cuales al niño se le enseñaría de gramática

sólo lo que puede entender. Se le enseñaría más en materia de ejercicios y recreaciones, y se ocuparía menos en escrituras inútiles. ¡Pido gracia, gracia para los niños pequeños! <<

[118] ¡Y es la muerte la encargada de enseñar! Los ignorantes imponen a los niños la *Histoire de France* de los jesuitas (Loriquet). Leo en ella, entre otras calumnias infames, una que el mismo emigrado Vauban ha desmentido: que en Quiberon, Hoche les *había prometido la vida y la libertad* a los que depusieran las armas; t. II, p. 256. <<

[119] Véase el *Préface* de la tercera edición de mi libro *Du prêtre, de la femme et de la famille.* <<

[120] Un plan de constitución que debemos a Turgot, uno de los más grandes y mejores hombres que hayan existido, funda la comuna antes que el Estado, y antes que la comuna, funda al hombre por medio de la educación. Esto es admirable. Sin embargo, tiene que quedar claro que la educación que se imparte en la comuna debe emanar del Estado, de la patria: la educación no es un asunto comunal. <<

[121] Michelet introduce un juego de palabras intraducibie: *S'il n'a perdu à la fois le sens moral et le sens…* [T.]. <<

ÍNDICE

El pueblo 2

A Edgar Quinet 4

Primera parte: De la servidumbre y del odio 24

I. Servidumbres del campesino 25

II. Servidumbres del obrero dependiente de las máquinas 39

III. Servidumbres del obrero 52

IV. Servidumbres del fabricante 61

V. Servidumbres del comerciante 69

VI. Servidumbres del funcionario 75

VII. Servidumbres del rico y del burgués 82

VIII. Resumen de la primera parte. Introducción a la segunda 92

Segunda parte: De la emancipación por el amor. La naturaleza 100

IX. El instinto del pueblo, hasta ahora poco estudiado 101

X. El instinto del pueblo, alterado pero poderoso 106

XI. ¿Gana mucho el pueblo al sacrificar su instinto? Clases bastardas 114

XII. De los sencillos. El niño, intérprete del pueblo 118

XIII. Continuación. El instinto natural del niño ¿es perverso? 124

XIV. Digresión. En defensa del instinto de los animales 128

XV. El instinto de la gente sencilla, el instinto del genio. El hombre de genio es, por excelencia, el sencillo, el niño y el pueblo 136

XVI. El alumbramiento del genio. Tipo del alumbramiento social 142

XVII. Resumen de la segunda parte. Introducción a la tercera 148

Tercera parte: De la emancipación por el amor. La patria 153

XVIII. La amistad 154

XIX. Del amor y el matrimonio 162

XX. De la asociación 167

XXI. La patria. ¿Desaparecerán las nacionalidades? 174

XXII. Francia 181

XXIII. Francia, superior como dogma y como leyenda. Francia es una religión 186

XXIV. La fe que animó la Revolución. Ésta no mantuvo su fe hasta el final ni transmitió su espíritu a través de la educación 190

XXV. No hay educación sin fe 196

XXVI. Dios en la patria. La joven patria del porvenir. El sacrificio 199

Posfacio de 1866 208

Notas 209